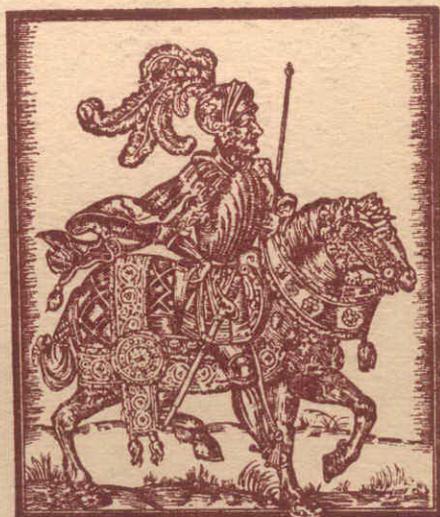


REVISTA
DE
HISTORIA
MILITAR



Año I

1957

Núm. I

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

Año I

1957

Núm. I

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

PUBLICADA POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

CONSEJO DE LA REVISTA

DIRECTOR: D. Fernando Fúster Vilaplana, Coronel de Estado Mayor.

JEFE DE REDACCIÓN: D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor.

REDACTOR: D. José Manuel Martínez Bande, Comandante de Artillería.

» D. Juan Manuel Zapatero López-Anaya, Capitán y Doctor en Historia.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MARTIRES DE ALCALA 9. — MADRID. — TELEFONO 47-03-00

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y extranjero, 150 pesetas anuales.

Número suelto, 75 pesetas.

SUMARIO

	PÁGS.
Presentación	7
Valor de la Historia, por NICOLÁS BENAVIDES MORO	9
Alas y Cohortes españolas en el Ejército Auxiliar romano de la Epoca Imperial, por ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO	23
Cabalgadas, correrías y entradas de los andaluces en el litoral africano, en la segunda mitad del siglo xv, por TOMÁS GARCÍA FIGUERAS	51
Segunda salida de Julián Romero. por ANTONIO MARICHALAR, Marqués de Montesa	81
La heroica defensa de Cartagena de Indias ante el almirante inglés Vernon, en 1741, por JUAN MANUEL ZAPATERO	115
Guerra de Liberación: Socorro a Oviedo, por JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE	179
Bibliografía	179

P R E S E N T A C I O N

Con la publicación de esta Revista, el Servicio Histórico Militar español se propone atender de manera cumplida y eficaz uno de los principales objetivos que inspiraron su creación: la difusión de la cultura históricomilitar en nuestro ejército.

Establecidas en los cursos de Metodología y Crítica históricas, organizados por dicho Servicio de 1947 a 1949, las bases teóricas fundamentales de tal difusión, parece que ha llegado el momento de orientarla de un modo práctico, mediante la publicación de trabajos sobre temas históricomilitares que, por sus méritos de fondo y forma, puedan servir de pauta o estímulo a cuantos oficiales sientan vocación por esta clase de estudios.

A tal fin, esta Revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles, españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán, pues, amplia y generosa acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, instituciones, usos y costumbres militares del pasado y contengan enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Sin embargo, habida cuenta del carácter erudito que se pretende dar a esta Revista, sólo serán admitidos en ella los trabajos que demuestren alguna originalidad, ya sea en la elección del tema o en la manera de enfocarlo; que se hallen

fundados en una sólida base documental o bibliográfica, de la cual se ofrezcan las correspondientes referencias, y que estén redactados con la debida pulcritud literaria.

La REVISTA DE HISTORIA MILITAR espera así fomentar y encauzar en nuestra patria la producción historiográfica sobre temas castrenses y establecer un fructuoso intercambio de ideas y métodos con las publicaciones análogas de España y el extranjero.

VALOR DE LA HISTORIA

por NICOLAS BENAVIDES MORO
General de Estado Mayor
Ex-Director del Servicio Histórico Militar

CONSIDERACIONES GENERALES

El Profesor Olsehki (1), de la Universidad de Heidelberg, en una conferencia que pronunció en 1929 sobre «La herencia literaria de la Edad Media», dijo:

«Como se ve a diario, no pierde actualidad la conocida frase de Cicerón, que llamaba a la Historia *maestra de la vida*. A pesar de las variaciones accidentales en los hechos humanos, queda siempre, como enseñanza de ellos, la experiencia utilísima de los errores o aciertos de los hombres; habiendo, además, *en los actos guerreros, algo fundamental e inmutable, que a través de los tiempos se repite*, no obstante el creciente avance del progreso que se refleja en las características de las armas y en otros aspectos.» (Subrayamos.)

«Suele a veces mirarse con desprecio el pasado, sobre todo por los que se creen espíritus fuertes, sin pensar que las innovaciones no son absolutas sino raras veces, y que toda época está ligada a las precedentes en una concatenación indestructible. No se puede, pues, romper con el pasado tan fácilmente como parece. La vida tiene sus raíces en él.»

«... el programa de todo historiador ha de ser sentir la polifonía de la cultura en sus tonos dominantes, pero sin olvidar las grandes corrientes históricas.»

«Si hemos de creer en la indestructibilidad de las manifestaciones intelectuales, resultará para el historiador un nuevo tema, consisten-

(1) Véase N. BENAVIDES, *Supervivencia de Napoleón I en la guerra moderna*. Valladolid, 1933, págs. 7 y 8.

te en reconocer lo que en nosotros vive y fructifica del pasado, de un modo inconsciente; nexos misteriosos que la historia ha de investigar para que nos puedan ser revelados.»

El General Foch, en el prefacio de la primera edición de su magna obra titulada *De la dirección de la guerra* (que se reproduce en las siguientes), dice:

«Para mantener en condiciones, en tiempo de paz, el cerebro de un ejército, e inclinarlo constantemente hacia la guerra, *no hay libro más fecundo en meditaciones que el de la Historia*. Si la guerra, tomada desde el punto más elevado, es una lucha de dos voluntades (2), *la precisión de las decisiones* (3) *se inspira siempre en las mismas consideraciones que en el pasado*: las mismas faltas se reproducen, llevando a los mismos fracasos; *el arte* (4) *bebe en las mismas fuentes.*» (Subrayamos.)

Esta primera edición fué de 1904. Pues bien, en la sexta, que publicó Foch en 1921 (en 1918 había terminado la primera Guerra Europea, en la que fué ascendido a Mariscal) escribió, en el prefacio, que nada tenía que rectificar de lo que había dicho en aquélla. En 1927 apareció la séptima, en igual forma, y lo mismo manifestó en las siguientes, considerando subsistente lo antedicho.

En su otra importantísima obra titulada *De los principios de la guerra* (dedicada al estudio de las campañas napoleónicas), escribió:

«Se ha discutido la existencia de estos principios, primero, y después su buen fundamento; sin embargo, fué Napoleón quien ha escrito: *Los principios de la guerra son aquellos que han guiado a los grandes capitanes cuyos altos hechos nos ha transmitido la Historia.*» (Subrayamos. Buen testimonio a favor de ésta.)

Ello puede aplicarse a cualquier época, adaptándolo a los progresos científicos que se aplican a la guerra. Desde el tiempo de Napoleón al de Foch se habían producido grandes innovaciones (habían surgido los carros de combate y la Aviación como armas de guerra, además de enormes adelantos en la Artillería y en otros elementos) y, sin embargo, Foch consideraba subsistentes esos principios *consagrados por la Historia*.

(2) Las de los jefes supremos de las tropas de dos bandos opuestos.

(3) Como sabemos, la *decisión* es el atributo principal del jefe y su principal deber.

(4) Aquí el de la guerra.

Seguramente, si hubiera vivido tras la reciente Guerra Mundial, habría confirmado sus anteriores asertos, pues esa guerra (contra lo sustentado por algunos tratadistas anteriores a ella, ofuscados por la gran potencia que alcanzaron las armas utilizadas en los frentes defensivos y por la larga estabilización de éstos en la de 1914-1918) lo fué, principalmente, de maniobra, y la citada de 1914-18 terminó por la maniobra, magistralmente dirigida por el propio Foch, aplicando a ella los principios militares que la Historia le había mostrado.

Claro es que esos principios no se aplican solamente a la *maniobra* (para la batalla, en ella o después de ella en movimientos subsiguientes), sino también en otros aspectos de la guerra.

Citemos, como ejemplo, uno de ellos: *la sorpresa*. Esta se utilizaba, desde luego, en el aspecto táctico; es decir, en la aparición inesperada de una masa de tropa sobre un flanco o sobre la retaguardia del enemigo, produciendo en él dos efectos catastróficos: uno de orden *material* (el derrumbamiento o el desorden del dispositivo de fuerzas) y otro, *moral* (la deprimente sensación, en la tropa, de ver cortadas sus comunicaciones sin posibilidad de retirada, abastecimientos, etc.). Pero la sorpresa tiene otra modalidad *técnica* muy importante: la aparición inesperada, en uno de los bandos, de *ingenios* o elementos de guerra totalmente ignorados por el contrario. Esto ocurrió, en la primera Gran Guerra, con los *gases*, empleados por los alemanes, y con los *carros de combate* (tanks), utilizados por los ingleses.

En ambos casos, el bando innovador sorprendió al enemigo y rompió su frente en la parte atacada, que fué bastante extensa. Pero, en los dos casos, también faltó por parte del atacante la previsión de tener dispuesta e inmediata una masa importante de tropa para que penetrara por el boquete y atacara en el interior, produciendo en él los efectos táctico y moral antedichos, lo que, acaso, hubiera cambiado el curso de la guerra. Mas los dos contendientes, al no tener esta previsión, dejaron de aplicar el gran principio que Napoleón llevó a sus últimas consecuencias: la *explotación del éxito*. Esta es una lección de la Historia relativamente reciente.

Muy grandes son los progresos científicos que actualmente podrían aplicarse a la guerra, especialmente las armas atómicas; pero (aparte de que se necesita la confirmación de su eficacia táctica por la experiencia) hay que tener en cuenta que en la citada guerra de 1914 a 1918 no fué decisivo el empleo de los gases y de otros agen-

tes químicos (contra cuyo veneno surgió la triaca consistente en las caretas, trajes adecuados y otros remedios), y siendo entonces inmensos los daños causados a las poblaciones civiles de ambos bandos, se suprimió aquel arma novísima en la siguiente contienda mundial, porque esos daños eran mutuos y terribles.

Este temor (no menos eficaz por ser egoísta, sino más, precisamente por eso), es el que seguramente hará meditar muy seriamente a todas las naciones antes de decidirse a emplear el arma atómica —por ser de dos filos—, con lo que posiblemente, en una nueva guerra, se aplicarían los medios que se utilizaron en la reciente mundial, y, aunque están más perfeccionados (Aviación y armamento diverso) que en ella, es de suponer que no cambiarían radicalmente las características en esa nueva hipotética contienda. Entre las dos antes citadas hubo grandes mejoras y progresos que no afectaron a la táctica en la segunda, pues en ésta siguió existiendo la maniobra en toda su gran amplitud, volviendo a aplicarse los eternos principios de la guerra. Aquéllos que la Historia nos enseña.

Es de esperar que muchos de esos progresos científicos podrán tener aplicaciones beneficiosas para la Humanidad, como las han tenido tantos otros surgidos de la guerra o para la guerra. Parecerá demasiado optimista esta apreciación, surgida de lo que ocurrió con los gases deletéreos.

Pero, aunque se adoptara la decisión suicida de emplear el arma atómica, se aplicarían, al propio tiempo, los medios de neutralizar o de aminorar sus efectos en los campos de batalla y fuera de ellos, lo que está en estudio y en ensayo.

En todo caso, en la guerra siempre actuará *el hombre*, el soldado, que es quien debe hacer retroceder al enemigo y ocupar su terreno, o defenderlo, en su caso, resistiendo o maniobrando.

Repetimos, por ello, que no creemos enterrada *la maniobra*, ni mucho menos, y que consideramos que, con ella principalmente, subsistirá la aplicación de los inmanentes principios de la guerra, cuyo conocimiento nos ha transmitido la Historia en sus descripciones de campañas (Estrategia) y batallas (Táctica).

Subsisten, por tanto, estos conceptos fundamentales de Napoleón I (5):

(5) N. B. M., ob. cit., pág. 93 y ss.

Respecto a la entraña del arte militar, decía que es «*sencillo y todo de ejecución*». Quería decir que en la acción militar no deben hacerse combinaciones complicadas, sino sencillas y rápidamente realizables, y que la base del éxito está en su adecuada y racional realización.

En cuanto a la modalidad de esa ejecución que él consideraba resolutive, dijo: «*Haced la guerra ofensiva, como Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo, Turena, el Príncipe Eugenio y Federico II...*»

Respecto a las fuentes para la formación del Jefe, añadió, aludiendo a los caudillos citados: «*Leed y releed la historia de sus 83 campañas; modelaos sobre ellas...*» «*¿Queréis saber cómo serán las batallas? Leed y medita las relaciones (6) de las 150 batallas de estos grandes Capitanes.*»

Lo que él buscaba en esto no era el relato de las marchas y de las incidencias menudas de las batallas, sino «*la buena o mala aplicación de los principios eternos del arte de la guerra*», dice su gran comentarista el General francés Camón.

Ya, en Santa Elena, escribía el Emperador:

«*Que mi hijo lea y medite a menudo la Historia. Ahí está la verdadera filosofía (7). Que lea y medite las guerras de los grandes Capitanes; es el único modo de aprender la guerra.*» (Subrayamos.)

Como ratificación de esto, y aplicándolo a Francia, decía:

«*Una cátedra de Historia en la que se hiciera ver cómo han sido defendidas nuestras fronteras en las diferentes guerras, por los grandes Capitanes, produciría grandes ventajas.*» Y trazaba el programa a desarrollar en esa cátedra.

El General Camón, en su obra *Para aprender el arte de la guerra*, dice:

«*En los años anteriores a la guerra (8) fué moda en nuestras escuelas militares querer deducir la estrategia del estudio detallado de una sola campaña, y el arte de las batallas del estudio detallado de una sola batalla. Esto era un gran error: el estudio de un hecho de guerra no puede permitir establecer una teoría general.*»

Ya Napoleón había dicho, como vimos, que los principios sólo se deducían del estudio de las campañas de los grandes Capitanes y, por

(6) Es decir, los relatos históricos.

(7) La de la guerra.

(8) La de 1914-1918.

tanto, de muchos hechos de guerra; es decir, de muchos *casos concretos*. Pero reales, *históricos*.

En fin, el genial curso dijo también:

«La táctica, las evoluciones, la ciencia del ingeniero y del artillero (9) pueden aprenderse en los tratados casi como la Geometría, pero el conocimiento de las altas partes de la guerra no se adquiere más que *por el estudio de la Historia* de las guerras y de las batallas de los grandes Capitanes, y *por la experiencia*.» (Subrayamos.)

Naturalmente, es imprescindible el ejercicio constante de la profesión militar, mediante la práctica en ejercicios y maniobras, que es lo que da la *experiencia* en la paz. Claro que la mejor práctica es la guerra misma; haber participado en ella da gran experiencia al que lo hizo, pero ello no le exime de una constante preparación activa para otra, siempre teniendo en cuenta las innovaciones de orden técnico, doctrinal o táctico que puedan darla nuevos matices dentro de los principios inmutables que la rigen y que la Historia Militar nos muestra en repetidos hechos de armas.

Otro General francés, Boucher, escribió una notabilísima obra titulada *Las leyes eternas de la guerra*, en la que, de un modo admirable, trae los principios de la guerra desde las campañas de la antigüedad clásica hasta las de nuestro siglo (dando la especial atención que merecen a las napoleónicas), y censura acremente la no aplicación de esos principios en la de 1914-1918 por parte del Ejército de su nación, lo que le originó grandes daños. Es decir, el olvido de la Historia de las guerras de los grandes Capitanes, que Napoleón recomendaba estudiar.

Veamos ahora lo que pidió este último, para su primera campaña, conforme a sus ideas en el aspecto que examinamos.

En el Archivo del Depósito General de la Guerra, en París, existía la siguiente carta del General Calonne, Director de aquél, al Ministro de la Guerra, referente a la petición que le había hecho Napoleón Bonaparte (hacia poco ascendido a General de División por haber dominado enérgicamente la insurrección parisiense de 5 de octubre de 1795 contra la Convención), al ser nombrado para mandar el Ejército francés que, batido y hambriento, estaba refugiado en los Alpes Marítimos o ligúricos al Norte de Génova. Era el año 1796. Dice así:

(9) La técnica, no la táctica, que entra en el arte de la guerra.

«*París, 12 del Ventoso. Año IV.*—El General Bonaparte, Comandante en Jefe del Ejército del Interior, pide como efectos que necesita para prestar sus servicios en el Ejército de Italia, al que ha sido destinado, los siguientes:

- 1.º Las Memorias de Maillebois con el atlas.
- 2.º La descripción del Piamonte.
- 3.º La Historia Militar del Príncipe Eugenio.
- 4.º Las campañas de Vendôme.
- 5.º Un mapa del Piamonte y de la Lombardía.
- 6.º Un mapa de conjunto de toda Italia.
- 7.º Un mapa de Francia con sus divisiones militares.
- 8.º Un mapa de Francia con el servicio de etapas.
- 9.º Un mapa del Delfinado y de la Provenza.
- 10.º Una lente acromática.»

«Los cuatro primeros objetos pedidos no existen en el Depósito y sería preciso adquirirlos en numerario efectivo, lo cual exige un gasto considerable, puesto que sólo la *Descripción del Piamonte* tiene el valor de 300 libras.»

«El General de Brigada Director del Depósito de la Guerra y de Geografía, opina que es tan útil como ventajoso que se provea a los Generales de los efectos que les sean necesarios para la dirección de las operaciones militares, y propone al Ministro resuelva acerca de los que crea deben proporcionarse al General Bonaparte.—Firmado, Calonne.»

Debajo figura la resolución del Ministro, que dice:

«Concedido lo que el Depósito pueda proporcionar.»

Aparte del conocimiento geográfico del territorio en el que se proponía actual (como lo hizo, principalmente en la Lombardía), requería también *el auxilio de la Historia* en la de las campañas de Maillebois (las que hizo en el Noroeste de Italia: triunfal la de 1745, y desgraciada la de 1746, ésta en el Milanesado), el Príncipe Eugenio (francés que, por mal trato de Luis XIV, luchó contra Francia al lado de los austríacos, venciendo a los franceses en 1701 en Mantua, en 1706 en Turín y en el Milanesado) y Vendôme, por sus campañas (1702 y 1706), de varia fortuna, frente al Príncipe Eugenio y a otros Generales de Austria.

El mapa y la descripción del Piamonte le interesaba por ser esta región de Italia lindante con la Liguria, en la que estaba el Ejército

que iba a mandar, con la Lombardía, que pensaba invadir, y, también, con Francia, su base natural de abastecimiento de hombres, víveres, material, etc. Por esto último pedía igualmente un mapa con la división territorial de Francia y, de modo especial, los de sus comarcas del Delfinado y la Provenza, vecinas del Piamonte. También pedía gráficamente (para rápido examen) el servicio de etapas de Francia para su utilización en los servicios de retaguardia, tan importantes para la actuación militar y para la vida de un Ejército en operaciones.

En la lectura de las campañas de aquellos Generales, en los territorios que él pensaba invadir, quiso ver las causas de los éxitos y de los fracasos; es decir, *las lecciones de la Historia*, para aprovecharlas en lo que pudiera ser previsible por su genio militar.

UNA OPINIÓN DE ALTA CALIDAD

Nos referimos a la expresada, en solemne ocasión, por nuestro prestigioso Ministro del Ejército, Teniente General Barroso, respecto a la guerra moderna y a los problemas que plantea en los órdenes espiritual y material a cuantos han de ejercer el mando de tropas, tanto en la preparación para aquélla como en su ejecución, teniendo a la vista lo que enseña la Historia.

Dicho Ministro, al recibir a la guarnición de Zaragoza, el 5 de julio de este año, en aquella Capitanía General, dijo, entre otras cosas, según la referencia del Prensa del 6:

«Es generalmente cierto que una guerra nueva se inicia con los procedimientos con los que finalizó la anterior, y por ello la tarea de los Estados Mayores, entre dos conflictos, es estudiar y analizar exhaustivamente cuáles de aquéllos hubieran alcanzado el éxito aunque el contrario no hubiese cometido errores y, conocido esto, perfeccionarlos y buscar la *sorpresa inicial* (10). Hoy parece indudable que, en un nuevo conflicto de carácter general, representarán un importante papel los desembarcos aéreos en las retaguardias, las acciones de comandos y guerrillas, e incluso las quintas columnas (11). Felizmente para los españoles, este tipo de guerra concuerda perfec-

(10) He aquí, bien destacado, este gran principio de la guerra: la sorpresa.

(11) Todos estos medios de lucha han sido empleados en la reciente guerra

tamente con las características de nuestra raza, ya que la iniciativa, el valor, la astucia, la sobriedad y la resistencia física son cualidades que tenemos perfectamente *acreditadas en el curso de la Historia.*»

Subrayamos, con la más grande satisfacción, este concepto de las lecciones de la Historia, sustentado tan acertadamente por nuestro ilustre Ministro, que añade:

«Ha de tener valor la condición de la retaguardia, y la nuestra es sana, manteniendo el espíritu nacional completamente refractario a las doctrinas exóticas.» Esa es otra lección de la Historia; en esto la de España, tan interesante.

Respecto al empleo de las armas atómicas (si llegara a producirse, lo que no se puede afirmar, pero sí prever para proveer), las palabras del Teniente General Barroso son de alta significación respecto al valor de las innovaciones científicas —a las que hay que adaptarse— y, al propio tiempo, a la importancia del elemento tradicional, que se debe conservar racional y no rígidamente.

En relación con «el probable empleo de las armas atómicas en un futuro conflicto, dijo que esta posibilidad no debe deslumbrar a los militares, ya que si importan las armas, más deben importar los hombres que las manejan y sufren sus efectos. Para poder vencer habrá que desalojar al enemigo del terreno que ocupa, y mientras quede un hombre sobre él, empuñando un arma y con moral para emplearla, no habrá victoria posible. Ahora bien, todas estas consideraciones han de llevarnos a la necesidad de adaptar la organización militar clásica a la necesidad de crear una nueva organización militar de retaguardia (12), con la que sea posible enfrentarse a las nuevas concepciones doctrinales».

LA HISTORIA MILITAR. SU INTERPRETACIÓN EN FRANCIA Y EN ALEMANIA

En la Escuela Superior de Guerra de París pronunció una magnífica conferencia el Teniente Coronel Pogens, con el título de «Objeto»

(12) Con la preparación, las prácticas y... el estudio de la Historia, especialmente en lo que afecta a la guerra, pero sin prescindir de la Historia general, con la que está tan ligada.

to y método del Curso de Historia Militar» (referente al que allí se inauguraba), el 12 de diciembre de 1932.

Como se ve, habló *entre las dos Grandes Guerras* el disertante, distinguido Jefe, entonces destinado en el Centro de Altos Estudios Militares.

Es muy valioso el contenido de este trabajo, del que damos breve referencia ante la necesaria limitación del nuestro:

«Cuanto más nos alejemos de la Gran Guerra (13), más indispensable se hace el conocimiento de la Historia Militar en la formación del Oficial, y, sobre todo, del Oficial del Estado Mayor; *ella únicamente puede mantenerle en contacto con la realidad, ella sola puede evitarle dejarse arrastrar a estudios de un orden demasiado exclusivo.*» (Subrayamos.)

«La Historia no se propone reseñar la sucesión material de los hechos; ella ha de mostrar cómo han sido engendrados y hallar, si es posible, la idea que se tradujo en tales hechos; ella debe ser *explicativa y psicológica.*» (Subrayamos.)

Dijo que, en Francia, había «una crisis de Historia», sobre todo de Historia Militar; es decir, de su estudio y su meditación.

«Es innegable que la Historia Militar ha atravesado después de la guerra, sobre todo en Francia, una verdadera crisis; aquélla había caído en gran descrédito; no se leía en absoluto, no se editaba ninguna obra de Historia Militar.»

«En Alemania, al contrario, se ha asistido, después de la Gran Guerra, a una verdadera explosión de obras militares, especialmente de Generales que han querido explicar la causa de sus derrotas; después de 1870 nosotros procedimos de este modo, yendo a buscar en el estudio de las campañas del Primer Imperio *las lecciones de la época napoleónica.*» (Subrayamos.)

Es decir, *las de la Historia*. Entonces, los franceses, para explicar sus desastres, buscaron las causas en el olvido de «las lecciones de la época napoleónica», para rememorarlas en lo sucesivo.

Agregó que la Historia «contribuye a hacer flexible nuestro espíritu y *desarrolla en nosotros el sentido crítico* (14). Ella nos muestra *cómo los grandes Jefes de todos los tiempos han resuelto los pro-*

(13) La de 1914-18, naturalmente.

(14) Subraya dicho jefe.

blemas que les planteaba la guerra (15); ella nos pone ante situaciones variadas que se modifican sin cesar y, por ello, nos prepara para la guerra futura de la que no sabemos nada, sino que surgirá por *una sorpresa.*»

He aquí también este gran principio de la guerra. Añadió:

«... en la época actual, la utilización de las invenciones científicas para el armamento ha tomado un desarrollo tan rápido y de tal amplitud que todas las sorpresas son de temer.»

«El estudio de los comienzos de guerra nos habituará, por tanto, a no asombrarnos por las situaciones más imprevistas», y dará la «habilidad de adaptarse».

«La Historia Militar nos mostrará, además, un factor que, en la guerra, sigue siendo preponderante: *la psicología del Jefe.*» (Subrayamos.)

«Únicamente la Historia os permitirá sondear los secretos de la psicología humana; sólo la Historia os hará conocer la diversidad de carácter de los hombres, lo cual prohíbe, como decía el Coronel Lestien, «tratar a un Murat como a un Bernadotte, a un Soult como a un Berthier, a un *peludo* de 1918 como a un soldado de 1914.» Aquí aludía a los años extremos de la primera Gran Guerra, como se ve.

Aconsejó los «viajes de Historia» (como complemento del estudio de ésta) a terrenos donde se desarrollaron campañas o batallas. Esto se hizo mucho en España.

Omitimos más detalles de esta interesante conferencia, pero no terminaremos sin reproducir lo que dijo, de nuevo, respecto a la diferencia entre franceses y alemanes en lo que afecta al tema que examinamos:

«El desprecio de la Historia, que nos hizo perder el contacto con la realidad en el período de ante-guerra (16), ocasionó en gran parte que surgieran las doctrinas funestas con las cuales nos lanzamos, sin cuidarnos ni del terreno, ni del número, ni del fuego, al encuentro de un adversario imbuido de otros principios.»

«Y, después de 1918, ¿no tenemos tendencia, principalmente en las maniobras, a recaer en los viejos errores?»

(15) Aquí, subrayamos nosotros. Este era el gran consejo de Napoleón, antes citado.

(16) Siempre, la de 1914-18.

ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Aparte de los que se efectúan con carácter docente en Universidades y otros Centros de enseñanza, hay una verdadera fiebre en la resurrección de estos estudios en Centros especialistas de la materia, por la importancia y la trascendencia que tienen como fuente de grandes conocimientos para la Humanidad en los más variados aspectos de la vida.

Al propio tiempo, destacadas personalidades del pensamiento mantienen, con carácter individual, diversas doctrinas respecto a la Historia, en su profundidad como concepto fundamental, en sus manifestaciones y en su aplicación para explicar los hechos humanos acaecidos en distintas épocas y sus derivaciones en las siguientes.

En cuanto a los que sostienen teorías propias, a este respecto, citaremos algunos nombres: Toynbee, que, en contraposición al pesimismo del filósofo alemán Spengler (en su obra *La decadencia de Occidente*), mantiene un criterio optimista en su interpretación de la Historia (principalmente en su extensa obra *Estudio de la Historia*); Jaspers, al que preocupa primordialmente el devenir histórico, es decir, lo que puede ser previsible en la historia futura del hombre y de las colectividades humanas; Huxley (un biólogo inglés, en su libro *La revolución actual*), igualmente preocupado por el porvenir histórico humano, el cual afirma, hondamente impresionado ante lo portentoso —casi increíble— del progreso, que la Humanidad está viviendo en el reino de la Utopía, al convertir (por la extraordinaria técnica científica) en realizaciones prácticas muchas cosas que no hace aún muchos años parecían sueños irrealizables, teorías fantásticas; y, en este orden de ideas, su imaginación, en vuelo filosófico, se remonta a escrutar el porvenir humano en ese respecto.

No pudiendo extendernos más, citaremos el examen comparativo que hizo Laín Entralgo en un estudio titulado *Dilthey y el método de la Historia* (17), entre este filósofo-historiador y Rickert, en sus diversos modos de enfocar la Historia.

Dice, entre otras cosas, que Rickert —en un mundo formalista—

(17) «Boletín Bibliográfico». Instituto Alemán de Cultura. Madrid, enero-junio de 1942.

«admite un sólo modo de conocer: el conocimiento por conceptos, sean éstos naturales o culturales e históricos. Dilthey admite, en cambio, dos distintos modos de conocer: un conocimiento inmediato, intuitivo —*la vivencia comprensiva de la realidad histórica* (18)—, y otro, mediato, constructivo y artificial: el de las ciencias de la Naturaleza».

«El mundo histórico es, para Rickert, abstracción lógica; para Dilthey, realidad humana concreta.»

Los militares no podemos estar ausentes de este movimiento intelectual; de esta ebullición de las ideas que tiene por tema la Historia, tan ligada a la Política, y, por la Política (Clausewitz), a la guerra. Y, en fin, por ésta, igualmente a nuestra profesión, cuya principal razón de existir es su actuación en conflictos guerreros.

En lo que afecta a la *Historia Militar*, rama importantísima de la Historia general (la Historia de la Humanidad va unida a la de las guerras; causas éstas de grandes males, pero también de grandes progresos), hay que decir que se estudia, igualmente, en estos tiempos con la mayor intensidad. Existen Centros dedicados exclusivamente a ese su estudio, y destacadas personalidades que lo cultivan, debiendo citarse al mencionado Toynbee y a Sir Charles Petrie, Presidente éste de la Sociedad de Historia Militar de Irlanda, entre otros.

La Revista que el Ejército francés publicó durante el período de Presidencia de la República de Francia del Mariscal Petain (ocupada ésta por los alemanes) insertó magníficos trabajos de carácter histórico, con excelentes grabados de tropa y batallas, procedentes de los Archivos militares franceses.

La Historia Militar de España es de enorme extensión y trascendencia, ya que nuestros soldados lucharon en casi todo el mundo (leed, los que no lo conocáis, el sugestivo libro del ilustre General e historiador español Gómez de Arteche titulado *Un soldado español de veinte siglos*), y aunque los españoles, según la conocida frase, fueron «largos en facellas y cortos en contallas», hay en nuestros Archivos (principalmente en el del Servicio Histórico Militar y en el General de Segovia, por hablar sólo de los militares) abundantes e interesantísimos documentos manuscritos y gráficos —aparte de lo que las Bibliotecas pueden proporcionar— que permiten redac-

(18) Subrayamos.

tar magníficos trabajos, especialmente en una revista que cultive esta especialidad, como se propone hacer la presente.

Valiosos libros se han escrito o publicado después de nuestra Guerra de Liberación, ya de Historia Militar en general, ya sobre dicha guerra, o monografías diversas y biografías, no citando nombres de autores por evitar omisiones.

Es un deber de justicia destacar las magníficas realizaciones y los excelentes proyectos del Servicio Histórico Militar, único Centro especialista de la Historia que tiene el Ejército Español y del que pueden esperarse los mejores frutos.

Este cuadro de entusiasta actividad en los actuales estudios histórico-militares fomenta la más halagüeña esperanza para lo venidero.

ALAS Y COHORTES ESPAÑOLAS EN EL EJERCITO AUXILIAR ROMANO DE EPOCA IMPERIAL

por ANTONIO GARCIA Y BELLIDO
Catedrático de la Universidad de Madrid

No estará de más que comencemos por recordar a aquellos que estén poco familiarizados con el Derecho romano la profunda diferencia existente entre los que poseían el pleno disfrute de la ciudadanía romana y aquellos otros que, por diversas circunstancias, se veían privados de ella. El ciudadano romano tenía todos los derechos y obligaciones inherentes a un hombre libre dentro de un Estado soberano regido según leyes impuestas a voluntad por los propios ciudadanos. En cambio, los indígenas habitantes de una región o país no romanizado, los llamados «peregrini», aun perteneciendo política y militarmente al Imperio romano, aun siendo parte integrante del Estado romano, carecían para éste de derechos. Su nombre común de «peregrini» equivalía, en cierto modo, a lo que hoy distingue en cualquier Estado civilizado a los nacionales de los extranjeros. La palabra «peregrinus», en efecto, no tenía para los romanos más significación, desde este punto de vista, que la de extranjero. Los «peregrini» estaban privados, por ejemplo, de la facultad de testar y heredar; les estaba prohibido el comercio libre y carecían de libertad para contratar; carecían, igualmente, del derecho de tutela y del de propiedad privada; dentro del Derecho penal podían ser sometidos a ciertas vejaciones, como la tortura, y ser detenidos arbitrariamente; su matrimonio no era pleno matrimonio, sino un concubinato; los hijos seguían siendo «peregrini» como el padre, el cual, a su vez, carecía de plena autoridad civil sobre su familia. En el Ejército formaban unidades especiales distintas a las integradas por los que tenían el derecho de ciudadanía romana. Estos formaban en las legiones, los «peregrini» servían únicamente en las unidades auxiliares,

es decir, en *alae* y *cohortes*. Naturalmente, los «peregrini» no podían hacer carreras brillantes por estarles vedado el acceso a los rangos equestre y senatorial, privativos de los ciudadanos romanos; en consecuencia, habían de resignarse a seguir siendo siempre meros súbditos de una categoría social ínfima. Aunque no eran esclavos, sino hombres libres (esto es preciso no olvidarlo nunca), su condición social era tan inferior que se hallaban por bajo de la que padecen o padecieron poco ha ciertas minorías raciales o religiosas de países incluso civilizados en grado sumo, como los negros americanos en los Estados del Sur o los judíos en el fenecido estado Nacional-Socialista; minorías a las cuales, unas veces *de facto* y otras también *de jure*, se les mermaban o mermaban buena parte de sus libertades y derechos elementales (1).

Dadas estas diferencias entre ciudadano romano y «peregrinus», se comprenderá fácilmente ahora por qué había de ser una aspiración capital en la vida de un indígena peregrino el dejar de serlo con la obtención del derecho de ciudadanía romana. Tal derecho, que no era fácil de lograr, fué siempre, empero, el camino más directo en el proceso de romanización de España.

Ahora bien, el hecho en virtud del cual el indígena hispano peregrino pasa de ser miembro de un pueblo vencido, sin derechos, a tener los mismos que el vencedor, convirtiéndose de enemigo y extraño en amigo e igual, es uno de los problemas capitales en el trascendental fenómeno histórico de la romanización de España. Desde este punto de vista jurídico tal fenómeno se cumple por dos vías principales:

A) Por la fundación en la Península de colonias romanas, es decir, por el asentamiento en las tierras arrebatadas según derecho de guerra a las ciudades indígenas hostiles a la causa romana, o partidarias en sus guerras civiles del bando derrotado (Sertorio o los Pom-

(1) Estos problemas han sido tratados principalmente por Kornemann, artículo *civitas* (publicado en 1903) en la *Realencyclopaedie der classischen Altertumswissenschaft*, de Pauly-Wissowa-Kroll, etc. Stuttgart *sub voce* (las citas sucesivas de esta enciclopedia serán, como es norma convenida, *RE*) A. N. Sherwin-White, *The Roman Citizenship*. Oxford, 1939, y B. Kübler, artículo *peregrinus* *RE* (1937). Conviene subrayar que el *peregrinus* gozaba, empero, de su propio derecho (*suae leges*) y que sus relaciones con los ciudadanos romanos estaban reguladas por convenios especiales o, en su defecto, por el derecho natural (*naturalis ratio* o *ius gentium*).

peyanos, pongamos como ejemplos). Estas tierras, que constituían el llamado *ager publicus*, fueron distribuidas principalmente entre ciudadanos romanos licenciados del Ejército (eran las *coloniae veteranorum*) o, a veces también, entre proletarios necesitados de la misma Roma (las llamadas *coloniae civiles* o *Urbanorum*). Muchos miles de hombres, romanos e itálicos en general, fueron distribuidos de este modo en grupos de colonias por el Mediodía y el Levante español (2). Añadamos a estos colonos los simples particulares que, por su cuenta y riesgo, se establecían aquí como comerciantes, banqueros, terratenientes, etc., más los empleados oficiales destinados por el Estado romano. Todos estos individuos (colonos veteranos o civiles, hombres de negocios y funcionarios oficiales) eran ciudadanos romanos en el pleno disfrute de sus derechos, que vivían cerca o en medio de una comunidad indígena carente por lo general de ellos en todo o en parte, pero con cuyas mujeres solían casarse, transmitiendo a sus hijos el mismo derecho del padre. La segunda generación de estos inmigrados formaba ya una población mixta, hispano-romana de sangre, pero completamente romana de educación, de espíritu y de derechos. El latín era su lengua y eran romanos sus dioses, leyes y costumbres. Como la ciudadanía romana era privilegio heredable, su difusión crecía en progresión geométrica. Estas colonias o estas familias eran, pues, verdaderos focos de romanidad.

B) Por la paulatina asimilación, desde un punto de vista civil, de la población indígena peregrina, carente en principio de derechos, a la romana, dueña de todos los inherentes al hombre libre ciudadano de un Estado organizado. Esta asimilación podía lograrse por dos medios principales:

1) El colectivo, en virtud del cual una ciudad no romana (peregrina), que por alguna razón era honrada con la ciudadanía romana, convirtiéndose por ello en Municipio romano, transmitía automáticamente a todos sus vecinos la misma condición. La suerte de la ciudad era compartida por todos sus ciudadanos.

(2) Para estos problemas, véase mi estudio sobre las colonias romanas en España, próximo a publicarse en «Anuario de Historia del Derecho Español». Entre tanto puede consultarse con provecho, y con un enfoque más amplio, F. Vittinghoff, *Römische Kolonisation und Bürgerrechtspolitik unter Caesar und Augustus*. Abhandl. d. Akademie der Wissenschaften (Geistes- u. Sozialwissensch. Kl.). Wiesbaden, 1951, núm. 14.

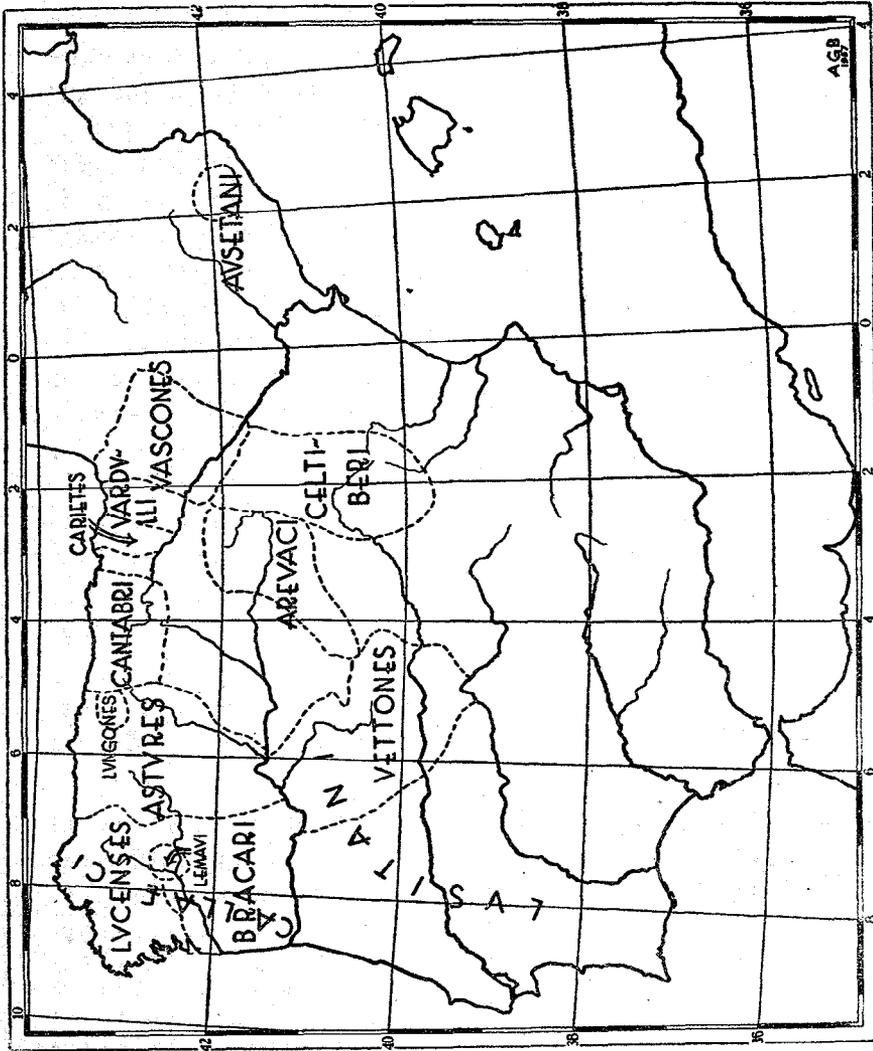


Fig. 1.—Pueblos de Hispania de donde se extrajeron levas para las tropas auxiliares del ejército romano imperial. (Según el autor.)

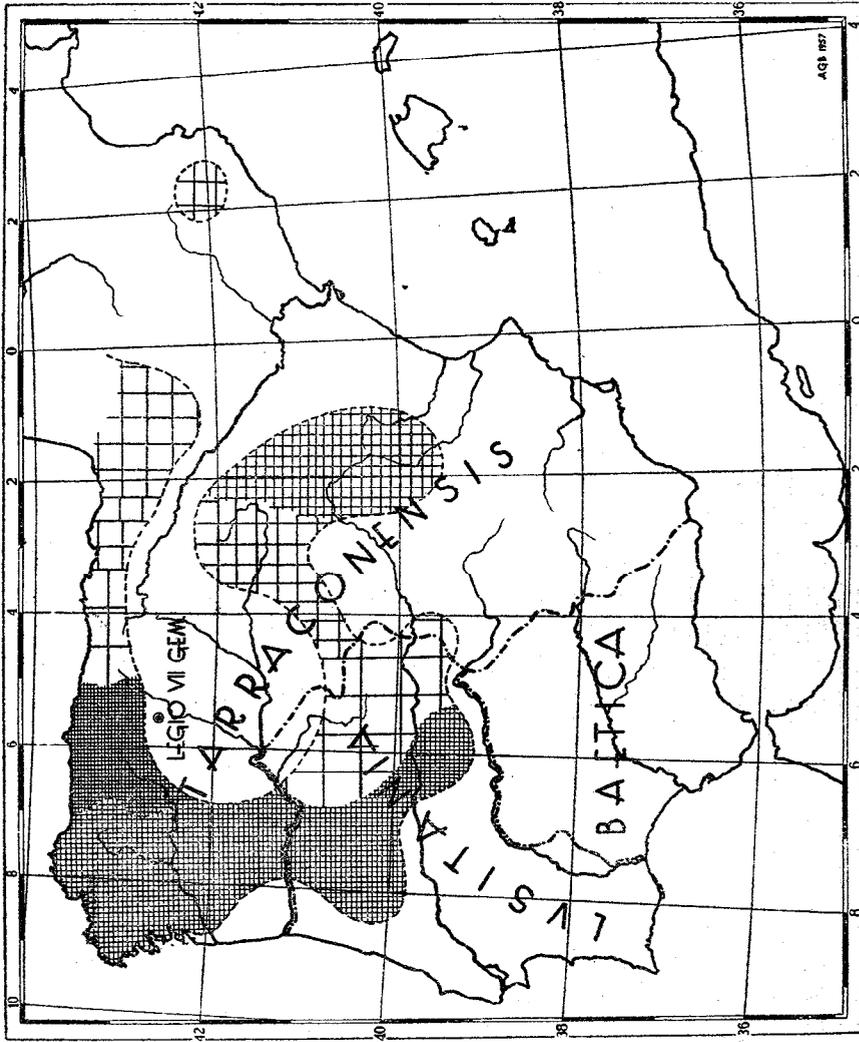


Fig. 2.—Zonas donde realmente hubieron de reclutarse las unidades auxiliares de nombre hispánico. Obsérvese que coinciden con las regiones montañosas. La mayor o menor densidad del reticulado está en relación proporcional con el número de unidades formadas con reclutas de los pueblos indicados en la figura anterior. (Según el autor.)

2) El individual, por medio del cual un individuo peregrino cualquiera podía alcanzar la ciudadanía romana por méritos excepcionales. Estos casos eran raros y recaían generalmente sobre personas que ocupaban puestos o cargos influyentes dentro de la ciudad o comunidad peregrina a la que pertenecían por su nacimiento (por ejemplo, miembros de la aristocracia indígena, agentes poderosos de su economía, dignidades de la religión, etc.), o se habían distinguido de algún modo notable en favor de la causa romana o de un caudillo victorioso (Sertorio, los Pompeyanos, César), o porque eran tenidos como piezas importantes en el juego político o militar romano (por ejemplo, los Balbo gaditanos en tiempos de César y Augusto).

Pero la masa anónima de indígenas peregrinos, sobre todo aquella que no habitaba núcleos urbanos y se hallaba dispersa por el agro, lejos de los focos de romanización y viviendo, por tanto, en un estadio cultural muy atrasado, no tenía más medio normal de alcanzar la ciudadanía romana que la profesión militar, es decir, el servicio en las unidades auxiliares del ejército romano, en las *alae* o *cohortes*. Al terminar su servicio (que duraba unos veinticinco años), o en pleno servicio —si méritos muy especiales los hacían dignos de ello—, les era conferida la ciudadanía romana con todos los derechos adjuntos y con la facultad de poder transmitirla a todos sus descendientes varones y hembras.

Este último caso es el que nos importa ahora y al que vamos a dedicar el resto de este trabajo. Pero para ello es preciso detenerse un momento por ver de situar en su ambiente el hecho cuyo estudio nos va a entretener ahora.

Tanto las regiones de la actual Andalucía como las del Levante mediterráneo se romanizaron pronto y bien. Hasta tal punto que ya en tiempos de Augusto, según Strábon (3), habían desaparecido de la *Baetica* las lenguas indígenas, y sus moradores —por decirlo con las mismas palabras empleadas por el geógrafo griego— «habían adquirido enteramente la manera de vivir de los romanos». Lo mismo cabe pensar ocurrió en la zona mediterránea, aunque carezcamos de datos a este respecto. La marcha general en el proceso de romanización de esta franja costera—asomada al mar latino y frente por frente de las costas itálicas—nos da derecho a afirmar que también

(3) Strábon III 2, 15.

se habían perdido las lenguas vernáculas casi por completo en ella hacia el cambio de cómputo. En franca vía de romanización se hallaban, igualmente, en tiempos de Augusto, las dos Castillas y la región del Ebro, hasta la Rioja actual; así como toda la parte meridional de la *Lusitania*, la que cae al Sur del Tajo. En estas regiones, César y Augusto habían multiplicado las colonias de ciudadanos romanos natos y se había concedido el derecho municipal a muchas otras ciudades indígenas, con lo que sus habitantes pasaron de ser peregrinos a poseer el derecho de ciudadanía romana. Strábon (4) dicen que en su época—escribe en tiempos de Augusto—todos llevaban ya la toga romana como ciudadanos romanos que eran y (añade gráficamente) «parecen haber adquirido con la blanca vestidura el aire civilizado y hasta el tipo itálicos» (5). Estos han de ser sin duda los españoles a los que alude Iosephus, el historiador judío de tiempos de Vespasiano, cuando dice que a los iberos se les llamaba indistintamente también romanos (6). Tal rapidez en la propagación de la romanidad se debía sin duda a la vieja solera cultural del Mediodía y Levante (*Tartessós*, colonizaciones griega y púnica, etcétera), pero muy principalmente—y como consecuencia de ella—al desarrollo extraordinario de la vida urbana. Había muchas ciudades y era relativamente pequeña la población dispersa (7).

Otro aspecto muy distinto es el que ofrecía el resto de la Península, es decir, toda la parte comprendida dentro de su cuadrante Noroeste, al Norte del Tajo y el Oeste de una línea que de Jaca pa-

(4) Strábon III 2, 15 y III 4, 29.

(5) Strábon III 4, 29.

(6) Iosephus, *Contra Ap.* II 4.

(7) Las estadísticas que Plinio nos transmitió en su *Naturalis Historia* III 7, para la *Baetica* da nada menos que 175 ciudades, de las cuales, nueve eran colonias romanas; 10, municipios de derecho romano; 27, de derecho latino; seis, ciudades libres; tres, federadas, y 120, estipendiarias. No nos es posible aclarar, en este breve artículo, tales diferencias; pero sépase que, salvo las nueve colonias, todas las demás ciudades eran de origen peregrino. Una cantidad casi igual da Plinio en III 18 para la *Tarraconense*. Pero hemos de entender sólo, o predominantemente, la zona costera y el valle del Ebro, lo que testifica que las zonas más densas en concentraciones de tipo verdaderamente urbano eran Andalucía y Levante con el valle del Ebro. Por ello fué más fácil y rápido para los romanos «romanizar» estas partes de la Península, cuajada de núcleos urbanos, que las tierras del Norte, Noroeste y Oeste, cuyas estructuras sociales se basaban aún en unidades tribales, gentilicias y aun familiares, dispersas y atomizadas en el campo.

saba aproximadamente por Teruel. Esta extensa región de España correspondía, dentro de la Geografía administrativa romana, a buena parte de la Provincia Tarraconense y a toda la zona Norte de la Provincia Lusitania. El nivel cultural de sus pobladores era hacia el siglo I de la Era, y siguió siéndolo durante mucho después también, sumamente bajo. Strábon, refiriéndose a ellos, dice, entre otras cosas que caracterizan muy bien sus hábitos salvajes, que dormían en el suelo envueltos en una especie de capa, la misma que les servía de vestimenta durante el día; que sus recipientes eran aún de madera (8); que carecían de moneda, intercambiando productos (9); que sus barcas eran de cuero o labradas en un tronco de árbol, como piraguas; dice de ellos también que eran rudos y salvajes y que su aislamiento los hacía insociables. Estos caracteres se encontraban más allí donde la aspereza del país y los rigores del clima contribuían a acentuarlos, llegando entonces sus habitantes a ofrecer aspectos verdaderamente feroces. Y subraya el geógrafo: «Así viven estos montañeses que habitan la faja septentrional de Iberia, es decir—Strábon aclara—, los galaicos, astures y cántabros hasta los vascos» (10). Como el mismo escritor griego describe a los lusitanos de un modo muy parecido (11), podemos decir que este grado tan ínfimo de cultura era común por entonces a casi todos los habitantes de esta región Noroeste de la Península, desde el Tajo hasta el Cantábrico.

Aquí se hallaron los romanos ante una estructura política sumamente primitiva, basada en unidades sociales embrionarias, tales como los *populi*, las *gentes* y *gentilitates*, las *centuriae* y las *familiae*. Eran rarisimas las *civitates* y, en muchos casos comprobados, estas *civitates*, así designadas, estaban muy lejos aún de ser verdaderas concentraciones urbanas en el sentido estricto de la palabra. No eran, la mayoría de las veces, sino el territorio de una tribu o el lugar donde periódicamente se reunían para mercar o cambiar productos. Eran lo que los romanos llamaba «fora» (sing. *forum*), cuya traducción

(8) Hay testimonios arqueológicos de ello; por ejemplo, en los hallazgos de *Iuliobriga*, cerca de Reinosa, que está excavando el Instituto Español de Arqueología. Véase «Archivo Español de Arqueología», 29, 1956, 166, fig. 53.

(9) No hay, en efecto, acuñaciones en todo el cuadrante NO. de la Península.

(10) Strábon III 3, 8.

(11) Strábon III 3, 5-6.



Fig. 3.—Estela funeraria de un soldado del *ala I Hispanorum Auriana*, citada por Tácito (*Hist III 5*) como de guarnición en *Aquincum* a mediados del siglo I de la Era. El *ala* fué llevada al *Noricum* (Austria) en el año 69. El monumento se halló precisamente en *Aquincum* (hoy Alt-Ofen, cerca de Buda-Pest) en la *Pannonia Inferior* (Hungria). Se data en la primera mitad del siglo I. El muerto era oriundo de Tréveris, como lo era también, probablemente, su hermano. Este servía por entonces en otro cuerpo español, el *ala II Asturum*, y fué quien le puso el monumento. (Nuestra figura, según H. Hofmann, *Römische Militärgrabsteine der Donauländer*. Viena, 1905, fig 63.)



Fig. 4.—Lápida funeraria de un soldado de la *cohors I Lucensium Hispanorum*. Aunque no se haga constar, era español, pues su nombre es típicamente hispano. Ingresó en el ejército (sin duda como voluntario) a los veintinueve años y murió a los cincuenta y tres. La lápida fué hallada en *Mogontiacum* (Maguncia) en *Germania Superior*. La *cohors* es señalada allí a mediados del siglo I. Consérvase en el Museo de Maguncia. Nuestra figura, según «Mainzer Zeitschrift», 11, 1916, figura de la pág. 86.

más exacta es la de «zoco», pensando precisamente en los marroquíes de la actualidad (12).

Por ello, en este cuadrante los progresos de la romanización no fueron rápidos, a la manera que lo fué en Andalucía y Levante. Era sumamente difícil vencer los hábitos consuetudinarios de estas pequeñas comunidades aisladas, dispersas y rivales. Los numerosos epígrafes hallados en esta región, pertenecientes todos a la época imperial, nos muestran hasta fines de la Edad Antigua el asombroso retraso en que vivían tales pueblos. El latín empleado es bárbaro (en contraste con el rico y elegante de la *Baetica*, sólo comparable con el de la propia Roma); los nombres siguen siendo los indígenas, peregrinos en su inmensa mayoría; los de la deidades son casi siempre locales (13), siendo muy frecuente el dejar constancia en la lápida de la tribu, la gens, la gentilitas, la centuria o la familia (14). Es

(12) No otra cosa pudo ser el *Forum Limicorum* o el *Forum Gigurrum*. Ello indica que la vida urbana no había casi comenzado en estas tierras cuando los romanos las incorporaron a su imperio entre mediados del siglo II antes de J. C. y la época de Augusto (guerras cántabras). Tal estructura social, que no lograron variar los nuevos señores, perduró hasta bien entrada la Edad Media en muchos lugares. La romanización encontró en esta primitiva organización social un serio obstáculo que no pudo vencer, en gran parte porque las múltiples y graves atenciones reclamadas por el *limes* exterior del Imperio les impidió dedicarse de lleno a la romanización de estas agrestes y bárbaras regiones. Prueba de ello—ya lo veremos—es que las conscripciones de tropas auxiliares se hicieron precisamente aquí. Otra prueba no menos fehaciente es que Roma se vió obligada a mantener en esta zona, y a lo largo de toda la época imperial, una legión, la VII Gemina, cuyo destino era guardar y vigilar a estos pueblos siempre insumisos y refractarios a la romanización, pese a haber sido nominalmente (pero no realmente) dominados tras las guerras cántabras de Augusto.

(13) Interesante en extremo en la lápida de Ongayo, conservada hoy en el Museo Arqueológico de Santander. Esta lápida, fechada en el año 388 de la Era, es decir, poco antes de la invasión germánica, está dedicada a una deidad indígena, de nombre Erudinus, por un *vicarius*, un aldeano, del *vicus* (aldea) de los *Aunigami*, del que procede el nombre actual de Ongayo, donde se halló la inscripción. Véase mi artículo, en colaboración con D. J. González Echegaray, en «*Archivo Español de Arqueología*», 22, 1949, 244 ss.

(14) Como en el famoso bronce de Astorga, conservado en el Museo de Berlín. En él se lee: *gentilitas Desoncorum ex gente Zoelarum et gentilitas Tridivorum ex gente idem Zoelarum*, en lo que está claro que la *gens* de los Zoelas era una unidad social superior a las *gentilitates* de los *Desoncos* y *Tridivos*. Pero si hemos traído este ejemplo, no es sólo por mostrar cómo estos pueblos del NO. usaban aún en pleno Imperio de unidades sociales primitivas; ha sido también por que el pacto de hospitalidad que en este importante documento se inscribió fué

de entre esta población de donde los romanos sacaron preferentemente sus tropas auxiliares hispanas, según veremos al punto.

Ya se adelantó que los ciudadanos romanos servían en las legiones. Estos soldados no nos interesan ahora: eran ya ciudadanos romanos antes de su conscripción y, por tanto, plenamente romanizados (15). Nos importa mucho más en esta coyuntura estudiar el camino seguido en su romanización por aquellos otros elementos indígenas que por su estado aún semicivilizado, a veces casi salvaje, no gozaban del derecho de ciudadanía romana en ninguna de sus formas o grados (aludo al disfrute del derecho latino, un derecho muy próximo al romano), y tenían que servir, por tanto, dentro de unidades auxiliares, ya fuese en las *alae*, como fuerzas montadas, ya en las *cohortes*, como infantes.

Estos cuerpos auxiliares venían a ser respecto a las legiones algo así como las actuales unidades coloniales de indígenas respecto al ejército regular y nacional en el caso de una potencia colonial o de mandato. Las condiciones de servicio y duración de él eran virtualmente las mismas que las normales en las legiones. Es decir, que entraban en el servicio por lo general como voluntarios, permanecían en él unos veinticinco años y luego eran licenciados. Sin embargo, a los efectos de su condición civil, una vez cumplido el servicio, la diferencia era muy grande con respecto al momento de su recluta. Los legionarios entraban en servicio—repetámoslo—dueños ya de su *civitas romana*, y salían sin ganar a estos efectos nada. Por el contrario—según ya se adelantó—, el voluntario auxiliar entraba en el servicio como *peregrinus* y salía revestido de la dignidad de *civis romanus*. Desde un punto de vista de la propagación de la romanidad, estos elementos son dignos de doble interés, pues—repetámoslo una vez

escrito en el año 27 de la Era y renovado un siglo después, en el 152. Pues bien; pese al tiempo transcurrido, pese a la redacción del documento en latín, pese a lo avanzado de la fecha de su renovación, la organización social seguía siendo la indígena primitiva. La inscripción puede verse en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* II 2633 y, últimamente, en A. D'Ors, *Epigrafía jurídica de la España romana*. Madrid, 1953, 374, núm. 24. Recuérdense también las numerosas estelas vadinien- ses de la zona de los Picos de Europa.

(15) Para las legiones, véanse, principalmente, E. Ritterling, artículo *legio* en *RE* (1924-5), y G. Forni, *Il reclutamento delle Legioni da Augusto a Diocleziano*. Milán, 1953. Son los trabajos más modernos y amplios, donde se hallará la bibliografía complementaria.



Fig. 5.—Estela de Pintaius hijo de Pedilicius, astur transmuntano, nacido en el *Castellum Intercatia*. Fué *signifer* (abanderado) de la *cohors V Asturum*. Ingresó en la cohorte a los veinticuatro años y murió seis después. La estela (uno de los monumentos más importantes en su clase) se halló en Bonn (antigua *Bonna*, en la *Germania Inferior*) en 1755. Consérvase en su Museo. Es de la primera mitad del siglo I de la Era. Pintaius toca su cabeza, a modo de casco, con una piel de oso, cuyas manos delanteras se cruzan sobre el pecho. En la diestra tiene el *signum* o enseña de la *cohors*.



Fig. 6.—Estela de un tal Cantaber, hijo de Virotus. Hallada en *Mogontiacum* (hoy Maguncia). Consérvase en el Museo de Maguncia. La rotura de la lápida se ha llevado el nombre del cuerpo a que perteneció. Debajo, la parte conservada de la inscripción. Epoca augústea.



Fig. 7. — Lápida de un soldado español, con ciudadanía romana, del *Ala I Hispanorum*. Murió en el décimoquinto año de su servicio. Fué hallada en Tréveris. Su data es la primera mitad del siglo I. (Nuestra ilustración, de «Mainzer Zeitschrift», 6, 1911, 32, fig. 2.)

más—, mientras las legiones se alimentaban con los ciudadanos romanos de las provincias o territorios más romanizados, los *auxilia* salían precisamente de las más bárbaras, resultando a la postre una mayor nivelación por el constante ascenso a las capas sociales mejor dotadas civilmente, de elementos oriundos de las menos agraciadas en estos privilegios.

Ahora se comprenderá mejor la enorme eficacia romanizadora del servicio militar de los *peregrini* en los cuerpos auxiliares. Los veteranos—es decir, los licenciados—, bien probada su fidelidad a la causa romana y bien latinizados tras tantos años de servicio, eran incorporados a los estratos más altos de la sociedad local, gozando él, sus hijos, sus nietos y todos sus descendientes (la ciudadanía romana era heredable) de todos los derechos inherentes al título de *civis romanus*, al que apeló dignamente San Pablo cuando se le quiso juzgar de modo arbitrario. Los veteranos de las unidades auxiliares, si volvían a su patria chica (aquella que dejaron cuando casi niños se inscribieron como voluntarios), se colocaban al instante en el escalón social más alto de su tribu o comunidad, llenos de prestigio y con un grado de cultura muy superior al de sus coterráneos, apegados fuertemente aún a sus viejas tradiciones, a su lengua vernácula y a sus antiguas costumbres, más o menos bárbaras. Se convertían, por ello, en los mejores propagandistas de la cultura romana y ellos mismos difundían la romanidad por entre sus vecinos, amigos y familia. Era natural que los altos cargos administrativos de su comunidad tribal recayesen sobre ellos, apoyados tanto por sus convecinos como por las autoridades romanas.

Veamos ahora qué parte de la Península proporcionaba a Roma soldados auxiliares durante el Imperio (16). Su conocimiento nos dará a un tiempo—ahora se verá—un cuadro de las zonas más bárbaras o menos romanizadas y, por ende, un índice de su proceso de

(16) Espero que tendremos ocasión de presentar en esta Revista más de una historia detallada de las andanzas de estas unidades hispanas por el mundo romano. Pero, por el momento, hemos de limitarnos ahora a su simple enumeración. Entre tanto, el curioso puede consultar estos dos trabajos míos: *Alae y cohortes de nombres étnicos hispanos en el Norte de Marruecos*, «Archivo Español de Arqueología», 25, 1952, 145 ss., y *Los Vardulli en el ejército romano*, «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País», 10, 1954, 131 ss. Añádase últimamente, F. Diego Santos, *Alas y cohortes de los astures*, «Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Oviedo», 1957 (cito de la tirada aparte).

romanización. Como los diferentes cuerpos de *auxilia* creados tanto en la antigua *Hispania* como en las demás Provincias del Imperio, llevaron por lo general los nombres de las tribus o pueblos donde se hicieron las levas que formaron las diversas unidades, podemos hoy día hacer un catálogo bastante completo de ellos (17).

Ateniéndonos a los documentos de todas clases hasta ahora conocidos, este catálogo, por lo que respecta a las unidades españolas, consta ya de más de un centenar de unidades con nombres étnicos hispanos, casi todas *cohortes* de infantería (a veces con elementos montados también), y en menos cantidad, *alae* de caballería. Este centenar y pico de unidades hoy conocidas llevaban los nombres de los siguientes pueblos hispanos:

Astures (que habitaban la actual provincia de Oviedo y la de León hasta el Duero) (cfr. figs. 3, 5 y 13).

Vettones (regiones de Salamanca, Avila y Cáceres).

Arevací (provincia de Segovia y partes colindantes de las de Burgos, Soria y Guadalajara).

Bracari (todo el Norte de Portugal entre el Duero y el Miño) (cfr. fig. 12).

Vardulli (provincias de Guipúzcoa y Alava).

(17) La mayoría de los datos conocidos sobre las *cohortes* y *alae*, tanto en lo referente a sus nombres como a sus movimientos, proceden no de los textos escritos de los historiadores antiguos (que citan muy raramente a estas unidades), sino de los hallazgos epigráficos, singularmente de los llamados diplomas militares (*diplomata militaria*) (figs. 12 y 13), documentos en bronce donde se hacía constar que el interesado había recibido con su licencia (*honesta missio*) (figs. 3 a 11) el título de ciudadano romano y el *conubium* o derecho al matrimonio perfecto. Estos documentos, que por caso verdaderamente extraño no han aparecido aún en la Península, son relativamente numerosos y han sido recopilados recientemente (refundiendo la primera publicación de Mommsen) por H. Nesselhauf en el t. XVI (1936) y su suplemento (1955) del *Corpus Inscriptionum Latinarum* con el nombre de *Diplomata Militaria*. Además deben consultarse ciertas obras fundamentales, como los artículos de C. Cichorius en la *RE* sub voce *ala* y *cohors*, aún muy útiles a pesar de haber sido escritos hace más de medio siglo. Más recientes son los trabajos de G. L. Cheesman, *The auxilia of the Roman Imperial Army*. Oxford, 1914, y W. Wagner, *Die dislokation der römischen Auxiliarformationen in Provinzen Noricum, Pannonien, Moesien und Dakien, von Augustus bis Gallienus*. Berlín, 1938. Pero, sobre todo, K. Kraft, *Zur Rekrutierung der Alen und Kohorten an Rhein und Donau*. Berna, 1951. En estos libros fundamentales se hallará la bibliografía complementaria. Consúltense también los citados antes para las legiones (nota 15).

Carietes (parte occidental de Vizcaya y Alava).

Vascones (Navarra, Huesca y la Rioja).

Cantabri (Santander y Norte de Palencia y Burgos) (cfr. fig. 6).

Callaeci (Galicia actual) (cfr. fig. 12).

Lucenses (la Galicia actual, pero considerada ahora no como pueblo o entidad étnica, sino como circunscripción administrativa romana, como *Conventus: Conventus Lucensis* con *Lucus Augusta* como capital). (Véanse figs. 4 y 12.)

Lemavi (pueblo galaico entre el Sil y el Miño, al Norte de Orense. Monforte de Lemos conserva aún en la segunda parte de su nombre el recuerdo de aquellos *Lemavi* de que hablamos) (cfr. fig. 13).

Celtiberi (que habitaban las provincias de Soria, Guadalajara, Cuenca y parte de la de Teruel).

Lungones (al Este de Asturias, donde el topónimo perdura, por ejemplo, en Lugones).

Lusitani (todo Portugal y el Oeste de Castilla).

Ausetani (los de la comarca de Vich = *Vicus Ausetanorum* en la provincia de Barcelona).

En el gráfico 1 se han situado las nacionalidades conocidas.

No incluyo pueblos, sin duda hispanos también, pero cuya situación exacta desconocemos por ahora, como los *Auriani* (probablemente, a mi parecer, galaicos de la región de Orense, fig. 3), los *Campagones* (acaso gentes astures), los *Sucubuli* (desconocidos, pero probablemente hispanos) y los *Veniaeses* (que podrían fijarse, con pocas dudas, en la vecindad de los *Carietes* de Vizcaya).

Estas son las entidades étnicas conocidas. Mas como muchas de ellas componían varios cuerpos independientes con el mismo nombre, pero con distinta numeración y composición, y hubo también muchas unidades genéricamente llamadas de hispanos (*Hispanorum*), y de las cuales hablaremos luego, se llega al centenar de unidades y aún se pasa de él, como antes dijimos.

En el mapa de la figura 2 hemos rayado con más o menos intensidad, según el número de cuerpos conocidos, los distintos pueblos de que recibieron nombre tales unidades. Pero sin duda la recluta se haría, sobre todo, en aquellas zonas menos romanizadas de estos mismos pueblos. Así, sería erróneo comprender entre los *Vascones*, *Astures* o *Lusitanos*, pongo por ejemplo, los habitantes de la orilla del Ebro, los de la región de Astorga (*Asturica Augusta*) o los del valle del Guadiana (zona de *Metellinum*, *Emerita Augusta* y *Pax Iulia*),

respectivamente, ya muy romanizados. Lo más probable es que los *Vascones* de las *cohortes Vasconum* fuesen reclutados predominantemente entre los pobladores de las zonas montañosas de Navarra y Huesca, pero no en el valle del Ebro, muy romanizado ya desde primera hora (18). Por las mismas razones no es concebible que las varias cohortes de Lusitanos conocidas hayan salido de los *Conventus Iuridici de Pax Iulia* (Beja) y *Emerita Augusta* (Mérida). Estos proporcionarían muchos más legionarios que *auxilia*. Los lusitanos de estos cuerpos auxiliares serían reclutados en su mayoría en las zonas agrestes de la Sierra de la Estrella y las estribaciones secundarias que se extienden entre el Tajo y el Duero. Lo mismo podríamos decir, aunque en menor grado, de los *Astures*, *Vettones*, *Arevaci*, *Bracari*, etcétera. Sin embargo, los *Callaeci*, *Verdulli*, *Carietes*, *Celtiberi*, *Cantabri*, *Ausetani*, *Lemavi*, *Lungones*, etc., creo fueron conscriptos en todo el territorio por ellos ocupado. En el mapa de la figura 2 reducimos a sus verdaderas proporciones el área donde se hicieron probablemente las levas de *auxilia*. Y en la comparación de esta figura son la anterior hallamos clara explicación a lo dicho, viéndose cómo las zonas de recluta vienen a coincidir con las regiones más montuosas de la mitad Norte de la Península.

Aunque las unidades auxiliares llevasen por lo común el título o nombre oficial del pueblo de donde procedían sus reclutas, con el tiempo se fué acentuando una divergencia notable entre dicho nombre y el contenido real de soldados originarios de la nación que dió el título a la unidad. Es decir, que si bien hemos de aceptar que, en su origen, la *Cohors I fida Vardullorum equitata milliaria* (pongamos por caso) estuvo integrada en su totalidad (1.000 hombres) por *Vardulli*, andando el tiempo este porcentaje iría disminuyendo en la misma medida que sus componentes fuesen cayendo en el campo de batalla o licenciados. Cabría pensar que nuevas levas de *Vardulli* irían a llenar las bajas habidas, pero en realidad no era así. Ya desde Tiberio, tanto las legiones como los cuerpos auxiliares, tendían a estabilizarse en un frente; consecuentemente era más cómodo suplir las bajas con reclutas de localidades próximas, cubriendo, a medida que se producían, los huecos dejados por muertos y licenciados. Pero

(18) *Calagurris* (actual Calahorra), que era ciudad de *Vascones*, había dado ya en el siglo I de la Era un rhetor de la talla de Quintiliano.



Fig. 8.—Estela funeraria de un español, ciudadano romano, que sirvió en el *Ala I Thracum* durante veintitrés años, muriendo a los sesenta y un años. Llegó al grado de centurión. La estela fué hallada en 1912 en Offenburg y se conserva en el Museo de Karlsruhe. Se data hacia el año 75 de la Era. Nuestra ilustración según «Germania Romana», vol. III, lámina III, 2.)



Fig. 9.—Estela de un soldado que sirvió en el *Ala I Hispanorum* a comienzos del Imperio. El ala fué trasladada a mediados del siglo I de *Germania Superior* a *Pannonia*. Fué hallada en 1666 en Worms (*Borbetomagus, Germania Superior*) y se conserva en el Museo de Worms. (Nuestra ilustración tomada de Schumacher, *Germ. Darstell.*, núm. 72.)



Fig. 10.—Estela funeraria de un soldado de nacionalidad helvetia (Suiza) que sirvió en el *Ala I Hispanorum*. Murió a los treinta y seis años, tras de dieciocho de servicio. La estela se halló en Maguncia (*Mogontiacum*), en cuyo Museo se conserva. Probablemente es de época augustea. El ala acampó en *Germania Superior* durante la primera mitad del siglo I. (Tomada de «Germ. Rom.» III, lám. VIII, 1.)

Fig. 11.—Estela funeraria de un soldado lóngón que sirvió en el *Ala I Hispanorum* durante la primera mitad del siglo I en la *Pannonia Inferior* (Hungría). La estela se halló en *Aquincum* (cerca de Buda-Pest). La erigió su hermano, probablemente soldado de la misma unidad. «Los gallos de pelea aluden sin duda a la acometividad del soldado. (Tomada de H. Hofmann, *Römische Militärgrabsteine der Donauländer*, Viena 1905, figura 62.)



(esto es lo importante), la unidad no por ello cambiaba de nombre. Las inscripciones demuestran que, sobre todo a partir de Hadriano, la costumbre se generalizó de tal modo que debía de ser corriente hallarse ante unidades en las que predominasen milites oriundos de pueblos que nada tenían que ver con el nombre étnico que aún llevaba dicha unidad (cfr. figs. 8, 10 y 11). El número de *Vardulli* que a comienzos del siglo III hubiese en la *Cohors I fida Vardullorum equitata milliaria*, unidad que guarneció el limes británico hasta por lo menos mediados del siglo III (no hay al menos testimonios posteriores de ella), debía de ser ya ínfimo o nulo, no obstante conservar el nombre del pueblo con que se inició la unidad. Esto hubo de ser lo general en todos los cuerpos auxiliares, españoles o no (19). Mas como no es de creer que cesasen las levás entre tales pueblos, las nuevas y sucesivas conscripciones habrían de distinguirse de algún modo de la anteriores, y este modo no fué otro que el número de orden pertinente. Así tenemos, por ejemplo, entre los *Astures*, las siguientes unidades hasta hoy conocidas: *Ala I Hispanorum Asturum*, *Ala I Asturum*, *Ala II Asturum*; *Cohors I Asturum equitata*; *Cohors I Asturum*; *Cohors II Asturum*; *Cohors III Asturum equitata civium Romanorum*; *Cohors IV Asturum* (aún no testificada, pero necesaria por las que le siguieron); *Cohors V Asturum*. (No es necesario aña-

(19) Hay *alae* y *cohortes*, cuyos nombres manifiestan bien a las claras su varia composición. Sirvan como ejemplo expresivo el de esta unidad, que cito por haber figurado en ella muchos elementos hispanos mezclados con galos, el *Ala Claudia nova miscellanea*, donde el adjetivo *miscellanea* denuncia su composición varia. Pero volviendo a unidades propiamente españolas, ahí tenemos la *Cohors Ligurum et Hispanorum*, mezcla de gentes hispanas y otras reclutadas en la región de Génova; o el *Ala Asturum et Tungrorum*, compuesta por lo que se ve con asturianos y belgas de la tribu de los *Tungri*; o la *Cohors II Nerviorum et Callaecorum*, en la que los gallegos combatían junto a los *Nervii*, otra tribu belga, por cierto emparentadas con los primitivos habitantes de Vizcaya que dieron nombre al Nervión, el río de Bilbao. Los ejemplos podían multiplicarse. Estas mezclas, a veces sumamente heterogéneas, debían de originarse cuando, tras alguna acción muy dura, se hacía necesario reagrupar los restos de las diezmadas unidades en otras nuevas. Es lo que pasaba en las legiones y el origen del apelativo *Gemina* de algunas de ellas, como la muestra VII (véase mi monografía *La Legio VII Gemina, Pia, Félix y los orígenes de la ciudad de León*, «Boletín de la Real Academia de la Historia», vol. 127, 1950, 449 ss.). Cuando los nombres étnicos eran de pueblos vecinos, es preferible pensar en una recluta simultánea. Por ejemplo, en el caso de los cuerpos mixtos de astures y gallegos, que luego citaremos.

dir las cohortes mixtas de *Astures* y *Callaeci* (20). Todas estas unidades, que nacieron con sus cuadros completos y cubiertos por *Astures*, fueron perdiendo a lo largo del tiempo, y por el natural desgaste sufrido en los frentes, su composición original, para convertirse paulatinamente en unidades con un tanto por ciento progresivo de individuos completamente ajenos al nombre étnico que llevaba la unidad desde su nacimiento. ¿Cuántos *Astures* habría en la *Cohors II Asturum* que hallamos en *Busiris* (Delta del Nilo) a fines del siglo III? No lo sabemos, pero probablemente ninguno.

Vayamos ahora a otros problemas. El más urgente es saber cuándo fueron creadas estas unidades, ya que entonces fué cuando, sin duda alguna, estuvieron formadas íntegramente por hispanos. En otras palabras, cuándo hay exacta correspondencia entre el nombre étnico de la unidad y el origen de sus componentes. Más claro aún: cuándo, por ejemplo, una *cohors Asturum* estuvo realmente integrada por *Astures*.

La mayoría de las unidades auxiliares se debieron de crear en época julio-claudia, vale decir en la primera mitad del siglo I de la Era. Ya desde el primer momento vemos con evidencia que destacan, tanto por su número como por la fecha temprana de su aparición, las unidades de nombres étnicos hispanos, a las que siguen inmediatamente las reclutadas en el Danubio. Nótese que estas dos regiones eran aún focos candentes de rebelión, pues ni los *Cantabri*, *Astures*, *Gallaeci* y *Lusitani* estaban aún pacificados, ni las tribus de orillas del Danubio habían sido del todo dominadas (insurrección pannónica de los años 6-9 de la Era). Por lo que respecta a España, tanto a Augusto como a su sucesor Tiberio les interesó mucho utilizar en beneficio de Roma la juventud de aquellos pueblos del Norte y Noroeste de España acabados de vencer militarmente, pero no de dominar ni someter. La recluta (probablemente forzada) entre ellos de tropas auxiliares solucionábales a un tiempo dos graves problemas: uno, político: la «pacificación» de los pueblos vencidos por el procedimiento más eficaz, que no es otro que el arrebatarles la gente joven

(20) Aunque aparentemente algunas de estas unidades pudieran ser una sola diferentemente citadas en los textos epigráficos, y aunque alguna vez, en efecto. sea así, sépase que en la mayoría de los casos, y pese a la similitud de nombres y a la igualdad de números, se trata sin duda de unidades distintas, ya que aparecen simultáneamente citadas en frentes a veces muy distantes.

(una verdadera sangría), y otro, militar: la formación con ella de unidades bravas y valientes que tan necesarias eran entonces a las legiones de orillas del Rhin y del Danuvio. Allí las vamos a ver actuar ahora.

Efectivamente, he aquí una lista de las primeras *alae* y *cohortes* hispanas y su distribución por los frentes. Interesa advertir que citamos sólo aquellas unidades de las que estamos seguros respecto a la data de su creación y respecto al origen de sus reclutas. Este lo conocemos: bien porque el interesado dejó declaración explícita de su patria de origen (véase figura 5 con la extraordinaria precisión de datos a este respecto), bien porque tal patria se deduce por el nombre (véase la figura 4 con el nombre *Reberrus*, exclusivamente español), bien por otras razones fehacientes que no son del caso citar. Téngase en cuenta que hemos prescindido de los casos dudosos a fin de dar a esta lista todo el valor que pretendemos tenga. Y vamos a ella:

Frente del Rhin y de *Raetia* (todo el Oeste y Sur de Alemania): las *Cohortes I Asturum* y *V Asturum* (véase figura 5), la *Cohors Asturum et Callaecorum*, la *III Hispanorum*, la *I Lucensium Hispanorum* (véase figura 4) y la *III Lusitanorum*.

Frente danuviano, concretamente en *Pannonia* (actual Hungría): *Cohors I Asturum et Callaecorum*, *Cohors V Callaecorum Lucensium*, *Cohors I Hispanorum* y *Cohors I Lusitanorum*.

En el *Illyricum* (actual Yugoslavia): *Cohors I Lucensium*, *Cohors V Bracaraugustanorum* y *Ala II Arevacorum*.

Obsérvense estos dos hechos: 1) Que en algunos casos aparecen ordinales tan altos como el V que vemos, por ejemplo, en la *Cohors V Asturum* o en la *Cohors V Bracaraugustanorum*. Ello permite deducir que de estas cohortes ya se habían creado por lo menos cinco unidades en la primera mitad del siglo I. Lo mismo cabe decir de las *Cohortes Lusitanorum* y de otras por el estilo. En muchos casos, como buena parte de los citados arriba, nos faltan testimonios de las unidades intermedias, pero ha de tenerse muy en cuenta, aunque nosotros prescindamos aquí de ellas por atenernos estrictamente a los datos seguros. No nos cabe la menor duda de que futuros hallazgos arqueológicos irán llenando los huecos que ahora notamos. 2) El segundo hecho que quería destacar era éste: que todos los pueblos cuyos nombres llevaron estas unidades, vivieron precisamente dentro del área que fué teatro de las Guerras Cántabras, por donde se ve la

estrecha relación de estas guerras con las zonas de recluta de dichas unidades. Cántabros (fig. 6), astures, gallegos lucenses, bracaraugustanos y lusitanos nos llevan, en efecto, desde Santander hasta Galicia y desde ésta, por la costa, hasta el Duero o el Tajo. Es interesante la coincidencia y viene a explicar de modo sorprendente el texto de Strábon, que dice: «... los mismos cántabros que de todos estos pueblos eran los más aferrados a sus hábitos de bandidaje, así como los pueblos vecinos..., ahora, en lugar de devastar como antes las tierras de los aliados del pueblo romano llevan sus armas al servicio de los mismos romanos, como acaece precisamente con los coniacos y plentusios que habitan hacia las fuentes del Ebro» (21). Estos últimos son los de la región de *Iuliobriga*, ciudad cuyas ruinas estamos excavando; pero se alude directamente también a todos los demás pueblos indígenas del Norte y Noroeste (véase figura 6 con la imagen de un cántabro que murió en el frente del Rhin.)

Quédanos otra pregunta importante: ¿Y estas unidades, cualquiera que fuese la época y el área de su conscripción, dónde combatieron? ¿Adónde fueron destinados tantos miles de españoles? Prescindamos ahora de toda otra circunstancia para atenernos únicamente al nombre étnico de la unidad, y veamos dónde aparecen.

Todos los frentes externos del Imperio fueron cubiertos, en la parte que les cupo dentro de la dislocación general de fuerzas, por tropas auxiliares hispanas. Enumeraremos estos frentes siguiendo un orden estricto. Comenzaremos por el Atlántico con *Britannia* y terminaremos en el mismo—después de haber dado la vuelta al área mediterránea—con la *Mauretania Tingitana*. He aquí la lista:

Britannia, *Germania (Superior e Inferior)*, *Raetia* (Sur de Baviera), *Noricum* (aproximadamente lo que ahora es Austria), *Illyricum* (actual Yugoslavia), *Pannonia* (Hungría), *Moesia* (Norte de Bulgaria) y *Dacia* (Rumania). En Europa.

En Asia: *Syria*, *Kappadocia* y *Palestina*.

En Africa: *Egipto*, *Thebaida*, *Cyrenaica*, *Mauretania Caesariensis* (lo que hoy es Argelia, aproximadamente) y *Mauretania Tingitana* (equivalente al Marruecos actual).

Aunque, como ya explicamos antes, el porcentaje de reclutas cuya nacionalidad daba nombre a la unidad iba siendo cada vez me-

21) Strábon III 3, 8.



Fig. 12.—Interior de una de las láminas del diploma militar del 7 de noviembre del año 88 de la Era, hallado en 1923 en Muhowo. Consérvase en el Museo de S6fia. En él se citan 20 cuerpos auxiliares de las guarniciones de Syria, de ellos los tres hispanos siguientes: *Cohors I Lucensium* (línea 9), *Cohors IIII Bracaraugustanorum* (línea 14-15) y *Cohors IIII Callaecorum Lucensium* (línea 35). (Según Nesselhauf, *Dipl. Mil.*, núm. 35.)

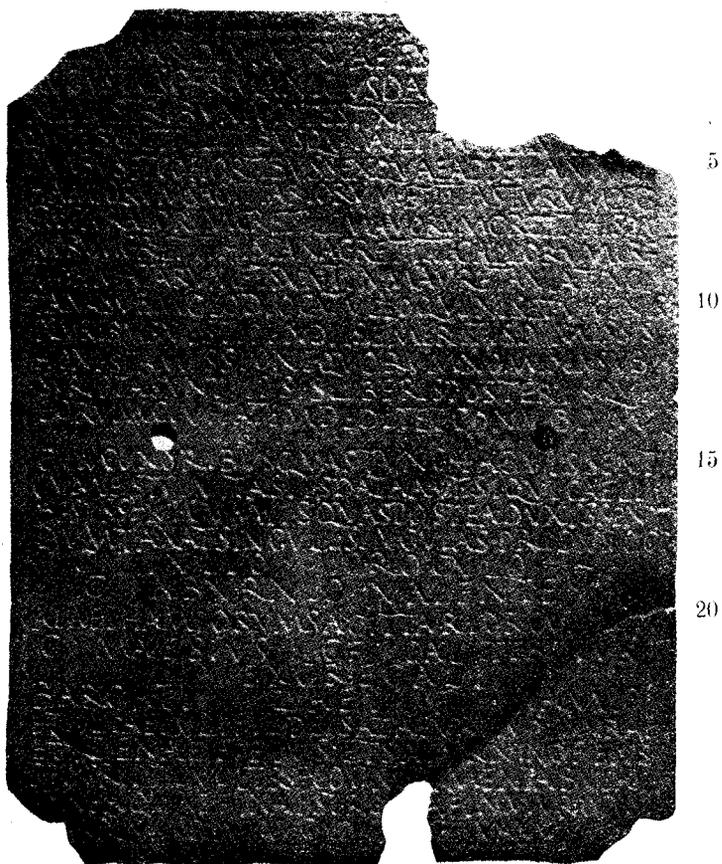


Fig. 13.—Interior de una de las láminas del diploma militar del 14 de octubre del año 109 hallado hace poco en *Valentia Banassa*, cuyas ruinas caen entre Alcazarquivir y Rabat. En él se citan ocho cuerpos auxiliares de guarnición en la *Mauretania Tingitana*, de los cuales la mitad son hispanos: *Ala III Asturum pia fidelis civium Romanorum* (línea 6); *Cohors I Lemavorum civium Romanorum* (línea 7); *Cohors II Hispanorum c. R.* (línea 7-8), y *Cohors II Hispana c. R.* (línea 8). (Según Nesselhauf, *Dipl. Milit.*, núm. 161.)

nor a medida que sus claros se cubrían con elementos de conscripciones más próximas, también es verdad que por las mismas razones muchos españoles iban a cubrir bajas habidas en cuerpos que no llevaban nombres hispanos. Podríamos citar muchos casos. Así, el de aquel bracaraugustano que a comienzos del siglo II aparecen sirviendo en la *Cohors.IIIII Sugambrorum*, formada en su origen con reclutas pertenecientes a una tribu germana de la actual zona del Ruhr. O aquel otro español que llegó al grado de decurión del *Ala I Pannoniorum Tampiana* que, por las mismas fechas, estaba de guarnición en *Britannia*. O el gallego lucense que figura en otra ala de *pannonios*. Es curioso que la lápida funeraria de este soldado, hallada en la antigua *Scarbantia* (*Savaria*, actual Stein, no lejos de Gratz, al pie de los Alpes Austríacos) le fué puesta por otros dos iberos, sin duda compañeros de armas del difunto. Aun dentro del fundente latino, que a todos hacía compatriotas de una sola patria, estos tres españoles, a pesar de ser de comarcas distintas (el muerto era gallego y los otros dos, uno de *Lancia*, probablemente la que estuvo junto a León, pues había otra en la *Lusitania*), y el otro de *Aligantia*, en *Asturiae*?, supieron vivir estrechamente unidos por su comunidad de origen en medio de soldados cuyos idiomas vernáculos serían completamente ininteligibles para ellos. En la figura 8 reproducimos la estela, con la efigie respectiva, de un español que murió como centurión de un cuerpo de caballería thracio.

En las líneas que preceden nos hemos atendido sólo a los cuerpos auxiliares con nombres étnicos hispano. Pero además de éstos hubo todavía muchos que llevaron la simple designación de *hispanos* (*Hispanorum*), sin otro adjetivo que precisase la oriundez de sus componentes (figs. 7, 9 a 11). Esta vaguedad debe explicarse en su múltiple composición. Es decir, que estas unidades de hispanos en general debían de estar formadas por un mosaico de pueblos peninsulares sin otro común denominador que el de ser españoles. Circunstancia tal nos priva de poder aprovechar estos datos en beneficio del tema que nos preocupa ahora. Pero debe tenerse en cuenta que *Cohortes Hispanorum* se conocen unas 25 y que *Alae Hispanorum* tengo registradas unas 8 ó 10. Entre ellas hay varias miliarias y de *civium romanorum*. Pero esta última designación nos lleva a un nuevo párrafo.

Un párrafo aparte merece, en efecto, el caso de los cuerpos auxiliares hispanos compuestos con ciudadanos romanos. Recordemos que las *alae* y *cohortes* auxiliares se nutrían de elementos poco ro-

manizados, privados del derecho de ciudadanía romana, a los que los romanos llamaban *peregrini* (sobre ello hablamos al comienzo de este artículo). Esta era la regla. Pero la verdad es que hubo un buen número de cuerpos auxiliares con la coletilla de *civium romanorum*; es decir, con la advertencia distintiva de que eran unidades constituidas con ciudadanos romanos. Citemos a título de ejemplo las siguientes unidades hispanas: La *Cohors II Hispanorum equitata milliaria civium Romanorum* y la *Cohors I Flavia Ulpia Hispanorum civium Romanorum*. Luego citaremos algunas más.

No sabemos exactamente las circunstancias que presidieron tales casos para que estas unidades auxiliares lo fuesen de ciudadanos romanos. Sabemos, sí, que a medida que pasaban los años se tendía más y más a aproximar las tropas auxiliares a las legiones y que así como empezaron a admitirse en éstas a peregrinos (previa la concesión de la ciudadanía romana), también los cuerpos auxiliares recibían ciudadanos romanos. Esta paulatina equiparación dió origen a que se creasen otras unidades equivalentes a las de los antiguos *auxilia* para dar en ellas cabida a reclutas bárbaros. Así surgieron ya en los comienzos del siglo II los *numeri*. Por otra parte, un comportamiento heroico podía ser premiado al punto con la concesión de la ciudadanía romana a toda la unidad, como en el caso de la turma salluitiana (22) se demuestra. No sabemos—repito—en cuáles de estas circunstancias pudieron recibir la ciudadanía romana las unidades auxiliares hispanas con el distintivo *civium Romanorum*. Pero me atre-

(22) Una *turma* equivalía a un escuadrón de caballería de unos 30 hombres. En 1908 se halló en las pendientes del Capitolio de Roma el acta oficial, en bronce, por la que el Estado romano concedía el honor *virtutis causa*, como dice el texto, de la ciudadanía romana a una turma de jinetes ibéricos por su valeroso comportamiento en una de las batallas de las llamadas guerras mársicas, concretamente en la de *Asculum*, hoy Ascoli. En este documento, fechado, por las circunstancias históricas a que hace referencia, en el año 89 antes de J. C., se da la nómina de los soldados hispanos y sus procedencias. Por ello sabemos que fueron reclutados entre los pueblos del Ebro por la parte de Zaragoza y del Segre por la de Lérida. Estos casos debieron de ser muy abundantes en tiempos imperiales, cuando los cuerpos auxiliares se hicieron más numerosos y las ocasiones más frecuentes. Sobre este documento volveremos más despacio en esta misma Revista alguna vez. Por el momento, el lector curioso hallará más información y la bibliografía completa en mi libro *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*. Madrid, 1953, 113 ss. Sobre los *auxilia* hispanos en tiempo de la República trató A. BALIL en «*Emerita*», 24, 1956, 108 ss.

vería a asegurar que, en la mayoría de los casos al menos, su recluta no se hizo ya entre peregrinos, sino entre gentes romanizadas, en el disfrute del derecho romano o, al menos, del *ius Latii*, un grado de ciudadanía ligeramente inferior al romano. Ha de advertirse que aunque la romanización del Norte y Noroeste de la Península fué desarrollándose con suma lentitud por las razones antes aducidas, y otras de menor monta, en realidad el derecho de ciudadanía romana se iba extendiendo incesantemente, hasta el punto de que cada vez sería más difícil hallar en estas regiones suficiente número de *peregrini* para seguir formando las unidades auxiliares necesarias. Además paralelamente, el mágico valor del título *civis romanus* se iba perdiendo a medida que dejaba de ser privilegio de pocos para convertirse en patrimonio de todos. Ocurrió con ello como ocurre con todas las cosas que se prodigan o abundan: que perdió buena parte de su valor. Los esclavos al convertirse en libertos, y los *peregrini* al mudar de condición, pasaban a engrosar de un modo superabundante la lista de los ciudadanos romanos, al tiempo que disminuía la de esclavos y peregrinos. Naturalmente, las instituciones basadas en estas diferencias hubieron de irse adaptando a las nuevas circunstancias. De ahí la presencia de peregrinos en las legiones, de ciudadanos romanos en los cuerpos auxiliares y la aparición de los *numeri* a que antes hemos hecho alusión. Pero es que, además, en España concurrió un caso muy especial. Y fué la concesión general del *ius Latii*, hecha por Vespasiano en el último tercio del siglo I de la Era, a todos los españoles que no tuviesen ya título mejor. Con ello se borraban virtualmente de una vez los *peregrini*. Y aunque esta concesión no debió de ser tan amplia como se ha pretendido, sus efectos debieron de ser grandes y dejarse sentir muy pronto en toda la Península. Voy a demostrar al punto cómo los cuerpos auxiliares españoles de ciudadanos romanos fueron creaciones posteriores a Vespasiano, concretamente al año 75, fecha de la concesión general del *ius Latii* con que el emperador Flavio regaló a todos los españoles *peregrini*.

Para ello partamos, por ejemplo, de la ya citada *Cohors I Flavia Ulpia Hispanorum civium Romanorum*. El doble apelativo de *Flavia* y *Ulpia* nos lleva, por el primero, a los flavios, y por el segundo, a Trajano. El cuerpo, por tanto, se debió de formar con ciudadanos romanos a fines del siglo I de la Era, inmediatamente después de la concesión general del *ius Latii*. Efectivamente, la *cohors* citada hace

su primera aparición conocida en el año 110, formando parte del ejército de ocupación de la *Dacia* (Rumanía). Otro ejemplo fehaciente, y muy instructivo, es el de la *Cohors I Lemavorum civium Romanorum*. Estos *Lemavi* ya los hemos presentado. Vivían en el corazón de Galicia, en la región de Monforte de Lemos. Aquí debía de haber poco antes de los flavios un núcleo urbano de cierta importancia, sin duda alguna el mismo que dió origen luego a la primitiva Monforte. Probablemente tal concentración urbana es la que pudo dar pie para la concesión a los *Lemavi* de los privilegios otorgados por Vespasiano. Estos *Lemavi*, no obstante la concesión vespasiana, debían de ser aún gentes poco romanizadas y, en lugar de llevarlos a las legiones, formaron con ellos un cuerpo especial más, en el que constaba su calidad de *cives romani*. Así podría explicarse que la *cohors* con ellos formada se designase como *Cohors I Lemavorum civium Romanorum*, y que aparezca por primera vez inmediatamente después de Vespasiano, en el año 88, guarneciendo parte del *limes* de la *Mauretania Tingitana*. Otro caso similar es el de la *Cohors III Asturum Pia Fidelis civium Romanorum*, a la que vemos por vez primera actuando en el año 88 también en la misma *Mauretania Tingitana*. Lo mismo cabe decir de la *Cohors I fida Vardullorum milliaria civium Romanorum*, reclutada probablemente en la zona baja de Alava, y a la que vemos luchando en el Norte de *Britannia* desde el año 98. Por no hacer interminable esta exposición, me limitaré a decir que cuerpos auxiliares de ciudadanos romanos hispanos se conocen, además de los citados, los formados por *Vettones*, *Vascones*, *Callaeci* y *Celtiberi*, todos los cuales no figuran como de ciudadanos romanos, sino después de la concesión del derecho latino otorgado por Vespasiano a los españoles. Ello es prueba evidente de que debió de haber una estrecha interdependencia, una concomitancia entre la concesión vespasiana y la aparición de estos cuerpos auxiliares formados con ciudadanos de derecho romano. Si nuestra hipótesis es acertada o no, queda *sub iudice*, así como el problema de si es o no un caso particular dentro de un fenómeno general, pues apresurémonos a decir que no se conocen tampoco cuerpos auxiliares de ciudadanos romanos antes de los flavios entre las unidades reclutadas fuera de España.

Ahora pasemos a un último extremo: el de las *Cohortes Praetorianae*. Estas servían sólo en Roma y eran, por así decirlo, la guarnición de la ciudad y la guardia personal del Emperador. Sus reclu-

tas se seleccionaban. Habían de medir, al menos, 1,72 metros y ser de una fidelidad absoluta, por lo cual una buena parte de sus soldados se solían elegir de entre los pueblos más aguerridos del Imperio, pueblos además que, al no estar romanizados por entero, se hallaban completamente ajenos a los problemas políticos y a las rencillas de la corte. No tenían más remedio que adherirse estrechamente en cualquier caso al Emperador en persona, servirle ciegamente y sin vacilaciones. Eran, además, tropas excelentemente pagadas. Podrían citarse varios paralelos modernos de todos conocidos. Pues bien, entre tales pretorianos figuraron en primera línea los españoles. En tiempos de Septimio Severo, hacia el año 200 de la Era, las nacionalidades de estos pretorianos aparecen en este orden: primero los macedonios, segundo los nóricos y tercero los hispanos. Siguen en cuarto lugar los pannonios, y ya en proporciones muy inferiores, los galos y dálmatas. Listas posteriores mantienen esta escala (23).

El tema es atractivo y por ello añadiré un pequeño apéndice a lo que antecede. Ya Mario tenía en Roma como guardia personal un cuerpo de adictos incondicionales formado por *Vardulli* (gentes de la actual Guipúzcoa y parte de Alava). César tuvo una guardia similar de Iberos, sin que sepamos de dónde precisamente. Cassio Longino, su legado, tuvo otra guardia de *Berones*, vecinos por el Oeste de los *Vardulli*. En cuanto a Augusto, se sabe que tuvo a sus órdenes personales gentes de la misma región, de los *Vascones* de *Calagurris* (Calahorra) (24). En realidad, esta costumbre, aparte los casos modernos antes aludidos, se ha conservado tradicionalmente muy bien en el Vaticano, cuya guardia suiza es de todos conocida.

Terminaremos haciendo, por vía de mero ensayo, un cálculo referente al número de movilizados hispanos y a sus levadas de reemplazo. Téngase en cuenta que aquí pisamos terrenos sumamente movedizos e inseguros por falta de datos precisos y que por ello nuestros resultados son simples hipótesis.

El número de unidades auxiliares con nombres étnicos hispanos son poco más de un centenar, contando tanto las *alae* como las *cohor-*

(23) Sobre las Cohortes Praetorianas, consúltense: M. Durry, *Les cohortes prétoriennes*. París, 1933, y, principalmente, A. Passerin., *Le coorti pretorie*. Roma 1939. Pretorianos de origen español cita Dio en 74, 2, 4 (Xiphil). Un pretoriano de *Clunia* es mencionado en un diploma militar de época flavia hallado en Roma. (Ver Nesselhauf, loc. cit., núm. 25.)

(24) Espero tener ocasión de volver aquí sobre este tema concreto alguna vez.

tes (bastante más numerosas éstas que aquéllas). Sin embargo, el número de reclutas sacados de los pueblos cuyos nombres ostentan tales unidades no debió de ser muy alto. En primer lugar, porque la densidad de población en estas zonas montuosas y difíciles no era tampoco alta, y luego, porque, a más de ser levas de voluntarios (raras veces lo serían forzadas), el número de milites que componían regularmente estas unidades era escaso. Sabido es que tanto las *alae* como las *cohortes* auxiliares se componían de sólo 500 hombres (*quingenariae*) y rara vez de mil (*milliariae*); del centenar y pico de unidades de nombres étnicos hispanos, sólo una decena escasa fué miliaria.

Ahora bien, suponiendo a todas estas unidades actuando a un mismo tiempo (por ejemplo, en el de Trajano) con sus cuadros completos, y admitiendo que todos los *auxilia* eran de la nación cuyo nombre llevaba la unidad (condiciones que probablemente nunca se dieron de modo simultáneo), el total de españoles movilizados como *auxilia* en tal momento sería el de 40 ó 50.000, que en una población de algo así como un millón de hombres libres (los esclavos no servían en el ejército), calculable *grosso modo*, pero en datos fidedignos (25) para el área de recluta de nuestra figura 2, da un porcentaje como el 4 ó el 5 por 100, proporción que podría ser aceptable si tenemos en cuenta que, aunque el cálculo se ha hecho sobre condiciones máximas, el número de unidades hispanas era mayor, ya que sin duda desconocemos aún bastantes. No satisfecho, sin embargo, con este resultado he ensayado aun otro por nueva vía. En el catálogo que en 1893 y 1901 hizo Cichorius (26) de las *alae* y *cohortes* auxiliares figuran unas 625 cédulas, de las que unas 110 son de nombres hispanos. Ello da una proporción de casi la sexta parte del total. En el catálogo

(25) Plinio en III 27 nos traslada una importante estadística relativa a la población de estas regiones del Noroeste en el siglo I. Según sus datos, había 240.000 hombres libres en *Asturia* (Asturias y León), 166.000 en el *Conventus Lucensis* (virtualmente toda la actual Galicia) y 285.000 en el *Conventus Bracaraugustanorum* (las provincias portuguesas de Minho y Tras-os-Montes). En total, casi 700.000 hombres libres. Aunque son cantidades que no pueden compararse, por ser un tanto heterogéneas, debido al criterio actualmente seguido en estos censos, sépase que el número total de habitantes (sin excepción) de estas provincias suman hoy cerca de 6.000.000 de habitantes, lo que da un promedio de cerca de 3.000.000 de hombres, es decir, algo más que el cuádruplo de la estadística pliniana.

(26) RE sub voce *ala* y *cohors*.

recientemente hecho por Kraft de *alae* y *cohortes* en el Rhin y el Danuvio (27) figuran un total de unas 230 unidades, de las que unas 40 llevan nombres hispanos. Es decir, que éstas representan como la sexta parte del total, proporción similar a la de Cichorius y aceptable si tenemos en cuenta que, proporcionalmente, había más unidades hispanas en el Norte de Africa que en el Centro de Europa. Suponiendo ahora también que todas las unidades actuaban simultáneamente y que sus cuadros estaban completos, ello nos daría para todo el frente del Rhin y el Danuvio unos 130.000 hombres (teniendo en cuenta las pocas unidades miliarias también), cantidad que va de acuerdo con otros razonamientos que no son del caso. En consecuencia los contingentes serían de unos 25.000 hombres. Si a ellos añadimos unos 10.000 hombres más sirviendo en otras unidades dislocadas por los demás frentes (*Britannia*, *Illyricum*, Asia y Norte de Africa, singularmente en la *Mauretania Tingitana*) llegamos a unos 35.000 hombres, es decir, al 3,5 de los hombres libres conocidos por la estadística de Plinio (28). Esta proporción parece más aceptable, aunque tampoco pongamos demasiado fe en ella.

Veamos ahora a cuánto podrían ascender las levadas de reemplazo. Ya hemos dicho más de una vez, que tanto los *auxilia* como los legionarios eran voluntarios profesionales, y no podía ser de otro modo durando el servicio 25 años. Si aceptamos que en un servicio de tal duración se producía por término medio un 20 % de bajas al año, el reemplazo aportado por los españoles alcanzaría la cifra anual de unos 7.000 hombres, cantidad que ofrecemos también con poca fe, pero que va bien con los cálculos hechos por otros investigadores para las legiones (29)

(27) Loc. cit. en la nota 17.

(28) Véase nota 25.

(29) Para orientarse sobre el particular, véase principalmente G. Forni, loc. cit. (nota 15), 30, que resume las opiniones anteriores y da las suyas aplicadas a las legiones solamente. Pero a estos efectos, no había diferencias notables entre las legiones y los cuerpos de *auxilia*.

CABALGADAS, CORRERIAS Y ENTRADAS DE LOS ANDALUCES EN EL LITORAL AFRICANO, EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV

por TOMAS GARCIA FIGUERAS

Capitán de Artillería, diplomado de Estado Mayor
Correspondiente de la Academia de la Historia

En las historias generales de España, y al referirse a nuestra acción en Africa, se suele pasar, sin solución de continuidad, desde el año 1492 en el que, ocupada Granada, ponen los Reyes Católicos término a la Reconquista, al 1497, en el que la Casa Ducal de Medina Sidonia, al servicio de los Monarcas, conquista Melilla, abriendo con ello el ciclo de la ocupación española del Norte de Africa. Se tiene, a lo sumo, la impresión de que se trata de un movimiento de flujo y reflujo que ya, en época mucho más reciente, había de definirse diciendo que el ocupante de una orilla mediterránea tiene siempre la tendencia de ocupar la opuesta y, también, que se está en presencia de la expansión, por inercia, de la gran empresa de la liberación del suelo patrio, durante casi ocho siglos en poder de un invasor.

Es cierto que las historias generales tienen forzosamente que esquematizar la exposición, reduciéndola a los hechos más importantes que van jalonando la vida de los pueblos; lo es también que el tema que vamos a tratar está aún precisado de muchas investigaciones y concreciones; pero no lo es menos que esa omisión se debe, a veces, a un mal grave que ya se viene reiteradamente señalando, y es que no marchan paralelamente la investigación científica y la incorporación de sus conquistas a las historias generales, con lo cual se pierde, a veces casi absolutamente, el fruto paciente y valioso de esa investigación.

Y ello, con independencia del retraso que también existe, en general, en adaptar los criterios modernos de crítica y de exposición histórica para convertir ésta en mucho más que una larga y fatigosa exposición de hechos bélicos, desarraigados del cuadro geográfico, social, económico, étnico, etc., en el que están sus factores determinantes y sobre los que sus consecuencias han de tener inmediata y normal proyección.

Sucede así, por ejemplo, dentro del tema de nuestra acción africana a fines del xv, en el período comprendido entre esas dos fechas a que nos hemos referido, 1492-1497, ya que sobre la preparación de la ocupación de Melilla existe documentación importante, pese a ser todavía muy incompleta, para poner de relieve de qué modo la Reina Católica (este período de renacer de una política de Africa es claramente isabelino y la influencia y la decisión de la Reina se aparece preponderante), documentó su resolución con numerosos informes y estudios que son hoy, aun con ese carácter incompleto, un modelo de sabia y previsora política africana.

Toda esa siembra dará lugar, en el período fernandino, ya muerta la Reina y bajo el signo preponderante del Cardenal Cisneros, a empresas que han quedado incorporadas a la historia, por ser más brillantes, aunque no más trascendentes, y que culminan hasta 1510, fecha desgraciada de los Gelves, con la ocupación de Mazalquivir (1505) y Orán (1509), y cuya brillantéz no oscurece el conocimiento de las rivalidades entre el Cardenal y los principales jefes militares de su época, rivalidades nacidas de la necesidad de armonizar el pensamiento político, que en su estimación religiosa llegaba a tomar en el ilustre purpurado un carácter de auténtica cruzada, con la ejecución netamente militar, en la que los caudillos de su época eran hombres bien expertos, curtidos en las lides de la guerra contra el moro y contra la piratería turca y conocedores asimismo de las características todas de esta clase de empresas.

Esta idea precisa de que se estaba fraguando a todo lo largo del último tercio del xv, una experiencia y una preparación que había de manifestarse en el período inmediato, demasiado fugaz, de nuestra acción ofensiva en Africa, había de ponerse de relieve ya en nuestros días, cuando D. Marcos Jiménez de la Espada diera a conocer, bajo el título apasionante de *La guerra del moro a fines del siglo XV*, uno de los documentos que figuran en una carpeta, mucho más am-

plia sin duda y hoy casi exhausta, que debió servir para la preparación de las expediciones de Cisneros a Mazalquivir y Orán.

El trabajo de Jiménez de la Espada, presentación y comentario del documento, publicado *in extenso* con notas de mucho interés, apareció en el *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1894, tomo XXV, pág. 174, y posteriormente fué reproducido con nuevas notas de don Hipólito Sancho de Sopránis, por el *Instituto General Franco para la investigación hispano-árabe*, de Tetuán, Sección, 4.ª, Reediciones, núm. 1, año 1940, Imprenta Africa, Ceuta. La publicación tiene el título de *La guerra del moro a fines del siglo XV*. Sancho es, sin duda, el investigador contemporáneo más conocedor de la historia general y particular de la bahía gaditana, a la que de modo tan directo se refiere el documento que dió a conocer Jiménez de la Espada, y ello dió a la edición del *Instituto General Franco*, todo su alto valor, ya que tal documento se refiere, de un modo casi absoluto, a esa región gaditana, en relación con la guerra del moro y con las expediciones a Africa.

El trabajo que comentamos está en la Universidad Central y, cuando publicó su referencia Jiménez de la Espada en 1894, formaba parte de un tomo de manuscritos (94ª Z) «que con el título defectuoso de *Conquista de Orán y memoriales*, etc., encierra una parte (mínima a mi juicio) de los documentos que el Cardenal Cisneros iba juntando y estudiando para proceder con pleno conocimiento de causa a la conquista de allende o de Jerusalén, como quiere su apologista y santificador, el P. Quintanilla» (1).

Todo el trabajo, reproducción y notas comentarios, tanto del autor anónimo como de Jiménez de la Espada y Sancho, es del mayor interés en relación con el estudio de la peculiaridad de la guerra en Africa, siendo sensible que no hubiera sido más divulgado y conocido, al servicio de muchos aspectos de nuestra acción contemporánea. Verdad es que, en nosotros, se da el contrasentido de que, habiendo sido el pueblo que más ha guerreado en todos los continentes y más guerras irregulares ha hecho, favorecido además por el carácter indi-

(1) *La guerra del moro...*, pág. 7. Nos referimos siempre a la publicación del *Instituto Franco*. En esta misma página y en la 8, figuran los documentos escasos que quedaron del expediente eclesiástico-militar instruido para la expedición a Africa, aunque no falta entre ellos, también, algún documento no relacionado con esta empresa.

vidualista de los españoles al sentido de un fiero sentimiento de independencia, es lo cierto que nos ha faltado incorporar esas enseñanzas al orden práctico de su acción, como acción misma y como preparación. Y así, se ha dado el caso de que habiendo no poco material importante (en el siglo pasado los trabajos del general don Crispín Jiménez de Sandoval (2) tuvieron ese mismo carácter y valor que *La guerra del moro*) nosotros, con ocasión de las campañas de pacificación de Marruecos, sólo publicamos (1913) un manualito de Frisch, *La guerra en Africa*, que aunque fué, sin disputa, buen conocedor de la guerra del Norte de Africa, no podía tener esa experiencia que se deriva de una tradición secular de la que han quedado tantos y tantos documentos y de la que resta aún tan amplio campo por explorar (3).

Ya Jiménez de la Espada (4), comentando y centrando el valor relativo del documento que daba a conocer, decía, abundando en las mismas consideraciones expuestas: «El ofrecérselo no es porque lo tenga en mucha estima y cosa extraordinaria, ni descubre hecho nuevo de gran trascendencia, ni rectifica alguno de los muy señalados entre los que conocemos, ni resuelve ninguna de esas dudas, más per-

(2) CRISPÍN JIMÉNEZ DE SANDOVAL: *Guerra de Africa en la antigüedad*. Lecciones históricas y de doctrina militar. Editado por el Ministerio de la Guerra, 1881.

La traducción de *La guerra en Africa* (Madrid. Depósito de la Guerra, 1913). fué hecha por los entonces tenientes coroneles de Ingenieros y de Caballería, respectivamente, don Francisco Echagüe Santoyo y don Felipe Navarro y Ceballos-Escalera, que eran los dos, a la sazón, ayudantes del rey. El librito de Frisch, segundo jefe de Estado Mayor del general D'Amade, comandante en jefe del Cuerpo de desembarco en Marruecos en 1908, había sido calificado, tal vez excesivamente, de Corán de la guerra en Africa.

En España no se dejó sentir, en ocasiones, la necesidad de aprovechar nuestro gran caudal de conocimientos tradicionales sobre esta clase de guerras irregulares y especialmente de las africanas, ni tampoco faltaron, en la primera mitad del XIX, hombres clarividentes que defendieron la teoría tan justa de que España debía prepararse adecuadamente para una empresa que ya se veía inevitable e inmediata.

Sirva como aportación al conocimiento del tema, el trabajo *Una Comisión histórica y unos documentos para la historia de la acción de España en Africa*. (TOMÁS GARCÍA FIGUERAS: *Miscelánea de estudios históricos sobre Marruecos*. Editora Marroquí. Larache, MCMXLIX.)

(3) Merece meditarse el breve pero sustancioso prólogo que el general Berenguer (don Dámaso) puso a su libro *La guerra en Marruecos*. (Ensayo de una adaptación táctica). Madrid, 1918, sobre el tema de las valiosísimas enseñanzas de muchas empresas granadinas y africanas.

(4) *La guerra del moro...*, pág. 8, párrafo 2.

judiciales a la investigación histórica que la falta absoluta de datos. Su valor histórico está muy por bajo de esa importancia. No pasa del que le prestan las correrías y saltos de nuestros levantinos y andaluces en el litoral africano, ignoradas la mayor parte o *desechadas* por los historiadores generales de España y que incitan a investigar más despacio y con más noticia los sucesos precursores de las empresas de Cisneros, las únicas que hasta ahora hemos mirado con algún detenimiento, y admirado quizá excesivamente.»

De este modo queda ya centrado el propósito que guía nuestro trabajo. Queremos aportar unos datos al conocimiento de esas cabalgadas, correrías y entradas allende, de los andaluces, que se desarrollan entre mediados del siglo xv y los primeros años del xvi y que preparan, hombres y experiencia, nuestras futuras acciones africanas. Pero al referirse esos datos a un aspecto concreto, Cabalgadas, Correrías y entradas en Africa (5), se encuentra conveniente si-

(5) De modo general se conocen también con el nombre de *Cabalgadas o correrías de la costa de allende* o del otro lado del Estrecho. Indistintamente se les aplica también el nombre de *Cabalgadas, correrías, entradas*, que aunque admitirían matices diferentes y hasta criterios de mayor propiedad, se usan indistintamente y con el mismo significado.

Como muestra de lo poco que se ha fijado hasta ahora la atención sobre este tema, no obstante su importancia, diremos que en el valiosísimo e importante conjunto de conferencias dadas con motivo del V Centenario del nacimiento de la Reina Católica, y sobre el tema de *La política africana de los Reyes Católicos*, sólo hay una ligerísima referencia a los hechos que servían de base al anónimo autor del *Memorial para la guerra de allende*.

Por el contrario, se encuentra una referencia esquemática, pero muy precisa en *Les Sources inédites de l'histoire du Maroc* (Section historique du Maroc), 1.ª serie. Dinastía saadiana. Archivos y Bibliotecas de Portugal. Tomo I (julio, 1486; abril, 1516). París, 1934, págs. 1 y 2, al estudiar el establecimiento de la soberanía portuguesa sobre Azemmur, 1486.

El estudio, sintético, pero muy útil, toma como base la Historia de Jerez, de Bartolomé Gutiérrez, y el estudio de Jiménez de España (*Boletín de la Academia de la Historia*) que venimos analizando.

Hay en ese estudio, de Pierre Cenival, precisiones de interés.

«Resulta de algunos testimonios que se han conservado que este ataque de Azemmur (en 1486, ya hablamos de él en las páginas siguientes de nuestro estudio), fué precedido y seguido de otras numerosas expediciones del mismo género, dirigidas desde los puertos de Andalucía hacia las costas marroquíes. Se había convertido en una especie de «sport» para los Caballeros de Paz, de Cádiz, de Sanlúcar y de Puerto de Santa María, ir a las costas de Africa para raziar todo lo que encontraban y para aprovisionarse de esclavos. Lo más a menudo estas «cabalgadas» tenían por

tuarlos dentro del cuadro mucho más general de lo que eran las actividades y relaciones de todo orden de la bahía gaditana, y de Jerez especialmente, respecto a la guerra con los moros e incluso aportando alguna referencia de sus relaciones pacíficas.

Jerez conserva hasta el último tercio del siglo xv su carácter de frontera con tierra de moros. Son numerosos los contactos en la serranía de Cádiz relacionados con la guerra de Granada y son, además, muy varios en sus propósitos. Unas veces se trata de la toma de lugares importantes o de la defensa de los mismos; otras de cabalgadas que se hacen para fines de razias y de botín o de defensa o represalia contra incursiones similares de los moros granadinos. A veces los jerezanos se conciertan con los de Gibraltar con la misma finalidad de incursiones y, en ocasiones también, las rivalidades entre los bandos que se disputaban el dominio de Andalucía la Baja en esta época, los del Marqués de Cádiz y el Duque de Medina Sidonia, proyectaban dificultades o rozamientos en esas acciones fronterizas (6).

La presencia de Portugal en el Estrecho había de tener repercusiones muy variadas en este aspecto de las relaciones con los moros. En primer lugar, desde la ocupación de Ceuta por Portugal (1415), la amplia bahía gaditana pasa a ser una base importante de las relaciones de Portugal con su avanzada africana; se establece en ella una colaboración luso-gaditana, que se intensifica también desde el punto de vista de las pesquerías que hacían tradicionalmente los gaditanos (hay de ellas referencias históricas de las más remotas edades), a lo largo de la costa atlántica, y a las que vendrían a sumarse ahora los pescadores del Cantábrico y los portugueses. Más tarde, aún se perfilará más el papel del Puerto de Santa María como centro, con Má-

objeto la costa mediterránea al Este de Tetuán; pero la costa atlántica no estaba desechada.»

«Los beneficios del pillaje quedaban con motivo suficiente para atraer a las gentes de Andalucía sobre la costa que pertenecía a la conquista portuguesa.»

(6) Sobre el tema, ver: JUAN MORENO DE GUERRA: *Bandos en Jerez. Los del puësto de abajo*. Tomo I (noviembre, 1929) y II (1932), y las distintas referencias que figuran en nuestro estudio sobre los escritos de Hipólito Sancho. De una manera especial, *Pedro de Vera, alcaide de Ximena (Notas y documentos sobre la vida de frontera en 1460-70)*. *Mauritania*, 1944, págs. 190-3, 221-24, 287-91 y 359-61. También, *Jerez y el Reino de Granada a mediados del siglo XV*. *Tamuda*. Año II, semestre II. Tetuán, 1954.

laga, del abastecimiento de las plazas portuguesas del Norte de Africa a través de la institución de los factores portugueses (7).

Estas relaciones con Portugal, presente en el Occidente extremo del Mogreb, no dejan de aportar dificultades y motivos de confusión al estudio de este período de la segunda mitad del xv. Las dificultades son de varios órdenes: el primero es el de las incursiones o entradas de los portugueses en la costa de Africa, paralelamente a las que se realizan desde la bahía gaditana y en ocasiones, ya lo veremos, posiblemente con la cooperación y ayuda de los jerezanos y gaditanos o en acciones planeadas de común acuerdo. El segundo, las correrías que realizan los gobernadores de Ceuta sobre el reino granadino, las que causarán, en algunos casos, perturbaciones graves en los acuerdos y treguas pactados entre fronterizos cristianos y moros (8).

Finalmente, y en el cuadro de la política de Castilla en Africa, por la interferencia que la ocupación de Ceuta significaba en el área geográfica de España. El asunto fué ya señalado con acierto por Jiménez de la Espada (9), que estimaba que estas entradas de los andaluces, eran como «albores de la política africana de Don Fernando V», que indudablemente consentía y acaso alentaba estas incursiones, y también, «que al hacerlo miraba, según frase de entonces, a dos hitos: hacerse con un apeadero seguro en la costa del Reino de Fez y poner coto a las conquistas lusitanas en este reino». Cree, asimismo, que si el jerezano Juan Sánchez hubiera podido mantenerse en Azamor (1480) y lo mismo los caballeros y adalides que fueron a Taga-

(7) La institución de los factores portugueses ha sido estudiada especialmente por Sancho, Bejarano Robles y por mí. Una aportación extranjera del mayor interés es la del hispanista Robert Ricard. Ver TOMÁS GARCÍA FIGUERAS: *Un aspecto de las relaciones entre Andalucía la Baja y el Mogreb. Los factores portugueses en Andalucía en el siglo XVI. Miscelánea de estudios históricos sobre Marruecos*. Larrache, MCMXLIX, págs. 63-123.

Portugal había ocupado ya en aquella fecha, en el Mogreb, Alcazarseguer (1458), Arcila (1471) y Tánger (1471).

(8) Véase, como ejemplo, el incidente provocado en 1467 por el capitán de Ceuta, Conde de Villarreal, al raziar lugares de moros granadinos que tenían paces con Jerez y que determinó un escrito enérgico del Duque de Medina Sidonia. SANCHO: *Jerez y el Reino de Granada a mediados del siglo XV. Tamuda*. Año II, semestre II, págs. 121-22.

(9) Páginas 8 y 9. La sugerencia se trata en ellas más extensamente.

za (10), Don Fernando hubiera considerado como suyos *los hechos consumados*.

En segundo lugar, nos referiremos a otro factor no menos importante, dentro de ese cuadro general de relaciones: el de la piratería, verdadero azote de las costas andaluzas y levantinas, y determinante fundamental de la acción africana de la Reina Católica al término de la Reconquista. La piratería turca y argelina infectaba la cuenca occidental del Mediterráneo y raziaba sus costas; en Andalucía la Baja aún se sumaba a ella la piratería desde las bases del Reino de Fez: Río Martín (Tetuán), Vélez de la Gomera, etc. Ese peligro determinaba, de parte de las costas amenazadas, no sólo una organización defensiva que permitiera el aviso del peligro y el acudir rápidamente a atajarlo, sino una reacción normal de actuación en las propias costas de allende, que eran tan conocidas de pescadores, tripulaciones de los navíos, comerciantes y aventureros del rincón de Cádiz.

Las actas del Concejo jerezano de la segunda mitad del xv, como luego las del xvi, contienen numerosos avisos procedentes, en gran parte, de Gibraltar, avanzada y guarda sobre el Estrecho, que prevenían y ponían en alarma a los que habían de acudir a la defensa. Ello sucedía así en este frente del mar, como en el de la frontera de tierra con el agonizante reino granadino.

Finalmente citaremos, entre otros factores principales, a los que venimos refiriéndonos, el cautiverio, que determinaba las presas en el mar, o en las incursiones, o en las acciones de guerra, y que tenía como consecuencia inmediata el contacto a través de los rescatadores o alfaqueques, o de personas que no teniendo concretamente esa significación, gestionaban el cambio o el rescate de algún cautivo determinado.

Pero aun así, el cuadro de las relaciones no quedaría completo si no citáramos, con ese mismo carácter de generalidad, numerosas relaciones, tanto a lo largo de la frontera con Granada, como incluso con allende. Esas relaciones eran de pactos locales de paces, de relaciones comerciales, etc., y, a título de referencia, citamos las dificultades para el abastecimiento de Cádiz en el verano de 1468, una más por otra parte, que refleja los escasos recursos de la ciudad en aquella fecha y los motivos de su despoblación, y el envío a Safí de bar-

(10) Una de las entradas citadas en el *Memorial para la guerra de allende*, de la que no figuran más precisiones. Jiménez de la Espada, págs. 26-7.

cos para traer trigo. El acta del Cabildo de Jerez, de 13 de junio de 1468 (11) es, en este aspecto, bien elocuente. Dice así:

«Veno Marín de Criveli, regidor e vecino de la ciudad de Cádiz e presentó a los dichos señores una carta de la dicha ciudad cerrada e sellada que dice en el sobre escrito: A los señores Alcaldes Mayores alguacil mayor e los veinte e cuatro regidores e jurados de la muy noble e muy leal ciudad de Xeres de la Frontera, que luego se lee e es ésta: Honrados señores alcaldes mayores e alguacil mayor e veinte e cuatro caballeros regidores e los jurados de la muy noble e muy leal ciudad de Xeres de la Frontera, el alcaide asistente, alcalde, alguacil, regidores, jurados, caballeros, escuderos de la ciudad de Cádiz, con aquel amor e deseo que siempre ovimos a las cosas de vuestro honor nos vos recomendamos: ya señores sabéis como siempre esa ciudad fué e es obligada de nos dar el pan e mantenimientos que para esta ciudad nos son necesarios, por nuestros dineros, e como quiera que segund la grande mengua e fambre que en ella habemos padescido en este año pasado, e comenzamos a padecer en este otro en que estamos, lo habemos comprado con azaz penas e dolor e sobre ello non vos habemos querido acongojar ni dar más trabajo del que conoscemos que habéis tenido por la falta de dicho pan y fasta aquí habemos buscado por quantas vías habemos podido como nos habemos sido proveídos e sobre ello *tenemos enviados navíos a Berberia*, e a otras partes por trigo, pero vos juramos que en nuestros días nunca habemos visto esta ciudad en el extremo en que agora está, que si en término de ocho días a lo más, no habemos algún pan, todos o la mayor parte della será necesario de la dejar e derramar, así por esa ciudad como por todos los lugares comarcanos, que por cierto no hay corazón que el dolor pueda sufrir en ver estas criaturas en el tal término como andan y con aquella confianza que siempre en vosotros señores ovimos acordamos de nos socorrer a vos de gracia e merced especial, nos mandamos que vos plega mandar que la saca del pan libremente para esta ciudad se dé como siempre se dio para

(11) Sobre las actas fragmentarias del Cabildo jerezano, correspondientes al siglo xv, ricas en documentación sobre la historia local y nacional, han trabajado en lo que va de siglo, especialmente, don Juan Moreno de Guerra, que fué asesinado por las hordas rojas en Madrid en 1936, y que preparaba una documentada historia de Cádiz, cuya documentación, valiosísima, fué también destruida, y don Hipólito Sancho de Sopranis.

entretanto que nuestros navíos vienen para esta ciudad non resciba mayor daño que tienen en lo cual usaredes de vuestra acostumbrada e noble virtud como siempre lo ficisteis sobre lo cual enviamos a nuestro pariente Marín de Criveli uno de los regidores de esta ciudad el cual con vosotros señores hablara sobre ello aya creencia e completa fe a lo que dirá. Nuestro Señor acrecienta vuestros honores como deseades: de Cádiz a dos de julio de sesenta e ocho años. Pedro Bernal Fernández, Alcalde; Juan Descaño, Alcalde; Juan de Reyno, Alguacil mayor; Diego Sánchez, Pedro García, Pedro Galindo, Cristóbal Ferrer, Juan González, Juan Benítez.

»Dijo bajo la creencia que no había pan para ocho días y *que los navíos que habían enviado por pan allende tierra de moros a Çafi, agora comenzaban a cargar e que agora envían otros navíos por pan y cartas de seguro a los moros, según que ellos se lo habían pedido y placería a Dios, habrá abundancia y socorrerán a esta ciudad de lo que fuese necesario*; pedía le hiciera el socorro de algún pan para que la gente no peresciera, que de otra manera era forzoso despoblar la ciudad.»

Fácil es comprender cómo en ese cuadro se iban forjando hombres concedores de la guerra con el moro, que sabían también de los lugares de allende y que, llegado el momento, a partir del 1492, de actuar en Africa, habían de constituir un vivero de valor inapreciable. Jiménez de la Espada, definió bien esta realidad en su introducción al *Memorial para la guerra de allende* (12): «Verdad es que con estos episodios militares salen del olvido o ganan reputación y fama los plebeyos y nobles que apunta el anónimo autor de nuestro documento, caudillos los unos, adalides los otros, como lo era él; gente rapaz, cruel y mercenaria; curtida al sol y vientos africanos y encurtida en las aguas de ambos mares; tan codiciosa de la sangre enemiga como derrochadora de la suya; héroes de alquiler más barato y no menos valiente que los famosos *condottieri* que en aquel entonces *barajaban* los principados italianos y el inviolable patrimonio de la Sede Apostólica, como ellos los aduares berberiscos. El férreo vigor de sus cuerpos, su consumada pericia y los inagotables recursos de su industria militar, aseguraban el éxito, o evitaban el completo fracaso de aquellas represalias de las piraterías berberiscas, que eran al propio tiempo expansión de nuestro poderío, competencia con

(12) Jiménez de la Espada, pág. 8.

los portugueses, y para mí, además, albores de la política africana de Don Fernando V...»

Ello explica, por otra parte, de un modo completo, el significado del *Memorial* anónimo que figura en la carpeta *Conquista de Orán* y *Memoriales*, y al que tan repetidamente nos venimos refiriendo. Ahora, el Cardenal, ante la empresa de Orán, como antes la Reina Católica ante la de Melilla, junta informes y documentos que le permitan el más completo conocimiento de causa. El sentido del *Memorial* es llamar la atención sobre el hecho de las enseñanzas que se deducían de esa escuela permanente de guerra que habían sido, especialmente, Jerez y la bahía gaditana en la segunda mitad del xv, así como poner de manifiesto la existencia de ese vivero de especialistas cuya utilidad era tan claramente manifiesta. Por eso son acertados los dos rótulos que aparecen en la cubierta: *Memoriales y nombres de capitanes para la guerra de allende* y *Memorial para la guerra de allende*.

Una síntesis del mismo es esta (13):

«Otrosi, que la gente que ha de ir en esta Armada es necesario que sea de Xerez de la Frontera y del Puerto de Santa María y de Cádiz y de San Lucar y del Ducado de Medina Sidonia y de Gibraltar y de Cartagena y de Lorca y de la costa del mar, porque en estos dichos lugares lo tienen por uso ir a Africa y saltear y correr las tierras y barraxar aduares y aldeas y tomar navíos de los moros en la mar; entre los cuales hombres y gentes en dichos lugares hay adalides que desde Bugia hasta la punta de Tetuán que es cabe Çebta no hay lugar cercado ni aldea, ni aduares ni valle ni sierra ni puertos ni desembarcaderos ni atalaya ni ardiles dispuestos a donde puedan ofender y hacer guerra que ellos no lo sepan como lo ha de saber.

(13) En realidad, todo el *Memorial* es del mayor interés, ya que contiene muy sabias y fundadas reflexiones sobre la guerra del moro, obtenidas de una experiencia dilatada y activa.

Completa, además, esta referencia, el trabajo de F. GUILLÉN ROBLES: *Las cabalgadas*, reproducido en *Mauritania*, 1943, pág. 261, y que estudia las entradas en tierras de moros, hechas desde nuestras plazas africanas. Y aunque con carácter más general, pero con diversas referencias a acciones de moros y cristianos en el suelo peninsular durante la Reconquista: J. PUIGGARI: *Estrategia y costumbres militares de la Edad Media. La ilustración española y americana*, 1880, tomo I, páginas 47-50 y 78-82.

»Los adalides de la costa de poniente son también muchos y conozco algunos por nombre como los sobredichos ; conozco a Juan de Piñar y a Bartolomé Verdugo y a Juan de Sevilla ; éstos viven en Xerez y en el Puerto ; éstos han salteado y saben todos los ardiles desde Alarache hasta Mar Pequeña ; éstos eran necesarios y otros que hay de más suerte que se dirán en su lugar, si fuere menester.

»Otro sí, de que el armada saliere del Puerto de Santa María y corriese Levante, correr a la costa del Poniente y usar de los ardiles que los adalides saben de aquella costa y procurar con gran diligencia de tomar a Tite o a la Casa del Caballero o Azamor o a Zafi, pues que se puede tomar, como ya otra vez se ha tomado Azamor y se tornó a perder por mal recabdo ; e yo me hallé en la tomada.

»Todos estos lugares tomaron los caballeros de Xeres. Asimesmo hay ardiles para tomar cabalgadas en aquella costa, como otras veces los caballeros de Xeres han tomado, en las cuales yo me he hallado en las más dellas, de cuya cabsa conozco lo sobredicho y muy mas largo de lo que digo ; porque en compañía de Francisco Estopiñán vecino de Cádiz, que es hoy vivo, que puede dar fe dello, que así que se ganó Ronda (1485) después de ganada, fuimos a tentar cabalgada y ardiles en aquella costa del Poniente, los cuales ardiles vide yo y otros que íbamos allí muy bien vistos y el Francisco de Estopiñán, y los mismos ardiles se están allí hoy día para se poder hacer en el armada que sus Altezas quiere hacer, que ya se hubieran hecho si sus Altezas hovieren dado licencia a la gente de Xeres después acá.»

Detalla seguidamente las condiciones que debían reunir los navíos que han de ir en esa armada y continúa diciendo :

«Y a lo que digo que se puede hacer muy bien la guerra en Africa que sus Altezas quieren hacer con esa armada, con otras menos armadas se ha hecho, que a mí se me acuerda...

»Y esto de las cabalgadas que yo aquí he dicho, helo dicho por dos cosas : la una porque se debe pensar que se puede hacer muy fácilmente la guerra en allende, como dicho tengo arriba adonde digo cómo se ha de hacer la guerra ; y lo otro, es porque se crea lo que yo aquí digo en este memorial no lo digo por oídas, mas como hombre que lo digo porque lo sé y me he hallado en ello ; y por esto sea verdad, parece ser cierto porque a muchos es notorio ; en especial que todos los capitanes y las más de las gentes son vivas...

»Que si alguna avilantez los moros hoy tienen de venir hacer daño en la costa de Granada, no es por otra causa sino porque no se usa todo lo sobredicho, que usándose, luego se dejarían ellos de pasalles por pensamiento de tener navíos como agora los tienen y hacen porque hallan disposición para hacer lo que hacen en la costa de Granada» (14).

Las cabalgadas o entradas en Africa tenían, sin duda, un valor económico que las alentaba; indudablemente, estas empresas no hubieran podido realizarse sin el gusto de la guerra, el espíritu de aventura y el afán de honores y preeminencias. Pero aparte de ello, había un interés material que, como todo sentimiento humano, llegaba a veces a deformarse convirtiéndose en codicia.

Las *entradas* o *correrías*, ya fuera del Reino de Granada, ya allende, proporcionaban botín de ganados, joyas, efectos, etc., pero, sobre todo, esclavos. Estos constituían el principal fruto de esas operaciones, ya que podían servir como criados, para venderlos a buen precio con el mismo fin, o para ser utilizados en el canje con otros esclavos cristianos en poder de los moros. Esa deformación de la codicia malograba a veces muchas razias, porque hacía olvidar a sus ejecutantes la condición fundamental de la rapidez en la ejecución, que complementaba a la del secreto riguroso en la preparación, ya que sin sorpresa y sin rapidez nada era posible (15).

Al alargarse la operación por el afán de un mayor lucro, daba tiempo, producida la alarma, a que acudieran en socorro de los atacados otros moradores próximos que, mucho más conocedores del terreno que los atacantes, procuraban cortarles la retirada mediante la ocupación de pasos obligados y les perseguían en ella con esa peligrosidad que es bien conocida en las retiradas en tierra de moros. Enemigo pegajoso, ágil y maestro en la guerra irregular, actúa sobre la gente en retirada que tiene dificultados sus movi-

(14) En otro lugar del *Memorial*, pág. 15, se habla más extensamente de ello: «que la gente de Africa es de tal condición, que cuando no les guerrean luego vienen a guerrear donde hallan más amaño (o a mano) y cuando los guerrean, dejan de guerrear y ponen su cuidado en guardarse, y aun esto no saben bien hacer, guardarse, que todavía los toman como a ganado.»

(15) Parece innecesario recordar las circunstancias tan distintas de las entradas de los moros en tierras granadinas. Ellos contaban con información y con la complicidad de las propias poblaciones moriscas, lo que significaba un apoyo valiosísimo, y, en muchas ocasiones, la garantía del éxito.

mientos por el propio botín, especialmente cuando se trata de ganado. Por eso, muchas de esas entradas, aun lograda la sorpresa, no obtenían resultados materiales y algunas, antes al contrario, hubieron de sufrir pérdidas o tuvieron que abandonar la presa sin poder defenderla.

Se comprende también cuántas dificultades habían de producirse, en razón a esa misma codicia, en el reparto de las presas. Porque, además, se trataba de operaciones irregulares y a veces, las más, de iniciativa privada, con lo cual, aun estando en espíritu dentro de la legislación sobre la materia, escapaba prácticamente a su servidumbre. Las *Partidas* regulaban lo relativo a empresas de esta índole, pero ello parecía exigir un mínimo de carácter de empresa que, aun de iniciativa privada, se moviese en el cuadro de un interés superior (16).

No sucedía así en la mayor parte de esas cabalgadas, y todo hace suponer que hubiera un acuerdo previo entre el Adalid o Capitán que llevaba la dirección de la empresa, en razón a su conocimiento del país y del modo de guerrear de los moros, y los que formaban parte de la expedición, cuya categoría también era muy distinta en ocasiones: caballeros, criados, y esos mercenarios a los que se refiere, dibujándolos con tan justos trazos, Jiménez de la Espada.

Ya veremos más adelante, cómo en alguna referencia de estas cabalgadas, hay alusión a haber sido mezquinamente pagados, y por lo que se refiere al hecho mismo del reparto de las presas y para apreciar las dificultades que se presentaban, aun en el caso de tratarse de expediciones y entradas que no tenían ese carácter anárquico e individualista, incluimos la transcripción del acta del Concejo de Jerez del viernes 19 de septiembre de 1483, que refleja las diferencias surgidas con ocasión del reparto del botín recogido por la derrota de los moros en las lomas de Diego Díaz. Dice así:

«Venida del vencimiento de los moros de los lomos de Diego Díaz.—En el Cabildo viernes diez e nueve dias del mes de Setiembre de ochenta e tres en la Casa a visperas.

(16) Partida II, título XXVI: Del repartimiento de las presas hechas en la guerra. Título XXVII: De los premios. Título XXVIII: Del castigo. Título XXIX: De los cautivos. Título XXX: De los redentores de cautivos o alfaqueques. VIZCAÍNO: *Compendio de las leyes de las siete partidas*. Madrid, 1784.

»Llegaron al Cabildo el señor licenciado Johan de la Fuente e bachiller Juan de Pas alcalde mayor e Pedro de Sepulveda e Juan Riquel, e Alonso Díaz, Iñigo Lopez, e Pedro Camacho, e Juan de Santiago, e Francisco de Vera, e Juan Sanchez (de Cadiz) e Francisco de Zorita, e Alvar Lopez, e Fernando Roiz.

»E de los jurados de esta ciudad Diego de Estupiñan e Pedro Camacho e Pedro Diaz e Francisca de Salas.

»Juan Sanchez de Cadiz remitió su voto en todo lo de este Cabildo a Juan Riquel.

»El dicho señor licenciado dijo a los dichos señores que ya sabian del vencimiento que a Dios Nuestro Señor plugo dar en el caso contra los moros e que segund aquello es razón que los que trabajaran hayan pro e los que perdieron sean satisfechos de sus daños e para en esto e para saber lo que es traído e lo que a otras partes fuere traído, que se haga lo que se debe facer, por ende que viere en ello, etc.

»Vino Johan de Ferrara veinte e quatro e Fernando de Ferrera jurado. E luego dijeron los dichos señores que el dicho señor licenciado decia bien y que ciudad debia proveer en ello e debia declarar diputados tambien del Cabildo como fuera de él, porque a todos es tanto, e era de todos. E luego vinieron Pedro Diez e Diego Gomez (de Vera) veinte e cuatros.

»A los que le fue fecha relación de los dicho e fablado en el dicho Cabildo e todos los dichos señores de su acuerdo asentaron esto que se sigue:

»Que luego sea escrito al Rey e Reina nuestros señores todo lo que es pasado sobre este caso y asimismo por otra suplicación haciendo saber a su Alteza como la ciudad escriba a todas las villas e alcaides e a Portocarrero que esto se fablaron que juren la Cabalgada e la tengan jura para facer de ella repartimiento igual porque su Alteza de todo sea informado.

»Iten acordaron que el dicho señor licenciado e el dicho señor Alcalde mayor tome del dicho Cabildo los veinte e cuatros e jurados que ellos quisieren e el caballero del pueblo que les pareciere que se debia tomar e aquellos caballeros veinte e cuatros e jurados e caballero del pueblo que ellos nombrasen con los dichos señores licenciado e alcalde mayor provean en tomar e recibir e juntar todos los moros e caballos e joyas e otras cosas que fueren traídas de la dicha cabalgada e sea puesto de manifiesto como ellos lo vieren

e se debe facer e todo lo juntar e facer en ello todo lo que ellos vieren que se debe facer al servicio del Rey e Reina, nuestros Señores e al bien de esta ciudad e de las partes a quien toca conviene e como ellos lo mandaren e proveyeren a el mandadero e mandaderos que ellos eligieren asi para su Alteza como para otras partes e nombramiento de cuadrilleros e otras cosas que para ello conviniere aquello mismo se faga e pase e se den las peticiones que para ello conviniere e se fagan e sean fechas todas las cosas que ellos vieren que Xerez debe facer e mandar e proveer para que aquello sea traído en efecto para lo cual todo e para lo a ello necesario e para todo quanto a ello convenga de se facer le dieran todo poder cumplido e para facer los pregones e mandamientos e provisiones e todo quanto Xerez pueda facer.

»Item que sean fechas las cartas e escrituras que sobre ello se deben facer, etc.

»Y asi mismo fueron en que luego vayan al dicho señor marques e le fa(gan saber) lo dicho e que su Señoria señale para en su tierra quien vaya con los (caballeros?) e personas que los dichos diputados enviaren para que todos sean de un (acuerdo).

»E mandaron que sea escrito al señor Duque faciendo saber lo pasado teniendolo en merced su venida.

»En pie:

»Mandaron que se ejecuten las penas contra los que no fueron en el rebato, como Xerez lo mandó.

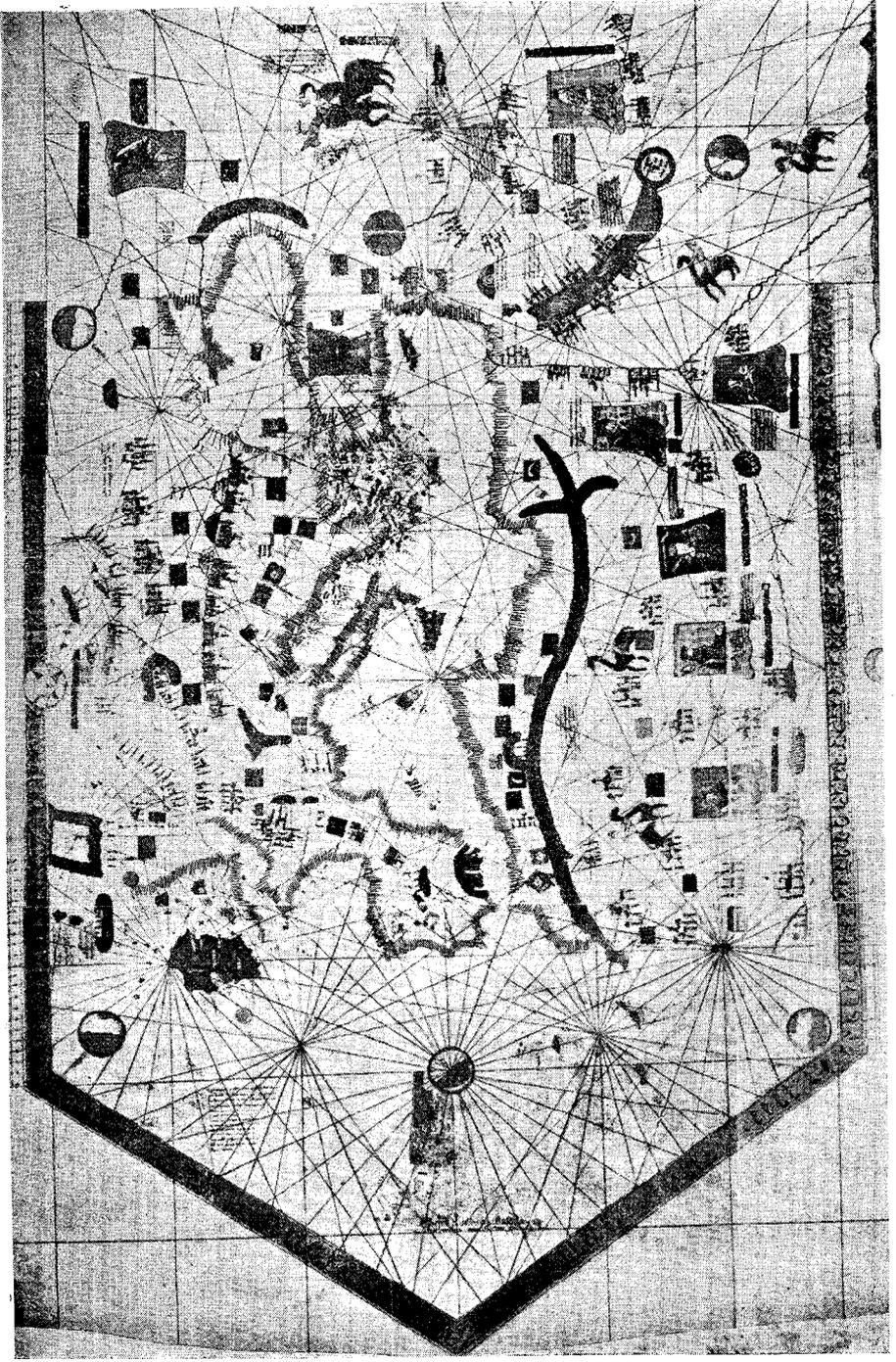
»E luego salieron los dichos señores e fueron al monasterio de San Francisco al Sr. Marques que ende estaba le hicieron relacion de lo pasado, etc.

»Los dichos licenciados Juan de la Fuente e alcaide mayor e diputados sobredichos mandaron por diputados cuadrilleros para todo lo sobre dicho a los señores Juan Riquel e Pedro Camacho veinte e cuatros, e Pedro Camacho jurado, e por caballero del pueblo a Martin de Avila fijo de Bartolome de Avila.

»E luego lo notificaron al dicho señor Marques e estando presentes los dichos Juan Riquel e Pedro Camacho diputados e Pedro Camacho jurado recibieron de ellos juramento en forma de derecho e ellos juraron por el nombre de Dios e de Santa Maria e por las palabras de los Santos Evangelios onde quier que son de facer todo lo sobredicho verdaderamente sin arte ni engaño alguno e lo más



Nao que figura en el libro *Vida de Santa Margarita*, precioso documento gráfico de la nave medieval en su última época. (De la obra de D. Julio Guillén, *La carabela de Santa María*.)



Carta de Gabriel de Valseca, año de 1439, conteniendo la costa norte y noroeste del actual Marruecos.

(Colección Conde de Montenegro.)

diligentemente que se pueda e sin encubrimiento ni fraude alguno, etc.

»E despues de lo susodicho en este dia en la noche en casa del dicho señor licenciado Juan de la Fuente recibio juramento del dicho señor Martin de Avila por el nombre de Dios e de Santa Maria en forma de derecho el cual juro so cargo del dicho juramento de lo facer sin arte alguna e diligentemente a todo su leal poder.

»Como quiera que el Marqués de Cadiz, que salió y volvió de la cabalgada con el perdon y gente, se quedó con los pendones cogidos a los moros y queria aprovecharse con esto de la honra ganada hubo muchos Cabildos, así como para tratar del empleo de la venta de moros, caballos, o, para reparos de Fuentes, Calzadas y Puentes que sean objeto de otros capitulos.»

El hecho tiene, además, importancia, porque permite suponer que cuando se investigue en el Archivo de Protocolos de Jerez, se puedan encontrar documentos relacionados con estas presas, bien porque se trate de concretar sobre ellas, o ya porque se reflejen sus resultados en herencias, etc. (17).

Vamos ahora a dar una referencia de las cabalgadas, correrías y entradas en Berbería, de las que existe testimonio histórico más o menos completo y de más o menos garantía; pero antes convendrá señalar que esas referencias son notoriamente incompletas (18); al servicio de ello recogeremos otras referencias sobre varias acciones de esa índole, de las que sólo se conoce que existieron, sin

(17) En relación con el mismo asunto de la distribución de las presas existe un documento relativo a diecinueve moros blancos y negros, procedentes de presas, que habían de repartirse por suerte, 2/3 para los Reyes y 1/3 para el Almirante Mayor de Castilla. El documento tiene fecha de 27 de octubre de 1483, está hecho en el Puerto de Santa María ante el escribano público de dicha villa Ferrando de Carmona y comparecencia de Juan de Oviedo, Alcaide de las Atarazanas de Sevilla, recaudador del 1/5 que corresponde al rey y a la reina, de los moros y caballos y otras cosas que se toman por la Armada; y García de Robles y García de Fortillo, recaudadores por el señor Almirante Mayor de Castilla de los quintos que pertenecen al dicho señor Almirante, de los moros y de las otras cosas que se toman por el mar en los navios de la Armada. También se repartió en la misma proporción el importe de unos moros, moras y caballos que habían sido vendidos en la ciudad de Gibraltar y procedían, asimismo, de presas.

(18) Ver PIERRE DE CENIVAL: *Sources inédites en Portugal*. I, págs. 1 y 2 ya citado (nota 8 de la hoja 4).

que haya sido posible hasta ahora datarlas ni aportar, por el momento, más testimonios.

«... los hombres de guerra que han de ir con él (el capitán de la armada nombrado por los Reyes) porque de estos hay hartos en el Andalucía, por haber acostumbrado muchos años ha saltado (sic) en la Sierra de Africa; así en la Berberia del Poniente, como en la del Levante» (19) Más adelante, página 15, había de decir que: «A los caballeros que han de ir a tales hechos no es menester tenellos a sueldo, que luego se hallaran cuantos quieran que se hallan cada vez que dicen que quieren ir a hacer cabalgada cuantos quieren».

El anónimo autor del *Memorial para la guerra de allende*, cita una expedición en la que se halló con caballeros de Jerez y llevando como capitán a Lorenzo de Padilla con cincuenta caballos y setecientos peones; «y salimos del Puerto de Santa María y dende a once días volvimos al Puerto con la cabalgada en que entramos en el rio de la Mamora, que es entre Alarache y Çalé y barraxamos dos aduares de los cuales trujimos cuatrocientas animas al Puerto de Santa María, sin las que murieron; sin otras muchas cabalgadas que se han hecho sin ser yo de ellas» (20).

Hernando de Zafra, secretario real, en carta a los Reyes fechada en Granada, a 25 de abril de 1493, dice: «Un mi sobrino, hermano de Lorenzo de Zafra, que era contador de la capitania de Diego Lopez, entró esta semana pasada desde Gibraltar con tres fustas y dos tafureas y sacó del campo de Taraga (Targa) treinta e tres moros y doscientas vacas, dellas muertas y dellas vivas y dicen que mataron muchos moros» (21).

(19) JIMÉNEZ DE LA ESPADA, pág. 10. En la página siguiente cita los nombres de distintos adalides, refiriéndose sólo a los de la costa de Poniente; dice que son muchos y que conoce a Juan de Piñar y a Bartolomé Verdugo y a Juan de Sevilla, que viven en Jerez y en el Puerto: «Estos han saltado y saben todos los artillos desde Alarache hasta Mar Pequeña. De ninguno de ellos se conocen datos concretos sobre sus entradas en Africa».

(20) JIMÉNEZ DE LA ESPADA, páginas 32 y 33, nota 20. PARADA Y BARRETO, en sus *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera*, y al hablar de Fernando de Padilla, dice: «Su padre, Lorenzo de Padilla, fué alcaide del Puerto de Santa María y también aventurero militar, habiéndose señalado en varias expediciones, algunas de ellas a su costa, que hicieron los caballeros en las tierras de Africa.» Página 333.

(21) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Tomo LI, página 92.

Cita también el *Memorial* la toma de la Casa del Caballero, que se perdió, y otras cabalgadas de los caballeros de Jerez, «en las cuales yo me he hallado en las mas de ellas (22); las dos cabalgadas a las islas de Bucima o Alhucemas (23); la de adalides y caballeros de Gibraltar a Tagaça «aunque después la tornamos a perder por desacuerdo de los capitanes que iban en el armada, que si fuera uno no se perdiera (24) y una segunda expedición de Pedro de Vera a Fadala «que trujo los navíos llenos de moros y de moras» (25).

Estas referencias están confirmadas de un modo general por el historiador jerezano Parada y Barreto (26): «Los caballeros de Jerez no se limitaron solamente a prestar servicios en unión del Monarca y de los Grandes durante las guerras granadinas, sino que hacían por sí solos entradas en tierras de moros, no sólo por la frontera, sino pasando con sus naves al Africa, de cuyas expediciones marítimas, que cesaron por orden de los Monarcas en 1491, se conservan en los historiadores jerezanos algunas relaciones. La ciudad tenía sus naves de comercio que utilizaba para estos fines, y aquí debemos hacer mérito de la fundación de Puerto Real...»

Los Monarcas debieron dar órdenes de prohibir las cabalgadas sin autorización, aunque no hemos encontrado ninguna referencia documental en apoyo de la fecha de 1491, que da Parada y Barreto. El anónimo autor del *Memorial* también se refiere a ello al decir que «los mismos ardiles se están allí hoy día para se poder hacer con esta armada que sus Altezas quieren hacer, *que ya se hubieran hecho si sus Altezas hovieran dado licencia a la gente de Xerez despues acá*» (27). Su última referencia, con la que se enlaza el párrafo, es la entrada de Francisco de Estopiñan de 1485.

(22) Páginas 12 y 13. La *Casa del Caballero* era una torre situada a dos leguas al Suroeste de Cabo Blanco; sobre su identificación, ver *Section Historique du Maroc. Les Sources Inédites de l'Historie du Maroc*. Primera Serie. Dinastia saadiana. Archivos y Bibliotecas de Portugal. Tomo I (julio, 1486; abril, 1516). París, 1934, pág. 80, nota 3.

(23) Págs. 24-5.

(24) Págs. 26-7.

(25) Pág. 27 y nota 28.

(26) *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera*, pág. 56.

(27) Pág. 15.

Entradas de Pedro de Vera. Larache (1460?) y Fedala (1461?)

El *Memorial para la guerra de allende*, reproducido y anotado por Jiménez de la Espada, dice así refiriéndose a estas expediciones (28): «...; en la Berbería del Poniente, en compañía de caballeros de Xerez, por capitán Pedro de Vera, el gobernador de Canarias, barraxamos los aduares de Fadala y trujimos los moros y moras que en ellos estaban y antes desta cabalgada, el mismo Pedro de Vera, con caballeros de Xerez, hizo otra en las mismas islas de Fadala, que trujo los navios llenos de moros y moras».

«Los parajes marítimos de Berbería de Poniente que atacó y barrajó Pedro de Vera, demoran al S. y cerca de Salé a los 33° 40' latitud N.-Fadala y las islas de Fadala, se marcan con esos nombres en el mapa de Andrea Blanco (1463), en el de Juan de la Cosa (1500) y en el de Joan Martínez (1577) que pinta sólo una isla grande. Islas de Fedales se lee en la carta de Varela y Ulloa (1787); Kasba Fdalah en el Atlas de J. Perthes, sin señalar las islas (hoja 10.^a de Africa). Marmol y Carvajal (*Des. de Afr.*) nombra unicamente a Marsa-Fadala» (29).

Sancho (30), que tanto ha investigado sobre la personalidad de Pedro de Vera Mendoza, el conquistador de Canarias, ha establecido de un modo preciso la verdad de estas afirmaciones; en cuanto se refiere a las expediciones las ha precisado en lugar, ya que la primera fué a Larache y la segunda a Fedala y las ha datado con bastante aproximación y, al menos, con todo el rigor científico que los materiales de la investigación permitían. Así, ha podido esta-

(28) JIMÉNEZ DE LA ESPADA, pág. 27 y nota 18, págs. 28 y 29.

(29) JIMÉNEZ DE LA ESPADA, pág. 29, último párrafo de la nota 18. Hoy se llama Fedala. En los siglos XIV y XV, pescadores españoles y portugueses venían a pescar a lo largo de la costa y Fedala era un paraje muy conocido. En aquella fecha Fedala comerciaba también, especialmente con genoveses y venecianos, que adquirían allí trigo, cebada y frutos frescos.

Fedala está situada entre Casablanca y Rabat. Dista de Casablanca 24 kilómetros por ferrocarril.

(30) JIMÉNEZ DE LA ESPADA, págs. 29-31, nota D-4. Ver también HIPÓLITO SANCHO: *Las entradas de Pedro de Vera en Berbería, Mauritania*. Diciembre, 1943, páginas 356-57.

blecer que en 1460 desempeñaba Pedro de Vera la Alcaldía de Cádiz y de 1471-1480 la de Arcos, ambas siendo lugarteniente del Marqués de Cádiz.

Las expediciones a Africa han quedado perfectamente establecidas como consecuencia de una información que, a petición de Pedro de Estopiñán, como mandatario de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, se hizo en Jerez a fines de octubre de 1537 acerca de los servicios prestados a la Corona por el abuelo del mandante, que era Pedro de Vera.

En dicha información, que se conserva en el Archivo del Marqués de Casa Vargas Machuca, se contesta por distintos testigos a la pregunta 8.^a que decía así: «Ytem si saben que el dicho governador Pedro de Vera en servicio de Dyoss e sus reyes hizo otras cavalgadas de muy gran estima en especial la de Fadala e la de Larache». Juan Camacho de los Hijuelos contesta a esta pregunta diciendo: «que sabe que siendo el dicho governador Pedro de Vera alcaide en la ciudad de Calis vido como el dicho gebernador Pedro de Vera e della truxo sierta cavalgada e ansi vido este testigo e hizo otra cavalgada en Fadala e della (vido que truxo —entre líneas—) cierta cavalgada de moros a esta cibdad de Calis y así fue publico e notorio».

Antón de Cuenca, «a la VII(?) pregunta dixo que sabe lo contenido en esta pregunta como en ella se contiene porque este testigo fue en compañía del dicho governador Pedro de Vera en lo de Fadala e le vido (comido) a traer gran cavalgada de moros e siertas joias que truxo a esta cibdad de Xerez».

Francisco Ramírez, calderero, contesta a la VII (?) pregunta: «que sabe quel dicho governador Pedro de Vera hizo en servicio de su alteza muchos echos de cavallero principal e este (testigo) vido como corrió (a) Larache e sacó del muchos moros e engañados e los truxo al real del Rey porque este lo vido e se allo a ello presente» (31).

Resulta evidente —y la documentación coincidente del *Memorial de la guerra de allende*, *Archivo de Casa Vargas Machuca* y refe-

(31) HIPÓLITO SANCHO: Un documento interesante para la biografía de Pedro de Vera. *Información de sus servicios hecha en Jerez en 1537 a instancia de su nieto Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, publicado en «Documentos interesantes del Archivo del Marqués de Casa Vargas Machuca», pág. 28.

rencias de historiadores jerezanos es irrefutable— que Pedro de Vera hizo estas dos entradas en Larache y en Fedala; también parece probado que fué Alcaide de Cádiz; falta la precisión completa respecto a la fecha en que esto sucediera y que parece comprendida entre 1460 y 1471. Se cree, también, y así lo apunta el *Memorial*, que no fueron éstas las solas entradas que hiciera.

1479.—*Noviembre.*

Jornada que los Xp̄stianos hizieron para Berberia en que fueron Cavalleros y Gente de menos estado de Xerez.

«Sabado 30 de Octubre del año de 1749 salieron de Xerez con Fernando de Carrisossa fijo de Iñigo Lopez de Carrisossa (32) 24, para ir con el adelantado a passar a Tanjar e correr la tierra de Moros e fueron a Tarifa e de alli se embarcaron la mitad de la gente que no pudo pasar toda por mengua de nabios y como allegaron a Tanjar por la mañana, luego en la tarde salió la gente para ir a correr los Moros e absolviolos el Obispo a todos e fueron camino e anduvieron toda aquella noche hasta el Alva e llegaron a una aldeguela que se llamaba Gibrahaviul que tenia obra de 30 cassas pocas mas e saltaronlas sin ser sentidos fasta que se dio la Grita e tomaron todas las mugeres e niños e fuyeron los hombres sino algunos que mataron e quemaron todas las casas e robaron todo quanto fallaron y estando en la Aldea robando salieron todos los mas de los cavalleros luego fuera: los Portugueses que savian la tierra, e algunos quedaron con Carrisossa dentro, e como vieron los moros que todos los más eran salidos juntaronse con otros de otra Aldea que robaron tambien un poco della y en esta aldea mataron al Comendador de felices e a otros escuderos e estos moros se fueron hacia lo otra Aldea a tomar el paso de los xp̄stianos por do avian de passar que non avia por donde sinon por un camino

(32) Datos biográficos de Iñigo López de Carrizosa, personalidad jerezana destacada en la segunda mitad del xv, se encuentran en PARADA Y BARRETO: *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera*. Jerez, 1875, págs. 249-50. En ella se dice: «Tuvo por hijo a Fernando de Carrizosa, caballero tan esforzado como su padre y de quien se ha conservado la memoria en las historias de Jerez, entre otros hechos diversos, por una expedición a Africa a que asistió en 1479 y en la cual se distinguió notablemente.»

mui estrecho que era monte e allí los Moros desbarataron a los xp̄stianos y mataron muchos de ellos y captibaron a otros e mataron al Alferez de Carrisossa que era un fijo de Andres Benites Carpintero a mataron a un fijo de Diego de Alcalá e a otros todos de Xerez, e captivaron a Xp̄stobal Lopez sobrino de Sebastian Garcia de la Carpinteria tambien de Xerez, e tanta fue la mala vida que le dieron que murió en tierra de Moros; e captivaron a uno de Arcos sobrino de Anton Martin Garzon e a otros e firieron al Alcayde de Tarifa Moscosso e perdieron allí mas de cinquenta caballos, e perdió su caballo, el Alcayde e Carrisossa e Benito de Cardenas; sacaron de esta Aldea mas de ochenta moras e pequeños e murieron fastas moras e aquel día se volbieron a Tanjar e partieron la cavalgada; e luego otro día passaron los otros cavalleros que quedaron en Tarifa e luego partieron a otros lugares de moros e non pudieron tomar nada porque fueron sentidos e pasaron luego de buelta a Tarifa, perdióse esta gente por mengua del Adelantado que non quiso socorrer con los Ballesteros» (33).

El texto de Benito de Cárdenas *Memoria y verdadera relación de cosas acontecidas en esta ciudad y fuera de ella*, es igual al de Dávila, sin más diferencia que el hablar él como uno de los que participaron en la expedición. El nombre de la aldea saqueada que figura en esa referencia es el de Gibralthanive. En la copia que hemos tenido a la vista de las Memorias de Benito de Cárdenas, se dice al final: «... e luego pasamos a Tarifa de vuelta y en Tarifa dionos el adelantado dos moros grandes e dos pequeños para pagar todo lo que perdimos. Dieronnos a cada caballero por lo que perdimos cada cuatro mil maravedis y a los otros nada. Perdióse esta gente por mengua del Adelantado que non quiso socorrer con los ballesteros e luego nos volvimos a Xerez en el mes de Noviembre de... (faltan algunas hojas en el original)» (34).

(33) JOSÉ ANGELO DÁVILA: *Apuntes para la Historia de Jerez de la Frontera*, 1768, publicado en 1908, págs. 150-52.

(34) Sobre el caballero jerezano Pedro de Vargas, hay datos de interés en la amplia nota 14 del estudio de Jiménez de la Espada.

1479.—*Diciembre.*

Entrada del Alcayde de Gibraltar en Berberia (Targa) y suceso de ella.

«Pedro de Vargas (35) Alcayde de Gibraltar passo allende con cavalleros e peones a robar una Aldea de Moros, e robaron la aldea e despues al embarcar apretaron los moros a los xp̄stianos, al entrar de los Bateles y entraron en ellos los que pudieron y otros muchos al entrar se afogaron con el peso de las armas e non sabian nadar, alli murió D. Pedro yerno del Alcayde Pedro de Vargas e un Pagador del Duque de Medina e otros muchos peones. Pasaron en el mes de Diciembre de 1479 años» (36).

(35) JOSÉ ANGELO DÁVILA: *Apuntes para la Historia de Jerez de la Frontera*. Publicada en 1908, págs. 154-5.

(36) Benito de Cárdenas había nacido en el año 1449 y vivía en Jerez en 1536, en el que figura como testigo en una información genealógica hecha sobre el jerezano Hernando de Padilla para tomar hábito en Ordenes Militares. Fué un hombre honrado, cristiano viejo y vivió en Jerez en la collación de Santiago, en la calle de la Merced. Hombre de bien, entendido y de plaza, porque era escribano de Jerez y Notario apostólico.

Escribió unas interesantes *Memorias*, que dió a conocer en 1929 Moreno de Guerra en el tomo I de sus *Bandos en Jerez*, págs. 87-143 El original de ello perteneció a don Pascual de Gayangos, en cuyo poder estaban cuando las vió don Diego Parada y Barreto, el autor de *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera*.

La recia personalidad de Benito de Cárdenas, su energía, su prestigio, su rectitud y el conocimiento que, en razón de su cargo, tenía de todos los hechos principales de su tiempo, aparte su participación personal en algunas de estas *Entradas de allende* hacen el suyo un testimonio valiosísimo y de la mejor autenticidad.

La destacada personalidad de Benito de Cárdenas y el valor documental de las *Memorias* fué estudiado por Moreno de Guerra. Hasta fecha relativamente reciente, en 1889, cuando el Archivero municipal don Agustín Muñoz publicó sus *Historiografos de Jerez de la Frontera*, no era conocido como historiador jerezano, pese a poder considerarse continuador del primer historiador Gonzalo de Román, escribano que fué del Cabildo y que recogió en las Actas del xv, verdaderas y documentadas referencias de la historia de la ciudad.

El título completo de la Memoria de Cárdenas, es así: *Memoria y verdadera relación de cosas acontecidas en esta cibdad y fuera della, así entre christianos unos con otros como con los moros, desde el año de mil y quatrocientos y setenta y uno que entró el Marqués en Xeres, fecho por ... Benito de Cárdenas...*

La segunda parte a la que nos referimos especialmente, *Trata de la guerra con moros, general y particularmente escrita por el mismo autor.*

La referencia de Benito de Cárdenas es muy semejante y sus diferencias son también pequeñas e intrascendentes. El historiador jerezano Bartolomé Gutiérrez (*Historia y Anales de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Xerez de la Frontera*. Jerez, 1887. Libro 3.º; página 130), lo refiere en la misma forma: «Hallabase en este mismo mes (Diciembre) y año (1479) de Alcaide de Gibraltar el noble Pedro de Vargas, de este apellido de Xerez; y queriendo hacer alguna entrada en el Africa para traer bastimentos y algunas riquezas... Fué esto mediados de dicho mes y presente año».

También se refiere a ella el autor anónimo del escrito reproducido por Jiménez de la Espada, que formó parte de esta expedición, como más tarde, el año siguiente, había de participar en la de Azemur. Dice así: «y a lo que digo que se puede hacer muy bien la guerra en Africa que sus Altezas quieren hacer con esta armada, con otras menos armadas se ha hecho, que a mi se me acuerda, porque me halle en ciertas de ellas, en especial con el Alcaide Pedro de Vargas, barraxamos a Taraga (37), en que tomamos moros y moras y veinte y tantos cativos cristianos y todo el despojo de la villa en que se hobo mucha riqueza en ello».

1480.—Julio.

El Alcayde de Rota con los cavalleros de Xerez y de otras partes pasan a Berberia y suceso que ubo.

«Jueves 27 de Julio de 1480 partieron del Puerto de Santa Maria Juan Sanchez de Cadiz Alcayde de la villa de Rota 24 de la ciudad de Xerez de la Frontera (38) y otros muchos cavalleros desta ciudad y de otras tierras para Cadiz y el viernes primero salieron de ella para pasar a Berberia de a pie y de a cavallo y fueron todos en sus nabios que serian ciento y cinquenta velas y en ellas seis

(37) «El Comendador JUAN GAITÁN: *Relación de la costa de allende*, describe así la población barajada por el Alcaide de Gibraltar: «Desde Tetuán hasta Tarra- ga hay siete leguas... Taraga (sic) es un lugar a casa muro. Está cabe la mar y es de población de ciento et cinquenta vecinos. La fortaleza de allí es una torre principal con su barrera, sin cava et apartada del lugar un tiro de ballesta; de la mar dos tiros de ballesta.» Nota 14 citada, de JIMÉNEZ DE LA ESPADA.

(38) Juan Sánchez era Alcaide de Rota por los Ponce. La expedición se formó en el río Guadalete.

mil personas: en los de Xerez fueron los hijos de Garcia Davila (39) 24 e otros buenos de la ciudad e hicieron mucho gasto e fueron a una ciudad que se llama Azamar e desembarcaron en tierra e fueron luego a la ciudad e tantas velas vieron luego los moros que pensaron que era el Rey de Portugal e pelearon con los moros e hicieron por el Muro de la Ciudad por donde entrassen con las Lanzas y entraron el Muro e tomaron cuatro torres, tornaron los moros sobre los xp̄stianos y hecharonlos fuera de los Muros e de las torres e alli mataron a un hombre que se llamaba Alonso Partidor e otros tres que eran de Xerez e ocho de otras partes e sin non fuera por los hijos de Garcia Davila con un fijo de Pedro de Vera, Diego Gomez e Diego Davila, e Fernando Padilla su hermano, hijos de Garcia Davila que hicieron rostros cerca del Agua al embarcar, muriera mucha gente; non tomaron si non un moro. Vinieron a Xerez a 24 de Agosto de dicho año» (40).

El texto, con muy pequeñas e intrascendentes variaciones, es el mismo que figura en la *Memoria* del escribano de la ciudad Benito de Cárdenas (41). Rallon, cuya referencia es, también, muy semejante, dice: «En nuestros libros capitulares hay memoria que jueves 27 de julio del año 1480, Juan Sanchez de Cadiz salio para el Puerto donde tenia dispuesta su Armada...» (*Historia de Xerez de la Frontera*. Tomo IV, pág. 45).

El autor anónimo del estudio que figura en la carpeta *Conquista de Orán y Memoriales*, y que fué dado a conocer por Jiménez de

(39) La biografía de García Dávila, el de la Jura, uno de los caballeros más heroicos y principales de la ciudad de Jerez en el siglo xv, figura en PARADA Y BARRETO: *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera*. Jerez, 1875, páginas 118-19.

Ver también *Noticias de García Dávila y sus hijos*. BARTOLOMÉ GUTIÉRREZ: *Historia y Anales de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Xerez de la Frontera*. Jerez, 1887, libro III, pág. 132. Termina su referencia pág. 136, diciendo: «Estos fueron los hijos de García Dávila que se portaron con tanto valor en la función de Azamor que se hizo este año (1480), bajo el comando del referido Juan Sánchez, 24 de Jerez y Alcaide de Rota.»

(40) JOSÉ ANGELO DÁVILA: *Apuntes para la historia de Jerez de la Frontera*. Publicada en 1908, págs. 155-57. Sobre esta expedición, ver también el trabajo citado de PIERRE DE CENIVAL: *Sources inédites en Portugal*. Tomo I, págs. 1 y 2.

(41) La Memoria de Benito de Cárdenas es el testimonio más valioso, tanto por la personalidad de su autor como por haber sido coetáneo de los hechos que relata e incluso haber participado como actor en alguno.

la Espada, se refiere a esta expedición, de la que dice haber formado parte: «... pues que se pueden tomar, como ya otra vez se ha tomado Azamor y se tornó a perder por mal recabdo; e yo me hallé en la tomada».

¿Intervino en esta expedición Bartolomé de Estopiñán Bernalt? En la Memoria de la casa de Estopiñán figura como participando en «una expedición contra Azemmur», aunque no se concrete la fecha. Como los datos que se tienen sobre las *entradas* a que nos estamos refiriendo son, sin duda, muy incompletos y como Portugal hizo también algún intento sobre Azemmur, y todo ello aparte de la intervención de la familia Estopiñán en empresas de Africa, es útil citar los trabajos de Sancho: *Los Estopiñán y las actividades gaditanas en Marruecos (Mauritania, julio 1936, páginas 194-6)*; *Un foco de cooperación española a la obra portuguesa en Africa. Jerez de la Frontera y el Puerto de Santa Maria (1500-1550). Mauritania 1 julio 1943, pág. 183.*

1480.—*Septiembre.*

Entrada de los Cavalleros de Xerez en Berberia y no ubo efecto.

«Por el mes de septiembre del año 1480 Fernando de Carrisossa con otros Cavalleros de la ciudad de Xerez de la Frontera passaron a Berberia a saquear un lugar y por ser sentidos no hicieron efecto y se volvieron a Xerez» (42).

Benito de Cárdenas da la misma referencia: «Fué Fernando de Carrizosa con otros caballeros e peones allende e no tomaron nada en el mes de septiembre, año de MCCCCLXXX». Bartolomé Gutiérrez, también se refiere a ella (*Historia y Anales de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Xerez de la Frontera. Libro 3.º, pág. 132*), diciendo: «pero volvieron sin pérdida a Jerez». A ella se refiere también Jiménez de la Espada, pág. 33, nota 21.

(42) JOSÉ ANGELO DÁVILA: *Apuntes para la Historia de Jerez de la Frontera, 1768, publicada en 1908, pág. 158.*

1483.—*Julio-Agosto.*

Entrada de Juan de Suazo, Alcaide de Cádiz.

«Fue Suazo Alcaide de Cadiz allende a un lugar e entro dentro e tomo todas las mugeres e muchachos que estaban dentro e los moros fuyeron e vinieronse a un puerto e alli pelearon con los cristianos fasta que les quitaron todas las moras e mataron algunos cristianos e non trujeron nada. Fueron en el mes de julio en fin, vinieron en fin de agosto año de M.C.C.CCLXXXIII años» (43).

1485.

Entrada de Francisco de Estopiñán.

Se refiere en ella el anónimo autor del *Memorial para la guerra de allende* (44): «Asi mismo hay ardiles para tomar cabalgadas en aquella costa, como otras veces los caballeros de Xerez han tomado, en las cuales yo me he hallado en las mas de ellas de cuya cabsa co- nozco lo sobredicho y muy mas largo de lo que digo: porque en compañía de Frzo (Francisco) Estopiñán, vecino de Cadiz, que es hoy vivo, que puede dar fe de ello, quel año que se gano Ronda (45) después de ganada fuimos a tentar cabalgadas y a ardiles en aquella costa del Poniente, los cuales ardiles vide yo y otros que ibamos alli muy bien vistos y el Francisco de Estopiñán y los mismos ardiles se estan alli hoy...»

Cuanto va dicho permite establecer una referencia que no por exceso de lagunas deja de tener su interés en el doble aspecto militar y de la acción en Africa, aparte del que tiene como esquema al servicio de una investigación, período y tema, de indiscutible interés para la Historia de España.

Don Juan Moreno de Guerra, a quien ya nos hemos referido, había reunido muchos datos inéditos que reservaba para la histo-

(43) Referencia de Benito Cárdenas, que escribió sus Memorias en la misma fecha.

(44) Págs. 13, 14 y 15. Ver también SANCHO: *Los Estopiñán y las actividades gaditanas en Marruecos. Mauritania*. Julio, 1936, pág. 195, y julio 1943, pág. 133.

(45) 1485.

ria de Cádiz, que tenía en preparación avanzada. Desgraciadamente, todo ese esfuerzo ha de considerarse perdido. En el Archivo Municipal de Jerez existen las actas incompletas del siglo xv; en el Archivo de Protocolos (prácticamente sin explorar) de la misma ciudad, también se conserva amplia documentación de ese tiempo. Es posible que en los documentos municipales del xv puedan encontrarse memoriales de servicio de alguno de los capitanes o adalides cuyos nombres se conocen, y que en alguna ocasión, al pretender algún cargo ilustre, presentaban sus méritos al Cabildo.

Y sin que ello cierre la posibilidad de encontrar datos en otros archivos nacionales o locales ya que, respecto a estos últimos, ha de considerarse que aun siendo muy importante la aportación de Jerez de la Frontera y la riqueza de sus archivos, las entradas de allende no se hicieron solamente desde Jerez ni tampoco se limitó la acción de los adalides a la costa de Poniente, sino que hicieron también entradas y correrías en las de Levante.

Y ello aparte de los archivos de las grandes Casas que entonces ejercían papel preponderante, la de Medina Sidonia especialmente, que por la posesión de Gibraltar «un comedio de entramas costas, y es muy buena baya y puerto para poder estar» (*Memorial para la guerra de allende*, pág. 15), tuvo gran actividad en relación con Africa, y de las genealogías de nobleza siquiera en ellas, por lo que se refiere al lugar y al tema, haya que actuar siempre precavidamente, por haber sido establecidas algunas sin demasiado rigor histórico, ni cuidado excesivo de la verdad.

SEGUNDA SALIDA DE JULIAN ROMERO

por ANTONIO MARICHALAR
MARQUES DE MONTESA

(De la Real Academia de la Historia)

PROEMIO

«Ventura quieren las cosas.»

LOPE DE VEGA (1)

«Hombre de servicio y honra», dice escuetamente el gran Duque de Alba, al hablar de Julián Romero, en carta a Felipe II (2). Y le pide merced. Por eso—y aunque no fuera más—vendríamos obligados, nosotros, a hacérsela de nuestro estudio.

Unos años de investigación dieron por resultado un libro copioso, que cuenta, entre sus defectos, no haber agotado, pese a su minucia, la información (3). El tema pide que no se le abandone. Los datos se encuentran ahí: recónditos, en archivos y crónicas. Cinco años de labor, después de la publicación del libro, han recopilado éstos, entre otros, relativos a su historia militar.

Que una vida termina; mas, si fué heroica, la historia de esa vida no acaba, por mucho que se apure el inquirir, porque siempre hay saberes ignotos; y a veces de proezas, ya que sabido es cómo los españoles, prontos a realizarlas, han sido tardos para describirlas y hasta para darles valor.

(1) *El premio de la hermosura*, comedia.

(2) DUQUE DE ALBA: *Epistolario del III Duque de Alba* (1952) II, pág. 174 (Carta, de Bruselas, a 31 de enero de 1569).

(3) ANTONIO MARICHALAR, Marqués de Montesa: *Julián Romero* (1952).

Relata el maestro de campo Carlos Coloma, a principios del siglo XVII, la acción de los tercios, «por no haber tenido los españoles, que han militado en Flandes, tanto cuidado de escribir sus hazañas, como de hacerlas» (4).

Puso Julián su vida al tablero

«por fama e prez ganar
e probar caballería» (5).

Y como él tantos otros. Han escaseado las plumas capaces de escribir sus historias. Fernán Pérez de Guzmán advierte su ausencia. Juan de Mena escribe:

«Las grandes fazañas de nuestros mayores,
la mucha constancia de quien los más ama,
yace en tinieblas, dormida su fama,
dañada de olvido por falta de autores» (6)

Ni Julián Romero ni los suyos pensaron en eso. Y es fama que Julián narraba con singular acierto sus propios reencuentros. Pero, durante la acción, no pensaron en la perpetuidad de su nombre ni de sus hechos.

Entiende Palacios Rubios que el esfuerzo es «entre temor y osadía». Coraje, sí, y no temeridad, ante el riesgo inminente, que habrá de resolverse «osando el hombre y temiendo como debe» (7).

Ni la presencia de la muerte, manifiesta en la fe, ni «la candela en la mano», según la frase de Julián Romero, son incompatibles, sino muy al contrario, simultáneas del valor y el desdén ante el peligro. Un autor de aquellos tiempos, que militó en Flandes y dejó un «librico de buenos avisos», escribió aquello de: «La gente de guerra es la que más descuidada está de pensar en la muerte y la que menos seguridad tiene de la vida» (8).

Y basta de prelucción o proemio, que el lector espera nueva noticia de Julián Romero.

(4) *Las guerras de los Estados Bajos* (1625).

(5) RODRIGO YAÑEZ (?): *Poema de Alfonso XI*.

(6) *El laberinto de fortuna* (ed. 1943), pág. 4.

(7) J. DE LOS PALACIOS RUBIOS: *Tratado del esfuerzo bélico heroico*, 1524 (ed. 1941), pág. 78.

(8) JUAN GONZÁLEZ DE LA TORRE: *Nuncio legato mortal* (1555).

MICHEL EYQUEM

«Le seigneur Iulian Rommero, ayant
faict ce pas de clerc...»

MONTAIGNE

Julián Romero, que se hizo famoso por su heroísmo en una derrota, habría de intrigar a quien, siendo enemigo, tenía en su temática las «pertes triomphantes a l' envi des victoires». Y Montaigne, que, a veces, ataca cuando parece que defiende, al traer a sus *Essays* el ejemplo de Julián Romero lo hace, quizás, para enaltecerle sin que parezca que deja de desaconsejar, por cándida, su conducta. El hecho es que habiendo sido, poco antes, Julián prisionero de los franceses, Montaigne evoca sus acciones, y aún se advierte que es de los muy escasos héroes coetáneos —ni siquiera modernos— que cita. Y sin regatearle el testimonio de su simpatía. Es más, dejando mejor parada la nobleza de Julián que la de Montmorency.

El hecho fué en Dinant, si bien Montaigne confunde, en su memoria—y así lo advierte algún comentarista suyo—, esa plaza con la de Yvoy, es decir, Carignan, sobre el Chiers, a cuatro leguas de Sedan en las Ardenas. Habla Montaigne del peligro que hay en parlamentar con el enemigo, que entre tanto aprovecha la tregua para introducirse en la plaza. Cita el caso de Fabricio Colonna en Capua, y añade: «Et de plus fresche mémoire a Yvoy (sic), le seigneur Iulian Rommero, ayant faict ce pas de clerc de sortir pour parlementer avecques monsieur le connestable, trouva au retour sa place saisie». El hecho ha sido narrado por Rabutin, Paradet y otros historiadores, pero Montaigne, que escribe en vida de Julián, lo estima un «pas de clerc», esto es: generosidad de un alma de cántaro.

Bien. Pero si pecó de incauto Julián y de confiado, ya que «c' est une regle, en la bouche de tous les hommes de guerre de nostre temps, qu' il ne fault jamais que le gouverneur en une place assiegee sorte luy mesme pour parlementer», Julián suponía al enemigo tan bravo y leal como lo era él. Montaigne lo reconoce e invoca una página de Quinto Curcio, donde Alejandro rehúsa victoria hurtada,

pues «malo me fortunae peniteat, quam victoriae pudeat»: (Prefiero tener que quejarme de mi fortuna a sonrojarme de mi victoria) (9).

El condestable de Francia salió malparado, pese a todo, de este encuentro con Julián, como soldado y parlamentario, y han de comentarse, por extenso, las arengas de uno y otro.

«Dinant, assise au pays de Liege, ville tres forte de sa grandeur et tres riche a cause d' une marchandise qu' ilz faisoient de ces ouvraiges en cuyvre qu' on appelle dynendrie» (10). Referí en la biografía de Julián Romero las alocuciones que Brantome atribuye al condestable y a Julián. No es autor de fiar, ciertamente; pero quiero transcribir la versión de Herrera, casi coetánea, pues si no añade mucho a la del escritor francés, la garantiza por cuanto que alude a las mismas frases dirigidas por Romero a Montmorency. Cuenta Herrera cómo no consiguió Romero socorrer a los sitiados de Mariemburgo, aquel año de 1554, y la estrechez a que le forzaba el ejército del Rey de Francia, que penetró en Agimont:

«Quedaba Dinant, plaza fuerte con castillo bien fortificado, del Obispo de Lieja, que se gloriaba de haberse defendido de diecisiete sitios de emperadores, y por eso se llamaba la Orgullosa. Reconocida la villa, aunque andando en esto con el Duque de Nivers, mataron al Señor de Jametz; se plantaron quince cañones, y otra batería de otros tantos de la otra parte del río. Se plantó adonde estaba el Rey, y pareciendo que las baterías estaban de una manera que se podía arremeter, como los franceses son confiados e impacientes, habiéndoles hecho el Rey una plática, mostrándoles cuánto importaba que en la Real presencia honrasen a la nación francesa, arremetieron con furia, pero la resistencia fué tal, que cayendo muchos muertos y siendo otros heridos, se resfriaron y aunque el almirante les reprehendía y el Señor de Monpensat tomó una bandera y arremetió, no le siguieron y se hubieron de retirar con mucho daño. Otro día temiendo los de Dinant el saco, se rindieron por medio del Duque de Nivers, que les ofreció que no les haría daño; pero no les aprovechó porque los alemanes nuevos del ejército entraron por las roturas de la muralla y saquearon la villa, y rompiendo las puertas de la iglesia mayor, que era muy principal, adonde estaban recogidas las mujeres y niños, los

(9) M. DE MONTAIGNE: *Essais*, lib. I, cap. VI (ed. Le Clerc, 1865), I, pág. 39.

(10) PHILIPPE DE COMMYNES: *Mémoires* (ed. Calmette, 1924), I (1464-74), pág. 94.

prendieron, saqueando la iglesia; y queriéndolo defender los franceses anduvieron toda la noche a las manos, hasta que a la mañana procuró el Rey de remediallo y que se diese libertad a los presos. Tomada la villa, con gran furia se comenzó a batir el castillo, y apretándole mucho, salió el Señor de Floyon, que era castellano, y el capitán Hamol, alemán, y concertaron con que darían el castillo con que saliesen con espadas y dagas y sus haciendas. Entendido el concierto por el capitán Julián Romero, que estaba dentro con su compañía de Infantería española, salió a hablar con el Condestable, y dijo que no consentía en aquel acuerdo si no le dejaban salir a él y a sus soldados con sus armas, porque no tenía otra honra sino ellas. Pasaron muchas demandas y respuestas, y estando firme Julián Romero en que no dejaría las armas o con sus soldados defendería el castillo. El Condestable, que le deseaba ganar sin sangre, mientras entretenía en esto a Julián Romero, envió al Señor de Bordillon a preguntar a los españoles si se contentaban de aceptar los capítulos que estaban hechos, y viniendo en ellos se los mostraron escritos a Julián Romero, y firmados, replicando que no los pudieron los soldados consentir sin él que era su cabeza, y que le dejasen volver, que con ellos moriría y defendería la plaza. Le protestó el Condestable que si volvía y la plaza se ganaba le ahorcaría de una puerta de la villa, y pareciéndole que hasta allí había hecho su deber y que era imposible la defensa, se conformó con el tiempo; y saliendo la guarda le detuvieron preso, sin embargo el concierto» (11).

El día 12 de julio de 1554 se rendía la plaza de Dinant a los franceses. Al siguiente fué cuando Julián, defensor de la ciudadela, parlamentó con Montmorency. Un biógrafo de éste reconoce que Julián fué hecho prisionero valiéndose el condestable de una treta, al decir a los españoles que Julián se rendía, cuando no era cierto, y aquéllos se entregaron, dejando enteramente solo a su capitán. En este autor, Decrue, se aclara un punto incierto: el tiempo que duró el cautiverio de Julián. Puede asegurarse que no llegó a dos años. En efecto, Julián aparece canjeado a raíz de la tregua de Vaucelles, firmada el 5 de febrero de 1556. Su nombre figura entre los imperiales: Aerschot, Mansfeld, Monsieur de Pont de Vaux, el Duque de Arcos. Los prisioneros franceses eran: François de Montmorency, Villars,

(11) ANTONIO DE HERRERA: *Historia General del Mundo* (1606), I, pág. 48

Turenne, La Rocheguyon, d'Andalot y Bouillon. Julián Romero está entre los canjeados de mayor importancia, mas no se sabe de cierto la fecha en que vuelve al campo español, porque la tregua tardó en verse cumplida. Felipe II la juraba en Bruselas un 27 de marzo de ese año 56, pero en el mes de setiembre «el embajador de España aconsejaba no dar suelta a los franceses en tanto que todos los prisioneros imperiales no hubieran salido de Francia» (12). Llevaban las negociaciones del canje el almirante Gaspar de Coligny y el embajador Bassefontaine, de una parte, y de la otra, el Conde de Laing y el embajador Renard. Tuvieron lugar en la Abadía de Vaucelles, sobre el Escalda. Por pronto que fuese canjeado Julián, no es posible que asistiese en Londres a las bodas de Felipe II, como creen algunos autores. Más probable es el rumor de una estancia escondida de Julián en Inglaterra, para atemorizar a los descontentos. Podía, entonces, utilizarse su ausencia y el hecho de que llevase unos días prisionero.

Por cierto que Decrue recoge una especie propalada por algunos cronistas del tiempo, y a la que no se ha salido debidamente al paso (13). Es ésta: que Julián se halló en el sitio de Boulogne y que sirvió a los franceses, por lo cual le llama «condottiere». Cierta que, tras el desafío, ganó algunos ricos regalos y recibió un aparador. (Llamábase aparador, entonces, a un conjunto de piezas, copas, jarros, platos, bandejas, con que se obsequiaba a quien se pretendía honrar; es decir, no únicamente «la credencia o mesa, donde están las vajillas para el servicio», sino que «las mismas piezas de oro y plata se llaman juntas aparador») (14). Y se dice que el Rey de Francia le hizo entonces ventajosas ofertas. Mas, si el desafío fué porque Julián tenía a Mora por traidor al César, no iba a caer en la misma culpa. Habría que suponer que Julián se incorporó entonces, como mercenario, y sirvió a las órdenes de Montmorency; lo cual sabemos que no sucedió, pues es harto conocida la relación entre ambos. Cierta que hubo, mediado el siglo, sitio en Boulogne, mas no parece probable que Julián estuviese en él, como se ha dicho. No había guerra entre españoles y franceses, y hasta, en esos días, pasaba el condestable por bien querido del Emperador. Con todo, la

(12) F. DECRUE: *Anne, Duc de Montmorency* (1889), págs. 171 y 179.

(13) F. DECRUE: ob. cit., pág. 153.

(14) S. DE COVARRUBIAS: *Tesoro de la lengua castellana* (1611)



Julián de Romero Maestro del Campo dant Tercio dant Sicilia, Ridder dante Ordre van S. Jacob. etc.

JULIÁN ROMERO. Retrato grabado.

La inscripción del retrato le llama: Julián Romero, maestre de campo del Tercio de Sicilia, Caballero de Santiago. Su fecha, hacia 1562. El dibujo es atribuible quizá a Jacobsen, y el grabado a Crispiaen. (La equivalencia de los términos «tribuno» y «maestre de campo» se halla en el famoso libro de Sancho de Londoño.)

(Biblioteca Nacional. Madrid.)



JULIÁN ROMERO CON SU SANTO PROTECTOR, por el Greco.

El maestre de campo, orante y envuelto en el hábito de Santiago, ha sido representado, después de su muerte, para ser colocado sobre su sepulcro, con sus armas, banderas y trofeos, en la iglesia de las Trinitarias de Madrid, fundación de su hija. Encargado por ésta hacia 1609.

(Museo del Prado. Madrid.)

actuación de Julián Romero es imposible, pues ya Martín Hume probó documentalmente que Julián se vuelve a Inglaterra después del desafío de Fontainebleau, y sirve a los ingleses como maestre de campo, dignidad de sir y banneret, de los que se sabe que «los caballeros son ascendidos a bannerets, cortando la punta de su banderín» (15). Y en el año 1551 declara que, pese a las ventajas, «no quiere servir a herejes» y se pasa a Flandes, donde es acogido por el Emperador.

YAMECON

«Y pues Felipe segundo
por la religión pelea.»

LOPE DE VEGA (16)

De la batalla de Gemmingen (llamada, por el Duque de Alba, de Yamecon o de Jenicum) han sido publicadas las relaciones y descripciones que él hizo para el Rey (17) y el Consejo de Estado; en francés la última (18). El *Epistolario* no añade nada de consideración ni en las cartas del 22 de julio de 1568 ni en las siguientes (19).

No vamos a repetir lo dicho en la biografía de Julián Romero relativo a la batalla de Yamecon o Yemmingen (pág. 191). Citábamos a Lanario. El Duque de Carpiñano dice además: «En las caserías de Geminga fué roto y desbaratado el ejército de Ludovico de Nassau, y él se salvó huyendo.» Y a nado, desnudo. «A Pío V, que era entonces Pontífice, y al Rey de España, envió el Duque de Alba correos a posta, para darles aviso de la victoria.» Da por fecha el 21, y añade: «Llegó estos días al campo católico el Duque de Huéscar, hijo mayor del de Alba» (20). En general se le llama Don Fadrique de Toledo o Marqués de Coria. Pero Lanario no se engaña. Había

(15) G. CHASTELLAIN: *Oeuvres*. II (ed. 1863), pág. 374

(16) *Los españoles en Flandes*, comedia.

(17) CODDIN: XXX, pág. 443, y XXXI, pág. 19.

(18) M. GACHARD: *Correspondence du Duc d'Albe... en 1568* (1850), pág. 187.

(19) *Epistolario*, cit., I, pág. 72.

(20) FRANCISCO LANARIO ARAGÓN, Duque de Carpiñano: *Las guerras de Flandes, 1550 a 1609* (ed. 1957), pág. 36.

recibido el ducado de Huéscar cinco años antes, como primogénito de la Casa de Alba.

De Yemingen queda una admirable descripción documental y gráfica: los tres tapices de Pannemaker, tejidos en Bruselas a raíz de la batalla, que se conservan en el Palacio de Liria. Se denominan: «El ataque», «El paso del Ems» y «La victoria». Y están colgados sobre, y a los lados, de la chimenea en el salón del gran duque, donde se conservan sus retratos.

En estos tapices, hechos por quien no anduvo lejos del combate, se detalla, con todo el ambiente que ofrece la autenticidad coetánea, el pormenor de los encuentros individuales y episódicos, a la vez que los movimientos tácticos de las masas en los combates. Se advierten escenas marginales, como la del duque y las damas o incidencias en la impedimenta que acarrea bastimentos.

El 24 de abril, Ludovico de Nassau había penetrado en Frisia. La victoria de los españoles en Dahlem, el 25, no impidió que Ludovico ganase Hayligerlée el 25 de mayo. El Duque de Alba se pone en campaña, y entra en Groninga el 15 de julio; obtiene la victoria de Yemingen el día 22.

Por lo que hace a la actuación de Julián Romero en la acción de Yemingen, sobre el río Ems, Herrera relata cómo Alba ordenó que «la compañía de arcabuceros a caballo del capitán Montero fuese por el mismo camino que antes había ido, y que le siguiese el maestro de campo Julián Romero con quinientos arcabuceros y trescientos mosqueteros» solos, dejando en reserva las tropas de Ulloa y Bracamonte. «Los maestros de campo Julián Romero y Don Sancho de Londoño, que habían llegado en la vanguardia, fueron escaramuzando hasta llegar a tiro de mosquete de los escuadrones enemigos, y enviaron orden a los capitanes Don Rodrigo Zapata y Don Diego de Carvajal, que habían quedado atrás en guarda de los pasos, para que se mejorasen. Habiendo llegado el Duque, con el Gran Prior y algunos caballeros, a media milla de los herejes, mandó tender toda la gente por un camino que iba al aldea donde estaban los enemigos. Llegada el arcabucería católica y los treinta caballos adonde andaban los maestros de campo sobredichos, los enemigos dispararon algunas piezas de artillería, pero sin daño de los católicos. Julián Romero y Don Sancho de Londoño reconocieron que los enemigos tenían dos grandes escuadrones». Por último, piden socorro al Duque de Alba. Este no lo da. «Visto Don Sancho y Julián que

el Duque no les quería socorrer», como otras veces, se bastaron para vencer. Y eso fué todo (21).

Ha entrado ya el mes de octubre de 1568. Refiere Herrera la intervención de Julián Romero, a las órdenes del Duque de Alba, en la campaña que éste emprendió contra el Príncipe de Orange: «A Tongre envió el Duque a Julián Romero, cuando entendió que el enemigo se apartaba para reforzar aquella villa, y aunque como era del Obispo de Lieja no le querían recibir, al fin le abrieron las puertas y se tomaron muchos carros de vitualla y municiones y mercancías de los que seguían el campo de Orange.» Pasó el duque a Cunesi, «y aquella misma noche envió a Julián Romero contra ciertas cornetas de herreruelos que estaban en alojamiento algo desabrigado de su campo, para que ocupase un bosque muy cómodo para lo que se ofreciese. El bosque se ocupó, mas no se hallaron los herreruelos».

Prosigue: «Al tiempo que se retiraba Julián Romero, porque el Duque se lo había mandado, enviaron cuatro mil arcabuceros y seiscientos caballos; y viéndolos Julián Romero bajar por la montaña se volvió al bosque, y cargándole los enemigos mucho se defendió y les impidió la entrada por más de dos horas, hasta que se descubrió en su socorro Don Fadrique de Toledo con mil arcabuceros del tercio de Alonso de Ulloa, y quinientos arcabuceros valones. Quedó Julián Romero herido en un brazo, y muertos veinte soldados españoles» (22). Y no fué sólo un brazo; Julián hubo de perder, además, un ojo, un oído, una pierna, un hijo y tres hermanos en las guerras.

EL DUQUE DE ALBA

«Después de puesta la vida
muchas veces por su ley
al tablero.»

JORGE MANRIQUE

Son las armas del gran Duque de Alba un tablero de ajedrez, que le viene por su baronía de Toledo. En juego puso, a lo largo de una vida de esfuerzo militar, hacienda, vida y honra. «Por este camino

(21) A. DE HERRERA: Ob. cit., I, pág. 694.

(22) A. DE HERRERA: Ob. cit., I, pág. 702.

—dice el P. Ossorio— fué por donde el duque llevó su nombre hasta las alturas de la fama, y así formó aquellos extraordinarios hombres que fueron sus hijos Fadrique y Fernando, Sancho Dávila, Mondragón, Valdés, Romero...» (23).

Fuera o no Julián Romero —famoso desde San Quintín, cuya victoria se le atribuye, por algunos— hechura del Duque de Alba, es lo cierto que éste le acogió, en vida del Emperador, cuando malcontento de sus aventuras de mercenario, se presentó a servir en Flandes, y que le apoyó siempre cerca de Felipe II, así como que Julián demostró su lealtad al duque en todas las ocasiones.

El gran duque de Alba tiene una leyenda de severidad adusta, a la cual ha contribuído quizá su propia iconografía. Y tenía que ser un inglés, el capitán Cyril Falls, profesor de Historia de la Guerra en la Universidad de Oxford, quien hiciera recientemente y al margen del *Epistolario* del gran duque, el siguiente escolio: «Era glacial, pero no carecía de un cierto sentido del humor» (24). Claro es que en el *Epistolario* se advierten dos plumas distintas: la del duque y la de su secretario Albornoz, y aunque las más veces se especifica a quién es debida la epístola, otras muchas queda dudosa la atribución. Es indudable que el secretario redactaría cartas que firmaba su señor, y otras estarían dictadas por éste mismo, sin contar, naturalmente, los documentos hológrafos. En la lectura, los textos se van distribuyendo de por sí a opuestos lados: del uno, el estilo harto refranero, servil y hasta chocarrero del secretario, y, a la otra parte, el estilo sutil y subido de punto que caracteriza al duque. Y en este último un cierto dejo, a veces, que evoca a Garcilaso; no en vano fué el duque amigo suyo y discípulo de Boscán. Hay un tono italia-nizante y trovadoresco, ingenioso, alusivo y aun deliberadamente rebuscado, que trasciende a garcilasiano y presiente el barroco. Lástima grande es que no queden versos de este «mayorazgo», que, al decir del Marqués de Villafranca, estuvo a punto de salirles poeta. En su obra habría que buscar la huella de Gentile, que fué su maestro, y hasta la de Fray Severo, si realmente llegó a serlo.

En todo caso, y como diversión al margen de este documento militar que es el *Epistolario*, podría anotarse un buen número de pa-

(23) P. ANTONIO OSSORIO: *Vida de Don Fernando de Toledo, Duque de Alba*, 1669 (ed. 1945), pág. 50.

(24) *The Illustrated London News* (9 de mayo de 1953).

labras en él empleadas y que muestran, por sí solas, el rango de la pluma que lo redactó. Así, por ejemplo, al correr de las páginas, subrayamos vocablos como: «apuñemos», «envolumada», «remolado», «logo» (por locoteniente, que se empleaba en vez de lugarteniente, entonces), «cañón encaretado», «atarazanal», «estropeadero», «escorchapín», «roneu», «alboñar», «haldiluengo», «desafervar», «hacimulo», «vezado», «descantentar», «milagroncico», «hambreado», «envilir», «pretensor», etc. Y como muestra de estilo, copiemos el final de una carta al Comendador Mayor de León, desde Alba, un 19 de julio de 1543: «Yo llegué aquí muy bueno y así hallé a la Duquesa; la estada acá será la que vuesa merced mandare; querría dar una vuelta por unos lugares míos y no tardaré mucho en ello. La Duquesa besa las manos de vuesa merced y ella y yo las de mi señora Doña María, aunque ahora nos tiene en gran trabajo por acertar a leer una carta de su señoría para la Duquesa y esto no es melindre sino verdad» (25).

Mas, repasemos en el *Epistolario* cuanto hace referencia a Julián Romero.

Aquel año de 1569 hay gran discordia por la castellanía de Hedin. La quieren Helfault y Blondeau. Y la quiere Julián Romero. El Duque de Alba apoya su nombre cerca de Felipe II, y así en una «relación de los gobiernos que quedan a proveer en estos Estados y las personas a quien Vuestra Majestad puede recompensar y hacer merced en ellos», que acompaña a una carta del duque, escrita desde Bruselas, el 31 de enero de 1569, dice al Rey: «El Maestro de Campo Julián Romero desea que Vuestra Majestad le mande tomar este cargo de Hedin, y paréceme ya cosa muy conveniente por las razones que, sobre esta materia, escribo en la carta que Vuestra Majestad podrá ver» (26).

Alba no recomienda a Julián por sólo favorecerle. Trata de llevar al ánimo del monarca un criterio que encuentra oposición por parte de algunos del Consejo. Otra carta, con la misma fecha de 31 de enero de ese mismo año, y en Bruselas, naturalmente, insiste en que «en estos Estados conviene muy mucho que se plánten algunos españoles, hombres de servicio y honra, poniendo Vuestra Majestad a Julián en Hedin y quedando Sancho de Avila en Amberes, como

(25) DUQUE DE ALBA: *Epistolario*, cit., I, pág. 42.

(26) *Epistolario*, cit., II, pág. 162.

está, y Salinas, también como está, en Gante. Son tres hombres de que el gobernador que aquí estoviese se podrá muy mucho servir; y a los que quedan a vivir acá, con gran razón, Vuestra Majestad les debe arraigar con hacienda, y así me parecería que Vuestra Majestad, siendo servido, podría dalles a dos mil o mil quinientos florines de renta, como a los naturales, o como Vuestra Majestad fuese servido, pero menos que esto, para vivir con perpetuidad, no creo sería dalles» (27).

Julián continúa con sus pretensiones a Hedin, asistido por el duque, quien, en carta de 24 de febrero de 1570, desde Bruselas, insiste cerca del monarca: «Queriendo Vuestra Majestad dar el gobierno de San Tomer a Mos. de Celles, no hay donde mudar a Helfault.» Le hace ver el conflicto, y añade: «Aunque no puedo dejar de acordar a Vuestra Majestad cuán bien estaría en lo de Hedin, que tiene Helfault, Julián Romero, y cuánto conviene a su servicio plantar en estos Estados algunos hombres, porque viniendo la necesidad se ha ver aquí con ella el Gobernador por falta de ellos, y es bien irlos poco a poco introduciendo.» Escribe asimismo al Cardenal Espinosa, ese 24 de febrero, en los siguientes términos: «Ilustrísimo y Reverendísimo Señor: No quiero decir a Vuestra Señoría Ilustrísima lo que el maestro de campo Julián Romero ha servido a Su Majestad y al Emperador, nuestro Señor, que sea en Gloria, pues a todo el mundo es tan notorio; sólo diré que en lo que aquí se ha ofrecido, se ha gobernado de manera que yo le quedo en grandísima obligación por el cuidado con que le he visto servir y emplearse en las cosas que se le han encomendado, y Vuestra Señoría Ilustrísima por esta misma razón queda también obligado a favorecelle. Yo le suplico, cuan encarecidamente puedo, me haga merced de tenerle por encomendado, ayudándole de manera que Su Majestad se contente de hacerle la merced que sus muchos servicios merecen, que, por cierto, a nadie puede Vuestra Señoría Ilustrísima hacer merced que tan justamente la tenga tan merecida como el dicho maestro de campo ni por quien yo particularmente la reciba mayor. Nuestro Señor guarde, etc.» (28).

Desde Amberes, y a 9 de octubre de ese año de 1570, vuelve el duque a recomendarle, en carta a Felipe II: «A Don Lope Zapata

(27) *Epistolario*, cit., II, pág. 174.

(28) *Epistolario*, cit., II, págs. 333 y 345.



EL ATAQUE. Tapiz por Pannemecker.

En un bosque, el gran Duque de Alba de parte con unas damas, apoyado en una pica, durante los preparativos de la batalla de Gemmingen (1568), en que interviene Julián Romero con sus arcabuceros.

(Palacio de Liria. Madrid.)



LA IMPEDIMENTA CON LOS BASTIMENTOS.

Genefa de la misma serie de paños que conmemora la victoria de Gemmingen en Flandes, por Pannemaker, para el gran Duque de Alba. Sglo xvi.

(Palacio de Liria. Madrid.)

y a Julián Romero es muy justo que Vuestra Majestad les haga merced y mandarles librar sus pagas de la licencia que les di, y Vuestra Majestad ha prorrogado.» Estos capitanes sufren la parsimonia que impone la corte, y Alba forcejea para que no estén descontentos después de sus muchos méritos. En 14 de diciembre, no obstante, acata las órdenes: «Los cargos de Julián Romero y Don Lope Zapata estarán por ellos, como Vuestra Majestad lo manda» (29).

En 23 de marzo de 1571, Alba añade desde Bruselas, al Rey, sin otro comentario: «El sueldo y las plazas de Julián Romero y Don Lope Zapata estarán por ellos y se les pagará como Vuestra Majestad lo manda» (30).

Desde Bruselas escribe al Rey, a 19 de octubre de 1571: «Cuando Vuestra Majestad tomó resolución de hacer merced a los que aquí han servido, acordó se diese a Mos. de Helfault mil quinientos escudos de renta de por vida y que se pasase a Santomer, y que el gobierno de Hedin quedase para Julián» (31).

En carta al embajador Don Francés de Alava, desde Bruselas, a 7 de marzo de ese mismo año, abordó otro tema curioso relativo a Julián: «La plática que vuesa merced pasó con los embajadores de Inglaterra fué muy necesaria, y les respondió como convenía. No sé de dónde se les ha metido en la cabeza la empresa que dicen ha hecho Julián Romero en Irlanda, porque debe ser la cosa más olvidada que tiene Su Majestad» (32).

Estas misteriosas gestiones de Julián en Irlanda corresponden a lo que habría que llamar, en su vida, la sombra de Julián Romero, pues además de lo mucho que hacía, se le atribuía, como de incógnito, otro tanto.

Al año siguiente, el duque trata de afirmar la actuación de Julián Romero en Flandes, pero sin limitarle al sector puramente guerrero. Los conocimientos que tiene del país y su mucha experiencia le hacen valioso para intervenir en la política de los Estados, y el duque— político, además de militar, y diplomático— no quiere prescindir de estos servicios. Así, desde el campo de Malinas y a 3 de octubre de 1572, Alba informa al Rey respecto a la conveniencia de que

(29) *Epistolario*, cit., II, págs. 441 y 469.

(30) *Epistolario*, cit., II, pág. 539.

(31) *Epistolario*, cit., II, pág. 756.

(32) *Epistolario*, cit., II, pág. 531.

Julián Romero forme parte del Consejo: «A Julián Romero he medido siempre en los Consejos de guerra; y aun antes que saliese en campaña le llamé una o dos veces y así lo haré cuando conviniere y él lo meresce, que ha servido y sirve muy bien por cierto, pero Vuestra Majestad hace muy bien en guardar la consecuencia que no hay duda, si fuese con orden, lo pretenderían los demás y ternían razón» (33).

Desde Nimega, a 19 de diciembre de ese mismo año, refiere al monarca la acción de Don Fadrique en Zutphain y Deventer: «Visto que era menester curar con hierro aquel negocio, habiendo llegado el artillería, dejó orden que le siguiese, y caminó con la infantería española suelta y algunos arcabuceros a caballos, los cuales puso a una puerta y al maestro de campo Julián con cuatrocientos infantes a otra» (34). Alba no pierde ocasión de mencionar a Romero ni éste de hacerse merecedor de la predilección del duque.

Julián acude al soberano, por medio del Duque de Alba, que dice, desde Nimega, a 7 de junio de 1573: «Julián Romero escribe sobre este particular, una carta que envió a Vuestra Majestad, para que la vea.» El 22 manda copia de otra, que parece ser la misma (35).

En el verano de ese año, Alba informa acerca de los amotinados y de la ardua tarea encomendada a Julián. Desde Utrech, a 2 de agosto de 1573, advierte de cómo ha llegado aviso «de Don Fadrique que las banderas viejas de españoles se comenzaron a desvergonzar a los 29, a las dos de la mañana, pidiendo les diesen con qué comer, y tras esto, procurando apoderarse de la artillería y de la armada de la villa, en la cual estaba el maestro de campo Julián Romero con doce banderas de las mismas viejas». Más adelante, avisa: «Julián se escapó por gran ventura», pues los amotinados quisieron matarle. Y después añade: «Escribí a Vuestra Majestad, a 12 del pasado el temor que tenía que, acabado lo de Harlem, había de suceder lo que sucedió.» Está dispuesto a escapar él también. Pide remedio. Y se excusa de tener que hablar al Rey «tan libremente». Pero «me lastima, Señor —le dice—, traer mi honra tan aventurada como la traigo, que de la vida me doy muy poco» (36).

(33) *Epistolario*, cit., III, pág. 225.

(34) *Epistolario*, cit., III, pág. 261.

(35) *Epistolario*, cit., III, págs. 421 y 448.

(36) *Epistolario*, cit., III, pág. 485.

A fines de mes vuelve a informar al monarca acerca de Julián. Desde Amsterdam, a 30 de agosto de 1573, refiere que: «Habiendo Noircarmes partido a los 20, en la tarde, con alguna infantería suelta, para cerrar la villa por un cabo, el maestro de campo Julián Romero con otros dos tercios por otra, y Don Fadrique a los 21 con la resta del ejército, artillería y bagaje, queda a esta hora muy bien cerrada la villa, de manera que es imposible entrar ni salir un pájaro.» Pero, poco después, informa al monarca, desde Amsterdam, a 22 de setiembre de ese mismo año, y al hablar de Julián, dice: «El viernes 18 de éste se comenzó la batería al hacer el día; a las tres de la tarde la parte por donde se había de arremeter las banderas viejas, la cual tenían a su cargo Noircarmes y Julián Romero.» Don Fadrique les hizo esperar una hora, y puestos los puentes, «dióse la señal de arremeter; los oficiales hicieron su deber; los soldados, burlando, ni de veras no quisieron pasar adelante». Tal era la disposición de los amotinados y el riesgo en que se encontraban los maestros de campo (37).

A fines de año el duque hace saber al soberano que Julián está decidido a conseguir una licencia, por breve que sea. Reconoce sus méritos y la razón que le asiste. Por eso, empieza por elogiarle debidamente. Y si desde Amsterdam, a 23 de octubre, escribe: «Julián Romero ha trabajado en ello de manera que —cuando no hubiere hecho otro servicio— por sólo este mercesce muy bien toda la merced que Vuestra Majestad le hiciere y otros muchos, para quien yo suplicaré a Vuestra Majestad, etc.», desde Bruselas, a 22 de diciembre, notifica: «Julián Romero está duro; no basta ninguna cosa a hacelle quedar. Ultimamente quedó conmigo se le diese licencia por cincuenta días, que él me daba su palabra de volver. Aunque yo le he ayudado aquí con alguna cosa, por lo que sirvió en Mons y Harlem, todavía está pobre, y es muy necesario que Vuestra Majestad le haga alguna merced.» No basta el duque a reducirlo, porque al mismo tiempo le asiste en sus quejas, y no le aprieta demasiado a que se quede: «todavía (es decir, por añadidura), está pobre», y tiene que mirar por sus cosas en España, de donde falta hace tiempo (38).

La última carta de esta serie, que se conserva, está dirigida, por el duque, al propio Julián. A 10 de junio de 1576, le dice: «Muy Mag-

(37) *Epistolario*, cit., III, págs. 492 y 525.

(38) *Epistolario*, cit., III, págs. 539 y 563.

nífico Señor: Con las que vuesa merced me escribe, dándome nuevas de su salud y de lo que ahí se ofrece, recibo yo mucha merced y contentamiento, y serlo ha para mí que lo continúe de aquí adelante, juntamente en darme cuenta de algún particular suyo cuando lo hubiere, que ninguna se ocupará en él con más voluntad que yo. Nuestro Señor guarde; etc.». Si áspero el gran duque, no lo fué ciertamente con Romero (39).

PICAS EN FLANDES

«La historia y la poesía, que todo puede ser uno.»

LOPE DE VEGA (40)

El tercio de Julián Romero, en Flandes, consta de mil seiscientos veinte hombres. Tenía doscientos ochenta picas; catorce al frente. Lo sabemos. El propio Francisco de Valdés trata, en sus famosos diálogos, entre Vargas y Londoño, de cómo el maestre de campo se veía obligado a realizar operaciones árdas para el manejo de sus hombres: raíces cuadradas, por ejemplo. Así escribe: «Si queréis hacer un escuadrón de mil y seiscientas picas, la raíz cuadra de este número es cuarenta, y de tanto serán los frentes. Y si de dos mil y quinientas picas los hacéis, la raíz cuadra es cincuenta, que multiplicada por la misma hace dicho número, y esas serán sus frentes. Llamaremos raíz cuadra, según los aritméticos, el número mayor que por sí mismo multiplicado cabe en la cantidad o número de que queréis formar el escuadrón». Y pone en boca de Londoño lo siguiente: «Y porque caminando por algunas campañas que no eran muy abiertas, no podía el escuadrón caminar con todo este frente, se partió en tres partes desta manera: que el tercio de Nápoles, que tenía seiscientas picas, caminase con frente de treinta picas, y el tercio de Lombardia, que tenía trescientas y veinte picas, caminase con orden de dieciséis picas por hilera; y el de Sicilia —éste era el de Julián Romero—, que tenía doscientas y ochenta picas, su frente fuese de catorce picas». Todo esto era con ocasión de que, en las guerras de

(39) *Epistolario*, cit., III, pág. 613.

(40) *Don Juan de Castro*, comedia. (Dedicatoria.)

Flandes «el Príncipe de Orange pasó la Mosa con su ejército y entró en Brabante, andando los dos campos, tan cerca uno de otro, que cada día se esperaba viniesen a combatir». Lo demás es sabido: ordenó el Duque de Alba, que se juntasen los maestros de campo y sargentos mayores —a quienes correspondía, en rigor, el hacer estos cálculos— «de los tres tercios de infantería española, con los demás personajes del Consejo de Guerra», y que todos juntos, «sabidas las picas que había en sus banderas, votasen de la forma y frente que les parecía se debía hacer el escuadrón» (41).

Mas la pica —la «reina de las armas», como se dijo— era para campo abierto. De poco valía en los cercos. Tan áspero fué el sitio de Harlem, que dió lugar a que el Duque de Alba escribiera a su hijo don Fadrique, ante la tenaz resistencia de la plaza: «Tómala; y si mueres, iré yo; y si yo muero, irá tu madre» (42).

Era fama aquello de:

«El tudesco en compañía;
el italiano tras la muralla,
y el español a ganalla». (43).

Allí perdió un ojo Julián Romero. Los datos que aporta Herrera no añaden mucho a los ya reunidos en mi libro. Explica las condiciones del asedio: «En sustancia, este cerco duró nueve meses», dice. Julián fué herido al principio. «Plantose la batería con catorce piezas, y batiose un rebellín a la puerta de San Juan, y aunque hubo diferentes pareceres sobre dar el asalto, se puso en orden la infantería española y arremetió, porque vió que algunos que se habían enviado a reconocer subieron por la batería, y por ser agría la subida, y poca la plaza para combatir en ella, no pudieron subir, y porque de los traveses dispararon piezas con cadenas y dados de hierro, descargando de ordinario toda su arcabucería sobre los españoles, por no tener ellos comodidad de trincheas para impedirselo. Y viendo Julián Romero la porfía de sus soldados, de querer combatir con tanta des-

(41) FRANCISCO VALDÉS: *Espejo y disciplina militar* (1571). Passim.

(42) DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA: *Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia* (1919), pág. 20.

(43) Apud. Fray P. DE SANDOVAL: *Historia del Emperador Carlos V* (1625), H, pág. 234.

ventaja, fué a retirarlos, y le dieron con un arcabuzazo en un ojo, dejando muertos en este asalto ciento cincuenta soldados españoles» (44).

Otro herido de calidad, en Harlem, fué Francisco de Aldana, que mandaba el artillería. El enemigo le trituró un pie. Y Aldana alude más de una vez a su sangre derramada en «Belgia». Pero, de una manera muy concreta, se refiere a esta ocasión en su poema escrito, «siendo herido de un mosquetazo en un pie, sobre Harlem, en Flandes, sirviendo el oficio de General de Artillería:

Conversación que en la cama
entre un pie despedazado,
de un mosquetazo pasado,
y la cabeza su ama
pasó de golfo lanzado.
Para decir la verdad,
era el pie una mala pieza
y no buena la cabeza,
.....»

Y sigue el diálogo. La cabeza dirá al pie, entre otras cosas: «Que no me dejas dormir —del mes tan sólo una hora—. Quéjase el pie de tener sus huesos destrozados, y aun de faltarle algunos. Mas lo que falta es tan crecido número de versos a la composición, que no se logran mayores datos biográficos. Aldana, en plena acción, se dirá: «Yo soy un hombre desvalido y solo», acaso porque la acción no acalla siempre «mis doloridos huesos, mi quebranto» (45).

MARNIX

«¿No ves la rebelión, las herejías
amenazarte con torcida boca?»

FRANCISCO DE ALDANA

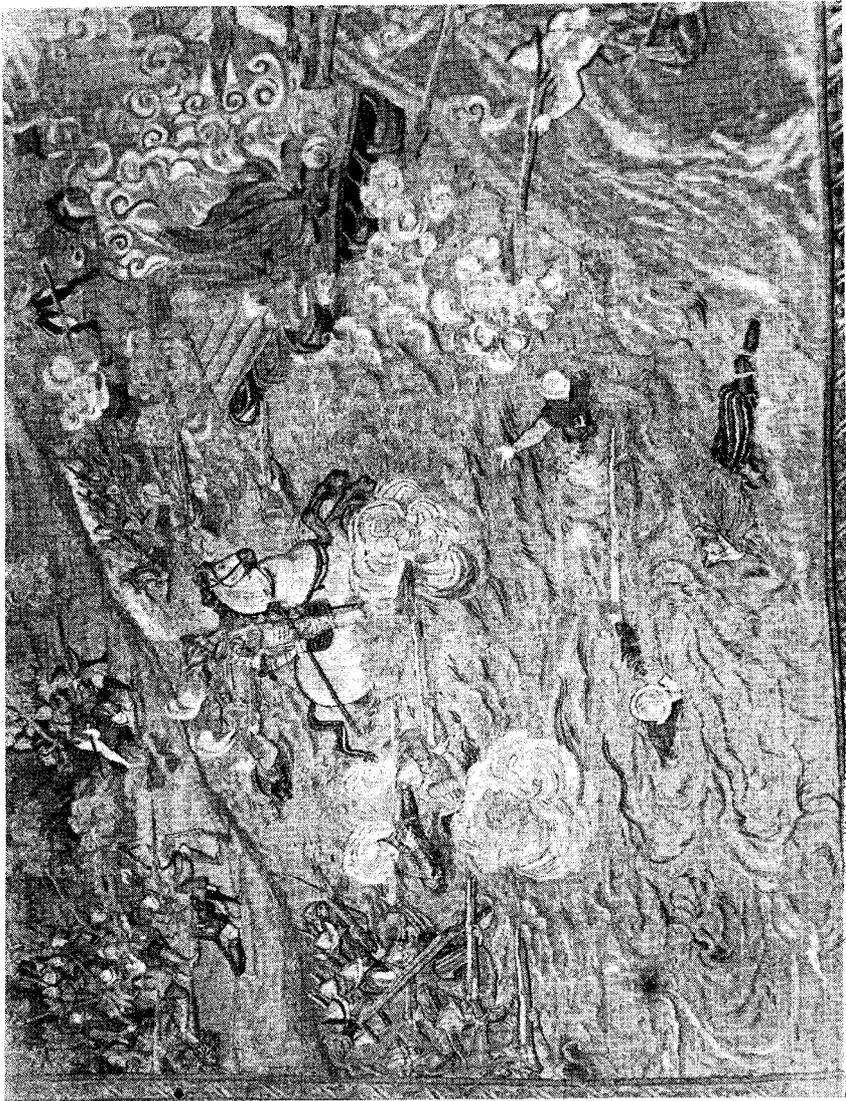
«Y prendió a San Aldegonda», escribe, al hablar de Julián Romero, el historiador Cabrera de Córdoba. Fué ese, en efecto, un suceso notable en la vida del maestro de campo, pero que trajo ulteriores consecuencias, y no quedó, como la prisión de Floyon o la

(44) A. DE HERRERAH Ob. cit., II, pág. 82.

(45) F. DE ALDANA: *Obras* (ed. 1953), pág. 107.



Pormenor del ángulo inferior derecho del paño «El paso del río Ems durante la batalla de Gernmingen», de la serie de Fannemaker.
(Palacio de Liria. Madrid.)



LOS ARCABUCEROS Y LA ARTILLERÍA

Los españoles cruzan el río Ems en la acción de Gemmingen. Formenor de la serie de Pannemaker. (*Palacio de Liria. Madrid.*)

de Ferry, en sólo acto bélico. Por eso, los comentaristas se han demorado en este acontecimiento, y el más reciente biógrafo de Marnix, al hacerlo, recopila opiniones de otros anteriores, como Juste y Bakhuinzen. Me refiero a Van Kalken (46).

La figura de Marnix ha sido envuelta en un falso prestigio por algunos coterráneos suyos. No obstante, Kervin de Lettenhove dejó escrito que Marnix estaba dominado por el rencor y la ira. Lo cual, en términos de nuestros días, se entiende resentido. Y en los propios autores flamencos se descubren, aquí y allá, vicios de este calvinista, sarcástico y libidinoso. Van Kalken, que le es parcal, reconoce que «los españoles acogen a su prisionero cortésmente». Julián Romero lo había descubierto, vencido y oculto por entre juncos, a raíz del descalabro que sufriera en Masland, junto a Rotterdam, el 4 de noviembre de 1573. Y ya, repuesto y bien alojado por Julián, el día 7 escribe a Guillermo el Taciturno, para proponerle «traicter quelque bonne paix».

Los historiadores flamencos insisten en que Marnix se halla dignamente tratado «en la propia residencia del maestre de campo, Julián Romero», y que Guillermo «amenaza a Julián con terribles represalias si hace el menor mal a su amigo». Julián no piensa sino en sacar el mejor partido de su presa, y en julio del año siguiente (1574) el Taciturno comienza negociaciones para canjear a Marnix de Santa Aldegonda por el Conde de Bossu. Mas, este personaje, no interesa. Al fin, en 15 de octubre de 1574, Marnix es trocado por el coronel Mondragón.

En libertad, Marnix de Santa Aldegonda, tomaría parte en las negociaciones que, iniciadas a propuesta del Rey de Romanos, Maximiliano II, habrían de celebrarse en Bredá —y no Breda—, durante los meses de marzo y de junio de 1575.

Habría muerto ya Julián Romero cuando Marnix, que tanto quehacer le había dado con sus rebeldías y sus tratos, se ve repudiado por los suyos, y tiene que volverse, de nuevo, hacia España, la católica, y brindar paz a Alejandro Farnesio (47).

(46) F. VAN KALKEN: *Marnix de Sainte Aldegonde* (1952), pág. 30.

(47) TH. JUSTE: *Vie de Marnix de Sainte Aldegonde* (1858), pág. 131.

CON DON JUAN DE AUSTRIA

«Nací segundo en mi casa,
y así, mi padre envióme
a Flandes, donde he servido
desde los años catorce.»

LOPE DE VEGA (48)

Un contemporáneo de Julián Romero, el historiador Antonio de Herrera, al llegar a las guerras de Flandes y sus amotinados, en el año de 1576, titula así un apartado de su libro: «Consejo de Julián Romero, no es tomado». Y dice en el texto: «Los españoles pedían sus pagas, y el maestre de campo Julián Romero afirmaba a los del Consejo de Estado, que si, ganada Cirquicea, no los pagaban, se amotinarian sin que se pudiese escusar, porque sus necesidades eran grandes, y que con algún socorro estarían quietos». Piensa que si se les diera parte de sus pagas «se acabaría la guerra» (49). Pero ni en esto, ni en otras cosas, se hace caso de la veteranía de Julián.

La política de Don Juan de Austria no lograba los frutos que su generosidad merece. Los flamencos seguían tercios en su rebeldía. Y a unos se iban sumando otros. Canta un romance del tiempo:

«El traidor Marqués de Habré,
que había venido de España,
muy pocos días había,
con una llave dorada.»

.....
«Y así dejó de seguirse
la victoria comenzada,
que si se hubiera seguido,
con el hilo que llevaba,
o dejado de hacerse
de traidores confianza,
no se viera en nuestros días
lo que en toda Flandes pasa» (50).

Alguien había, no obstante, que no hiciera confianza. Su mucha experiencia de la guerra y el país, y los desencuentros sufridos dictaban

(48) *Las bizarrías de Belisa*, comedia.

(49) A. DE HERRERA: Ob. cit., II, pág. 227.

(50) *Romancero de Padilla*, 1583 (ed. 1880). *Passim*.

esta carta enderezada a Don Juan de Austria. Julián Romero la escribe desde Lieja, fecha 14 de diciembre de 1576, y dice: «El pensar Vuestra Alteza que ellos (los flamencos) han de hacer virtud hasta que le vean armado y pujante para podellos hacer recular adonde le pareciere, Vuestra Alteza se desengañe, que ellos no harán virtud hasta que esto vean, por muchas palabras que den. Y plega a Dios no sean con intención de engañar a Su Majestad y a Vuestra Alteza. Como hombre de bien, que no hay ninguno en el mundo que tanto desee la paz y quietud destes Estados como yo, porque sé lo que conviene, y tras esto, digo, que por bien nunca se hará nada, por muchas cosas que sobre ello podría decir, según yo lo entiendo. Bien podrá ser que me engañase, pero yo conozco bien a la gente deste país, porque ha treinta y cinco años que los he tratado» (51).

Y hallamos, en una carta, inédita, de Martín de Gaztelu, cómo, al finalizar ese mismo año, muestra su pesimismo. Escribe desde Madrid, junto al monarca, a 31 de diciembre de 1576, al embajador en Roma don Juan de Zúñiga, y entre otras, dice: «Las cosas de Flandes tienen a Su Majestad en mucho cuidado, especialmente después que llegó allá el Señor Don Juan, por haberse desvergonzado tanto aquella gente. Dios ponga su mano y el remedio que más conviene a su servicio y conservación de aquellos Estados y salvación de tantas almas» (52).

Muestra esta epístola —una de las muchas que se conservan entre el secretario Gaztelu y Zúñiga, hermano del anterior gobernador de Flandes—, por añadidura, que el móvil de la acción militar en Flandes era de índole religioso y de conciencia en un monarca, que velaba por la salvación de aquellas almas.

Esto es sabido, aunque algunos han pretendido ignorarlo. Lo que se conoce peor, porque la historia no lo ha desvelado, es el propósito que hubo, en aquel otoño de 1576, de mandar a Don Juan de Austria con Julián Romero en vanguardia, para apoderarse de Inglaterra. ¿Simularíase una ayuda al Rey Don Sebastián en Africa? De esto se hablará, aunque en voz baja. Julián sigue en Flandes a comienzos del año 1577, mas para cuando se trató de la expedición de Don Sebas-

(51) B. PORREÑO: *Historia de Don Juan de Austria* (ed. 1899), pág. 453.

(52) Archivo de Zabálburu, Madrid. (De un libro del autor, en preparación, acerca del Secretario Gaztelu.)

tián, que zarparía en el verano del 78, Romero habría muerto. Irá un compañero suyo, herido como él en Harlem, poeta por añadidura, y que no ha de volver —ni él ni sus manuscritos— de Africa, Francisco de Aldana.

Julián Romero, en ese año de 1577, quiere una castellanía en Italia, y retirarse allí con su mujer, que vive en Madrid, alejada y celosa. Es cierto aquello:

«Y en medio de la guerra peligrosa,
te acuerdas del amor y del ausencia». (53)

Pero Felipe II quiere que Julián Romero permanezca en Lombardía al frente de las tropas, y en espera de ulteriores destinos, que no habrán de ser, ciertamente, de especial sosiego. Y escribe a Julián. También escribirá a Sancho Dávila, confirmando sus cartas del 6 de abril al propio Julián Romero y al Gobernador de Milán. Hallamos, ahora, esta de 3 de mayo de 1577, inédita, que dice: «Después que a los seis del pasado os mandé escribir lo que habréis visto, para que llegado que fuédeses a Lombardía, hiciédeses lo que el Marqués de Ayamonte, mi Gobernador y Capitán General de el Estado de Milán, os dijese, he resuelto, en lo que a vos toca, lo que entenderéis del dicho marqués, a quien escribo que os lo diga de mi parte, y la satisfacción que tengo de vuestra persona y servicios, para tener con ellos la cuenta y memoria que es razón. Y así holgaré que, conforme a lo que él os dijere, os dispongáis a servirme con el cuidado y la diligencia que, hasta aquí, lo habéis hecho, en lo que se os ha encomendado, y como yo de vos confío» (54).

SOMBRAS

«... que tengo pecho para ponello a todo
lo que pudiera avenir en este mundo.»

JULIÁN ROMERO (55)

De Julián Romero había sólo datos dispersos. Una detenida investigación reunió un libro. Cinco años más, estas notas. De seguir...

(53) CRISTÓBAL MOSQUERA DE FIGUEROA: *Anotaciones de Herrera. (Elegía a la muerte de Garcilaso.)*. (1580), pág. 40.

(54) Arch. General de Simancas. Estado. Leg. 1 246, fol 202.

(55) En carta a Requesens, de 2 de agosto de 1574.

Quiere decirse, simplemente, que la inquisición de una vida no termina realmente: siempre pueden encontrarse nuevos elementos que aportar a esa biografía. Quedan puntos oscuros. Ya lo sé. Y algunos permanecen impenetrables, por mucho que se investigue; se han perdido los datos o no se logra dar con ellos. Y así, en la vida de Julián, como en otras. Pero no quiero referirme a eso. Pretendo aludir, más bien, a esta otra zona misteriosa que se da en ciertas vidas, y que cuanto más y mejor se alumbra, más tenebrosa aparece. Porque es oscura. En la existencia de Julián hay una zona de sombra continua. Si supo dar el pecho al enemigo, también supo acercársele sigilosamente. Julián tenía dotes de agente secreto, y como tal fué utilizado, a lo largo de su accidentado vivir, por quienes lo tuvieron a sus órdenes. Y de estas sus misiones misteriosas no acabará quizás de saberse mucho, porque no faltó, acaso, la precaución de borrar toda huella.

Hay enigmas en la vida de Julián. Cierto. ¿Sirvió a los franceses en Boulogne? ¿Penetró encaretado en la cámara del Conde de Egmont para sugerirle la fuga? ¿Fué en auxilio de Escocia y de su desventurada reina? ¿Asistió a las bodas de Felipe II en Londres? ¿Intentó apoderarse de Inglaterra al frente de una expedición? ¿Trató con el Taciturno? ¿Se contaba con él para lugarteniente del Rey Don Sebastián en Africa?

El hecho es que, de súbito, brota en su existencia el dato aislado, inconexo, que revela un hilo, inédito, que seguir: llamarada de luz en plena noche. Pero, otras veces, la zona oscura es pertinaz y duradera. Sol y sombra de Julián Romero.

Un dato aislado irrumpe, de pronto, ante el biógrafo, éste: durante el otoño de 1567, en la corte de Francia, se temen actos subversivos por parte de los Hugonotes. No podrá domeñarlos sola, y habrá menester de la ayuda de España. Cerca se encuentra el Duque de Alba. Ahí están los arcabuceros de Julián Romero, capaces de imponerse dondequiera. Pero la corte quiere y no quiere. De sus vacilaciones, da clara noticia una carta del embajador español, en París, al Duque de Alba. Es de 20 y 21 de octubre, y en ella se dice: «Ese embajador que tiene ahí, creo que les ha escrito que pidan a Julián Romero para con la arcabucería. Yo le he dicho que se asegure que

el maestre de campo o capitán, que con ellos viniere, será tal conviene, para que ellos sean servidos» (56).

Una sombra continua a lo largo de toda su existencia: Stukely (o Stucley). Desde Pinkie a su muerte, le acompaña, aquí o allá, la inquietante silueta de ese tenebroso aventurero. Y eso hace que Julián —tan poco citado en libros recientes— reitere su nombre en el índice onomástico de una vida de Stucley, publicada ahora (57).

El autor subtitula su libro: «Traitor extraordinary». Esto unido al hecho de aparecer incluido en una serie llamada «Rogues Gallery», advierte el aspecto picaresco de la figura. La biografía, por otra parte, aunque abunde en datos ciertos, no deja de estar novelada, hasta el punto de perder toda autoridad: se inventan diálogos, retratos, etcétera. Se busca lo pintoresco, a costa del rigor histórico. Las fuentes vienen turbias: se callan las obras de Martín Hume; se desconoce el *Epistolario* del Duque de Alba; del Codoin se utilizan únicamente los índices. Se ignoran obras imprescindibles: desde la Correspondencia de Fourquevault hasta el reciente *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*, cuyo autor, M. Fernández González, aporta datos sobre Stucley, que, por su fecha, empalman con los dados en mi vida de Julián Romero. Casi todo ha salido de los *Apuntamientos* que don Tomás González sacó de Simancas y del Cabrera de Córdoba. Pero este libro menciona reiteradamente a Julián Romero, y esto es lo bastante infrecuente en nuestros días para no dejarlo desapercibido. Izón se ha quedado en el mercenario aventurero que fué Julián al principio: matasiete y temerario. En las rivalidades de Dudley con Somerset, la actuación de Julián queda confusa y vaga. Pero tampoco se añade gran cosa en lo que se refiere a la supuesta intervención de Julián, con vistas a la incursión intentada en las islas británicas; ni se aclara el proyecto de desembarco en Irlanda el año 1570, ni nada referente al ejército de diez mil hombres, que habría de mandar Julián con análogo propósito. De pronto, brillan las estocadas de Julián Romero, y hasta se mencionan pretextos o designios de que vaya con el Rey Don Sebastián a las costas de Africa, por el año

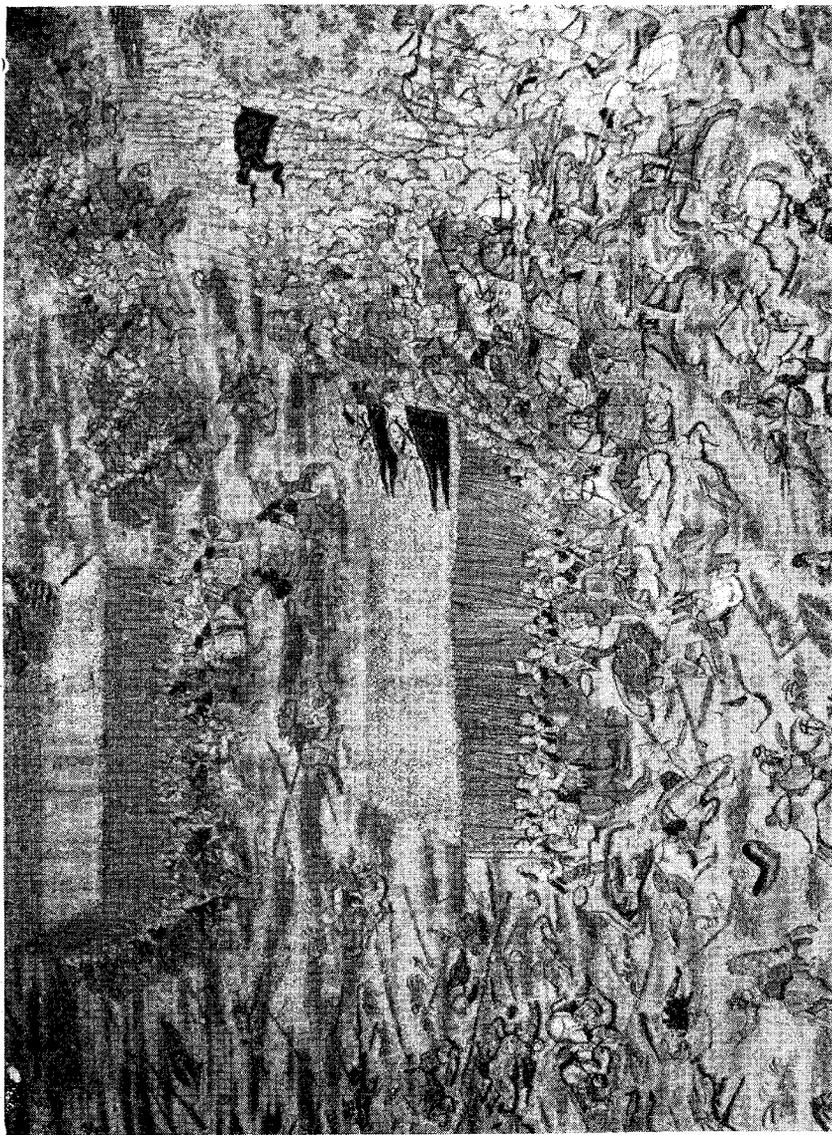
(56) *Archivo Documental Español: Negociaciones con Francia (1955)*, IX, pág. 519.

(57) JOHN IZON: *Sir Thos. Stucley (1956)*. Passim.



LA VICTORIA.

Por menor del paño de la serie conmemorativa de Gemmingen, en que se representa el triunfo de las armas españolas. Angulo inferior izquierdo. (Palacio de Liria. Madria.)



LA VICTORIA.

Paño de la serie antedicha, en que se ven los efectos de la lucha. Pormenor de la zona central
(Palacio de Liria, Madrid.)

1577 (58). Pero cuando el autor se pregunta dónde estará Julián Romero, ignora que el no saberse ya de él, es debido a que ha muerto.

M U E R T E

«Señor, los tuyos no dejes,
mira este tu pueblo amado,
no la flamenca nación,
porque los más dellos son
católicos. Otras gentes
de naciones diferentes,
que van en este escuadrón,
son herejes

LOPE DE VEGA (59)

Murió Julián Romero de súbito: «de ensalmo», como se dice. Se dice, sí, pero ¿porqué? Parece que se atribuía una muerte repentina a quienes tenían curadas sus heridas por ensalmadores. Era quizás porque, además de salmodiar sus conjuros, aplicaban, estos curanderos, a las roturas, unas vendas de pergamino, que, en casos, constreñían la circulación y provocaban embolias.

Julián Romero —lo hemos descrito en el libro— marchaba a caballo, al frente de todo el ejército, camino de Flandes, cuando de repente, besó el suelo, fulminado. Entre los cronistas coetáneos, recogimos los testimonios siguientes: Carnero, dice que murió de apoplegía, y Del Río, que de congestión sanguínea; Ossorio entiende que una dolencia maligna le cortó la respiración, esto es, por asfixia, sin determinar la causa. Strada piensa que no cayó del suelo derribado por el mal, sino que falleció a consecuencia de una caída cuando iba cabalgando. Se ha supuesto que, el morir de repente, fué quizás por ensalmo, es decir, porque sus heridas habían sido tratadas, en alguna ocasión, como parece que se hizo, y era costumbre, ya que

«con aceite de candil
y con ensalmos nos cura» (60).

(58) J. IZON: Ob. cit., pág. 170.

(59) *Don Juan de Austria en Flandes*, comedia.

(60) LOPE DE VEGA: *El engaño en la verdad*, comedia.

También se observó entonces, que Julián tenía el corazón de gran tamaño y velludo. Que fué hombre de gran corazón y de pelo en pecho, no hay duda. Pero, ¿qué significa esto? No es tan sólo que, en los rencuentros, se le crecía el corazón, pues Julián tuvo fama de ser valeroso, pero no temerario.

«Creçem ' el corazón» (61).

llegado el momento. Mas, esto se da por supuesto. Cierto que, en la Edad Media, se decía «hombre de gran coraçon e muy desseoso e amigo de los deleytes corporales, pero mucho más de onor e gloria», como se lee en el *Mar de Historias*, y «onbre de grant coraçon, muy osado e atreuido», en *Generaciones y Semblanzas* (62).

Quiero subrayar, que en mi *Julián Romero*, se describe la muerte del héroe con síntomas de opresión en el pecho, como de dolencia cardíaca, y mis nuevas referencias parecen confirmar esta sospecha.

Cuando, antaño, se hablaba de ese «gran corazón», era para significar coraje o magnanimidad. De Alfonso V, «el magnánimo», se refiere que, al embalsamarlo, se encontró «il cuore magiore, naturalmente che di quatro altri homeni», y de ahí se pasa a conjeturar, que «procedeve tanta sua excellencia preter humanam conditionem», según escribía Pedro Villarest a Bartolomé Rocanati, desde Nápoles, el 28 de junio de 1458 (63). Ya los antiguos hicieron estas observaciones. Cuenta Plinio lo siguiente: «Se dice que, al abrir el cadáver de Mesenio, encontraron, que el corazón estaba cubierto de pelo; siendo Mesenio quien había dado muerte, por su mano, a trescientos lacedemonios» (64). Y Gabriel Henao, tras referir la muerte del almirante Oquendo, y «hallándome yo a su cabecera», dice: «fué abierto el cadáver para embalsamarle y llevarle así al templo de la Compañía en San Sebastián, y vimos y notamos, como cosa particular, que el corazón era muy grande, aunque el cuerpo pequeño, y

(61) *Mío Cid*, verso 1.655.

(62) C. CLAVERÍA: *La personalidad en Generaciones y Semblanzas* (1953), pág. 30.

(63) J. MIRET Y SANS: *La política oriental de Alfonso V de Aragón* (1904), pág. 45. (Extracta a FRANCESCO CERONE: *La política orientale di Alfonso di Aragona* (1902), Arch. Stor. per la p. Napol.)

(64) *Historia Natural*, I, lib. 2.º, cap. 37. Apud. J. M. IRIBARREN: *El porqué de los dichos* (1955), pág. 185.

que del corazón brotaba un pelo crecido». Cosa que, en héroe tal, «es para reparado», concluye (65). Aquí no se sospecha de veneno, que en algún otro caso tenía síntoma distinto. Así, a la muerte del Marqués de Pescara, «según la señal que han visto los físicos en el corazón, que tenía la punta podrida, son de opinión que murió de tósigo», escribe el embajador Lope Hurtado de Mendoza al César, el 6 de diciembre de 1525 (66).

Pero sabido es el crecimiento que sufre el corazón en los cardíacos, a medida que se hace más grave su dolencia. Y sumados estos testimonios, a los ya traídos en mi libro, me confirmo en el supuesto allí insinuado, de que la muerte súbita de Julián Romero no obedeció a congestión, sino, más bien, a angina de pecho, y en tales términos, la he descrito en su biografía.

RECÁMARA Y ATUENDO DEL MAESTRE DE CAMPO

«Los blancos huesos corren a juntarse
para de nuevo manto cobijarse.»

FRANCISCO DE ALDANA

Sabemos de la vida por la muerte: inventarios de ropas, libros, enseres. Podemos hoy, tener noticia de cómo vestía el maestro de campo, general Julián Romero, cuando al frente de todo su ejército, marcha de nuevo a Flandes, desde Italia, y encuentra en el camino la muerte. Una escritura nos lo va a mostrar. La firma su viuda, Doña María Gaytán, la cual, en el año anterior (1580), había otorgado un poder al señor Augusto Espínola, genovés, para que le trajese las ropas y alhajas que había dejado su esposo, al morir de súbito en campaña. Y, ahora, un 20 de noviembre de 1581, comparece ante el escribano de Madrid, Rodrigo de Vera, para recibir las prendas del maestro de campo que figuran en este inventario. «... ante mí el escribano, parece Doña María Gaytán, viuda, mujer que fué del maestro de campo Julián Romero, vecina desta villa de Madrid, y confesó que había recibido del señor Augusto Espínola, Gentilhombre de Su Majestad, genovés..., los bienes y cosas siguientes». Mas, antes de enumerarlos, subrayemos lo

(65) P. DE GOROSABEL: *Diccionario de Guipúzcoa* (1862), pág. 490.

(66) A. RODRÍGUEZ VILLA: *Italia desde la batalla de Pavía...* (1885), pág. 104.

curioso de algunas partidas: así, por ejemplo, que un maestre de campo, de camino, lleve, para su uso personal, siete docenas de cintas, cincuenta y siete camisas, unos tiros de perlas y, sobre todo, dos peinadores y dos cajas de peines, si era calvo, como lo retrata el Greco. Pero, copiemos:

Una ropa de martas (ropa era ropón o bata de interior, que llega al suelo).

Una ropa de damasco pardo con pasamanes de oro.

Un ferreruelo de martas (tal capa corta, con cuello, pero sin capilla, dió nombre a la tropa que la usaba).

Una casaca de terciopelo labrado y aforrada en martas.

Un sayo de terciopelo, aforrado en martas (sayo y casaca ceñida llevaban faldones y mangas).

Otro forro de sayo de martas.

Otro pedazo de martas (para reponer).

Un capotillo de gorguerán, aforrado en lobos (capote que no pasa de la cintura; gorguerán es seda acordonada).

Un ferreruelo frailiego, aforrado en felpa parda.

Un capotillo de mezcla, aforrado en terciopelo, labrado con pasamanes de oro y plata (la mezclilla venía tejida de diversos colores).

Unas calzas de abalorio con tela o pelo negro (era el abalorio una labor de cuentas de vidrio).

Otras calzas de terciopelo negro.

Otras calzas de mezcla con pasamanes de oro y plata.

Unos gregüescos de tela de oro encarnada.

Otros gregüescos de tela de oro morada.

Una casaca de tela de oro morada.

Un jubón de tela de oro y plata.

Una capa y un sayo de paño de Inglaterra, aforrados en terciopelo labrado.

Otra capa del mismo paño, con fajas de terciopelo negro.

Un colete cerrado, negro, bordado.

Otro colete de herbaje (el herbaje era lana parda).

Un ferreruelo de raza negra.

Otro sayo de tafetán negro.

Un colete de terciopelo pardo, con pasamanes de oro.

Dos coletes de cuero con pasamanes de oro.

Una gorra de terciopelo negro.

Unos tiros bordados de perlas con su correa (los tiros de la espada colgaban del talabarte o pretina).

Unos tiros negros, bordados.

Dos cajas de peines.

Unos tiros dorados.

Tres pares de botas.

Cincuenta y siete camisas.

Dos peinadores.

Trece sábanas y cuatro almohadas.

Siete tohallas.

Catorce tablas de manteles.

Cincuenta y seis servilletas.

Diez varas de Holanda.

Dos bandas de abalorio.

Siete docenas de cintas.

Cuatro cofres de cuero.

Esto era lo que Julián Romero «había dejado en Lombardía, donde murió». Ahora se le entregaba a Doña María Gaytán, su viuda, la cual, lo recibe «como tutora y curadora de Doña Francisca Romero de Ibarrola», hija del dicho maestro de campo. Figuran en la escritura, además del notario, Juan Deza, Lorenzo Losada y Lucas Grillo, gobernador de Génova (67).

Sorprende, en esta relación, la ausencia precisamente de las armas, espadas, armaduras, cascos, etc., así como las veneras, joyeles, cadenas, fanfarronas, guarniciones, monturas, monedas, trofeos, que llevase consigo Julián Romero. Hay que suponer, que su hija Juliana, la cual se llama en las escrituras legítima —en tanto que Francisca se titula única hija legítima, y nombra a su madre siempre— retuvo en Lombardía todo eso. Casada, a la sazón, con el capitán Pedro de Villalba, vive en Alejandría de la Palla, de donde es castellano su marido, por designación del suegro. Juliana casa, por tercera vez, en Borja, en mayo de 1601, con el capitán Francisco del Arco y Torralba. Y aunque tuvo un hijo, no dejó posteridad. Pues bien, en sus testamentos, dispone de algunas monedas flamencas y de un relicario.

(67) Archivo Histórico de Protocolos, Madrid, prot. núm. 500, fol. 913. Escribano: Rodrigo de Vera. Año 1581.

rio, que pudieron pertenecer a su padre (68). Y, por su parte, es de notar, que Francisca, la hija legítima y universal heredera del maestro de campo, había llevado en su ajuar, al casarse, el año 1591, seis cofres de Flandes y un talabarte de oro, que habrían de pertenecer a su padre, de no haber sido de su abuelo, el capitán (69).

PEDRO GAYTÁN

«Tant de seigneurs et genti's hommes dont
les histoires sont pleines.»

BRANTÔME

Se tenía noticia del capitán Pedro Gaytán, pero ya en Madrid, cuando acompañado de otros veteranos y seguido de su esclavo esgrimidor, ruaba ante las gradas de San Felipe, espada al cinto y melancolía en el corazón. La casa de Gibaja, que se ve en los grabados antiguos, a la entrada de la calle Mayor, por la puerta del Sol, era suya.

«Es al cabo de la calle
de este Don Pedro la casa» (70).

Levanta cuatro pisos y tiene grandes rejas en la planta baja. Propiamente es de su mujer, Doña Catalina de Victoria y Zárate, que había relegado el apellido Xibaja, pero no la hacienda que, por él, llegó al matrimonio. También Julián Romero habría de casar con hija única; pero, al hacerlo, en 1564, su prometida era ya huérfana de Pedro Gaytán.

La vida de este militar quedó incógnita, así como el porqué de su retiro. Pero, de la averiguación, resulta lo siguiente: el capitán Pedro Gaytán se halló en la acción de la Goleta, junto al César Carlos, y se distinguió allí, aquel año de 1535; desembarcado el ejército en Túnez, un puñado de militares españoles pide licencia al Emperador para ir al asalto de la Goleta, en su presencia. Y, de ellos, es Pedro Gaytán quien hinca su bandera en lo más alto del castillo. El hecho lo relata Alonso de Santa Cruz: «Las primeras personas que

(68) *Ibidem*, prot. núm. 3.349, fol. 1.291. Escribano Juan Manrique. Año 1617.

(69) *Ibidem*, prot. núm. 302, fol. 358. Escribano Gaspar Testa. Año 1591.

(70) *LOPE DE VEGA: Servir a señor discreto*, comedia.



MEDIA ARMADURA DEL GRAN DUQUE DE ALBA, A PRUEBA DE ARCABUZ.
Se advierte la huella del pelotazo.

(Palacio de Liria, Madrid.)

entraron en la Goleta fueron Alonso de Toro, Juan de Herrera y Miguel de Salas, todos tres buenos soldados; y las primeras dos banderas levantadas lo fueron por españoles, un Fuensalida y un Mendoza. Y Pedro Gaytán, alférez del capitán Jaén, puso su bandera sobre el castillo de la Goleta, a los cuales Su Majestad hizo muchas mercedes» (71).

La cosa no quedó ahí, pues que, de las muchas mercedes, no llegaron a Gaytán aquellas que habrían de satisfacerle. No creyó reconocidos sus méritos, y el hecho es que no aparece entre quienes recibieron testimonio de la gracia imperial, con ocasión de la entrada en la Goleta: no se pudo poner en claro cuáles habían sido los primeros en entrar, y se produjeron discordias y sinsabores, según Sandoval. Unos y otros penetraron por brechas diferentes, lo que hizo posible la simultaneidad. El obispo historiador señala como los primeros a dos capitanes toledanos llamados Salas y Toro, y en esto coincide con Santa Cruz. Pero, «Gaytán, alférez del capitán Jaén, porfiaba, que él había sido». Y aún hubo otros que pretendieron lo mismo. «La causa de no saberse de cierto, fué, que acometieron por diversas partes y portillos, y así parecía a cada uno haber sido el primero.» El alférez Fuensalida recibió del Emperador 250 ducados de renta de por vida. Alcanzaron, asimismo, las mercedes, Mendoza, Toro, Navarro, Salas, Isla y Herrera (72). Pero Pedro Gaytán quedó malcontento. Esto y su boda fueron causa de que no se supiera más de él. Había venido de Menorca, donde estaba alojada la compañía del capitán Jaén —por su nombre, Juan Pérez Vizcaino—, a juntarse con las de Pérez y Bocanegra, que llegaban de Ibiza y de Mallorca. Del capitán Jaén se sabe que fué herido el 4 de julio de 1535. De Pedro Gaytán no se sabe más. Mejor dicho, se sabe que, cuatro años más tarde, casa en Madrid con doncella hacendada.

El 29 de mayo de 1539 comparece ante el escribano Gabriel Fernández, para firmar la carta de dote de la desposada: «Sepan cuantos esta carta de dote vieren, cómo yo Ruy Díaz de Jibaja y yo María de Victoria, su mujer, vecinos del arrabal de la villa de Madrid, etcétera, decimos, que... si la voluntad de Dios Nuestro Señor fuere que vos, el Señor Capitán Pedro Gaytán, vecino de la

(71) A. DE SANTA CRUZ: *Crónica del Emperador* (ed. 1922), II, pág. 275.

(72) C. DE SANDOVAL: *Ob. cit.*, II, págs. 186 y 225-35.

dicha villa de Madrid, que estáis presente, os desposéis por palabras de presente, facientes matrimonio, etc., con Doña Catalina de Victoria, nuestra hija, etc., etc.» (73).

El calificativo de «arrabalera», propio de la suegra de Julián Romero, no le viene de que poseyera tierras en Vallecas, donde vivió hasta avecindarse en Madrid, sino por tener la casa de sus padres precisamente en la calle Mayor, junto ya a la Puerta del Sol. Este comienzo de la calle, cabe la puerta mudéjar, se llamaba arrabal, en el siglo xvi. Allí terminaba Madrid, en la llamada Puerta de Guadalajara. La Plaza Mayor se denominaba todavía Plaza del Arrabal, y la calle comenzaba en Santa María y las Gradas de Palacio.

El capitán Pedro Gaytán figura como vecino de Madrid, pero era originario de Toledo, donde los Gaytanes, hidalgos, formaban frondoso árbol. Ha resultado inútil irse por sus ramas. Con haberse investigado, entre tanto Gaytán, Pedro no aparece. No obstante, sorprende que, en cuantas pruebas de hidalguía o limpieza hechas por sus descendientes —la hija de Julián Romero, *verbi gratia*— se da por supuesta siempre la nobleza del capitán Pedro Gaytán, al punto de no figurar su filiación en parte alguna. Pero la hija de Julián Romero poseyó un juro en las Salinas de Espartinas, en Cien Pozuelos, cerca de Getafe. Lleva en dote, entre otras cosas: «Cuatrocientos ducados de juro, en cada un año, a razón de veinte mil maravedís el millar, por Carta de Privilegio de Su Majestad, situados en las Salinas de Espartinas», por escritura de 26 de setiembre de 1591 (74).

Este juro lo había llevado en la dote, asimismo, su madre cuando casó, el año de 1539, con el Capitán Pedro Gaytán, veterano de la Goleta. Y hallamos, que Salazar y Castro, al hablar del notario mayor de Toledo, Alfonso Tenorio, dice: «Y el año de mil trescientos noventa y siete confirma un privilegio que se dió en Salamanca, a veinticinco de agosto, de sal de Espartinas, a favor de Juan Gaytán» (75). Corría por Toledo un proloquio: «Para espada y capa, Juan Gaytán». Y ya sé: más difícil es identificar un Juan Gaytán en Toledo, que en Salamanca un estudiante vestido de negro. Juan Gaytán fué el tutor de Garcilaso, y el cerero de Carlos V en Yuste, y aún hubo otros.

(73) Arch. Hist. de Protocolos, Madrid, prot. núm. 70, s. f. Escribano Gabriel Fernández. Año 1539.

(74) *Ibid.*, prot. núm. 302, fol. 358. Escribano Gaspar Testa. Año 1591.

(75) IL. DE SALAZAR Y CASTRO: *Casa de Silva* (1685), I, págs. 190 y 549.

Pero si el dato no concreta la filiación, dice bastante acerca del abo-lengo del capitán Pedro Gaytán, su indudable nobleza, y, dentro de los diferentes Gaytanes toledanos, hace suponerle perteneciente a la línea de los Señores de Buzarabajo, y en todo caso, a una rama vincular, puesto que el juro se transmite, a juro de heredad justa-mente, en los suyos.

SAN JULIÁN HOSPITALARIO

«Vistámonos de las armas de la luz.»

SAN PABLO (76)

Se admite generalmente que el santo protector de Julián Romero, en el lienzo del Greco, es San Luis, Rey de Francia (77). Por nues-tra parte, insistimos en la conjetura expuesta en el libro: es San Julián Hospitalario. Se ha supuesto que fuese el Condestable de Bor-bón, mal candidato a la santidad, pues murió excomulgado. Y se ha recogido el albur de que sea un San Teodoro. Lo peregrino es que nadie haya pensado en que se representa, quizás, a un santo trinitario. La hija de Julián Romero, que encargó el cuadro para su fundación del templo de las Trinitarias, se caracterizó por su «inconstancia mu-jeril», según el P. Alejandro, cronista de la Orden, quien reconoce que «sólo hubo constancia en el afecto que abrigó a nuestra Sagrada Religión» (78). El caballero protector podría ser Guillermo de Aquitania, fundador, en 1157, de la Orden Trinitaria, o bien San Félix de Valois, que traía las lises de Francia y en 1198 recibió confirmación Pontificia de la Orden. Está en el relieve que aún se conserva en la fa-chada de las Trinitarias con la imagen de San Ildefonso, éste por el nombre del marido de la fundadora, yerno de Julián Romero. Pero el caballero del Greco, si lleva lises, carece de la cruz Trinitaria. El Greco la hubiera puesto, como la puso otras veces. Y no hubiese añadido una barba al supuesto San Luis, a quien representó siempre imberbe y con la corona ceñida.

(76) *Epístola a los Romanos*, XIII-12.

(77) *Museo del Prado, Catálogo* (1952), págs. 291 y 883.

(78) FRAY ALEJANDRO DE LA MADRE DE DIOS: *Crónica de la Orden Trinitaria* (1652-1707), III, pág. 110.

Se ha pensado, por las lises y la corona de espinas, que sea San Luis, un Rey Mago de Claudio Coello. Este sí tiene barba, pero también ligas escaroladas al gusto del siglo xvii. El que no tiene la corona de espinas es el santo protector de Julián Romero. Ni su corona puesta, sino depuesta, en señal de renunciación: así las mitras en el suelo del San Bernardino de Sena del Greco.

Los santos patronos—patrón del patrono en las fundaciones—corresponden, en buenos principios, al santo de pila del fundador y, en casos excepcionales, a la advocación de la fundación misma. Sin salir del Museo del Prado, en las tablas de los Duques de Ciudad Real son protectores sus santos respectivos: San Ildefonso y San Juan Bautista; y Gómez Dávila no tiene junto a él a San Gumersindo, sino a San Francisco, para cuya capilla, en Avila, fué el encargo (79).

Asiste al secretario Francisco de Eraso, igualmente, un San Francisco, en Mohernando (80). Podrían multiplicarse los ejemplos. Pero, no habré de repetirme. En cuanto a la corona, adviértase que los santos orantes la tienen en el suelo. La tienen ceñida los santos que interceden, y se hallan en pie generalmente. De ser un San Luis, ya sugerimos que sería San Luis obispo. Resta añadir que, muerto en 1297, había renunciado al trono, y se le representa «con el vestido labrado con las lises de la casa de Francia, a la que pertenecía», y la corona en tierra (81).

Nos afirmamos, pues, en nuestra conjetura de San Julián Hospitalario, argumentada en el libro, sin que por eso pierda su carácter de mera probabilidad, improbada hasta que aparezca algún documento.

Y con esto termina esta nueva noticia de Julián Romero, «prototipo y dechado —como le llama don Agustín González de Amezá— del verdadero soldado español de antaño» (82). Al concluir, quiero agradecer su valiosa colaboración a los señores Duque de Alba, Marqués de Casa Tilly, don Rafael Sánchez Mazas, don Ricardo Magdaleno y don Alejandro Martín Ortega.

Madrid, octubre 1957.

(79) *Catálogo*, cit. núms. 1.858 y 1.934.

(80) R. DE ORUETA: *La escultura funeraria en España* (1919), pág. 287.

(81) J. FERRANDO: *Iconografía de los santos* (1950), pág. 176.

(82) Discurso de contestación al del autor en la Real Academia de la Historia: *Los descargos del Emperador* (1956), pág. 62

LA HEROICA DEFENSA DE CARTAGENA DE INDIAS ANTE EL ALMIRANTE INGLES VERNON, EN 1741

por JUAN MANUEL ZAPATERO
Capitán y Doctor en Historia, del Servicio Histórico Militar

CARTAGENA DE INDIAS EN EL SIGLO XVIII

Era Cartagena de Indias la ciudad más hermosa, grande y fuerte de toda la América Meridional. «Tiene título de Ciudad desde el año de 1574, con uso del Escudo de Armas, q.º la ylustran q.º son en campo de Oro, Cruz Berde coronada y dos Leones Rojos empinantes en ademán de sostenerla, y en 6 de marzo de 1575, obtubo del Monarca Español el renombre de Mui Noble y Mui Leal Ciudad» (1). Era la capital del Virreinato de Santa Fe —Nueva Granada— (hoy Colombia), cuando tuvieron lugar los incisivos y mordientes ataques del admirante Sir Edward Vernon, en los años 1740 y 1741, al poner en ejecución el más ambicioso y extraordinario de los proyectos de ataque y corte político planeados por la nación inglesa, sobre los dominios españoles en el nuevo Mundo.

Está situada —dicen las Relaciones descriptivas de esta época— a los «10 grados, 30 Minutos y 25 Segundos de Latitud boreal, y 302 grados y 10 Minutos de Longitud del Meridiano de Tenerife», coordenadas, corregidas actualmente por los 10º, 25' latitud norte y los 75º, 34' de longitud oeste, meridiano de Greenwich.

Fué fundada por el conquistador madrileño y adelantado don Pedro de Heredia, a mediados del año 1533, en un lugar «q.º los Yndios

(1) «Memorias q.º Podran Serbir p.ª la Historia de la Ciudad de Cartag.ª de Yndias. Plaza fuerte é ymportante de la America tenida p.ª Antemural Presidio del Nuevo Reyno de Granada en la Costa de Tierra firme. Año de 1798» (Arch. docum. del Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 5-2-11-6.)

Naturales del País llamaban Calamar i q.^o, significa Cangrejo quisas p.^r los muchos de q.^o abundan sus playas» (2). Su puerto, «uno de los mejores del Mundo», según la feliz declaración que Marco Dorta ha sabido encontrar en el informe del capitán de los viejos tercios, don Juan Díaz de Vallejera, que la visitara en el año de 1570 (3). Todavía en pleno siglo XVIII gozaba de ese gran prestigio; las «Memorias» contienen este admirable reflejo:

«Su Puerto q.^o pasa por uno de los Mejores de toda la America y en donde se embarcan las producciones y los caudales q.^o bajan del Nuevo Reyno de Granada y toda la Tierra firme y adonde arriban los Galeones, y demas bajeles sueltos de registros q.^o bienen de Europa, p.^a abastecer aquel Reyno de los Generos Europeos de q.^o Carece la hacen mantener un comercio prodijioso en oro, Plata, Perlas, Esmeraldas, Cacao, Algodon, Cueros, Recinas, Balsamos, Yervas y rayces botanicas, Palos de Tintes, y otras diferentes drogas, bellas y excelentes Maderas de Particularissimas Calidades de lustre de Color y solidos y sobre todo p.^a Construcion de Nabios cuios Ramos Comerciantes le han adquirido la reputacion de una de las mas Ricas y Mas ymportante Plaza de la America...» (4).

Emporio de riquezas, ruta segura de penetración hacia el Perú, «llave de las Yndias», eran axiomas fijos superestimados por sus propios fundadores y dueños: los españoles; y acicates de asalto o conquista de las grandes y temibles naciones rivales de España. He aquí, por tanto, el capital motivo que llevaría antaño, en 1544, al francés Roberto Bañ y su flota pirata al primero de los saqueos que sufriría la ciudad a lo largo de su historia. Después, en 1568, el corsario Juan Hawkins sólo conseguirá bombardear las cortinas del oeste o del mar; pero, en 1586, Sir Francis Drake —que recorría sangrienta y victoriosamente las Antillas y el istmo, saqueando, destruyendo e incendiando poblaciones costeras, apresando los galeones con sus riquezas, en un amplio arco de acción, que iba desde Santa Marta (Colombia) a San Agustín de la Florida (Estados Unidos)— le arrebató la plaza al

(2) Idem ref. ant. cit., pág. 2.

(3) MARCO DORTA, ENRIQUE: *Cartagena de Indias, la ciudad y sus monumentos*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-americanos. N.º general LV, serie 2.ª, núm. 20. Sevilla, 1951.

(4) Ref. (1); cit. págs. 3 y 4.

gobernador don Pedro Fernández del Busto, en una empresa que, según González Palencia, no fué «ni tan heroica como los ingleses la juzgaron, ni tan diabólica como la dijeron los españoles» (5). En Francia, a fines del siglo XVII, los armadores de Brest constituyeron una sociedad comercial, que iba a repartir en acciones los frutos que consiguiera la expedición bélica, que bajo las órdenes supremas del almirante Jean Bernard Desjeaus, barón de Pointis, se encargaría de conquistar a Cartagena de Yndias. En el fuerte negocio no andaba lejos el propio monarca frances Luis XIV, que llegó a estipular en las cláusulas del contrato, cómo la plaza, su gobierno y guarnición habrían de quedar para su monarquía. Puesta en movimiento la armada, sabido es que, en aquel año de 1697 —fecha de la salida del puerto de Brest—, la ciudad de Cartagena y sus riquezas pasaron a poder de Pointis, quien embarcó en sus navíos los tesoros del esquilmo y regresó a sus bases con el más señalado provecho «comercial» que registran las páginas virreinales. Dejó en Cartagena como dueño y señor de la posesión al «Gov.^{or} del Pitic Goave Mr. Ducase» (6), jefe de un cuerpo de filibusteros dispuestos a estrujar las haciendas y vidas de los cartageneros. Tal hecho marca el baldón en la gloria, que como empresa de conquista militar la quepa, siendo conocida la condena a que fué sometido por su proceder político.

Por estas sangrientas y dolorosas experiencias, se tomó en consideración inexcusable, la creación de un sistema de fortificaciones, que pusieran a la ciudad y a su puerto en condiciones de defensa. La idea de hacer de Cartagena una plaza fuerte, nace casi con la misma fundación de la ciudad (7), aunque las reales órdenes que se dictaran en este sentido, en muchas ocasiones enérgicas, no fueron cumplidas hasta después del incendio del año 1552, en que la ciudad de casas o bohíos de bajareques y palmas quedó totalmente destruída.

«El S^{or}. Felipe 2^o Rey Catolico de España en el año de 1574 con motibo del nuevo establecim.^{to} de Galeones mando cercarla de Murallas y Bastiones y q.^o se fortificara su Puerto q.^o habra de Serbir de Escala y abrigo a las Armadas y Ga-

(5) Del *Discurso del Capitán Francisco Drake*, public. en Madrid, 1921.

(6) «Extracto de lo acaecido en el Sitio de la Plaza de Cartag.^a de Ynd.^a cuando fue atacada por los Franc.^s en el año de 1697.» (Arch. docum. Serv. Hist. Mil.; signatura: 5-2-6-1.

(7) MARCO DORTA: Ob. cit., v. ref. (3); cit. en pág. 10.

leones q.^o Nabegaban para los demas Puertos de Tierra firme q.^o con estas obras se creia quedaria defendida de las ymbaciones y ostilidades de los Estrangeros...» (8).

Efectivamente, las primeras obras fuertes son levantadas por los ingenieros y hombres de la confianza del monarca, tales fueron Juan Bautista Antonelli y el maestre de campo Juan de Tejada, llegados a Cartagena pocas fechas después del asalto y arrase de la ciudad por Sir Francis Drake —1586—. Pero las murallas urbanas y los baluartes de San Matías —en la Bocagrande— y del Boquerón —isla de Manga— que Antonelli y Tejada planearan y ejecutaran, sería un siglo más tarde destruídos por Pointis —1697—.

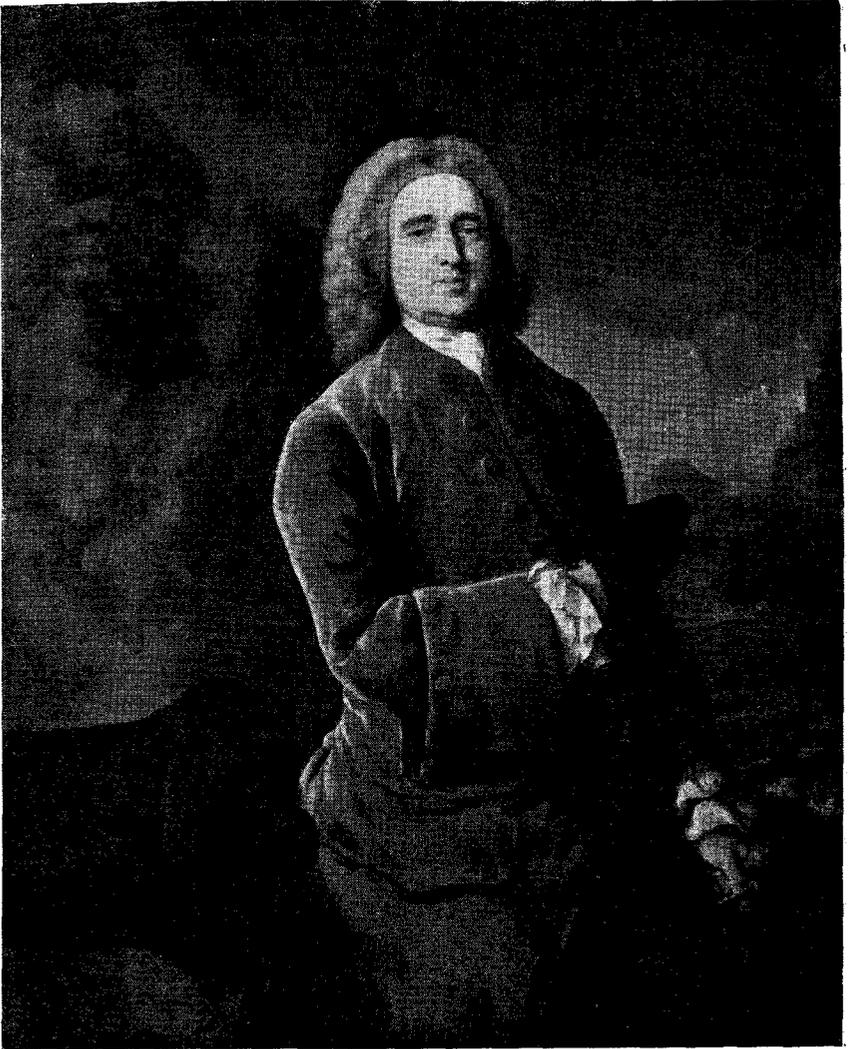
Y de nuevo la corte se preocupó por asegurar la plaza:

«El S^{or}. Carlos 2^o Rey Catolico de España en el año de 1698 embio p.^r G.^{or} al Maestre de Campo G.^{ral} D.ⁿ Juan Diaz Pimienta y a D.ⁿ Juan de Herrera Sotomayor Yngeniero Militar con Ordenes p.^a q.^o reedificaran y fortificaran de nuevo a la moderna lo q.^o ejecutaron poniendola en el estado y disp.^{on} q.^o mantiene con buenas Murallas, Baluartes y fortalezas exteriores principalm.^{te} en la entrada del Puerto...» (9).

No entra en los límites de este estudio dedicar mayor noticia a la evolución de la arquitectura militar y aun civil, que en los siglos XVII y principios del XVIII, o en las posteriormente realizadas, ya casi en los albores de la Emancipación, se llevaron a cabo en Cartagena de Indias. Ello significaría un trabajo amplísimo que dilataría los objetivos concretos que nos hemos señalado, si bien, en razón de la mejor y más necesaria idea del escenario de la batalla por Cartagena, en 1741, se hace preciso señalar la localización de los castillos o fuertes levantados con arreglo a un sistema de defensa, perfectamente reglado para las necesidades tácticas de la época. Las deficiencias técnicas de sus obras e incluso el inconveniente capital que representaba el número de hombres necesarios para guarnecerlas, son otros importantísimos aspectos que entran en los imponderables de un desorbitante poderío —superior a las posibilidades de la nación metropolitana—, que así revelaba su debilidad.

(8) Ref. (1); cit. pág. 4.

(9) Ref. (1); cit. pág. 5.



RETRATO DEL ALMIRANTE SIR EDWARD VERNON (1648-1757).

*(By Thomas Gainsborough. Dr. to The National
Portrait Gallery, London, W. C. 2.)*



He aquí una breve noticia descriptiva del sistema defensivo de Cartagena en el año crucial y crítico del ataque del almirante Sir Edward Vernon (véase croquis núm. 3):

- Castillo de San Felipe de Barajas, en el cerro o padrastró de San Lázaro.
 - Murallas de la Ciudad y arrabal de Getsemaní, con sus baluartes, revellines y baterías.
 - Fuerte del Pastelillo, en la isla de Manga.
 - Fuerte del Manzanillo, en la isla de este nombre.
 - Castillo Grande o de la Santa Cruz, en la playa de Boca-grande.
 - Castillo de San Luis de Bocachica, sector Sur de la isla de Tierra Bomba.
 - Fuertes de San Felipe y Santiago, en la misma isla, litoral del Mar del Norte.
 - Baterías de Chamba, Punta Abanicos, de la Marina, todas en Tierra Bomba.
 - Batería de San José, en la isla de Barú, frente al castillo de San Luis.
- Al Norte de la ciudad:
- Batería de la Cruz Grande, en la avenida del Mar del Norte.
 - Batería de la Boquilla, en el ocasional desagüe de la Ciénaga de Tesca en el mar.

LA GUERRA CON INGLATERRA

La causa fundamental de la guerra entre España e Inglaterra, declarada el 23 de octubre 1739, tiene su fundamento en el antagonismo político que mantenían ambas naciones en razón de varios y complicados motivos, directamente relacionados con la instauración de la dinastía borbónica en la corte de Madrid. A la difícilísima situación del segundo cuarto del siglo XVIII, se llegó de una parte por las constantes divergencias diplomáticas, acompañadas de violentas disputas, dadas las mutuas aspiraciones en los territorios de las Floridas y Carolina; y de otra, a causa de los «derechos de visita e inspección», que los españoles ejercían sobre los navíos ingleses que acudían a Centro América y las Antillas, para ejercer el comercio, procurando de paso influir en los indígenas con una labor política de aspiración territorial; intención sobradamente conocida por los capitanes generales y gobernadores.

Tanto Felipe V como el ministro de S. M. Británica, Sir Robert Walpole, pretendieron suavizar la profunda crisis anglo española, pero la cuestión agriose al declarar el plenipotenciario de España en Londres, Sr. Giraldino, que jamás dejaría su monarquía de ejercer los «derechos de visita» en los puertos de sus Indias. Coincidieron estas públicas declaraciones con las dadas oficialmente por el Parlamento, y el duque de Newcastle, ministro de Relaciones Exteriores de Jorge II (1727-1760). Tal conducta era aprobada por la Cámara de los Comunes; sin embargo, no todo el gobierno era partidario de una guerra con España, de resultados tan inciertos como peligrosos. El rey de Francia Luis XV (1715-1774) intervino en la polémica, su ministro Mr. Fleury ofreció sus medios de conciliación, pero todos los intentos pacíficos fracasaron, aun después de ser firmado en Madrid un acuerdo o convención —El Pardo, 14 de enero 1739—, efímero éxito del embajador Mr. Keene, que al ser conocido en las altas cámaras de su país ocasionó graves desórdenes y gran número de renunciadas de los representantes.

Además, Felipe V acababa de reclamar 68.000 libras por el «derecho de Asiento de Negros» a la Compañía inglesa; esta exigencia amparada en su dominio sobre las Indias excitó tan violentamente al Parlamento, que se comisionó de nuevo a Mr. Keene para que reclamase, con carácter de urgencia, la abolición del «derecho de visita»; una fuerte escuadra británica se apostaba en Gibraltar para respaldar la irrevocable reclamación de Jorge II. Estas medidas dictadas por una y otra corona, con indudable precipitación y falta de equilibrio, enconaron al último grado, a unos pueblos que veían la contienda como única solución: los unos para terminar con los desmanes, atropellos y piraterías que sufrían; los ingleses, para que la fuerza de las armas abriese nuevos derechos a sus pretensiones comerciales, territoriales o políticas, que la diplomacia había negado.

Walpole no pudo refrenar el estado de opinión e hizo suya la frase, que refleja toda una época de violenta disputa: ¡El mar de las Indias libre para Inglaterra o la guerra! Y la guerra se declaró, el ya citado día 23 de octubre de 1739, cuando ya hacía cerca de tres meses que el almirante Sir Edward Vernon había salido de Portsmouth —4 de agosto 1739—, al frente de una escuadra de nueve navíos de guerra, con un plan concreto y unos objetivos perfectamente señalados. Tales fueron los precedentes político militares que condujeron a la batalla por Cartagena de Indias.

SOBRE EL PROYECTO DEL ATAQUE DE VERNON A CARTAGENA, ULTIMADO
EN JAMAICA

¿Cuál fué el proyecto táctico del almirante Vernon para arremeter contra Cartagena de Indias?

Hemos sabido por las descripciones geográficas y noticias históricas de fuente inglesa (10), los principales objetivos de la formidable empresa. Pero falta en los trabajos monográficos españoles que conocemos, el alcance específicamente militar del proyecto de ataque que fuera estudiado en Jamaica, por el consejo de altos jefes de la expedición: el almirante Chaloner-Ogle, vicealmirante Lestok, comodoro Anson y los generales Cathcart, Went Woork, etc.

Las grandes seguridades adoptadas en el cuartel general de Vernon para llevar a cabo su proyecto de ataque con la mayor discreción y reserva, dieron «casi» por completo el resultado apetecido; el espionaje resultaba difícilísimo, y de las resoluciones o planes adoptados puede asegurarse que no llegaban a conocimiento de los españoles, sino leves indicios deducidos de los insistentes amagos y tentativas que Vernon realizara desde su llegada a Jamaica; pero, en todo caso, sin la precisión y el detalle que tan útiles habrían sido a los sufridos defensores. No otro fué el resultado informativo, que se obtuviera de los fallidos intentos de Vernon sobre Cartagena, en los aciagos días de 13 de marzo y 3 de mayo de 1740, pues la comunicación de don Blas de Lezo, comandante general del apostadero de Cartagena y teniente general de la armada a don José Quintana, dándole cuenta del ataque y retirada de la escuadra británica, no permite mayor apreciación de detalles (11). Esta falta de información sobre el contrario es bien perceptible y confirma la opinión de que, en Cartagena, se estaba a la expectativa de los planes del enemigo, y de que, en todo caso, la superación de la grave crisis planteada por la constan-

(10) «Description: A geographical and historical —of the principal objects of the present war in the West-Indies, viz; Cartagena, Puerto-Bello. 1741, London.» VERNON, EDWARD: *Original papers relating to the expedition to Carthagea*. London, 1744: «Journal: A of the expedition to Carthagea, London 1744.» «Account: An —of the expedition to Carthagea, London 1743; 58 p.»

(11) «Cartagena. Correspondencia con D. Blas de Lezo, Comandante de la Escuadra.» (Arch. de Indias, Sevilla; estante 119; cajón 2; legajo 2.)

te presencia del inglés, dependía en medida muy considerable por cierto de los socorros que se enviaran de la metrópoli.

Sin embargo, en medio de las enormes dificultades que suponía el obtener cualquier noticia de interés arrancada de Jamaica, hubo el insólito caso de un «paisano» que, tras las duras pruebas a que se vio sometido para la comprobación de sus informaciones, pudo dar alguna luz sobre el asunto. El «paisano» en cuestión —cuya personalidad quedará por siempre velada a la investigación histórica, por desconocerse su identidad—, salió de Jamaica y llegó a La Habana, a cuyo gobernador facilitó la siguiente información verbal del proyecto de Vernon para conquistar a Cartagena (12) —véase el croquis número 1, trazado con arreglo a ella—:

«Que dos meses antes de salir á la Empresa la expedicion embiarían dos fragatas y quatro embarca.^a menores de Guerr.^a p.^a cruzar desde el Rio del Sinu asta esta Plaza, logrando por este medio cortar la entrada de los Viveres q.^o de dho. Rio se conducen á esta Plaza, como que es el parage de donde se avastece. Con lo q.^o empezarian á escasear los viveres, por ser el unico parage por donde puede recibir socorros de bastimentos: que a los dos meses imbearían una Armada de 20.000 hombres, incluidos 2.000 negros para q.^o estos luego que desembarcase el Exert.^o y Artill.^a fuesen facilitados los malos pasos, talando los montes, y demas fatigas á que son aparentes esta clase de gentes.

Que el desembarco lo haran en un Parage que llaman la Boquilla, q.^o esta a Sotavento de Punta Canoa, y dos legüas distante de esta Plaza, que dexaran alli la tropa necesaria, y marcharán por detras del Cerro de la Popa, á ampararse de una Caseria q.^o llaman la Quinta, asi por lo ventajoso de su situacion como p.^r q.^o á distancia de una legüa hay una Aguada suficiente, y permanente en el sitio que llaman Terrera y q.^o quando esta no fuere suficiente p.^a el avasto del Exercito, emplearian tres fragatas sin otro obgeto que el de conducir agüa de los mas proximos Rios con lo q.^o estaran suficientem.^{te} avastecidos.

Que al mismo tiempo que hagan el desembarco en la Boquilla tomarán el Puesto de Pasa Caballos que está en la boca del Estero, enfrente de Bocachica, y á ig. distancia de la Plaza, pues siendo esta boca la unica por donde la pueden entrar viveres a la Plaza una vez tomado p.^r ellos han de rendir por hambre la Plaza.

(12) Ref. (1); cit. págs. 27 a 29.

Que para tomar dho. Puesto nombraran 600 hom.^{os} (num.^{os} suficientes p.^a lograrlo) que con Canoas los desembarcaran por la parte de Sotavento de la Ysla de Baru, biniendo por el Tejadillo que dista una legüa del citado Puesto.

Que para la mas pronta rendicion de la Plaza entrarán sin oposicion por detras de la montaña de la Popa, y otros cerros, conduciran Morteros, Artilleria de batir, pertrechos de Guerra y boca, y q.^o detras de un Cerro que llaman Cerro Pelado q.^o está muy proximo al en q.^o estan las Baterias q.^o llaman de S.^a Lazaro pondran una Bateria de Morteros cubiertos p.^a inquietar la Plaza y demoler las Baterias del expresado S.^a Lazaro, q.^o como es Tierra movediza, gredosa y arenisca, y de tan poca consistencia, q.^o solo la intemperie tiene acreditado q.^o es suficiente á desmoronarlo como se ve abierto por varias partes, porq.^o sus baterias estan rebestidas de ladrillo en lo interior son de faxina y tierra, pues se tiene experimentado que sin haver hecho fuego, ni jugado su Artill.^a se ha gastado infinidad de caudal, y tiempo en su composicion, y siempre ha resultado el mismo defecto como se save q.^o desde el año de 62 —(1662)— asta el presente no han cesado sus obras, y asi no es de admirar q.^o los Yngles.^{es} tengan por facil su Ruina y rendicion por estar impuestos á fondo de sus defectos.

Que despues de executado el Bombar.^o contra la expresada fortaleza, y q.^o p.^r consiguiendo logrados sus designios pondran una Bateria de Cañones sobre el mismo Cerro q.^o le servirá de Parapeto á sus Bater.^{as} de Morteros, con lo q.^o se lisongearan de avreviar la rendicion quasi sin perdida de Gente, y q.^o rendida esta, lo estará con facilidad la Plaza, á quien domina con mucha proximidad desde donde descubre asta los Pies de sus avitantes. Y aunq.^o el animo de los Yngleses no es el de rendir las fortalezas de Bocachica sino q.^o ellas se hagan de entregar p.^r ambre y sin gastar un grano de Polvora, sin embargo de esto mandara una pequeña Esquadra de Navios, en ademan de querer forzar el Puerto, con lo q.^o será preciso que tengan aquellos Fortaleza con una guarnicion tan numerosa, como necesiten p.^a defenderias por cuyo aparente preparativo lograr precisam.^{te} q.^o la del Cerro de S.^a Lazaro, y demas sean mas disminuidas p.^a facilitar mas pronto su rendicion: y q.^o en caso de q.^o retiren parte de la Guarnicion de Bocachica, entonces la Esquadra q.^o esta en observacion tomara todas las providencias p.^a batir las Fortalezas asta su rendicion, pues saven positivam.^{te} que jamas tiene esta Plaza la Tropa de Guarnicion q.^o necesita p.^a atender á las Vigencias de un Sitio, pues estan informados q.^o la mayor parte de su Tropa se compone de Hijos del Pais floxos por naturaleza, cobardes, con poca subordinacion, y despli-

na poco amantes al Soberano, y muy disgustados con su Gobierno, y q.^o suponiendo q.^o hallasen la Plaza con competente Guarnicion p.^a la defensa, les sería igualm.^{te} facil rendirla, una vez cortada la introduccion de viveres en ella, y sin exponer su Gente, y q.^o interin se rendia, sufririan los daños de sus Baterias de Morteros dirigidos igualm.^{te} á otras partes q.^o yo no he podido sugetar á la Memoria, por haver parado la conconsideracion en los mas esenciales, y no tenerlas por ahora presentes.»

REPERCUSIONES EN LA CORTE DE FELIPE V; NEGOCIACIÓN FRANCO-ESPAÑOLA, 1739-1740 Y EL ESTÉRIL DOMINIO EN EL CARIBE

Esta información de gran valor estratégico pudo y debió de ser conocida por el ministro de Estado, marqués de Villadarias, con antelación suficiente al definitivo ataque de marzo 1741; los informes recogidos en las «Memorias» señalan que así pasaron «por tenerlos por Yngl.^a fidedignos y describe el proyecto q.^o la Nación Ynglesa tiene hecho p.^a tomar Cartagena de Yndias». Las medidas de seguridad adoptadas por Felipe V para cubrir los inminente riesgos que amenazaban la capital del antiguo virreinato de Nueva Granda, son a este respecto bien elocuentes; habían dimanado de las negociaciones iniciadas en París a raíz de las bodas del infante don Felipe —hijo de Felipe V e Isabel de Farnesio— con la infanta Luisa Isabel —hija de Luis XV y de María Leczinska—, que culminaron en un nuevo acuerdo o pacto —2 de diciembre 1740—, ratificación del «Primer Pacto de Familia» —7 noviembre 1734— y precursor del «Segundo», que se firmaría en Fontainebleau el día 25 de octubre 1743, como réplica a la Alianza de Inglaterra con Austria y Cerdeña.

En el inicio de esta situación política, una fuerte escuadra española bajo el mando del brillante marino almirante don Rodrigo de Torres y compuesta de diez navíos, un paquebot y un brulote entraba en la bahía de Cartagena el día 23 de octubre 1740, después de sufrir un fortísimo temporal cerca de Puerto Rico que obligó a separarse a los navíos «El Fuerte» y el «Andalucía», que hubieron de refugiarse en el puerto de La Habana (13). En el mes de diciembre,

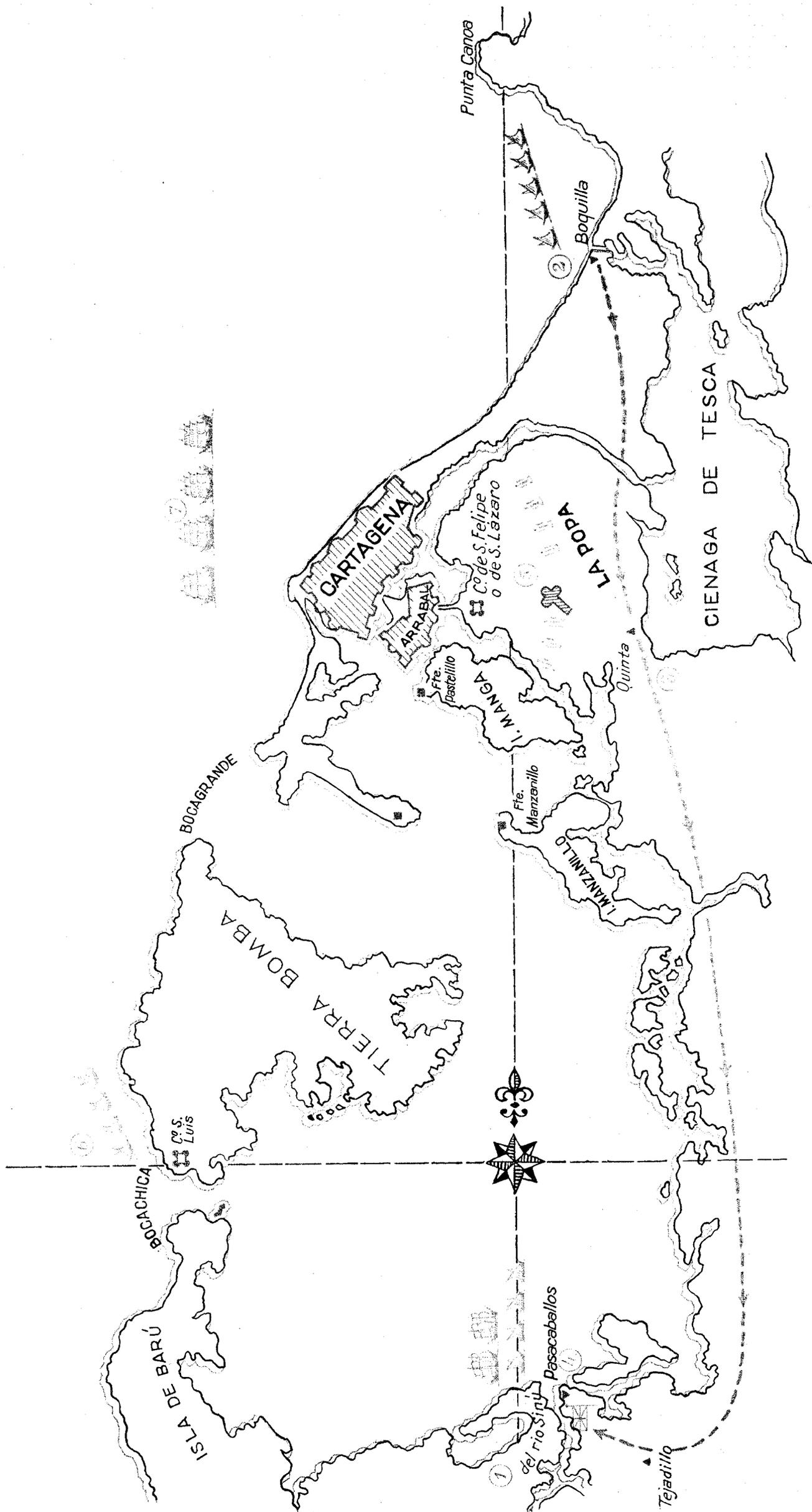
(13) BERMÚDEZ PLATA, CRISTÓBAL: *Narración de la defensa de Cartagena de Indias contra el ataque de los ingleses en 1741*, Sevilla, 1912; cit. pág. 13.

CROQUIS NÚM. 1.

ESQUEMA TRAZADO CON ARREGLO A LA INFORMACION DEL «PAISANO» DE JAMAICA AL GOBERNADOR DE CUBA, DEL PROYECTO DE ATAQUE DEL ALMIRANTE INGLES SIR EDWARD VERNON A CARTAGENA DE INDIAS EN 1741

Explicación

- (1) Dos fragatas y cuatro embarcaciones menores por el río Sinú a la bahía (Bocas del Estero o Pasacaballos).
- (2) Desembarco de 20.000 hombres por la Boquilla.
- (3) Por detrás del Cerro de la Popa, ocuparán el caserío de la Quinta y el paraje conocido por la «Terrerera».
- (4) Ocuparán el puesto de Pasacaballos con 600 hombres, marchando por el Tejadillo.
- (5) Instalación de la artillería y morteros en el Cerro de la Popa para batir la ciudad, el arrabal de Getsemani y el castillo de San Felipe de Barajas o de San Lázaro.
- (6) Corto número de navíos ante Bocachica para forzar la rendición del castillo de San Luis y las baterías de Tierra Bomba.
- (7) Grueso de la escuadra británica preparada para forzar la rendición.



se recibió en Cartagena un pliego para el almirante Torres procedente de Fontainebleau. El príncipe de Campo Florido le comunicaba en él que, a consecuencia del Pacto entre los monarcas de España y Francia, las escuadras de ambas naciones quedaban unidas por los mismos intereses. En su consecuencia, la escuadra de Torres y la francesa del marqués de Dantín operarían conjuntamente con un objetivo resuelto: abatir el poderío inglés en los mares del Caribe. El virrey don Sebastián de Eslava convocó a una importante junta, que se celebró en la casa del cabildo de Cartagena, en los días 12 y 13 del citado mes, y a la que asistieron los eximios marinos don Blas de Lezo y don Rodrigo de Torres; en ella se acordó que las escuadras de Lezo y Torres se reunieran en Santa Marta con la francesa de Dantín para estudiar y llevar a la práctica el asequible plan de desbaratar y alejar a los navíos ingleses.

Durante los meses que anclaron juntas ambas escuadras, los navíos británicos esquivaron todo contacto. El almirante Vernon se encontraba en Jamaica, pero no abandonó su puerto hasta saber que la escuadra de Torres dejaba el litoral cartagenero rumbo a La Habana, y que la del almirante Dantín regresaba a Europa por imperiosas necesidades de su corte.

¡El Mar de las Indias quedaba libre para Inglaterra! Era ésta una circunstancia que no podría menos de aprovechar Vernon, precisamente cuando por el Tratado francoespañol las aguas del Caribe deberían estar más vigiladas. ¡Por incumplimiento del Convenio de Santa Marta, los ingleses estarían en condiciones de organizar y asestar el más formidable golpe militar y político contra el istmo!

EL GRAN PLAN TÁCTICO, POLÍTICO-MILITAR DE INGLATERRA PARA CORTAR LOS DOMINIOS ESPAÑOLES EN LAS «INDIAS OCCIDENTALES»

Dos meses y diecinueve días antes de la formal declaración de guerra, 23 de octubre 1739, Inglaterra, haciendo gala de su instinto previsor en el desarrollo de sus aspiraciones de predominio en el Atlántico y de sus objetivos políticos en el continente americano, había dispuesto la salida del almirante Vernon del puerto de Portsmouth el día 4 de agosto, con una escuadra compuesta de nueve navíos, en dirección al Istmo Central indiano con la finalidad concreta de arrasar la Guaira, conquistar Portobelo y penetrar por Cartagena en el

Sinú para alcanzar la vieja aspiración británica de cortar el Istmo (14), partiendo así la unidad territorial y política de los virreinos españoles, y lograr la otra gran aspiración de «introducir» sus armas en el Perú, emporio de grandes riquezas:

«Que esta Plaza —Cartagena— la tiene por importante la Nación Ynglesa, pues tomada esta Plaza, cogian la Llave del Reyno p.^a apoderarse de sus minas y posesionarse del Chocó entrando por el rio Atrato, y tomando luego a Portovelo, atacar a Panamá, y q.^o p.^a ser conducidos al Chocó confían en los Yndios del Darien, y de los Yndios Mosquitos, p.^a ser dirigidos y atacar por ambas partes á Panama, logrando luego con facilidad introducirse en el Perú...» (15).

Fácil es advertir, que para tan vasto proyecto ofensivo, no eran suficientes los «nueve navíos» de Vernon, consideración sobradamente estimada por los almirantes de Jorge II. A continuación, veremos los proyectos que se preparaban en Londres a base de sendas expediciones, que a manera de gigantescas tenazas, aprisionarían entre sus palancas las plazas del Caribe y del Pacífico hasta el Golfo de Panamá. La expedición de Vernon, del 4 de agosto 1739 es, por su anterioridad a la declaración de guerra, un ataque por sorpresa que constituiría forzosamente la clave del éxito definitivo.

Que la plaza de Cartagena era el principal objetivo para Vernon, era cuestión presentida en la corte española, por ello, conocida su salida de Portsmouth, el primer secretario del despacho de Marina e Indias don José Quintana, comunicaba al gobernador propietario de Cartagena, don Pedro Hidalgo, por informe fechado en Madrid, el día 16 de agosto 1739, acerca de los preparativos de guerra observador en la nación inglesa, y de la salida del almirante Vernon (16). Cuatro días después de la comunicación al gobernador Hidalgo, es decir, el 20, se designaba virrey de Santa Fe, al teniente general don Sebastián de Eslava, curtido y glorioso militar al que esperaban coronas de glorias y laureles, en la heroica defensa del año 1741.

(14) FERNÁNDEZ DURO, CESÁREO: *Armada Española*, Madrid, 1900; cit. tomo VI, págs. 47 y siguientes.

(15) De la declaración del espía de Jamaica al gobernador de Cuba, docum. ya cit., v. ref. (1), pág. 29.

(16) BERMÚDEZ PLATA: Ob. cit., v. ref. (13); cit. pág. 7 y docum. 1.

Mientras tanto, la escuadra de Vernon había cruzado el proceloso Atlántico y se encontraba ante su primer objetivo: la Guaira. Intentó apoderarse en este puerto de los navíos cargados de azogue para la metrópoli, pero a pesar de su superioridad, fué rechazada. Se dirigió entonces a Panamá para arremeter contra Portobelo, plaza, que, por debilidad y negligencia de su gobernador, el coronel don Bernardo Gutiérrez Bocanegra, fué tomada por los ingleses tras la entrega de los castillos: «Todofierro», «San Jerónimo» y «Gloria». La victoria británica sobre Portobelo la cantaron y propalaron sin medida de recato unas medallas conmemorativas del triunfo, acuñadas en Inglaterra: «VERNON SEMPER VIRET», reza el anverso con la efigie del Almirante; y esta otra leyenda en el reverso, con una vista de Portobelo y los navíos de la conquista: «PORTO BELO SEX. SOLUM NAVIBUS ESPUGNATE. NOV. 22-1739».

Es notorio, que Vernon no halló satisfacción plena a sus ambiciones (17), arrasado Portobelo, consideró que su objetivo principal de la destrucción de las fortalezas se había consumado y decidió encaminarse a Jamaica, a donde pronto llegarían los refuerzos para poner en ejecución el vasto proyecto.

Partiendo de Jamaica, Vernon atacó a Cartagena de Indias en dos ocasiones —antes del intento definitivo de 1741—. La primera, el 13 de marzo 1740, en que se presentó con una escuadra formada por ocho buques mayores, dos brulotes y un paquebot, fondeando a unas dos leguas y disponiendo un bombardeo en toda regla, acercan-

(17) Cita BERMÚDEZ PLATA —ob. cit., ref. (13), pág. 9— el cambio de escritos entre Vernon y Lezo, a propósito de la petición de entrega que desde Portobelo pretendía el almirante inglés. La contestación del eximio marino español responde a las ínclitas virtudes hispanas: «Muy Sr. Mio: He recibido la de V. S. de 27 de Noviembre, que me entregó D.^o Francisco de Abarroa. Y en inteligencia del contenido dire, que bien introducido V. E. por los factores de Portobelo (como no lo ignoro) del estado en que se hallaba aquella plaza, tomó la resolución de ir a atacar con sus escuadras aprovechandose de la oportuna ocasion de su imposibilidad para conseguir sus fines, los que si obiera podido penetrar, y creer que las represalias y hostilidades que V. E. intentava practicar en estos mares en satisfacion de las que dicen habian egecutado los españoles, ubieran llegado hasta insultar las plazas del Rey mi amo, puedo asegurar a V. E. me ubiera hallado en Portobelo para impedirselo, y si las cosas ubieran ido a mi satisfacion, aun para buscarle en otra cualquier parte; persuadiendome que el animo que faltó a los de Portobelo, me ubiera sobrado para contener su cobardia.» (Arch. de Indias, Sevilla, exp. sobre la rendición de Portobelo, 1739-1743; est. 69, cajón 6, legajo 48.)

do y alejando sus navíos a la plaza, cuidando de no penetrar en el campo del alcance de las baterías defensoras. Pero el gran marino Lezo desmontó de su nave capitana un cañón de a 18 libras, y, transportándolo a tierra, sorprendió con sus fuegos a los ingleses, que hubieron de retirarse, después de una semana de inútiles castigos.

Dos meses más tarde, el día 3 de mayo, volvía Vernon sobre Cartagena, esta vez con efectivos más considerables —trece navíos y una bombardarda—, pero los británicos sufrieron otro nuevo revés, el propio Lezo, con la maestría de consumado marino de guerra, había dispuesto a sus navíos de manera, que, con sus fuegos, cogieran a los ingleses dentro de un campo de tiros largos y cortos, en cuyas paralelas de fuego, los navíos de Vernon quedaban cerrados y sorprendidos, obligándole al abandono de sus propósitos.

Estas noticias, conocidas merced a los trabajos de Bermúdez Plata (18), han sido seguidas por Marco Dorta (19), y ahora perceptiblemente precisadas con el número y clase de los navíos enemigos e incluso con el dato de las bombas que sobre la plaza arrojaron los ingleses:

«En el Año de 1740. Reynando en Castilla el S.^{or} D.ⁿ Felipe quinto y la S.^{ra} D.^a Ysabel Farnesio, la Bombearon los yngles.^a desde el Mar con una Esquadra de 7 Nabios de Grra. Dos Galeotes y Tres Bombardas q.^o Arrojaron mas de 300 Bombas, y contentos con haver causado algun daño en sus Edificios se retiraron pasando con este armamento a Portobello...» (20).

Relatados en forma breve los acontecimientos provocados por los intentos de Vernon en aquel año de 1740, veamos ahora cómo se ponía en ejecución la gigantesca tenaza políticomilitar de Inglaterra, para asestar el golpe decisivo al armazón del imperio español en sus Indias Occidentales.

En el mes de julio 1740, salía de Inglaterra, con dirección a Jamaica, una poderosa escuadra, bajo el mando del almirante Chaloner-Ogle, compuesta de veintiún navíos de línea y ciento setenta embarcaciones menores y de transporte, que conducían a un elegido cuerpo de desembarco —nueve mil hombres, a los órdenes del general

(18) BERMÚDEZ PLATA: Ob. cit., ref. (13).

(19) MARCO DORTA: Ob. cit., ref. (3).

(20) «Memorias q.^o Podran Serbir...», v. ref. (1); cit. pág. 5.

Cathcart—. Con tan fuertes efectivos, los ingleses pensaban asestar el tremendo golpe a los dominios centro-americanos. De su salida, la corte fué secretamente informada, y Quintana lo trasmitió rápido al gobernador de Cartagena. En Jamaica, la escuadra de Chaloner-Ogle se uniría a la del almirante Vernon, a quien pasaría, además, el mando en jefe de toda la flota y expedición. Es entonces, cuando tiene lugar la imponente empresa de tenaza, que abarcaría toda la América meridional y sería cerrada en el estrecho istmo de Panamá (croquis núm. 2). El grueso de ciento ochenta naves de guerra y transporte, se dirigiría a Cartagena, con el fin de conquistar la plaza, y abrir el camino hacia el Perú; en tanto, la escuadra ligera, a las órdenes del comodoro Anson, bordearía el dilatado litoral sudamericano, doblaría el cabo de Hornos e islas de Juan Fernández y remontaría el de Chile, saqueando la ciudad de Payta, para entrar en el golfo de Panamá, en donde la suerte puso al alcance de Anson el galeón español «Nuestra Señora de Covadonga», que hacía la «Carrera del Sur», y que fué apresado con toda su preciada y valiosa carga.

La parte de la formidable empresa que afecta concretamente a este trabajo, la de Cartagena, que hoy vemos a la luz de una nueva documentación: el «Diario Puntual de lo acaecido en la defensa q.^o hizo la Plaza de Cartag.^a de Yndias, sitiada y atacada por la nunca vista y formidable Esquadra Ynglesa, mandada por los Almirantes Wernon y Chaloner Ogle y el Vice-Almirante Lestock.» (21).

EL ATAQUE DE VERNON Y LA BATALLA POR CARTAGENA DE INDIAS (13 DE MARZO A 20 DE MAYO 1741)

Encabeza el «Diario Puntual» su detenido y valiosísimo relato de lo que aconteciera en Cartagena, con la presentación del estado de las fuerzas que iban a contender en tan extraordinario suceso. Da prioridad a los invasores, porque éstos son los que promoverán los conflictos; seguidamente, detalla los efectivos españoles que guarnecían la más bella «flor del Caribe», es decir, la «Llave de los Dominios de la América meridional española», si es que, con esta simbólica alusión tradicional, revelamos el utilitario y práctico sentido o

(21) Docum. que se conserva en el Serv. Hist. Mil., signatura: 5-2-11-6, unido a las «Memorias».

deseo que caracterizó resueltamente la vana pretensión inglesa de arrebatarnos la plaza, mediado el siglo XVIII.

La escuadra británica estaba compuesta de las siguientes unidades:

- «8 Nabios de tres puentes.
- 28 Nabios de 50 a 60 Cañones.
- 12 Fragatas de 20 a 40 Cañones.
- 2 Bombardas.
- 130 Embarcaciones Menores y de Transporte.»

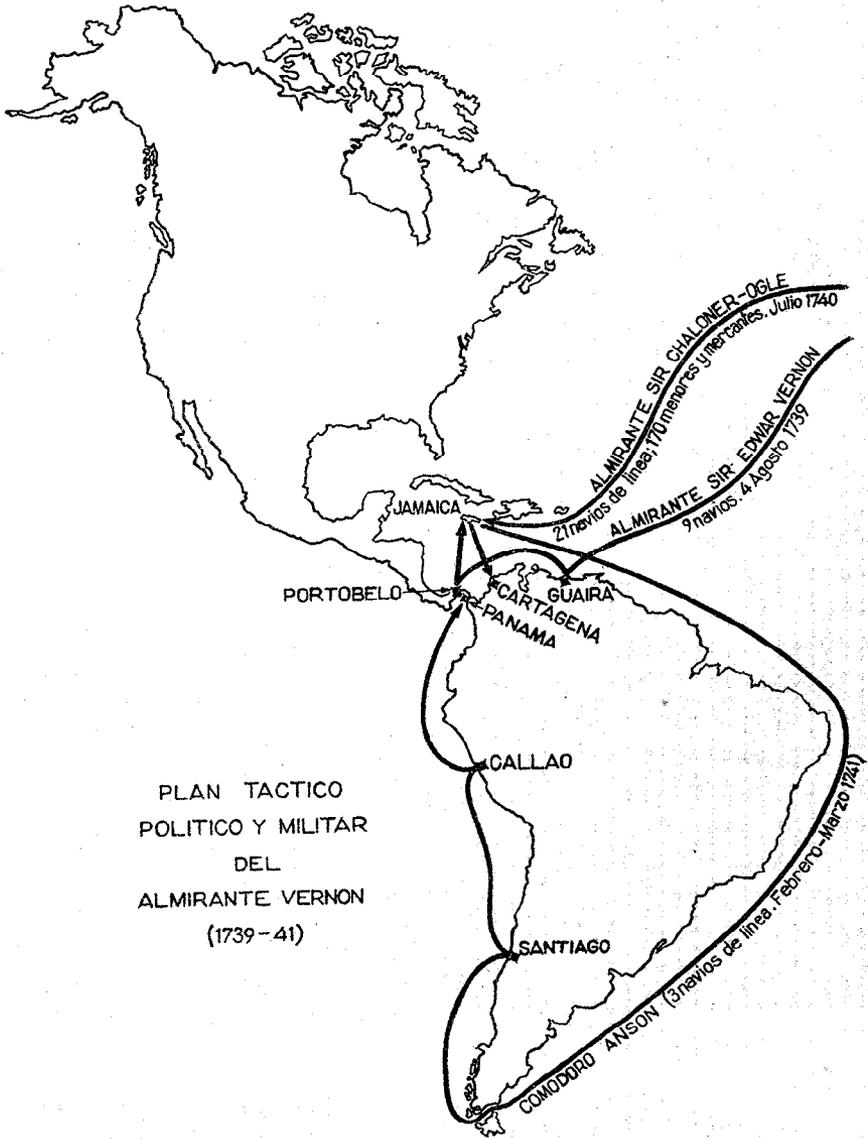
Lo que hacía un total de ciento ochenta naves «q.º. Conducían bajo la Conducta del General Went Woorck un Cuerpo de Exercito, compuesto de ocho mil Soldados de Tropa Escojidas, dos mil Trabajadores y mil Negros q.º, con doce mil seicientos Marineros q.º, tenían las Embarcaciones, juntaban el Num.º de veintitrés mil seiscientos Combatiendes.»

Les esperaban en Cartagena una corta guarnición formada por:

- «12, Comp.ª del Rexim.º de Ynfanteria de Aragon.
- 12, Yd. del de España.
- 12, formadas de Barrios Piquetes de los Rexim.ºs de Toledo, Lisboa y Navarra.
- 9, del q.º se comp.ª el Fijo Batallon de la Plaza.
- 5, del de Milicias formadas de los Becinos, las tres de blancos y las dos de Pardos.
- 80, Artilleros.
- 6, Comp.ªs de las Tropas de Marina.»

Iban a dirigir la defensa: el teniente general de los reales ejércitos don Sebastián de Eslava —recién nombrado virrey y capitán general de Santa Fe, 20 de agosto 1739 (Nueva Granada)— (22); el también recién nombrado gobernador interino de la plaza, coronel don Melchor de Navarrete —por fallecimiento del propietario don Pedro Hidalgo, el 23 de febrero 1740—; y el teniente general de la real

(22) En el mes de mayo de 1717, Felipe V había ordenado por real cédula la creación del virreinato de Santa Fe, para el fomento y defensa de las costas meridionales del Caribe. Extinguido en 1723 a instancia de su propio virrey D. Jorge Villalonga, volvió a ser erigido en agosto de 1739, ante la hostilidad de Inglaterra; los hechos demostraron el acierto previsor que impediría la infiltración inglesa en estos litorales.



PLAN TACTICO
POLITICO Y MILITAR
DEL
ALMIRANTE VERNON
(1739-41)

CROQUIS NÚM. 2.

armada, don Blas de Lezo, a cuyo mando estaba confiada una reducida escuadra compuesta de las siguientes unidades:

«El Galicia —navío capitana—.
 El San Felipe el Real.
 El San Carlos.
 El Africa.
 El Dragón.
 El Conquistador.»

Artillados, con un porte de 60 a 70 cañones, sus dotaciones —cuando fueron echados a pique o como el Galicia, que cayó prisionero de los ingleses y parte de la suya, pudo alcanzar a nado la ciudad o islas de Manzanillo y Manga— se organizaron en compañías de tierra, agrupando a los «600 Yndios q.º se habían traydo de los Pueblos de la Prov.º y se habían empleado en los trabajos de las obras de Defensa q.º, se contribuían y en el Serv.º de la Artillería».

El total de hombres ascendía a 2.230, de fuerza veterana, incluidos los de Marina, batallón Fijo y las milicias de blancos y pardos, con los que agregando los 600 indios traídos del interior de la provincia, se alcanzaban los «dos mil setecientos hombres», que con justa equidad señalaba Bermúdez Plata (23). Conviene insistir en el número de combatientes con los que contaba Cartagena, porque esta nueva aportación documental ratifica la certera opinión del ilustre historiador, al desautorizar la versión inglesa de Guillermo Coxe (24), que aseguraba cómo la plaza de Cartagena se hallaba en tan buen estado de defensa, que hubiera podido resistir a un ejército de 40.000 hombres, y que los ingleses se arrojaron al combate sin tener en cuenta su propia inferioridad. Además, esta guarnición, como todos los habitantes de Cartagena, padeció antes del sitio, en él, y después —a causa de la pestilencia de los cientos de cadáveres arrojados a las aguas de la bahía por los ingleses— las terribles fiebres tropicales declaradas en epidemia, que habían diezclado y reducido en gran parte a los traídos de España.

«q.º todos los Cuerpos de tropas Beteranas q.º se han relacionado Sirbieron de Guarnicion en el tiempo del sitio se ha-

(23) Ob. cit., ref. (13); cit. pág. 15.

(24) COXE, GUILLERMO: *España bajo el reinado de la Casa de Borbón*, cit. tomo 3.º, pág. 153.



EL TENIENTE GENERAL DE LA ARMADA D. BLAS DE LEZO (1687-1741).

«Com.te Grál. de Nabios, Castillos y demas fortificaciones» de Cartagena de Indias, muerto con toda gloria y laureles a consecuencia de las heridas recibidas en el tercer sitio impuesto por el Almirante inglés Vernon.

(Retrato existente en el Museo Naval. Madrid. Sala IV, A. 43.)

llaban conciderablemente minoradas en la fuerza efectiva q.º debia de componer el num.º de su total de Plazas porq.º en la peste q.º habian padecido de bomito Negro antes del Arribo de la Esquadra Enemiga habian Muerto mas de la tercera parte de los q.º binieron de Europa y se contaban existentes al tiempo de la Ymbacion Solamente 1100 Soldados q.º con los de Marina, Bat.ºn fixo, Milicias de Blancos, y Pardos componian el de 2230 defensores q.º a la berdad era corto num.º p.ª contrarrestar la fuerzas y Armam.º con q.º se Atacaba la Plaza pero la Acertada conducta esfuerzo y pericia Militar del Sr.º Virrey, Eslaba, q.º concurría uniformemente, con el balor é yntrepidez de sus oficiales Subalternos y Soldados Suplieron el num.º y con desayre de la fortuna de los Sitiadores conciguieron q.º despues de mas de dos meses de citios y Ataques contra Superiores fuerzas se bieran obligados los enemigos a lebantar el Sitio con perdida de m.º de 9000 hombres muertos en las accion.º y Ataq.º y en el Campo de Yntemperie, y epidemias,...» (25).

La cifra de los 9.000 hombres muertos en los ataques y acciones, y a causa de la epidemia resulta excesiva, el cronista hubo de querer reflejar el gran número de bajas que indudablemente padecieron los ingleses por una y otra causa. El Dr. Lind, médico coetáneo de los famosos acontecimientos, eleva el número a 11.000 de los que murieron uno de cada siete (26). En la «Relación», que dió el virrey Eslava a Quintana sobre lo ocurrido en Cartagena, precisa las bajas británicas «en más de 4.000 hombres de resulta de las enfermedades y de los combates de mar y tierra» (27). Marco Dorta las estima en 9.000 (28), e igualmente Bermúdez Plata, según las declaraciones de prisioneros o desertores. Todos, sin embargo, coinciden en señalar las exiguas sufridas por los españoles; Marco Dorta da el mayor número: 600 muertos; el «Diario Puntual» reduce esta cifra «siendo tan Corta la Perdida de los defens.º q.º apenas llegaron a doscientos entre todos». Tal vez exageradas ambas cifras; lo cierto, evidentemente, fué la enorme desproporción de bajas entre atacantes y defenso-

(25) Docum. «Diario Puntual», ref. (20); v. facsímil, lámina 4.

(26) «Informe del Dr. Lind, medico del R.º Hospital de Harlar». (Arch. docum. S. H. M.; signatura: 5-2-11-6.)

(27) «Relacion del Virrey Eslava a Quintana...» int. en apéndice núm. 18, páginas 38-42, de B. Plata, ref. (13).

(28) MARCO DORTA: Ob. cit., ref. (3); cit. pág. 136.

res. Inglaterra sufrió allí un duro y penoso escarmiento, que tuvo en cuenta durante el resto del siglo.

* * *

El almirante Vernon se acercó con sus gigantescas fuerzas a Cartagena y se situó a su vista, siguiendo los planes estudiados en Jamaica, que, resultaron, en principio, perfectamente ajustados a las informaciones del «paisano» (croquis núm. 3).

Comenzó sus preparativos de ataque con tres navíos que, a las nueve de la mañana del día 13 de marzo, reconocieron Punta Canoa, y, después de probar el fuego de algunos cañones para localizar los emplazamiento del noreste de la plaza, dieron fondo a las doce del medio día, «en el comedio de la Distancia q.^o hay de la dha. punta para la ciudad». Eran estos: «un Nabío de 70 Cañones, otro de 50 y Un Paquebot». Tanto Bermúdez Plata como Marco Dorta y, en general, por cuantos han historiado el famoso sitio, señalan el principio de la actividad inglesa el día 15 (29), pero el «Diario Puntual» registra con admirable detalle los acontecimientos que habrá que aceptar para la historia de Cartagena, es decir, el adelantamiento de la fecha del sitio y la suma de dos días más a la cuenta del penoso ataque.

El día 14, a las nueve horas, el paquebot se hizo a la vela con el intento de dar caza a una ligera balandra que enderezaba la canal de Bocachica, y que al fin conseguiría entrar en el puerto, «con pliegos despachados por el Gral. Francés q.^o estaba de Gov.^{or} en Leozan p.^a el S.^{or} Virrey, noticiéndola como una fuerte Esquadra Ynglesa q.^o estaba en estos Mares Benia a Sitar esta plaza...». Pero el virrey no había descuidado la defensa; la presencia de los ingleses aceleraron los refuerzos en las obras de los baluartes San Ignacio y San Francisco Javier, y se mandó traer a los Reales Almacenes, los víveres que se habían procurado en el interior de la provincia. A las tres de la tarde pudo seguirse desde la vigía de Chamba la ruta del «Nabío de 50 Cañones q.^o se puso en derrota p.^a ganar todo el Barlobento de

(29) Al seguir el informe de Eslava a D. Julián de la Cuadra, marqués de Villarias (docum. núm. 16, BERMÚDEZ PLATA: ob. cit., ref (13) cit págs. 31-33). pero la fecha «15 de marzo» es de relativa precisión: «pongo como el día 15 de este mes...». ULLOA, LUIS: *América*, Inst. Gallach, 1932, pág. 446, dice comenzar el día 4 de marzo, pero su imprecisión es absoluta.

Punta de Canoa». Era el navío de aviso, que se hizo a la vela para dar cuenta a Vernon, de que las operaciones de invasión podían dar comienzo.

El 15, a las tres de la tarde, el navío de 70 cañones, que permanecía fondeado entre Punta Canoa y la ciudad, disparó cinco cañonazos y desplegó bandera blanca; poco después apareció toda la escuadra enemiga, «y luego bimos toda la Esquadra q.º benia nabegando conbiento favorable e inmediatamente q.º doblaron punta de Canoa dio fondo dha. armada enemiga mas cerca de la boquilla q. de punta de Canoa».

Al día siguiente, 16, el propio virrey desde las cortinas del baluarte urbano de la Merced, pudo observar peligrosos movimientos de «acortamiento» de los navíos, señal evidente de formar un desembarco. Con urgencia mandó a la Boquilla —a dos leguas y media de la plaza— al capitán de infantería don Pedro Casellas con tres compañías de granaderos, a reforzar el destacamento de un piquete de infantes y 40 de a caballo. Casellas, después de observar a los enemigos, dió parte al virrey sobre «lo mucho q.º trabajaban ejecutando barios mobim.^{tos} con lanchas y botes en ademan de desembarco, todo fue amago y apariencia, o bien por dibertir alli siendo sus intentos atacar por otra parte ó porq.º en la realidad experimentaron lo difícil de practicarlo».

El señalamiento fijado en Jamaica para el desembarco, fracasaba por desconocimiento de las condiciones del terreno:

«... lo haran en un Parage que llaman la Boquilla, q.º esta a Sotavento de Punta Canoa, y a dos leguas distante de esta Plaza...» (30).

Este aspecto inédito, tiene una importancia decisiva, porque obligó a Vernon a modificar por completo su proyecto del ataque a Cartagena, marchando sobre ella, «... por detrás del Cerro de la Popa», alcanzando por el norte los parajes de la Terrera y la Quinta, eludiendo todo encuentro o entretenimiento con los fuertes y castillos de las bocas. Pero el terreno obliga, y los generales ingleses hubieron de estudiar ante el propio escenario de las operaciones, acuciados por el tiempo inflexible, un nuevo plan de desembarco. Fataímente

(30) Declaración del espía de Jamaica, ref. (1), pág. 29.

tendrían que forzar los canales fortificados, sometiéndose al imperativo de las condiciones naturales de defensa que ofrecía en su favor Cartagena. ¡La suerte para Vernon estaba echada!

Al amanecer del 17, los vigías de Tierra Bomba comunicaban que, algunas unidades se despegaban del grueso de la escuadra y se dirigían peligrosamente hacia las bocas, «Se Destacaron de la Esquadra Enemiga quatro Nabios de grr. y dos Paquebotes, los q.^o dieron fondo entre boca-grande y boca-chica, y habiendose acercado algunos de los Nabios a reconocer con mas inmediacion las fortificacion..^s de bocachica, se le dispararon de estas 4 Cañonazos q.^o los obligaron a retirarse y ponerse fuera de tiro». Eslava mandó 200 hombres al castillo de San Luis, y al atardecer otros 150, para que reforzaran el destacamento del capitán Casellas, fijo en la Boquilla. Los 200 hombres que pasaron al San Luis de Bocachica, pertenecían a las compañías de marina, con ellos y con otros 200, que componían la guarnición del castillo, su comandante, el heroico coronel de ingenieros, don Carlos Desnaux, salió al siguiente día 18, hacia la batería de Chamba, ante la inminencia de un desembarco, dada la proximidad de los navíos a la costa, pero éste no se realizó en esa fecha «Tome la marcha secretamente por medio de las arboledas hasta la dha. Batería, sin encontrar persona alguna, me mantuve la noche, esperando los enemigos, que ni al día siguiente comparecieron...» (31).

En las primeras horas del día 19, el Virrey, a caballo, reconocía los destacamentos de la playa de la Cruz Grande y llegó hasta la Boquilla, reforzando sus puestos con 150 negros armados; al regresar a la ciudad, supo que otros cuatro navíos se destacaban y se unían a los que, desde el día 17, se hallaban frente a las baterías de Chamba (Tierra Bomba).

(31) «Relacion de la Defenza del Fuerte de S.^o Luiz de Boca-Chica en Cartagena de Yndias, imbatida por los Yngleses en 1741, la cual executo el Yng.^o en gefe D.^o Carlos Desnaux, premiandoles despues S. M. con el empleo de Yng.^o Director y Brigadier de S. Ex.^o. Copiada por el Yng.^o Donoso del original que escribió Desnaux, y oy pasa en su hijo D.^o Simon Desnaux Capitan de Yng.^o.» (Arch. docum. S. H. M., signatura: 5-2-5-1.)

Es interesante seguir la suerte que depararía años más tarde a Simón Desnaux en el ataque que los ingleses practicaron sobre el castillo de San Fernando de Omoa (hoy Honduras) en 1779; véanse los trabajos de Calderón Quijano y de Zapatero J. M., publicados en la «Revista de Indias», números 9 y 11 y 52-53, respectivamente.

El 20, se pone de manifiesto que, Vernon relegaba a segundo término, el proyecto de Jamaica y alteraba el orden de los objetivos a cumplir. Así, el ataque por la Bocachica, desechado en todo momento por los riesgos que suponía, iba, sin embargo, a ser llevado a la práctica.

«... el animo de los Yngleses no es el de rendir las fortalezas de Boca-Chica sino q.º ellas se hayan de entregar p.º ambre y sin gasta un grano de Polvora...» (32).

Toda la escuadra enemiga, «a reserba de Tres Nabios q.º se consideraron hospitales», se dirigió para forzar Bocachica. Por seguir al documento, volveremos a disentir de la opinión de Bermúdez Plata, que invierte los términos, pues no fueron tres navíos los que se aproximaron por Tierra Bomba a la Bocachica, sino el grueso y la reserva de los que en Cartagena se creía fuesen hospitales. Efectivamente, lo confirma el «Diario Puntual»: todos los navíos de guerra se pusieron en movimiento; de ellos, cinco se situaron frente a la «Batería de Chambacú, padeciendo el engaño de q.º existiera esta»; pero el virrey la había levantado dos días antes, retirando sus cañones y demoliendo su fábrica al reconocer los inútiles riesgos. El enemigo se entretuvo castigando con abundantes fuegos el lugar, y después inició los bombardeos de los fuertes San Felipe (luego, San Fernando) y de Santiago, artillados con 15 cañones y guarnecidos por 80 hombres, bajo el mando del capitán don Lorenzo Alderete, ambos dependientes del castillo de San Luis y de la competencia del coronel Desnaux. Alderete resistió «quatro horas q.º tubo de combate, y no habiendole quedado Trinchera ni cañon Montado, clabo la Artilleria y se retiro al Castillo», había cumplido las órdenes de su comandante: «y ordenó al Comandante de defenderse hasta que sus fuerzas lo permitieran, y llegado el caso de no poder resistir la fuerza enemiga, se retirase con la Tropa al Fuerte de S.º Luiz» (33).

Conocida por los enemigos la destrucción de los fuertes Santiago y San Felipe, destacaron varios navíos de la «Dibision de bandera Azul y Roja q.º entrando y Saliendo dieron fuertes descargas con mui Vibo fuego al Castillo de San Luiz», y lograron desmontarle dos cañones.

(32) Ref. (1), cit. págs. 27 a 29.

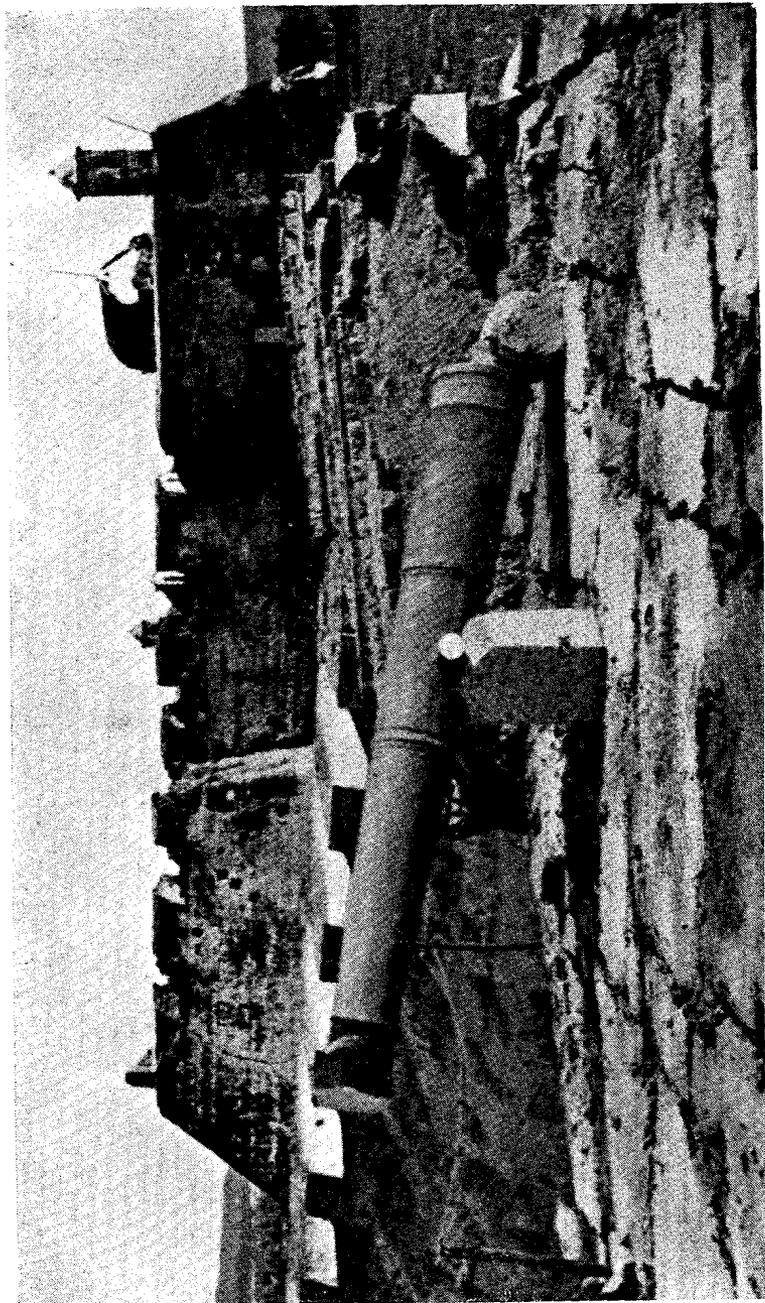
(33) Ref. (30).

ATAQUE, DEFENSA Y PÉRDIDA DEL CASTILLO DE SAN LUIS DE BOCACHICA
(20 DE MARZO A 5 DE ABRIL)

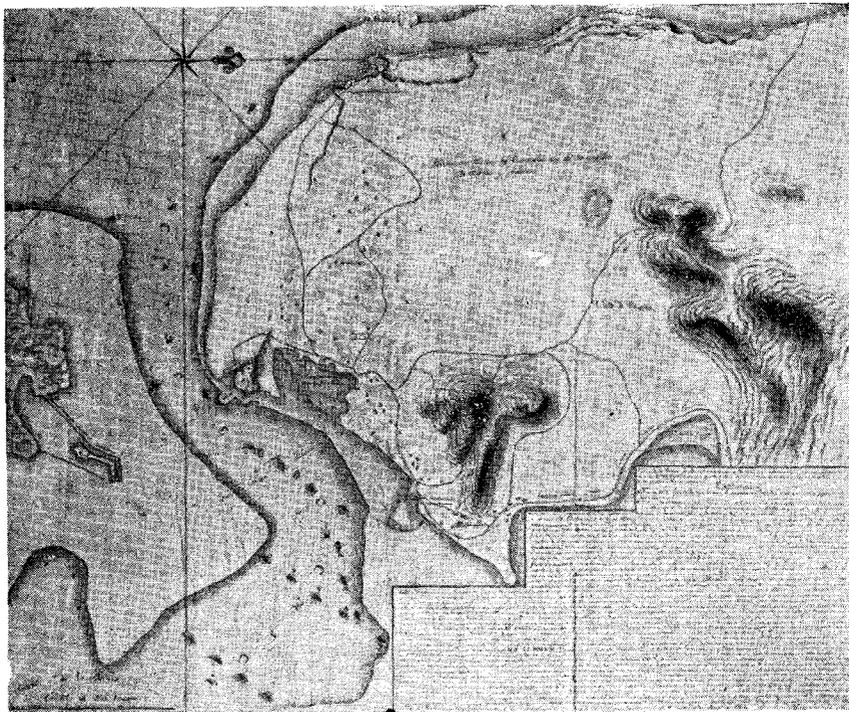
Dieciséis días de intensos cañoneos y amagos de asalto hubo de sostener el coronel Desnaux y sus hombres. La defensa del San Luis retrasó la entrada de los ingleses en la bahía, y hasta tal punto fué importante esta resistencia en los planes del enemigo, que, según declaraciones dadas poco después por algunos prisioneros, el almirante Vernon estaba decidido a retirarse e intentar el ataque por otra parte. El propio Desnaux lo confirma en su «Relación de Defensa»: «tuve la desgracia de no tener medio q.º el sitio se Ubiere retardado 8 d.º mas, y tenía la ventaja q.º el enemigo ya fatigado se hallava en visperas de retirarse». Es innegable que la resistencia del San Luis debilitó material y moralmente a los ingleses; lo que, unido al «vómito negro», ocasionaba una grave escisión, que estuvo a punto de modificar de nuevo los planes de ataque.

Bermúdez Plata, al narrar el episodio, le dedica sentidas y patrióticas frases, en un gozoso canto ante las bellas páginas que Desnaux y sus 400 hombres escribieron para la historia virreinal. Pero, tal vez, por su delicado sentido narrativo, no relata una serie de profundas divergencias de carácter personal que se dieron entre Desnaux y el teniente general de la armada y «Com.º Grál. de Nabios, Castillos y demas fortificaciones», don Blas de Lezo. Ambos grandes héroes discutieron con energía sus respectivos criterios, Desnaux se aferraba a la idea de una defensa a toda costa de la Bocachica, en la que radicaba, con su honor y el de la monarquía que defendía, la suerte de Cartagena. Para Lezo, la suerte de Bocachica estaba decidida ante la brutal presencia de 180 naves, a la que sólo podía oponer seis navíos cerrados en una bahía de limitado campo de acción; consideraba, pues, el glorioso marino, que, a Cartagena, había que defenderla en sus propios baluartes, cerrando con la obstrucción de los barcos hundidos en la abertura entre las islas de Manga (fuerte del Pastelillo) y Manzanillo con su fuerte, y el castillo Grande o Santa Cruz, para obligar a presentar batalla en el Cerro de la Popa, donde el mejor castillo de todo el sistema defensivo, el de San Felipe de Barajas o de San Lázaro, resolvería la suerte de la ciudad.

Pero ni Bermúdez Plata —que tuvo a su alcance al redactar su meritísimo trabajo, la relación firmada por el coronel Desnaux en



Baharte norte, sector del Caño de Juan de Angola, del castillo de San Felipe de Barajas o de San Lázaro. La heroica resistencia de sus defensores—500 hombres de los regimientos de Aragón y de España, y algunos artilleros, mandados por el Coronel Desnaux, reforzados por una compañía de Infantería y milicias del Coronel Navarrete, vencieron rotundamente a los 8,500 soldados elegidos del General Woorck—sirvió para que el Almirante inglés Vernon considerara fracasada su expedición contra Cartagena de Indias en 1741.



«Plano de la Canal de Bocachica, y terreno de sus inmediaciones, que manifiesta su situación, ia de las fortificaciones que defienden su entrada y el estado ventajoso de defensa en que se ha puesto últimamente. Cartag.^a de Ynd.^s Mayo 15, de 1763. Antonio de Arebalo.»

Corresponde al plan de defensa de Bocachica, organizado por el gran ingeniero militar Arévalo, ante nuevos conflictos con Inglaterra a consecuencia del III Pacto de Familia—15 de agosto de 1761—. En el largo texto explicativo, Arévalo vierte, como fruto de las experiencias del ataque de Vernon en 1741, una serie de razonamientos estratégicos a seguir. Apréciase en el plano la nueva fábrica del castillo de San Fernando, sus sistema de fuegos, etc., fortificación que todavía se conserva en perfecto estado.

(Arch. de planos Ser. Hist. Mil. Signatura: k-b-1-47.)

Cartagena, 3 de mayo 1741— (34), ni aquéllos que siguieron posteriormente los trabajos históricos de este memorable capítulo de Ultramar, se detienen a considerar la escisión táctica y moral que tanto hubo de influir en la defensa de Cartagena. La «Relación de Defensa» de Desnaux, y el «Diario Puntual —documentos ambos de nueva aportación— lo registran, ello obliga a relatarlo en cumplimiento riguroso de la verdad histórica.

El castillo de San Luis y su estado, los describe su propio comandante defensor:

«El Virrey aviendome imbiado de Comandante del Fuerte de S.^a Luis de Boca-Chica, como tambien de los Fuertes anexas á este mando, un mes y medio antes de el ataque, le hize presente el mal estado en que se hallaba el fuerte (Principal objeto para la conservacion de la Plaza) siendo su figura un pequeño quadrado, que tiene de lado 60 t.^a muy mal construido; se habia empezado un camino cuvierto, pero no habiendo continuado sus fundamentos poco elevados servian de trincheras al enemigo en vista de esto puse Gente para asegurar el estado de su defenza, providenciando cortar los arboles que llegaban hasta el pie de el Fuerte.»

Era el castillo de San Luis el primer objetivo de Vernon, y su toma, imprescindible para penetrar en la bahía. Veamos ahora el desarrollo de este importante suceso.

Dejamos a toda la escuadra inglesa, aproximándose al litoral de Tierra Bomba, hacia Bocachica, donde una vez reducidos a silencio los fuertes San Felipe y Santiago, buscaron los hombres de Vernon el mejor sitio para efectuar el desembarco a gran escala en la gran isla citada, cuya orilla derecha daba toda al interior de la bahía. Los bombardeos sobre el castillo arreciaron en gran escala; un oficial que llegó a Cartagena el día 21 con unos informes de Desnaux, aseguraba «q.^o los Yngles.^a habían toda la noche Bonbeando al Castillo de San Luiz sin yntermicion». Por la tarde de este mismo día, se conducían a la ciudad los primeros heridos. Eran dieciséis valientes, mordidos por las balas. Un marinero de la escuadra de Galeones, caído prisionero cuando traía por el Estero una canoa cargada de víveres desde la villa de Tolú, consiguió evadirse arrojándose al agua, y a

(34) Ref. (13); cit. documento apéndice núm. 17, págs. 33 a 38.

nado alcanzó la ciudad. Sus informaciones apesadumbran, porque significaba que los británicos habían conseguido meter por el río Sinú sus embarcaciones menores, y, remontándolo, alcanzar Pasacaballos, dentro de la bahía por el sur.

Ello confirma el primer paso del proyecto de ataque de Jamaica: «Que dos meses antes de salir á la empresa la expedición embiarían dos fragatas y quatro embarc.^s menores de Guerr.^a p.^a cruzar desde el Río del Sinú asta esta Plaza». Estas embarcaciones, independientes de la gran escuadra, conseguían su objetivo, en espera de enlazar con los movimientos generales.

El día 22 es importantísimo, ya que en esta fecha se tiene conocimiento exacto de haber desembarcado los ingleses. La sensacional noticia la registra el «Diario Puntual» de esta manera:

«... haber salido D. Juan de Agresot Cap.ⁿ de una de las Com.^s de esta plaza con 20 hombres a correr los terminos de Tierra bonba y encontrando con una part.^{da} de Yngleses apostados los ataco con esfuerzo y preciso a bolber la Espalda dejando a un oficial y dos granaderos muertos y de los 20 de su Com.^{do} solo un herido en un muslo y queriendo la jente se guir los enemigos los contubo este Cap.ⁿ recelandose de alg.^a embocada o retirada falsa, bolbiendo al Castillo dando cuenta de haber jente en tierra lo q.^o h.^{ta} entonces se ygnoraba...»

Ante noticia de tal gravedad, el virrey Eslava pasó a Bocachica para organizar una conjunta defensa. Durmió la noche del 23 al 24 en el castillo de San Luis, con grave riesgo de su vida. El relato que contiene el importante documento sobre esta jornada, es elocuente ejemplo de una legendaria figura:

«Este dia se restituo el S.^{or} Virrey a esta Plaza dejando reconocido el Castillo y sus fortificacion.^s y al salir de el le caieron tres bonbas tan ymmediat.^o q.^o la una distaria 4 ó 6 v.^s de su Ex.^a la q.^o rebento quatro dedos sobre el suelo sin hacer aprecio de este riesgo con animo apacible siguiu su Combersacion aunq.^o los q.^o le acompañaban algo asustados del caso por hallarse precisados a mantenerse en pie sin poder usar del recurso de tirarse a tierra como unico refujio contra bonbas, pero Dios q.^o mira por este grande Heroe p.^a la defensa de su S.^{ta} fee le libro de este y otros riesgos a q.^o espuso por muchas becas su pers.^a pasando de alli a embarcarse a su Falua p.^a restituirse a la plaza...»

El día 24, a las cinco de la tarde, mandó el virrey a un destacamento de infantería, con la finalidad de molestar a los efectivos desembarcados en Tierra Bomba; componían estas fuerzas 60 soldados del regimiento de Aragón, mandados por el capitán don Miguel Pedrol, y los tenientes don Carlos Gil, don José de Mola, y el teniente del España don José de Marne, que pidió acompañarles.

El 25 es un día crítico, de profundas divergencias entre Desnaux y Lezo. La «Relación» del coronel Desnaux facilita interesantísimos aspectos del consejo de guerra celebrado a bordo del navío «Galicia». Eran de opinión los de Marina que, puesto que las bombas estaban arruinando el San Luis, y su defensa era inútil, se procediese a retirar los 400 hombres de su guarnición y llevados a Cartagena, donde iban a ser tan necesarios, y antes de que cayesen prisioneros de los ingleses; y «hechar a fondo cuatro nabios que se hallaban en la bahía del puerto». Eran estos: el San Carlos, San Felipe, Africa, y la propia nave capitana Galicia; con ello se conseguiría dificultar en mayor grado el paso de la escuadra y prepararse para dar la batalla a los efectivos que desembarcaran. La enérgica resolución, de gran sacrificio para la marina, no fué aceptada en ningún momento por Desnaux:

«Dicto D.ⁿ Blas de Lezo un papel que escrivia el Ayud.^{to} General, se leyo enpresencia de todos y me lo entregaron para q.^o lo firmara, lo q.^o reuse diciendo, ni firmaré, ni abandonaré el fuerte sin expresa orden del Virrey. Me hablo el Comandante lleno de colera, preguntando, y q.^o pretende V. M. hazer?. Yo le respondi era mi animo el de defenderme hasta la ultima ora ó extremidad, y hasta q.^o huviera formado brecha, bolvió arrecombenir mi dictamen diciendo; y V. M. defenderá la brecha?...» (35).

El «Diario Puntual» no consigna este importante consejo de guerra, pero sí detalla el que volvió a celebrarse a bordo del «Galicia», la mañana del 27, al que asistió el virrey para solventar con su autoridad las diferencias de criterio existentes; la conferencia fué larga y de duras controversias. La decisión que se tomó estaba de acuerdo con la opinión del coronel Desnaux: resistir en el castillo de San Luis de Bocachica «hasta la ultima ora o extremidad». Y los hombres de

(35) «Relacion de la Defenza...», ref. (30); cit. folio 3.

(36) Toesa, antigua medida francesa, equivalente a 1,949 m.

la Marina, en fraterno abrazo, pelearon junto a los de tierra en el castillo y en Tierra Bomba.

Entretanto, los enemigos conseguían desembarcar mayores efectivos en la gran isla, en la que emplazaron baterías de cañones y morteros a unas 200 toesas (289'80 m.) (36): «20 piezas de a 18 y 20», para castigar al castillo y abrirle brecha. En vista de la tenaz resistencia, Vernon dispuso un ataque general, «destinando para esta empresa 13 Nabios de grra., los mejores que tenían, y el día de Pascua á la una de la tarde, vinieron a felicitarnos el día, los que con la Batería de tierra y todos los morteros hicieron un fuego tan cruel, que no es posible imaginarlo», dice Desnaux.

Los días 29, 30 y 31 de marzo continuó el fuego con todo rigor; las baterías del litoral de Tierra Bomba son desmanteladas; la de Punta Abanicos sufrió tan grandes castigo, que en ella perecieron el teniente de artillería don Joaquín de Andrades con sus hombres; y otra que mandaba un oficial de marina, el teniente don José Loyzaga, sucumbió heroicamente, después de ocasionar más de setenta muertos, en una balandra enemiga que intentaba acercarse.

Comienza el mes de abril, y no decaen los duros ataques por la conquista del San Luis. El 3 atacó la infantería, acercándose escondida por entre los mangles, llegando hasta alcanzar la puerta principal del castillo. El coronel Desnaux confiesa su temor de caer prisionero, «sin perdida de 30 h.^o me huvieran a favor de la noche hecho prisionero». En la misma fecha, don Blas de Lezo pedía urgente a Desnaux el envío de balas para seguir protegiéndole, «a q.^o respondi tenia yo mas de las q.^o podia gastar, respecto que la Artilleria estaba toda desmantelada, a la noche le remiti hasta 1.000 balas de á 24 y 18, con la esperanza q.^o las emplease, ya que yo no podia». Comprobada por Vernon la ineficacia del fuego del cañón del castillo, volvieron los navíos de bandera azul y roja, y con gran orden batieron ininterrumpidamente toda su fábrica.

Eslava, con pleno conocimiento de cuanto ocurría, y haciendo gala de un valor temerario, excitaba el de sus hombres:

«En dho. dia luego q.^o el S.^{or} Virrey obserbo el Mobim.^{to} de los enemigos y sus nabios mando aprontar la falua, p.^a conducirse a bocachica y aunq.^o le hicieron barias ynstancias sus oficiales y person.^a prudentes p.^a q.^o lo omitiese ofreciendose cada uno a sacrificarse aqualq.^a orden q.^o S. E. diese, no basto antes si acelerar su potencia berificandoze ha-

berse hallado en bocachica en los días de Mayor combate con un animo ymbencible conq.^e animaba su tropa como se experimentaba...»

Pasó el virrey Eslava a bordo del «Galicia» la penosa noche del 3 al 4 de abril, donde resultó herido, milagrosamente leve, por una bala de cañón. Y como la situación era ya desesperada para el San Luis, ordenó que el capitán don Miguel Pedrol, con sesenta hombres escogidos, pasasen a Tierra Bomba e intentaran proteger la retirada de la guarnición del castillo. Aquella misma noche, Desnaux había dispuesto el repliegue, pero se encontró cercado, pidió capitulación mandando a campo enemigo a dos de sus oficiales, que fué rechazada, «y sin atender á las leyes de la grra. me respondieron con balas avanzandose sin intermicio...».

El final de la defensa del castillo de San Luis de Bocachica la describe Desnaux con el calor de los recientes momentos en que informara:

«Montaban los Granaderos la brecha á tiempo que salimos por la puerta y ganando al enemigo los parapetos, me hicieron fuego, mataron uno que estaba a mi lado e hirieron dos; en esta adversidad intentaba ponerme á la testa de la Tropa, a fin de coordinarla en caso de ser atacado, lo que no pude conseguir, en medio de este desorden, tube la felicidad, que la tropa enemiga que tenia cortada la comunicacion, se incorporo para el asalto gral.» (37).

El día 5 de abril quedará registrado en las páginas históricas del virreinato, con la pérdida del San Luis, vencido por un enemigo muy superior, y tras un castigo de fuego combinado de la escuadra y de las baterías desembarcadas. La desgracia no quedó sola, el gran marino Lezo sacrificaba a los navíos «San Carlos», «San Felipe» y «Africa», barrenados y dados fuego antes de caer en poder de los ingleses. No tuvo esta suerte el «Galicia», que fué apresado, «...y sólo la Galicia q.^e hacia de Cap.^{na} con barios Oficiales y 30 ó 40 Soldados de Marina quedaron con el Nabio prisioner.^o».

A las cuatro de la madrugada del día 6, llegaron a la ciudad las lanchas y canoas que traían destrozados al virrey, a Lezo, a Desnaux y a los defensores que pudieron salvarse de Bocachica, bajo la impre-

(37) «Relacion de la Defenza...», ref. (30); cit. folio 6.

sión dolorosa de sentirse dominados por un enemigo gigantesco. Todavía en aquel trágico amanecer, Eslava, negándose al descanso, fué de nuevo a su puesto de mando y dispuso, que fuerzas de refresco pasasen con urgencia al castillo de Santa Cruz, en la Bocagrande, para impedir la infiltración, y que los navíos «Dragón» y «Conquistador», que daban fondo en esta boca, fueran puestos en el «canal del Puerto», es decir, entre el citado castillo y los fuertes del Manzanillo, y Pastelillo —éste último como se recordará, en la Isla de Manga.

En la defensa de Cartagena de Indias se iniciaba la hora más difícil. Los ingleses, crecidos por la victoria de Bocachica, comenzaban a enseñorearse de la bahía; sus banderas desplegadas y los gritos y cánticos de los soldados despertaron a la ciudad, adormecida por el dolor.

El almirante Vernon, luciendo en su nave el estardarte de general en jefe, ha entrado en la bahía, escoltado por una fragata y dos paquebotes, y, navegando en rumbo directo, se acerca a la Punta Perico (Tierra Bomba), donde establece su puesto de mando para la última fase de la batalla por Cartagena.

ATAQUE DEFINITIVO SOBRE EL CASTILLO DE SAN FELIPE DE BARAJAS O DE SAN LÁZARO (7 A 20 DE ABRIL). LA GRAN REACCIÓN ESPAÑOLA, Y DERROTA SIN PRECEDENTES DE VERNON

Posesionados los británicos de la mitad de la bahía, prácticamente podían considerarse dueños absolutos de toda actividad e iniciativa. Vernon, desde su inmejorable punto de observación y rodeado de sus generales y ayudantes, resolvía la distribución de efectivos para el último ataque, gozando de todas las ventajas tácticas: posesión de iniciativa y libertad de evolución conjunta por mar y tierra.

Por tres puntos podían atacar a Cartagena (38):

- 1.º Por mar; el sector comprendido entre los baluartes Santo Domingo, San Ignacio y Santa Catalina, es decir, las cortinas del Oeste urbano.

(38) Son los mismos puntos o lugares que señalara años más tarde el gran ingeniero D. Antonio de Arévalo en sus expedientes de defensa de Cartagena, redactados ante un nuevo conflicto con Inglaterra en 1762, a consecuencia del III Pacto de Familia, 15 de agosto de 1761. Estas documentaciones de defensa y obras se custodian en el S. H. M., Sec. C, subgrupo 1, Colombia.

- 2.º Por el Castillo Santa Cruz o Grande, y por el playón o istmo de la Bocagrande para entrar en la ciudad por el Sur.
- 3.º Por las islas de Manzanillo y Manga, para conquistar la Popa y castillo de San Felipe.

De estos tres caminos, Vernon, de acuerdo con Went Woorck, eligió el último, por considerarle más rápido y menos expuesto. En su itinerario se encontraba el «débil» castillo de San Felipe de Barajas (39), del que tenían noticias —ciertas— de su regular estado y mal acondicionamiento; su artillería era de 10 cañones; por el Este, hacia la Ciénaga de Tesca y la Boquilla; 8 de iguales calibres (20 a 24 libras), por el norte, y, delante de la puerta, en un hornabeque de faginas, una batería de 5 cañones.

Veamos ahora el desarrollo del ataque inglés. El almirante Vernon quiso atravesar la hipotética línea de defensa y de obstáculo proyectada por Eslava, a la misma entrada del puerto. Comenzó por atacar al castillo de Santa Cruz, que fué abandonado a las tres de la tarde del día 11. A su pérdida siguió el incendio y hundimiento voluntario de la balandra francesa, que llegó el día 14 de marzo, y que se hallaba fondeada a su abrigo: «Por la mañana —día 12— esperaron los enemigos abatir el Nabio Frans.^s desde Castillo grande y no alcanzando sus balas pero temiendo su Cap.ⁿ el riesgo por haber los enemigos pasado un Nabio del Canal p.^a apresarle sin bastar el gallardete y pabellon Fran.^s q.^o largo determino darle fuego como lo egecuto».

Por mala suerte para los defensores de los dos navíos «Dragón» y «Conquistador», barrenados y medio incendiados; uno de ellos,

(39) Su construcción se debió al gobernador D. Pedro Zapata, que puso en ejecución la Real Céd. de 20 de septiembre de 1647; el 12 de octubre de 1657 daba cuenta a la Corona de haber terminado en el Cerro de San Lázaro las obras del castillo de San Felipe de Barajas. Sometido a dura prueba en 1697, ante el ataque de los franceses, conducidos por el almirante Pointis, cayó rendido y se perdió la ciudad. Pero en 1741 su gloriosa resistencia ante Vernon hizo posible la derrota de sus poderosos efectivos. Pocos años después, los grandes ingenieros militares españoles, D. Ignacio Sala, D. Lorenzo de Solís y, sobre todo, D. Antonio de Arévalo, reorganizaron su sistema defensivo e hicieron de él una de las mejores obras de fortificación española de todos los virreynatos americanos.

el «Conquistador» (40), cayó en poder de los ingleses, y pudieron virarle para dejar abierta la escotilla de rápida y directa penetración hacia el desembarcadero: «Arrimando sus cabrestantes biraron el Nabio Conquistador y desembarcado el paso metieron dos bombardas y un Nabio de 60 Cañones aq.^{ues} siguieron Tres frag.^{tas} Medianas y un Paquebot».

Conseguido este nuevo objetivo, y tras intimidaciones de fuego sobre la ciudad, que comenzó a ser duramente bombardeada, el ejército del general Cathcart, con 9.000 hombres de desembarco, aprovechándose del terror y desconcierto que presuponía en Cartagena, inició desembarcos preliminares de ocupación de las islas de Manzanillo y Manga:

«... no pudo ntra. Tropa ympedirlos lo lograron el q' hicieron formados en Tres Colunas biendose los Nuestros precisados a retirarse haciendo bastante fuego de una y otra p.^{ta} se acamparon los enemig.^s junto al tejat de gabala y los nuestros en el playon de S.ⁿ Lazaro Dejando Piquetes abanzados en el tejat de Lazaro y bajo el Cerro de la Popa...»

El día 17, al primer vislumbre, una triste congoja oprimió el pecho de los cartageneros: sobre los tejados del blanco convento de Nuestra Señora de la Popa ondeaba, audaz y apuesta, la bandera enemiga. Poco después, sobre las nueve horas, numerosos piquetes de fusileros tocados con gorras de llamativos colores discurrían por el alto cerro tomando posiciones para fijar la artillería con la que batir al castillo de San Felipe, tan próximo e inmediato. La toma del cerro de la Popa obligaba a huir a los destacamentos avanzados del tejat. Virtualmente, la toma de la ciudad podía considerarse asegurada. Ante tan felices perspectivas, Vernon despachó un paquebot con sendos pliegos para su nación, anticipándose a dar por consumado el éxito; pero el destino, por obra de aquellos gloriosos defensores, le jugó la mala partida que por siempre le acompañará en su memoria. Recuerdo de su precipitación fueron las monedas conmemorativas de un triunfo malogrado, que aún muestra inútiles vana-

(40) BERMÚDEZ PLATA, *ob. cit.*, ref. (13); cit. de pág. 20, asegura ser el navío «Dragón», pero el «Diario Puntual» registra con precisión el nombre del «Conquistador», dato que seguimos.



Medalla acuñada precipitadamente en Inglaterra para conmemorar el triunfo de la escuadra del Almirante Vernon frente a Cartagena de Indias en 1741.

(Original que se conserva en el Museo Naval de Madrid.
Sala IV, vitrina XIII.)



«Nouveau plan de Cartagene. Avec les Dernieres Attaques des Forts par l'Amiral Vernon. (Suivant l'original Anglois 1741.)»

(Biblioteca del Palacio Nacional. Madrid. Signatura ms. 1622.)

glorias (41). Ni Eslava ni Lezo doblarían su rodilla para entregar, con las llaves de Cartagena de Indias, el honor de sus vidas y de su raza.

Resultado de la presencia inglesa en la Popa fué el crecido número de muertos y heridos, que algunas veces podían ser traídos a la ciudad y alojados en las iglesias convertidas en hospitales de sangre. Además, por la Boquilla, otros efectivos ingleses desembarcaron consiguiendo pisar tierra y desalojar al capitán del regimiento de Aragón, don Antonio de Mola, que se presentaba en el palacio del virrey al amanecer del día 19; pero Eslava le reforzó con 200 hombres para intentar a toda costa repeler la infiltración considerada como muy grave. También se reforzaron los baluartes de Santa Clara (en la cortina del mar) y el de San Lucas (en el caño de Juan de Angola, por su comunicación este último con la Ciénaga de Tesca, cuyas orillas habían caído en poder de los invasores con la ocupación de la Popa.

Los efectivos desembarcados en la Boquilla fueron duramente castigados por los hombres del capitán Mola: varios oficiales británicos de alta graduación cayeron prisioneros, los más murieron en el combate.

Y así llega el día 20 de abril, fecha memorable grabada en las páginas gloriosas de los fastos españoles, porque en dicho día y en el corto espacio de breves horas se malogró el espléndido triunfo que anhelaba Inglaterra, y cuyas primicias ya había comenzado a saborear el almirante Sir Edward Vernon desde que forzó los castillos de Bocachica y Bocagrande, destruyó la escuadra de don Blas de Lezo y despachó para Portsmouth al paquebot que portaba las noticias asegurando tan sensacional triunfo.

Resulta sorprendente concebir una victoria tan rotunda sobre efectivos gigantescos de un ejército atacante pleno de moral, derrotados por un puñado de soldados sin más medios de defensa que un débil castillo de mampostería, que dejan abierto de par en par para salir en busca de las columnas enemigas, a las que atacan con bayoneta calada y derrotan en sus propios parapetos. Sólo una explicación de tipo heroico, propio de razas de valor legendario, puede concebirse para analizar la batalla del Cerro de San Lázaro.

(41) Monedas acuñadas en Inglaterra. Reproducimos en la lámina 7 el ejemplar que se conserva en el Museo Naval de Madrid, sala IV, vitrina XIII.

Hallábase en el castillo de San Felipe de Barajas el mismo coronel defensor del San Luis de Bocachica, el valeroso ingeniero don Carlos Desnaux, excitado por su anhelo de servir a su patria en todo lugar. Mandaba varias compañías de los regimientos de Aragón y de España y unos pocos artilleros, en total 500 hombres. Sigamos el relato de lo ocurrido por la magistral información que nos reserva el «Diario Puntual», facsímil lámina 8:

«Dia 20. A las 4 de la Mañana se dio el Abancé por los enemigos al Castillo de San Lazaro por tres p.^{tes} y recibidos por los Nuestros en un Arnabeque q.^o esta fuera del Castillo Construido por Orden del S.^{or} Virrey fueron rechazados al fucil p.^r mas de una hora y despues de salido el Sol en un fuego continuo y biendo los enemigos la ning.^a esperanza de su yntento y asimismo el refuerzo de tropa q.^o salia de la Plaza a fortalecer los pocos q.^o se hallaban en el Castillo p.^r Orden de S. E. q.^o se hallaba actualmente en la Playa de la Media Luna se pusieron los enemigos en bergonzosa fuga al berse fatigados de los Ntros. los q.^o cansados de escopetearles abanzaron a bayoneta calada siguiendolos hasta quasi su campo dejandose en el Nro. mas de quatrocientos cinq.^{ta} yngleses muertos y 100 mas mal heridos entre ellos cinco oficiales con gran porcion de Armas, Picos, Azadas, Escalas, Tambor.^s y parapetos y en fin quantos utiles trajeron nos hicieron p.^r fuera presente de ellos. Ymmediatamente q.^o conocio el Sr.^r Virrey la fuga de los enemigos mando S. E. recojer. todos los heridos los q.^o trajeron al hospital donde han sido curados y asistidos con mucha caridad y cuidado pidiendo alg.^{os} el Bautismo el q.^o se les administro p.^r Sec.^{tos} q.^o se hallaban en dho. Hospital...»

El refuerzo de tropa a que alude el relato era una compañía de infantería y milicianos dirigida por don Melchor de Navarrete, que subió al San Felipe por orden del virrey Eslava, quien desde el playón de la Media Luna, que unía el arrabal de Getsemaní con la pequeña península de la Popa, presenciaba el desarrollo de los combates de los que dependía la suerte de Cartagena.

Los ingleses atacaron al castillo de San Felipe —según información dada por un capitán de granaderos herido que se llevó a la ciudad— con una fuerza de 3.500 hombres elegidos, entre ellos 6 compañías completas de granaderos.

No tardaron los hombres del general Woorck, ante la gravedad de la situación en que se encontraban, en solicitar una tregua man-

dando al castillo a un oficial y un tambor «tocando la Llamada con bandera blanca y sabido por S. E. mando otro a saber su pretencion q.ⁿ bolvio al S.^{or} Virrey con recado politico de p.^{te} del Grál. de los enemigos suplicandole permitiera recoger sus muertos y entregarles sus heridos». Eslava les contestó que los muertos serían entregados en el parapeto que ellos designasen, pero que los heridos se encontraban perfectamente atendidos en los hospitales de Cartagena y los consideraba prisioneros.

La tregua perduró hasta el toque de oración, en que volvió a reanudarse el fuego de cañón y fusilería: «... se bolvio a romper p.^r parte de ellos con una bomba y por la n.^{tra} con un cañonazo continuando su fuego con las bombardas».

El día 21 amaneció con nuevos y más intensos bombardeos sobre el castillo de San Felipe y sobre la ciudad, que duraron hasta las primeras horas de la tarde, en que de nuevo volvió a oírse «toque de llamada» del campo inglés: «... A las tres de la tarde tocaron llamada los enemigos y parecieron dos oficiales con bandera blanca saliendo de Nro. campo otros dos a saber su yntención los q.^o benian a solicitar Canje con los pricioneros q.^o tenian nuestros...» Accedió el virrey a la pretensión de Vernon; el canje, según acuerdo, se verificaría el día 30; entre los prisioneros se encontraba el oficial del «Galicia», don Juan Ordigoisti.

Durante los días 22 y 23 prosiguieron los ingleses cañoneando Getsemaní y la ciudad, e intentando amagar por Cruz Grande para distraer la atención en la Popa; también por la Boquilla y Punta Canoa se perciben movimientos de algunos navíos que intentan acercarse para efectuar desembarcos.

En Cartagena, en el altar de Nuestra Señora de los Angeles, cayó el día 24 una bomba arrojada desde las baterías enemigas de la Popa, que penetró en el templo, después de abrir el muro, y a punto estuvo de provocar gran daño, pues el incendio que originó amenazaba al almacén de pólvoras dispuesto bajo la bóveda de la capilla: «... del Sr. S.ⁿ Pedro q.^o ademas de las Losas de Marmol q.^o las cubren aq.^o remitió el S.^r D.ⁿ Carlos 2.^o como herm.^o mör. de esta Ylt.^a Hermandad estaba resguardada con maderas y cueros...» En este mismo día, al poco tiempo de haber salido de la ciudad los dos cirujanos y un oficial ingleses, que el virrey había autorizado para reconocer y visitar a sus heridos y enfermos prisioneros, atacaba Vernon el fuerte del Manzanillo, que se resistía tenazmente, aun estando

la isla ocupada por los enemigos. Se llamaba el héroe del Manzanillo, don Baltasar de Ortega, y era capitán de Milicias; su fuerza consistía en 24 hombres del país y su fuerte no lo ocupó nunca el invasor.

Igualmente transcurrieron los días 25 y 26. Pero el 27 esperaba a los defensores una novedad cruel y amarga. Eran las dos de la madrugada cuando los centinelas del baluarte San Francisco Javier daban parte de que, con velas hinchadas, se acercaba el navío capitana «Galicia», ahora enarbolando pabellón inglés. Se acercó tanto como le dejaron los nuestros, a los que pesaba el ánimo de verle enemigo, y prefirieron darle el adiós junto a las murallas para verle morir a sus pies. Pero al «Galicia» no le cabría el honor de caer vencido por sus propios vengadores, aún lo retuvieron los marinos de Vernon dos días más, hasta que el 29 «por la Mañana pegaron los enemigos fuego al Nabio La galicia», hundiéndose poco a poco junto al fuerte de San Sebastián del Pastelillo, isla de Manga.

En este día 29, el mismo oficial británico que había traído pliegos del almirante Vernon dando gracias al virrey Eslava por el buen trato dado a los prisioneros ingleses, volvía de nuevo a formalizar la entrega y canje. Eslava les dió como condición «q.º ynterin no saliesen de la Bahía los Nabios no se les entregarían», el número de éstos ascendía a unos 500 entre heridos y enfermos. De nuevo el almirante inglés manda parlamentarios, ahora solicita «des permita hacer aguada a q.º respondió S. E. q.º procurasen venir armados p.º bencer a los q.º la defendían». Todo ello reflejaba la derrota moral y material que Vernon acababa de sufrir; sus efectos eran palpables y estaba decidido a levantar el fracasado sitio.

El día 30 se realizaba el canje de prisioneros. El alférez Ordigoisti aseguró al virrey que en la batalla por el castillo de San Felipe, donde los ingleses cifraban la antesaba del triunfo sobre Cartagena, habían sufrido 1.500 bajas, entre ellas «la Flor de sus oficiales así de valor como calidad y q.º en la de bocachica perdieron mas de 700 hombres de todas clases entre ellos el Yngeniero en Gefé y q.º de enfermedades han perdido mas de 2.500». También aseguró Ordigoisti que los oficiales ingleses le habían hecho saber «q.º se yban, pero a reforzarse a Jamaica p.º bolber a esta Plaza», a lo que él les replicó: «Señores, p.º venir a Cartajena es necesario q.º el Rey de Ynglaterra construia otra Esq.º mayor p.º q.º esta solo ha quedado capas p.º con-

ducir Carbon de Yrlanda a Londres lo q.^o mejor les hubiera estado y no emprender conquistas q.^o no puede conseguir».

Y comienza el mes de mayo, mes de despedidas para los hombres de Vernon. Con tal motivo comienza el capítulo de las destrucciones de los fuertes. El día 1, dice el «Diario Puntual», «se mantienen demoliendo el Castillo g.^{do}», cuyos trabajos continuaron hasta el día 6, para proseguir después con la demolición del castillo de San Luis de Bocachica. A partir de estas fechas llegan incesantemente a la ciudad y a su arrabal de Getsemaní prisioneros que escapan de la vigilancia inglesa y que a veces se traen hasta las canoas y serenis de la escuadra; también desertores que prefieren quedarse en Cartagena, a la que venían; pero cambiando de bandera y aun de religión, como ese marino «Escoses de Nacion q.^o preguntado q.^o religion Seguia dijo q.^o la de protestantes pero q.^o queria ser catolico».

Alarman al virrey unas informaciones que traen los evadidos del día 3; aseguran éstos que los ingleses se llevaban «mucho porción de Caneletes», lo que atestiguaba que habían conseguido alcanzar Mompox, donde se guardaban los depósitos de caudales del comercio de Cartagena. Encargado de poner en aviso los puestos del río Magdalena fué don Andrés de Madariaga, que cumplió su cometido de «Causa Superior» a plena satisfacción.

El día 8, desde las proximidades de Castillo Grande, se percibe cómo los once navíos de línea, entre los que se halla el del almirante Vernon, comienzan a dar señales cabalmente interpretadas en Cartagena: «Desde esta hta. el 20 estubieron saliendo en diferentes Comboyes toda la Esquadra a excepcion de 5 Nabios q.^o quemaron». El rastro que iban dejando estas embarcaciones era espantoso, a centenares flotaban hinchados y pestilentes los cadáveres de los que encontraron la muerte o en los combates o a consecuencia de las fiebres «carceleras o del vómito negro».

En la mañana del día 20, día claro, sin bruma, sin niebla que velase la despedida del último navío inglés, los prácticos del mar salieron a reconocer «todos los puestos y bueltas de su Comicion participando a S. E. haber desamparado los enemig.^s enteram.^{te} el Puerto y q.^o los Castillos y fuertes quedaban demolidos y toda la Bahía ynundada de cuerpos Muertos lo q.^o confirma la noticia q.^o dio un desertor pasado a esta Plaza el 17 q.^o dijo q.^o en los Nabios de Grra. se morian cada dia 25 ó 30 hombres».

Así dejó Vernon a Cartagena de Indias; sus navíos enderezaron lentamente hacia Jamaica, mientras en la ciudad, castigada y dolorida, rotos sus fuertes, invencibles sus defensores, quedaba la trágica presencia de incontables cadáveres, todavía más peligrosa que la escuadra, porque la peste había conseguido saltar las murallas y los baluartes, y se había colado por entre las apretadas filas de los héroes. Pero ellos mantuvieron firme su bandera. Había resistido el formidable sitio y ataque de 23.600 hombres y 180 naves del almirante Vernon. La cuenta del fuego la precisaron así: «Las bombas q.^o nos han hechado en la Ciudad y Castillos han sido 8.000 y 28.000 cañonazos de todos calibres y se han resp.^{do} de nra. p.^{te} 9.500 Cañonazos de todos Calibres».

La noticia de la gran victoria llegó a España y pronto se interpretó como la más caracterizada réplica al desastre de la Armada Invencible. El Rey Felipe V, orgulloso de tan excelente ejemplo de valor y prueba de fidelidad, recompensó a la heroica guarnición con distinciones y premios. El inmortal don Sebastián de Eslava fué ascendido a capitán general de los reales ejércitos; el valiente Desnaux, a brigadier. Y Lezo, el héroe del mar, cerró aquella gloriosa página con la propia muerte (7 de septiembre 1741), que le sobrevino a consecuencia de las heridas que recibiera en los difíciles días del sitio; «tal vez en la capilla de la Vera Cruz de los Militares, anexa al convento de San Francisco, cerca de donde estuvo el Arsenal de sus navíos, descansan los restos del laureado general de la Armada» (42). Más tarde, la corona en homenaje póstumo le concedió el título del marquesado de Oviedo. Entonces, Cartagena de Indias y España se cubrieron de luto y empañaron la alegría de su victoria.

(42) MARCO DORTA, *ob. cit.*, ref. (3); cit. pág. 136.

LA BATALLA DE CARTAGENA DE INDIAS

13 de marzo a 20 de mayo de 1741

Explicación

APROXIMACIÓN INGLESA.

- (1) Primeros días de marzo. Aparece la escuadra del almirante Sir Edward Vernon—180 naves de guerra y transporte—ante Cartagena.
- (2) Día 13 de marzo. Tres navíos reconocen el litoral desde Punta Canoa a la Boquilla.
- (3) Día 14. Un paquebot inglés intenta obstaculizar la entrada en la bahía de una balandra francesa (A).
- (4) Día 15. Se aproxima toda la escuadra, dando fondo entre Punta Canoa y la Boquilla.
- (5) Día 16. El capitán D. Pedro Casellas, con tres compañías de infantería, acude a reforzar la Boquilla (B), ante la inminencia de desembarcos.
- (6) Día 17. Unidades de guerra se separan del grueso de la escuadra y se sitúan ante Bocachica y Bocagrande.
- (7) Día 18. El coronel D. Carlos Desnaux, comandante del castillo de San Luis de Bocachica, practica reconocimientos en las baterías de Chamba (Tierra Bomba).
- (8) Día 19. Reconocimiento por el virrey D. Sebastián de Eslava, de los destacamentos de la Cruz Grande y la Boquilla.

PÉRDIDA DE LOS FUERTES Y BATERÍAS DE TIERRA BOMBA.

DESEMBARCO INGLÉS.

- (9) Día 20. Toda la escuadra, «a reserva de tres Navios», se dirigen a forzar la Boquilla, bombardeando los fuertes San Felipe y Santiago, que han de ser abandonados.

PÉRDIDA DEL CASTILLO DE SAN LUIS DE BOCACHICA.

- (10) Días 20 de marzo a 5 de abril. Grandes ataques sobre el castillo de San Luis de Bocachica. Su comandante, coronel Desnaux, y los 400 hombres que lo guarnecían, resistieron con gran valor dieciséis días. Efectivos de desembarco enemigo se apoderan de la isla de Tierra Bomba. Navíos menores alcanzan Pasacaballos por el río Sinú.
- (11) Día 24 de marzo. El capitán D. Miguel Pedrol, con 60 hombres del regimiento Aragón, pasan a Tierra Bomba para molestar a las fuerzas desembarcadas.
- (12) Día 31. Es destrozada la batería de Punta Abanicos; muere su defensor, el teniente de artillería D. Joaquín de Andrades. También sucumbe la batería de la Marina, y con su guarnición el oficial D. José Loyzaga.
- (13) Día 5 de abril. Se retiran con grandes bajas los defensores del castillo de San Luis. Son hundidos, voluntariamente, los navíos españoles «San Car-

- los), «Africa» y «San Felipe» por orden del teniente general de la armada, D. Blas de Lezo; el «Galicia» cayó prisionero del general Woorok.
- (14) Día 6. Llegan a Cartagena los evadidos del castillo de San Luis y los marineros de los navíos hundidos en Bocachica.
- (15) Idem. Los navíos «Dragón» y «Conquistador», que fondeaban en Bocagrande, son llevados a la bahía interior de la Caldera para impedir la penetración entre Castillo Grande y los fuertes del Manzanillo y San Sebastián del Pastelillo (isla de Manga).

PENETRACIÓN DEL ALMIRANTE VERNON EN LA BAHÍA DE CARTAGENA.

- (16) Día 6 de abril. El navío del almirante, Sir Edward Vernon, entra en la bahía acompañado de una fragata y dos paquebotes. Todos fondean en Punta Perico (Tierra Bomba).

DESEMBARCO DE LOS INGLESES EN MANZANILLO Y MANGA. CONQUISTAN EL CERRO DE LA POPA Y EL CASTILLO GRANDE (BOCAGRANDE).

- (17) Días 7 a 17. Los navíos del vicealmirante Lestok se acercan a la bahía de la Caldera y dan comienzo los desembarcos bajo las órdenes del general Cathcart, que ocupan las islas de Manzanillo y Manga, aislando los fuertes que las guarnecían. Unidades de estas fuerzas toman «La Quinta» y los tejeros de «Gabala» y «Lozano». Al amanecer del 17, sobre el convento de la Popa, ondea la bandera británica.
- (18) Día 11. El almirante Vernon combina el ataque por el Este, la Popa, con el movimiento del Oeste —Bocagrande—, tratando de romper la débil defensa de la línea Castillo Grande-fuertes del Manzanillo y San Sebastián. Consigue tomar Castillo Grande y obliga al incendio de la balandra francesa (A).
- (19) Día 19. Los ingleses consiguen desembarcar ligeros efectivos en la Boquilla, en intento de enlace con la Popa y Ciénaga de Tesca.

LA GRAN VICTORIA ESPAÑOLA DEL CERRO DE LA POPA.

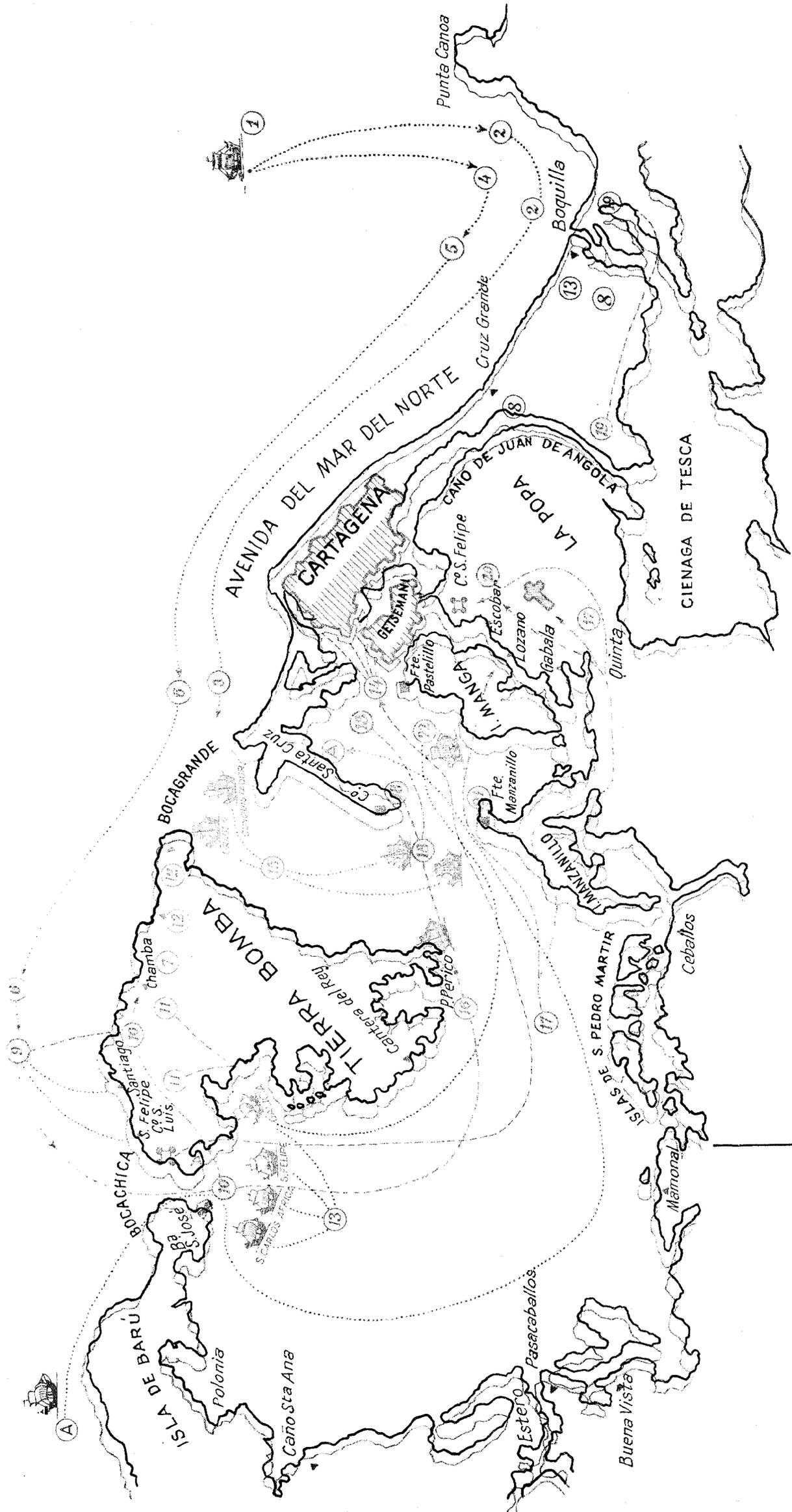
- (20) Día 20. Heroica defensa del castillo de San Felipe de Barajas y valiente contraataque de sus defensores —500 hombres de los regimientos de Aragón y España, conducidos por el coronel Desnaux reforzado con una compañía de infantes y Milicia del coronel Navarrete—, que se lanzan contra los 3.500 infantes y granaderos —general Woorch—. El triunfo fué tan completo y decisivo que significó la derrota de Vernon, al perder lo más selecto de sus efectivos y la moral de una victoria hasta esta fecha en sus manos.

DEFENSA DEL FUERTE DEL MANZANILLO.

- (21) Día 24. Gloriosa resistencia del capitán de Milicias, D. Baltasar de Ortega, con 24 soldados, en el fuerte del Manzanillo, que no sería ocupado por los ingleses.
- (22) Días 27 a 29. Los enemigos lanzan contra las cortinas de la ciudad —baluarte San Francisco— al «Galicia», que al fin será hundido por el fuego propio el día 29, en las proximidades del Manzanillo.

RETIRADA INGLESA.

A partir del día 30 de abril, y hasta el 20 de mayo, los ingleses dan por terminados sus bombardeos sobre Cartagena y Getsemani; comienzan las operaciones de canje de prisioneros; las bajas sufridas por Vernon a causa de la lucha y por las enfermedades son cuantiosas. Destrozan los fuertes y reembarcan efectivos. El día 20 de mayo registra la salida por Bocachica del último navío enemigo, y rumbo a Jamaica desaparece del horizonte del mar Caribe, vencida, la más formidable escuadra inglesa del siglo XVIII.



GUERRA DE LIBERACION

SOCORRO A OVIEDO

(Julio-October, 1936)

por JOSE MANUEL MARTINEZ BANDE
Comandante de Artillería, del Servicio Histórico Militar

A N T E C E D E N T E S

Situación general.

En los últimos días de julio de 1936 el suelo español aparecía dividido y ocupado por dos fracciones enemigas. Sin embargo, ello no significaba dos pedazos únicos, compactos y perfectamente separados; por el contrario, los territorios dominados por unas y otras fuerzas se presentaban rotos en varios fragmentos, que forcejeaban por unirse.

La España alzada en armas ofrecía, aparte de diversos islotes, dos grandes y desiguales zonas. En la del Norte se incrustaba, a su vez, la correspondiente a los territorios de Asturias, Santander, Vizcaya y Guipúzcoa, en poder del enemigo, lo cual representaba una grave amenaza sobre Castilla la Vieja y el valle del Ebro.

A reducirla, o al menos contenerla, se dirigieron los esfuerzos de los Mandos militares diversos, en un primer momento aún no perfectamente coordinados. Sin embargo, obedeciendo sin duda a una bien calculada evaluación de las posibilidades del adversario, vióse pronto que la faja cantábrica era atacada por uno y otro extremo, en tanto que por su centro apenas si se realizaban las más elementales acciones defensivas.

La campaña guipuzcoana persiguió—y consiguió—liberar esta provincia totalmente. Asturias, en cambio, era presa difícil, mas por contraste con Guipúzcoa, el Alzamiento había triunfado en la capital, la cual aparecía solitaria y cercada; y aunque fracasado en Gijón, que-

daban allí, igualmente sitiados, dos cuarteles leales que se defendían denodadamente.

¿Qué se debía hacer ante esta situación?

El Alzamiento en el territorio de la 8.ª División.

En las directrices dadas por el General Mola para el Alzamiento, se piensa claramente en las dificultades que éste ha de tropezar en tierra asturiana. La primera Instrucción data del 25 de mayo de 1936, se titula *El objetivo, los medios y los itinerarios*, y en ella se prevé que «las fuerzas de la Comandancia Militar de Asturias tengan a raya a las masas de la cuenca minera y puerto del Musel, y que parte de la 8.ª División y guarnición de León refuercen dichas tropas».

Asturias—no hay casi que decirlo—surgió desde el principio como uno de los más agudos problemas con que tropezaría el Alzamiento. La revolución de 1934 había dejado hondas raíces de venganza y la región aparecía difícil de dominar, por la naturaleza del terreno y la psicología extremista de una gran masa de población, en la que abundaban los trabajadores de minas, puertos e industrias numerosas.

También en la provincia de León había varios focos peligrosos, y éstos existían igualmente en Galicia; pero el dominio de tales territorios ya no tenía la dificultad que el del asturiano.

Iniciado el Alzamiento, éste pudo darse por triunfante hacia el día 24 en toda Galicia y parte Sur de la provincia de León; en Asturias aparecían, como se ha dicho, aislados, Oviedo en su totalidad y dos cuarteles en Gijón, que luego caerían sucesivamente el 16 y el 21 de agosto (1). De esta forma al mando de la División se le presentó ya inicialmente—y según la Instrucción de Mola—la necesidad de enviar refuerzos a los dos núcleos sitiados, esto es, de socorrerles.

El socorro a Oviedo.

La palabra «socorro» tiene verdadera solera militar. «Aunque el sentido vulgar sea de auxilio y ayuda en la guerra, es casi técnico y

(1) Las capitales y ciudades importantes correspondientes a la 8.ª División pudieron darse por pacificadas en los días siguientes: La Coruña, día 23; El Ferrol, 22; Pontevedra, 20; Vigo, 23; Orense, 20; Lugo, 24; León, 20 y Ponferrada, 23. Oviedo quedó dominado el día 20. En esta misma fecha fracasó el Alzamiento en Gijón, encerrándose los sublevados en los cuarteles.

exclusivo de una plaza sitiada y fuertemente estrechada» (2). Este fué, sin género de duda, el verdadero carácter bélico de las acciones emprendidas en territorio asturiano por las columnas gallegas, desde fines de julio de 1936 al 17 de octubre del mismo año.

Había que impedir la caída de los dos reductos de Oviedo y cuarteles de Gijón, los cuales, por una parte fijaban considerables contingentes enemigos, y por otra significaban, ya dentro del clima psicológico especial que rodea las guerras civiles, dos objetivos plenos de valores sentimentales y patrióticos. Y para evitar esa caída nada mejor que comunicarse directamente con ellos, levantar el sitio que sufrían.

Las fuerzas nacionales.

En julio de 1936, la 8.ª División comprendía los territorios de las cuatro provincias gallegas, la de León y la de Oviedo. Su capitalidad era La Coruña y el mando de la misma recaía en el General don Enrique Salcedo Molinuevo.

La División se componía de dos Brigadas de Infantería normales: la XV (Cuartel General, La Coruña) y la XVI (Cuartel General, León), con la correspondiente Brigada de Artillería ligera (Cuartel General, Pontevedra). Había además, independiente, la Brigada de Montaña de Asturias (Cuartel General, Oviedo), la Base Naval de El Ferrol y la Base Aérea de León. En total figuraban aquí, seis Regimientos de Infantería, un Escuadrón de Caballería, tres Regimientos y un Grupo de Artillería, un Batallón y un Grupo de Ingenieros y algunas unidades menores, aparte de los Servicios Divisionarios y las fuerzas de Orden Público (3). Pero los efectivos de las diferen-

(2) ALMIRANTE: *Diccionario Militar*; voz «Socorro».

(3) De la Brigada de Infantería XV, formaban parte el Regimiento de Infantería Zamora núm. 8 (La Coruña) y el de Infantería Tarragona núm. 12 (Plana Mayor y un Batallón en Lugo, y otro Batallón en Orense); de la Brigada de Infantería XVI, el Regimiento de Infantería de Burgos núm. 36 (con la Plana Mayor y un Batallón en León y otro Batallón en Astorga).

La Brigada de Artillería tenía dos Regimientos de Artillería ligera: el 15, de cañones, en Pontevedra; y el 16, de obuses, en La Coruña (con un grupo destacado en Santiago). En El Ferrol y dependiente de la Base Naval estaba el Regimiento de Infantería Mérida núm. 29 (con un Batallón en Vigo) y el Regimiento de Artillería de Costa núm. 2.

La Brigada Mixta de Montaña de Asturias constaba principalmente de los Regimientos de Infantería de Montaña Milán núm. 3 (Oviedo) y Simancas núm. 40 (Gi-

tes unidades eran muy reducidos, como consecuencia de podas y licencias de verano, y la propaganda marxista había trabajado en firme sobre algunos mandos y la tropa.

Como las fuerzas de León se emplearon en dominar los focos rebeldes allí existentes y garantizar una seguridad frente a los embates rojos procedentes del Norte, sólo pudo contarse en definitiva, para operar en Asturias, con las fuerzas de Galicia: tres Regimientos de Infantería, muy mermados (unos 2.400 hombres), y dos Regimientos de Artillería ligera, también sumamente escasos de personal. Aparte quedaban, en El Ferrol, 1.300 marinos, de muy distinto origen, pero cuya colaboración resultaba problemática, un Regimiento de Artillería de costa y la escuadra surta en el puerto (4).

Para socorrer a los sitiados en Asturias, y al igual que en otras regiones, formáronse desde el primer momento columnas, de composición variable, pero reducidas en efectivos a cinco Compañías como máximo, una Sección de Artillería o, a lo más, una Batería y algunos Servicios muy elementales. Luego, sobre la marcha, las columnas fueron engrosándose con Compañías de los Regimientos y de voluntarios y Baterías a pie, o con material, todo según lo permitía el desarrollo de la movilización; llegando, ya avanzadas las operaciones, Unidades de otros Cuerpos, diversos Tabores y una Bandera del Tercio. Puede decirse que al liberarse Oviedo (17 de octubre) había desde Ribadeo a la capital unos 20.700 hombres, entre soldados del Ejército, Milicias, Guardia Civil y de Asalto (5). De estas fuerzas, los dos ter-

jón, de un Grupo de Artillería (Oviedo), del Batallón de Zapadores Minadores núm. 8 (Gijón) y de una Compañía de Transmisiones (Gijón).

(4) Los 1.300 marinos procedían del Cuartel de Brigadas de Instrucción, Escuela de Marinería, Cuartel Viejo y dotaciones de los barcos. Teníanse preparadas cinco Compañías de desembarco.

La flota estaba constituida por el acorazado *España*, los cruceros *Cervantes*, *Libertad*, *Cervera* (en dique), *Canarias* y *Baleares* (en construcción), los torpederos 2 y 7 (en dique), el cazatorpedero *Velasco* y varias embarcaciones menores armadas.

(5) Los primeros refuerzos llegados a Galicia consistieron en dos Batallones de los Regimientos de Toledo núm. 26 y Argel núm. 27. Luego llegaron tres Tabores de Regulares, y más adelante una Bandera del Tercio y cinco Tabores más. También se agregaron dos grupos de unos 400 hombres cada uno, formados por los soldados de los Regimientos de Simancas (Gijón) y Milán (Oviedo) que se hallaban en Galicia con permiso.

Las fuerzas de choque enviadas pueden estimarse en total en: un Batallón del Regimiento de Argel, una Bandera del Tercio, ocho Tabores de Regulares, de

cios estaban empleadas en guarnecer los larguísimos flancos y el resto en el ataque propiamente dicho. No llegó a contarse con el fuego de más de diez Baterías.

Respecto a los mandos, las Columnas operaban inicialmente con verdadera independencia, aunque el buen sentido general lograba una coordinación de esfuerzos no siempre deliberadamente buscada. El 14 de agosto, un Decreto nombraba General Jefe de la División a don Luis Lombarte Serrano; pero ya el día anterior había tomado el mando de las cuatro Columnas entonces actuantes el Coronel de Infantería don Pablo Martín Alonso.

El enemigo.

Asturias tenía una significación política bien conocida. Orientados primero sus elementos radicales hacia un socialismo moderado, cambiaron luego durante la primera guerra mundial en un sentido francamente revolucionario. Más tarde apareció el sindicalismo, y, finalmente, el comunismo. Una ideología que prevalecía en la región era la de un socialismo de izquierdas, partidario de la conquista del Poder por la acción violenta y la subsiguiente dictadura del proletariado.

Asturias estuvo gobernada en los primeros meses del Alzamiento por el titulado Comité Provincial del Frente Popular, radicado al parecer, en Sama de Langreo, como capital provisional asturiana, Comité del que formaba parte una Comisión Ejecutiva, que entendía exclusivamente en asuntos de guerra y que se hallaba presidida por el Delegado General del Gobierno de la República, Belarmino To-

Ceuta, Alhucemas, Tetuán, Melilla y Larache y dos Tabores de la Mehal-la, reducidos a uno sólo por bajas.

La fuerza total existente en Asturias al liberarse Oviedo puede descomponerse así:

— 70 Compañías de Infantería	13.000	hombres
— 8 Tabores	2.000	»
— 1 Bandera	500	»
— Milicias	1.000	»
— 8 Baterías a pie	900	»
— 10 Baterías con material	1.000	»
— 3 Compañías de Ingenieros	500	»
— Servicios	300	»
— Guardia Civil	700	»
— Guardias de Asalto	200	»

más. Dominaban en el Comité los socialistas, comunistas, anarquistas y, sobre todo, los sindicalistas; los elementos republicanos—que aun siendo extremistas eran tenidos por moderados—no pesaban nada en las decisiones del conjunto (6). Más adelante surgió el Comité de Guerra, integrado por Ramón González Peña, por el partido socialista; Avelino González Mallada, por los sindicalistas, y Juan José Manso, por los comunistas. En el mes de octubre aparece ya, en las proclamas oficiales, junto a los nombres de los jefes del Comité de Guerra y por el Estado Mayor, el de Francisco Ciutat, que al comenzar la campaña era Teniente de Infantería.

La recluta se hacía atendiendo, indudablemente, a dos notas a considerar: el punto de origen y el credo político. En principio tenía lugar por Concejos, en cada uno de los cuales había una lista de los individuos del mismo aptos para marchar al frente. A medida que la autoridad de guerra necesitaba fuerzas para cubrir bajas o efectuar relevos, designaba la proporción en que cada Concejo debía contribuir, sobre la base de los hombres incluidos en su lista.

Pero también el factor político influía en la formación de las unidades. Desde tal punto de vista podían aquí señalarse las siguientes clases de fuerzas: confederales, faístas, republicanas, comunistas, socialistas, carabineros, de Asalto y del Ejército (7).

La masa que propiamente podemos incluir dentro de aquellas banderas era muy numerosa, dura para el combate, con la experiencia adquirida en muchos años de lucha—aunque fuese una lucha *sui generis*—y la especialísima conquistada en la llamada «revolución de octubre». Rara vez se daba por vencida, volviendo, después de una derrota, a la carga, con bríos renovados. Por añadidura contaba con militares profesionales en una abundancia de que otras regiones españolas caídas del lado rojo carecieron (8). Estos jefes dieron, sin

(6) Confróntese el libro de GEMINIANO CARRASCAL: *Asturias*; 18 de Julio 1936-21 de octubre 1937 (Casa Martín. Valladolid, s. a.).

(7) «La Voz de Avilés» de 15 de agosto de 1936 los agrupaba de esta manera.

(8) El Diario de Operaciones de la 8.ª División da diversas noticias de jefes, oficiales y suboficiales, actores de la guerra en el bando enemigo. He aquí lo que, al efecto, consigna aquel diario. Día 1 de agosto: en Villablino hay fuertes contingentes mineros, mandados por un Comandante y dos Capitanes. Día 5: fallece en combate un Teniente de Carabineros. Día 15: cae prisionero el Capitán de Infantería don Antonio Suárez Alvarez. Día 5 de septiembre: entre los prisioneros figuran el Comandante de Infantería Sánchez Paredes y un Brigada. Día 8: entre los prisioneros figura un Capitán de Infantería. Día 16: el grupo enemigo que

duda, una cierta tónica a la instrucción de las masas, que no por defectuosa y pintoresca en muchas ocasiones, dejaba de tener valor (9). Tampoco estuvieron ausentes elementos extranjeros (10).

cruza el Nalón está mandado por un Teniente. Día 5 de octubre: son atacadas las posiciones Quinzana y Pronga por unos 200 hombres al mando de un Teniente.

Un Boletín de Información nacional, de 13 de septiembre de 1936, da estos nombres de profesionales entre las fuerzas que defienden los cursos del Nalón y del Narcea: Comandante Gállego, Capitán Abad, Comandante Beltrán, Capitán de Ingenieros San Mamed, Teniente de Carabineros Cerezo, Teniente de Cuerpo de Tren Echevarría, Alférez de Artillería Roza; más varios Sargentos y Cabos. El Boletín de Información del día 18 dice: «Los talleres de Trubia siguen trabajando a las órdenes del Coronel Franco, su hijo y el Capitán Villegas.» El Boletín del día 20 señala, además del Comandante Gállego, el Coronel Franco y algunos Oficiales de Artillería a más de los de Asalto. El Boletín del 21 de septiembre habla de «algún militar», cuya categoría no se conoce, que manda un grupo de unos 300 hombres. El del 23 señala al Comandante Espiñeira, de Artillería; dirige el frente el Coronel Franco, y cita, además de los ya enumerados, al Teniente Carabera. El del 25 habla del Comandante Carrasco.

(9) En los «Instrucciones para el combate», del Comandante Gállego, dadas con el Boletín de Información nacional el 21 de septiembre, se lee lo siguiente: «1.º El jefe de varios grupos tiene la obligación, siempre que se trate de ofensiva, de dirigirse firme y resueltamente a ocupar el objetivo que se le señale para conseguirlo. El, a su vez, señala a cada grupo a sus órdenes, cuál es el objetivo que debe ocupar, para que, uniendo la acción de todos ellos, conseguir propósito general. Prácticamente se procede de esta forma: uno de los grupos va derecho al objetivo señalado para el conjunto, y otro o varios los refuerzan e impulsan hacia adelante; los restantes grupos reciben, como orden, ocupar objetivos próximos al anterior y que estén a los costados o retaguardia del mismo.

»Por este procedimiento 50 ó 100 hombres colaborarán por caminos diferentes a conseguir el mismo propósito.

»2.º Una de las preocupaciones de los jefes de grupo y de columna, siempre que operen, ha de consistir en enlazarse con los grupos o columnas que operen a sus costados. El enlace no se precisa que esté formado por puestos fijos; es mucho más preferible que lo constituyan parejas que, circulando, se trasladan desde el lugar A, nuestro, al B de un costado y más tarde responde B enviando otros a A.

»3.º Otra preocupación de quien mande fuerzas es evitar por todos los medios, y uno es la violencia, todo movimiento de retirada que no sea consecuencia de una orden escrita dada por quien rige la operación. Igual conducta de exigencia de responsabilidades hay que tener para quienes propagan noticias de alarma, abultando al enemigo, y concediéndole unas maniobras de envolvimiento y pujanza sin ninguna realidad. Estos debilitamientos de nuestra moral y resistencia deben perseguirse inexorablemente...»

(10) El referido Diario de la 8.ª División señala que el día 13 de septiembre se hace prisionero a un jefe, al parecer francés, de la Internacional comunista, y que el 1 de octubre, entre los muertos abandonados por el enemigo figuran algunos extranjeros.

Empujados los jefes e inspiradores por un afán de novedad y a la vez por el prurito de seguir un camino distinto al tradicional conocido de todos, dióse a los combatientes una organización particular, creándose en un primer momento las unidades «Línea» y «Grupo», y más adelante la «Columna», con sus mandos respectivos. No existió aquí seguramente una coordinación técnica de esfuerzos y una disciplina a la manera clásica; pero ello se veía sobradamente compensado con el número y la calidad de los soldados, su sentido intuitivo, y a la vez experimentado, de la lucha, y la posesión de un coraje y una fe en el triunfo cuyo valor sería ridículo desconocer.

En cuanto al armamento, éste era muy numeroso. Procedía de los alijos de armas anteriores al 18 de julio, de los asaltos a los cuarteles de Gijón, de la fábrica de Trubia y del enviado del extranjero a través del puerto del Musel (material francés, belga, mejicano y checo). Había numerosas armas automáticas y mucha Artillería, teniendo en cuenta la época de escaseces generales correspondientes a los primeros meses de guerra. La acción artillera fué siempre molesta y eficaz, y lo propio puede decirse de la Aviación, cuya actuación frecuente, y en ocasiones casi constante, hizo muy peligroso el avance de las Columnas nacionales; además frente a ella, y para contrarrestar su acción, no se dispuso de arma eficaz alguna.

El teatro de operaciones. (Croquis núm. 1.)

Galicia y Asturias tienen una organización topográfica distinta. La primera es una región a la vez atlántica y cantábrica y su dependencia de aquel Océano está reflejada en la cuenca del Miño, que con sus afluentes dibuja un verdadero abanico de ríos, el cual atravesando el país deja sólo una reducida faja costera cantábrica, regada por cursos de agua muy cortos.

Pero ya antes de entrar en Asturias este régimen cambia. El río Eo—casi todo él gallego—tiene regular longitud y se orienta decididamente de Sur a Norte. A su derecha, el Navia, de mucho mayor curso, sigue dirección idéntica. Luego aparecen algunos ríos pequeños, y en seguida el Nalón que, en la primera parte de su recorrido y con su afluente el Narcea, lleva igualmente aquella orientación.

Esta simple inspección de la red hidrográfica nos dice que para unas tropas procedentes del Oeste, el terreno aparece compartimentado en dirección normal a su marcha. Como es lógico las vías de comunicación Oeste-Este son escasas, y prácticamente dos: la costera,

y la que desde Lugo cruza los pueblos de Fonsagrada y Grandas de Salime hasta empalmar, cerca de Tineo, con la carretera de Ponferrada a Canero.

Pero la región asturiana está además separada de las tierras de León por el gran murallón de la cordillera cantábrica, que suponía igualmente un obstáculo para las fuerzas que trataran de invadir Asturias procedentes del Sur, sólo practicable a través de muy escasos pasos. Dos fundamentales hay que considerar: el puerto de Leitariegos, por el que cruza la carretera ya citada de Ponferrada a Canero, y el de Pajares, atravesado por la general de León a Oviedo. Entre ellos hay dos: el de Somiedo y el de la Ventana, sin valor militar alguno.

Idea general de la maniobra nacional para el socorro a Oviedo. Etapas a considerar.

Uno de los principales problemas que se ofrecieron aquí al Mando nacional era el de contar en todo momento con una retaguardia adicta. Inicialmente consiguióse esto con las operaciones de limpieza llevadas a cabo sobre el territorio gallego y parte del leonés; mas, al adentrarse las fuerzas de Asturias, el problema de la seguridad se manifestó con caracteres graves.

Para llegar hasta Oviedo es preciso, como se vió antes, salvar dos órdenes de obstáculos, orientados de Norte a Sur y de Oeste a Este. Respecto a los primeros, la posesión de la cuenca del Eo—en territorio gallego, salvo los últimos kilómetros—no aparecía difícil; la del Navia surgía más peligrosa; y más aún la del Narcea. Respecto a los segundos, la lógica enseñaba que había que salvar forzosamente algún puerto sobre la divisoria cantábrica.

Las carreteras escogidas entre las que van de Galicia a Asturias fueron dos: la de la costa y la que pasa por Grandas de Salime; mas por las razones que luego se verán sólo pudo utilizarse, en un momento inicial de las operaciones, la primera. De las que penetran desde tierra leonesa en la asturiana, prefirióse la de Ponferrada a Canero. La del puerto de Pajares es muy excéntrica, en relación con un ataque por la costa, y muy alejada de Galicia; pues no debe olvidarse que, según lo dicho antes, únicamente pudieron liberar Asturias las columnas formadas a base de los Regimientos gallegos.

Elegidas así dos direcciones de penetración, la unión de las fuerzas que las seguían significaba la solución de un ataque convergente de

indudable valor. Esta unión tuvo lugar en el cruce de La Espina y representó el final de una etapa inicial.

Una segunda fase acaba con la llegada de las columnas liberadoras a los cursos de los ríos Nalón y Narcea.

Finalmente el contacto material con Oviedo representa el término de la última etapa del socorro.

PRIMER PERIODO

HASTA LA LLEGADA AL CRUCE DE LA ESPINA

(29 de julio-27 de agosto)

Acciones de cobertura. (Croquis núm. 1.)

En los primeros momentos las unidades nacionales persiguieron el llevar al enemigo lo más lejos posible de la retaguardia propia, lanzándose por las vías naturales de penetración, en un forcejeo por ganar, a la vez, tiempo y espacio. Respondiendo a este propósito creáronse en Galicia las primeras columnas de socorro.

El 28 se organiza en Lugo la columna Ceano, con la misión de penetrar en la provincia asturiana siguiendo la carretera de la costa; se compone de cinco unidades tipo Compañía, una Batería y algunos Servicios (11). La columna sale de Lugo el 29 y pernocta en Ribadeo. El 30 avanza hasta Vegadeo—donde se encuentra fuerte resistencia, que vence maniobrando—y Castropol. El 31 llega hasta La Caridad; el adversario no presenta combate y ha destruído sistemáticamente todas las obras de fábrica de la carretera. El 1 de agosto Ceano ocupa Navia, cuyo puente sobre el río de ese nombre aparece volado, lo que no le impide llegar a la otra orilla (12).

También el 1 de agosto se forma la columna López Pita (13), con-

(11) Constaba la Columna, en realidad, de dos Compañías de fusiles, una de ametralladoras, una de guardias de Asalto, una de «movilizados» (según dice textualmente el Diario de Operaciones de la 8.ª División), una de Sanidad, una Batería de montaña, una Sección de morteros y los vehículos indispensables.

(12) Tres soldados voluntarios lo pasaron a nado, cogiendo unas barcas de la orilla opuesta, en las que cruzó el río la tropa. Se construyeron balsas para pasar igualmente los camiones.

(13) La Columna estaba integrada por fuerzas de Lugo, Orense y La Coruña; es decir, probablemente, de los Regimientos allí radicados.

centrada igualmente en Lugo, con la misión de marchar por Fonsagrada, Cangas de Tineo y Villablino a Ponferrada. Pero las **confidencias** de la Guardia Civil y paisanos, confirmadas por un reconocimiento hecho por elementos destacados de la misma columna, que señalan fuertes núcleos de mineros, dirigidos por militares profesionales, más la voladura del puente sobre el río Navia, próximo al pueblo de Grandas de Salime, aconsejan cambiar el itinerario, marchando directamente a Ponferrada.

El 3 la columna Ceano encuentra gran resistencia en los alrededores de Villapedre, donde el enemigo, atrincherado y dotado de ametralladoras, espera el avance de las tropas. Hay un duro encuentro, el primero en esta campaña verdaderamente sangriento, siendo herido el jefe de la Columna, al que sustituye el Comandante Teijeiro (14).

El mismo día 3, López Pita llega desde Ponferrada a Villamartín, donde halla volado un puente. El 4 ocupa Páramo del Sil, apareciendo la carretera destruida en más de 40 metros, con otras muchas voladuras, por lo que se ordena seguir la marcha a pie y tomar las medidas pertinentes con vistas a dotar a las tropas de ganado.

En esta última jornada se organiza la nueva columna Ollo, que inicia su marcha hacia Ponferrada (15).

Ocupación de Luarca y Villablino.

El día 5, Teijeiro llega a dos kilómetros de Luarca, luchando con un enemigo que, con creciente resistencia, emplea armas automáticas y camiones blindados; ambas partes sufren pérdidas cuantiosas. Al día siguiente prosigue el laborioso avance, frente a un adversario que incrementa constantemente su número y dispone de Artillería y Aviación. En vista de lo cual se dispone que la columna Ollo, que se ha concentrado en Ponferrada, venga hacia la costa como refuerzo, lo que tiene lugar el día 7.

En tanto, López Pita ha entrado, el 6, en Villablino, después de un largo combate, y en la jornada siguiente toma contacto con fuerzas procedentes de León, asegurando así aquella conquista.

El 8, Ollo y Teijeiro ocupan Luarca, prosiguiendo su avance y

(14) La Columna tuvo 30 bajas. Se calcula que se hizo al enemigo unas 200, de ellas 50 muertos vistos.

(15) Las fuerzas procedían de La Coruña, Vigo y El Ferrol.

buscando el envolvimiento por la derecha del pueblo de Canero. Esta operación, por la forma de maniobrar y por haber cooperado a ella la Aviación y el fuego del crucero «Almirante Cervera», produce honda desmoralización en el enemigo, que en el primer momento huye a la desbandada (16).

El 9, la lluvia y la niebla sólo permiten, por la costa, la mejora de posiciones y la reorganización de los efectivos con los nuevos elementos enviados desde La Coruña; pero López Pita ocupa Villager y, en combinación con fuerzas enviadas desde León, Villaseca.

Una nueva columna (Comandante Arteaga), dotada de medios a lomo, se concentra en Ponferrada para seguir a Villablino (17).

El 10 se ocupa, por el Norte, Canero y Trevias, y el 11, Brieves, interesante cruce de carreteras. También aquí se van convirtiendo las tropas motorizadas en unidades de montaña, según lo exigen la naturaleza del terreno y las cuantiosas destrucciones. El terreno es disputado palmo a palmo.

Ocupación de La Espina. Mando del Coronel Martín Alonso.

El 12, por la costa, ocupan Cadavedo las columnas de Teijeiro y Ollo, siendo este último herido y sustituido por el Comandante Castro. Por el interior, López Pita, coordinando su acción con las tropas leonesas, robustece y amplía su flanco derecho con la conquista de La Vega de los Viejos. La columna Arteaga, en tanto, emprende su marcha hacia el puerto de Leitariegos.

El día 13, y al objeto de armonizar los movimientos de todas las columnas, se designa jefe de las mismas al coronel Martín Alonso. Se reciben refuerzos y se reorganizan las unidades. La Aviación enemiga, aun en días de calma, interviene frecuentemente, bombardeando las localidades ocupadas (18).

(16) Dejó abandonada una camioneta cargada con dinamita, un fusil-ametrallador y granadas de mano.

(17) La Columna constaba de tres Compañías de fusiles, una de ametralladoras, una Centuria de Falange y dos piezas de artillería.

(18) La preocupación ante la Aviación enemiga era lógica y originó una orden general de la División de fecha 8 de agosto. En ella se daban instrucciones muy concretas a este respecto: «Las columnas en marcha observarán con rigor las precauciones reglamentarias de seguridad, vigilancia y defensa de fuegos contra aviones»: dispersión, ocultación bajo los árboles, cunetas o límites de cultivos, guarda de intervalos no inferiores a 30 metros en las columnas motorizadas, etcé-

El 15, Arteaga entra en Caboalles. Al Norte, Teijeiro ocupa el 17 la Central Eléctrica que suministra energía a la cuenca de Mieres, a Reinosa y a Santander, entrando el 18 en Paredes; mientras que ese día Arteaga gana el puerto de Leitariegos. El 19, las avanzadillas de Paredes y Brieves sufren los primeros contraataques registrados; poco a poco la guerra se va haciendo más dura.

El 21 de agosto mejora la situación por la costa, alcanzándose la línea Novellana-Arcayana; en tanto que Arteaga conquista Vallado.

El 22 toma el Comandante Gómez Iglesias el mando de las columnas López Pita y Arteaga, entrando al anochecer en Cangas de Tineo. Al día siguiente fuerzas de León robustecen más aún el flanco derecho, ocupando el puerto de Somiedo.

El 24, Teijeiro gana el pueblo de Adrados, continuando el avance en dirección al cruce de La Espina. El 25, Gómez Iglesias, tras un combate con fuertes núcleos enemigos sostenido a 5 kilómetros de Tineo, entra en esta localidad, a viva fuerza (19).

El 26, las tropas de Teijeiro se establecen a unos cuatro kilómetros al Suroeste de La Espina, mientras que las de Gómez Iglesias avanzan al Norte de Tineo. El enlace de las columnas tiene lugar el 27, en las proximidades de La Espina. El 28 se ocupa el cruce de ese nombre, no sin combatir duramente; es herido el Comandante Gómez Iglesias.

El día 30 se recorre la carretera que pasa por Grandas de Salime y la Pola de Allende, la cual aparece libre de enemigo. Este, comprendiendo la creciente gravedad de la situación, lleva a cabo el mismo día 27, en que tuvo lugar el enlace de las columnas, violentos ataques en la provincia de León, principalmente sobre el puerto de Somiedo; ataques que se repiten en días sucesivos.

Consecuencias

La ocupación de La Espina revistió inusitada importancia, pues al permitir la libre circulación por la carretera Ponferrada-Canero se

tera. Las medidas generales de defensa y escucha son diversas y se detallan perfectamente.

(19) La lucha fué sangrienta. Entraron en el pueblo las fuerzas con la bayoneta calada, desalojando de sus posiciones al enemigo, que huyó a la desbandada, abandonando gran cantidad de armas, una pieza de artillería, víveres y municiones de todas clases.

avanzaba extraordinariamente la zona de retaguardia hacia el Este ; a espaldas de la misma quedaba un terreno limpio de enemigo. Las columnas nacionales contaban en adelante con tres vías de penetración en dirección a Oviedo : la carretera de la costa, la que con un trozo de camino de herradura lleva de Brieves a San Martín de Luiña, y la general por La Espina, Salas y Grado.

Ello suponía para la capital del Principado un aliento grande. Desde los primeros días de agosto había tenido que abandonar su actitud ofensiva, para limitarse a soportar un cerco que se apretaba por momentos ; el 21, además, se había rendido el último reducto de Gijón, lo que dejaba libre, para ser empleada donde mejor se creyera, una masa grande de combatientes rojos.

SEGUNDO PERIODO

LLEGADA A LOS CURSOS DEL NALÓN Y EL NARCEA

(28 de agosto-9 de septiembre)

Ocupación de Salas y San Martín de Luiña. (Croquis núm. 2.)

La lucha por la costa es muy encarnizada en los últimos días de agosto y primeros de septiembre, principalmente ante el pueblo de San Cosme. Más al interior, las fuerzas que operan desde La Espina y son mandadas por el Teniente Coronel De Miguel ocupan el pueblo de Salas.

El 4, rompen la resistencia enemiga las columnas de la izquierda y centro, conquistándose, después de hacerlo con Soto de Luiña y San Cosme, el pueblo de San Martín de Luiña, en un avance rápido y fácil.

Llegada al Nalón y al Narcea.

El 5, se alcanzan Villademar y San Cristóbal, llegándose muy cerca de Cudillero y Pravia. El adversario se ofrece tenaz y valeroso, pero resulta vencido merced a la capacidad de maniobra de las tropas del Comandante Prado, que opera por la costa, y del Comandante Teijeiro, que actúa a la derecha de aquél. Las bajas sufridas por el contrario son cuantiosas, y el botín de guerra muy considerable. Su aviación interviene con intensidad, sin que los nacionales puedan impedirlo.

El 6 son ocupados, en la costa, Cudillero y El Pito, progresando las fuerzas del Comandante Teijeiro al Este de San Cristóbal; la resistencia encontrada es muy grande y la aviación enemiga molesta constantemente, haciendo muy penosos los avances diurnos. La Columna del Teniente Coronel De Miguel conquista Villazón.

El 7 ocupa el Comandante Prado San Esteban y Muros de Nalón, y Teijeiro, Pravia, donde tiene que entrar cargando a la bayoneta (20).

El 8 hay ataques adversarios sobre la retaguardia de la columna De Miguel, al Sureste de Salas, que han de ser contrarrestados.

El 9 de septiembre puede darse por asegurado el dominio de las márgenes izquierda del Nalón hasta su confluencia con el Narcea y de éste hasta el pueblo de Cornellana, que aún persiste en poder del enemigo.

Consideraciones.

La resistencia encontrada en general, ha sido grande, vencida sólo por la mejor calidad de las fuerzas nacionales, frente a la superioridad numérica y en medios del contrario. La acción de su Aviación ha resultado muy eficaz y constituye un factor adverso de importancia para las columnas gallegas. Ha habido además un ataque o infiltración sobre posiciones a retaguardia, primero de los muchos que tendrán lugar en los próximos días.

El adversario ha elevado indudablemente su moral, porque cree próximo el fin de la resistencia del Coronel Aranda en Oviedo, al igual que ocurrió con la del Coronel Pinilla en Gijón. La situación de la capital asturiana, en efecto, se agrava por días y todo hace presagiar un fatal desenlace. Precisamente los días 8 y 9, en que termina este período que hemos estudiado, son allí verdaderamente críticos.

Con la llegada a las márgenes del Nalón y Narcea se deja a la espalda un rectángulo de verdadero valor táctico, apoyado por uno de sus flancos en el mar; desde su lado oriental, las tropas están a 25 kilómetros en línea recta de Oviedo. Queda el Teniente Coronel De Miguel al frente de la retaguardia propia (Puerto de Leitarie-

(20) Sin embargo, las tropas fueron aclamadas delirantemente por el vecindario. El enemigo abandonó bastantes muertos, dejando igualmente diverso material de guerra, en el que figuraban cuatro ametralladoras, un mortero, municiones y un camión blindado.

gos-Cangas de Tineo-La Espina-Luarca) mientras que el Coronel Martín Alonso, con las columnas Arteaga, López-Pita y Teijeiro se dispone a lanzarse sobre la capital del Principado.

TERCER PERIODO

LIBERACIÓN DE OVIEDO

(10 de septiembre-17 de octubre)

La elección del «pasillo» de Oviedo. Características de esta etapa.
(Croquis núm. 3.)

Para llegar hasta Oviedo desde las márgenes de los ríos Nalón y Narcea, hay una carretera directa y otra que da un amplísimo rodeo pasando por Avilés. Utilizar esta última, además de la primera, suponía el empleo de efectivos considerables, la conquista de una ciudad con un extenso casco y la dificultad de establecer una línea final sólida; quizá también un mayor margen de tiempo. En cambio el camino que dibujaba la carretera general era más directo y demandaba menor densidad de fuerzas, aunque siempre ofrecería los inconvenientes de las luchas frontales y el tener muy débiles los flancos.

Esta segunda solución fué la elegida, y la que originó el que, a la larga, se llamó «pasillo» y «corredor» de Oviedo o de Grado.

La etapa que vamos a considerar fué la más dura de todas, tardándose en recorrer una distancia en línea recta de 25 kilómetros treinta y siete días, lo que representaba una progresión diaria de menos de 700 metros. Es muy característica de ella los contraataques del enemigo y sus peligrosísimas infiltraciones por puntos que pueden suponer un estrangulamiento de las comunicaciones. Resulta frecuente el tener que suspender una operación proyectada para, con aquellas mismas fuerzas, restablecer la situación quebrantada de la retaguardia propia.

Oviedo sufre, en tanto, una presión superior a sus propios y merma-
dísimos recursos, siendo bombardeado constantemente desde el
aire y batido en tierra por toda clase de medios. Su defensa adquiere
carácter de desesperada, y el repliegue, aunque lento y escalonado,
es general sobre el casco de la población. En los últimos momentos,

los escasos defensores se disponen a morir luchando en cinco reducidos previamente preparados (21).

Paso del Narcea y ocupación de Cabruñana y Grado.

El 11 de septiembre, las columnas Teijeiro, López-Pita y Arteaga realizan el paso del Narcea en un frente de unos ocho kilómetros. Por la derecha, Arteaga conquista Cornellana y cruza el río; por el centro López-Pita ocupa, de Norte a Sur, Sierra Sollera; y por la izquierda Teijeiro, corriéndose al Este de la misma, alcanza posiciones próximas a Grado.

El 12, Arteaga continúa en su misión de fijar al enemigo, mientras las otras dos columnas prosiguen sus movimientos envolventes. La resistencia ofrecida ante Cabruñana resulta considerable y las bajas son grandes en ambas partes.

La información acusa los planes rojos, que se resumen en impedir el paso del Nalón entre San Esteban y Pravia, y defender encarnizadamente Cabruñana. Este punto fuerte, bien dotado de organizaciones defensivas, ha sido reforzado con guardias de Asalto, carabineros, milicianos, soldados del Regimiento de Simancas y movilizados, cifrándose los efectivos en unos 5.000 a 6.000 hombres; jefes profesionales destacados son aquí el Comandante Gállego y el Capitán Abad. Se tienen noticias de que el adversario cuenta con varios fusiles-ametralladores, unas 30 ametralladoras y algunos morteros de 51 milímetros; habiéndose localizado perfectamente hasta siete piezas de artillería de 75 y 105 milímetros, cuyos disparos son precisos. Trubia constituye el gran depósito de material, que se proyecta defender a toda costa.

El 13, con lluvia e intensa niebla, que hace difícil la observación del tiro de Artillería y el enlace entre las Unidades, prosigue el lento avance, haciéndose cargo de las columnas López-Pita y Arteaga, el Teniente Coronel Gómez Iglesias. Un ataque enemigo rechazado a una de nuestras posiciones frente a Cornellana es particularmente sangriento (22).

El sistema defensivo que el adversario posee ante Cabruñana es

(21) Confróntese el trabajo «Sitio y defensa de Oviedo», del General Aranda, publicado en la revista *Ejército*, núm. 7, agosto de 1940.

(22) El asalto fué dirigido por un extranjero, al parecer francés, de la Internacional comunista.

asaltado victoriosamente el día 14, quedando así, con la ocupación del pueblo, despejado el camino a Grado. El botín cogido resulta cuantioso, así como las bajas causadas (23).

El 15 se conquista Grado, con escasa resistencia. Con ello queda prácticamente ocupado el terreno situado entre los ríos Nalón, Narcea y Cubia, y las alturas a la derecha de la carretera general. Pero su dominio es muy precario, como pronto ha de verse.

Avance sobre Trubia. Contraataques e infiltraciones.

La información acusa ahora los propósitos del enemigo de defender a todo trance la línea Peñafior-Gurullés, fortificando además activamente la margen derecha del Nalón, hasta su encuentro con el Narcea; están preparados todos los puentes para ser destruidos y proyectada la voladura de la fábrica de Trubia. La pérdida de Cabruñana y Grado ha influido en la moral del adversario, deprimiéndola en parte, lo que no impedirá llevar a cabo pronto una serie de fortísimas reacciones que vamos a considerar.

El 16 avanzan las fuerzas de Gómez Iglesias varios kilómetros en dirección a Trubia, pero se ven detenidas principalmente por la acción intensa de la Aviación. Un grupo enemigo al mando de un oficial cruza el Nalón frente a Pravia, siendo rechazado.

El 17, con un tiempo lluvioso, prosigue el penoso avance de las fuerzas de Gómez Iglesias, frente al numeroso adversario bien provisto de Artillería.

El 18 hay contraataques en los flancos de las comunicaciones con Grado. Pese a ello Gómez Iglesias ocupa posiciones próximas a los pueblos de Gurullés y Bascones. El enemigo aumenta constantemente sus efectivos; suenan aquí, como las más destacadas, las columnas de los cabecillas Travanco y Fandiños; frente a Trubia hay unos 1.500 hombres.

El 20 se inicia el movimiento general sobre Trubia, que es parado en seco por una resistencia encarnizada, la cual produce sensibles bajas. A la vez, núcleos importantes atacan nuestras posiciones a la altura de Cabruñana y sobre Gurullés, y más al Norte cruzan el Nalón, por San Tirso, y ocupan parte de Sierra Sollera.

(23) Figuran en él un cañón, ametralladoras, morteros, fusiles, municiones, víveres y vestuario. El enemigo, en su retirada, deja abandonados más de 100 muertos; pero los informes acusan además unos 300 heridos o muertos.

Para destruir esta importante infiltración se monta una operación en regla, en la que intervendrán las columnas Teijeiro, que avanzará por el camino de Grado a Pravia y La Mortera, y López-Pita, que lo hará por la carretera de Cornellana a San Tirso. La operación se lleva a cabo el día 21, con éxito.

Dos fechas más tarde se pierde una posición de Gurullés, que es inmediatamente reconquistada.

El 25 se ocupa Peñafior y alturas inmediatas, pero el adversario vuelve a pasar el Nalón, por Prahua, cortando además las comunicaciones entre Gurullés y Grado.

Este último contratiempo es salvado el mismo día 25 por la noche, pero el otro obliga a planear una operación de envergadura, que se desarrolla durante los días 27 y 28, en los que la columna Teijeiro avanza hacia el Norte partiendo de Grado, y la de López-Pita lo hace desde Quinzanas hacia San Tirso; apoyando el movimiento otras fracciones desde Cabruñana y Sierra Sollera.

El mismo día 27 son de nuevo atacadas las posiciones avanzadas de la línea Peñafior-Gurullés, infligiéndose al enemigo un duro castigo (24), pese a lo cual continúa su presión en este sector en fechas sucesivas (25). Además, y como consecuencia de la actividad de los buques adversarios, hay que montar una vigilancia especial y tener tropas dispuestas, distintas a las embebidas en el frente terrestre, para acudir al sitio amenazado si se intenta desde aquéllos un desembarco o golpe de efecto (26).

La situación permanece, pues, estacionada a lo largo de los días y puede calificarse en muchos instantes de crítica. El enemigo, que es reforzado constantemente, haciendo uso sin tasa de una reserva de hombres que parece no tener fin, trata de alcanzar la iniciativa y, en parte, lo consigue (27). Así, las fuerzas nacionales están deman-

(24) Más de 100 muertos fueron abandonados en el campo de batalla.

(25) Los ataques tienen lugar los días: 28, en que las fuerzas defensoras sufren seis muertos y veinte heridos de tropa y dos bajas de oficial; 29, con un muerto y veintinueve heridos; 30, y 1 y 4 de octubre.

(26) Intervinieron tres destructores y un submarino que bombardearon varios pueblos, entre ellos Navia y Lueca, más otras embarcaciones mayores, las cuales permanecieron alejadas, viéndose también pesqueros con personal.

(27) Las reservas de hombres procedían no sólo de Asturias. En efecto, el Boletín de Información de 29 de septiembre señalaba la llegada de «bastante gente procedente de Santander y Bilbao, en su mayoría de este último punto».

dadas más por la necesidad de tapar los boquetes que de continuo se abren de frente y por sus flancos, que por el libre deseo de seguir avanzando.

La moral roja con estos avatares sube indudablemente de grado. Oviedo, además, pasa por momentos cada vez más difíciles, que exigen un socorro rápido. Los partes adversarios comienza a hablar del frente asturiano, más como un peligro pasado o a punto de pasar (28).

En definitiva, se ha llegado a una situación de equilibrio—muy activa desde luego—que amenaza con romperse a favor del bando contrario.

Progresión al Norte del Nalón.

Aparte de las reacciones del enemigo había que considerar su tenaz defensa de la vía de penetración que, por las proximidades de Trubia, conduce a la capital asturiana. Ello obligó, sin duda, al mando nacional a cambiar su plan de maniobra, buscando ahora la carretera, al Norte de la anterior, que por el cruce de Escamplero lleva a Oviedo.

Mas aun partiendo de la relativa sorpresa que así se causaría, los efectivos nacionales resultaban para esta maniobra excesivamente exigüos: escasos en número, sus filas estaban muy mermadas, y el cansancio se acusaba en la mayoría, pese a conservar todos una excelente moral.

Para paliar esta penuria, llegan el día 4 dos unidades marroquíes del Tercio y Regulares, y en jornadas sucesivas seis más (29); con ellas se va a pretender quebrar la resistencia enemiga y levantar el cerco de Oviedo, cuya situación es casi desesperada.

(28) El parte del día 18 de septiembre dice: «Nuestras tropas han logrado eliminar definitivamente el peligro de un ataque faccioso por la parte occidental y han tomado la iniciativa en la parte Norte.» El del 24 señala: «Las tropas de la República son dueñas de la totalidad de Asturias, excepto de la capital.»

(29) El 4 llegaron la III Bandera de la Legión a Grado y el III Tabor del Grupo de Regulares de Ceuta a Cabruñana. Ambos operarían, en adelante juntos y formando parte de la Columna Teijeiro. El 11 llegaba al frente el IV Tabor de Ceuta, el 16 a Escamplero el IV Tabor de Larache y el 17, a tiempo de combatir y entrar en Oviedo, el IV Tabor de Melilla. Intervinieron también en las operaciones el IV Tabor de Tetuán, el IV Tabor de Alhucemas y dos Tabores de la Mehal-la.

Ya el día 3 se había ocupado el pueblo de Cuero, al Norte del Nación, mas el avance decisivo comienza, en realidad, el día 7, en que se rompe el frente por ambas orillas de aquel río, encontrándose fuerte oposición que no impide progresar unos tres kilómetros. Los rojos se batían con tenacidad y son apoyados eficazmente desde el aire. En vanguardia marchan las fuerzas del Tercio y Regulares, que ocupan Bolgues, Palacín, El Soto y Santullano (30).

Al día siguiente actúa intensamente la Aviación contraria, que al fin es puesta en fuga por la caza nacional, la cual protege luego el bombardeo de las posiciones enemigas. El avance es, con todo, muy penoso.

Los días 9 y 10 un temporal de lluvias hace aún más duro el movimiento de las unidades. Pese a ello se conquista Balsera.

El 11 hay un duro contraataque por el flanco izquierdo, que es contrarrestado, ocupándose luego Otero. La lucha resulta encarnizada en todo momento.

El 12, se conquista, desde Gurullés, el punto denominado La Tejera, a fin de facilitar el avance por el Norte, por donde continúan la serie de combates muy cruentos, progresándose lentamente.

El 13 es decisivo, al ocuparse Escamplero. El 14 se descansa, y el 15 se conquistan las alturas que dominan el pueblo de Gallegos y las situadas al Este de la carretera de Santullano a Balsera; pero la densa niebla impide terminar la operación. La resistencia del adversario ha cedido notablemente.

Ello facilita que el 16 se entre en el poblado de Gallegos y alturas al Norte del mismo, permitiéndose que la Artillería dé un salto. El campo entre Soto y Escamplero aparece sembrado de cadáveres. Las fuerzas del Tercio, totalmente diezmadadas, han de ser retiradas del campo de batalla.

Enlace con los defensores de Oviedo.

El 17, por la mañana, una columna pasa el Nora y ocupa loma a loma las cumbres de la Sierra del Naranco, hasta el vértice Paisa-

(30) En el Diario de la III Bandera se lee: «La Bandera... es sometida, desde el amanecer, a violento fuego de artillería y demás armas automáticas, así como bombardeos aéreos... Ambos montes son asaltados, el primero repetidamente, y a pesar del terrible fuego que el enemigo, bien parapetado, hacía a los asaltantes, es aquél perseguido con bombas de mano y bayoneta...»

no, punto el más elevado de aquélla. Al amparo de la anterior, otra columna cruza igualmente el Nora, más al Sur, y sigue por Lorianana, Villamar y loma Pando, enlazándose a las siete y media de la tarde con los defensores de Oviedo. Una tercera columna había salido de Escamplero, dirigiéndose, para cubrir el flanco derecho, hacia San Claudio (31).

CONSIDERACIONES

El problema militar

Militarmente el socorro a Oviedo se presentaba como una operación audaz, enérgica, típicamente ofensiva. El terreno era escabroso, plagado de enemigos, adecuado como pocos para la defensa y la lucha de guerrillas. En estas circunstancias sólo era posible moverse en él, si no con seguridad—que en Asturias resultaba prácticamente imposible—sí con holgura y desahogo, poseyendo una altísima moral, voluntad de vencer a toda prueba y superioridad técnica. Por existir estos sólidos cimientos no se realizó una empresa aventurada, a borde del fracaso.

Pero el socorro, triunfante y todo, resolvía un problema—el de rotura del asedio de la capital—a costa de plantear otro: el de la creación de una situación táctica muy peligrosa. En efecto, establecido el «pasillo de Oviedo», se creaba un corredor de muy débiles «paredes», estrechísimo y dominado en muchos puntos por posiciones enemigas. Pasillo que sólo tenía valor como situación de paso, base de partida para la realización de otras operaciones de más amplios vuelos. Por ejemplo, la ocupación del rectángulo situado al Norte del mismo, conquistándose Avilés y Gijón.

Nada de esto pasó inadvertido para el Mando, y en tal sentido dirigióse el General Aranda al General Mola, el 19 de octubre, esto es, inmediatamente después del enlace verificado dos jornadas an-

(31) La fracción que ocupó el Naranco estaba formada por fuerzas indígenas y la mandaba el Comandante Gallegos. La que marchó al amparo de la anterior estaba mandada por el Comandante don Jacobo López. Entre las fuerzas que ocuparon el Naranco figuraban el IV Tabor de Alhucemas, IV Tabor de Ceuta y IV Tabor de Tetuán. Entre las que entraron en Oviedo hay que citar al III y IV Tabor de Ceuta y al IV Tabor de Melilla.

tes (32). El General Aranda planteaba los inconvenientes de una situación muy peligrosa, derivada de la larga línea de etapas y del estado de las unidades, que necesitaban ser completadas en sus efectivos e incrementado el conjunto con otras de refresco. En todo caso la situación, si se estabilizaba, podía dar lugar a momentos muy peligrosos.

(32) He aquí lo que decía el General Aranda en un telegrama oficial dirigido al General Jefe del Ejército del Norte a las veinticuatro horas del día 19 de octubre de 1936:

«Al tomar mando fuerzas Asturias debo informar V. E. situación general defensiva absoluta forzada por necesidad sostener larga línea etapas y estado desolador organización efectivos unidades regadas en el camino atendiendo circunstancias momento. Hay 11 batallones de tres compañías, la mayoría sin ametralladoras; una Bandera en cuadro; 2 Tabores Regulares normales y 4 en cuadro; 2 Tabores Mehalla, todos estos indígenas muy modernos, más 9 baterías, en total 7.000 hombres muy cansados, todos embebidos en posiciones sin columnas ni reservas, lo que hace resultar débil toda la línea y en todas partes y aun así, comunicaciones Escamplero-Oviedo son muy precarias, parecida a la que tuvo Xauen, por tener flanco descubierto gran trecho.

»Mi opinión es que precisa de absoluta necesidad enviar rápidamente los 3 batallones restantes de los 5 anunciados para poder responder ataques enemigo que dispone de 10 a 12 mil hombres de gran acometividad, mejor armamento y poseyendo iniciativa operaciones. Después, remitir de Galicia de tres a cuatro mil hombres sueltos para que cada Batallón tenga cuatro compañías de fusiles y una de ametralladoras y cada Tabor 400 hombres constantes. A medida se consiga, puede rectificarse trazado y guarniciones fortificando las precisas a fin de sacar todas las unidades de choque y algunos batallones para columnas situadas en Grado, Escamplero y Oviedo prosigan ocupación hasta línea Oviedo-Gijón. Todo ello precisa ser rápido y simultáneo, pues gota a gota será neutralizado por las bajas y dará lugar a que enemigo reaccione y cree otra situación difícil.

»Problema militar Asturias está muy serio por grandes reservas enemigo acrecentadas por nuevo cargamento de armas que se dice trae el «Cristóbal Colón» de Rusia a Gijón.

»Creo debe dedicársele atención precisa para salir de atonía actual que estimo peligrosa. Base tales apreciaciones es copiosa y veraz información sobre enemigo que ha sumado fuerzas Santander, dispone del mar y obtiene un constante apoyo de su Aviación.

»Ruego no vea en todo esto pesimismo ni desaliento, sino deseo de hacer saber la verdad estricta a tiempo, pues siempre pondré igual espíritu en cualquier mando subordinado o servicio en que pueda ser útil, pero no responder de una situación tan precaria que puede llevar inesperadamente a aislar de nuevo Oviedo y replegar fuerzas a línea Nalón.»

Hemos transcrito íntegro este documento, porque él pone de manifiesto, mejor que cualquier otra consideración, el mérito de la acción realizada por las Columnas del Coronel Martín Alonso, y la situación verdaderamente crítica que existía.

Estos planes no pudieron llevarse adelante, por haberse entrado ya en la estación de lluvias, y por los problemas constantes que se presentaban al Alto Mando nacional sobre aumentos de efectivos. Pero los peligros del mantenimiento de una defensiva en Asturias se manifestaron bien pronto, y a lo largo del período 1936-1937, en las ofensivas rojas desencadenadas en diversas ocasiones.

El problema político.

El levantamiento del asedio de Oviedo supuso un duro golpe a la moral de los sitiadores, y puede decirse que a la de toda la zona roja. La capital asturiana, por su carácter psicológico y social y por los antecedentes de la llamada «revolución de octubre», era una de las presas más codiciadas por el enemigo. Y en general Asturias toda constituida un señuelo, un formidable acicate para mantener posiciones firmes y aún acciones ofensivas en otras partes. (En Madrid, cuya defensa por esta época se planeaba ya a ultranza, frente a las columnas que venían desde Sevilla, Asturias era el mejor ejemplo a imitar.)

Oficialmente negóse casi de modo absoluto el avance de las fuerzas procedentes de Galicia, hablándose sólo del sitio de Oviedo, que cada vez era más cerrado, hasta suponerse, ya en vísperas del 17, que la capital estaba prácticamente conquistada, a excepción de algunos reductos aislados (33).

(33) Durante muchos días los partes de guerra sólo hablaban del estrechamiento del cerco en torno a Oviedo. Las crónicas periodísticas, sin embargo, dejaban asombrar una parte de la verdad.

He aquí lo que decía, por ejemplo, *Mundo Obrero*. Día 9: «En el frente occidental han hecho su aparición tropas mercenarias. Unos 600 regulares y 300 del Tercio». Día 13: «Las fuerzas enemigas, integradas por contingentes gallegos, regulares y del Tercio, fueron rechazadas con numerosas bajas». Día 15: «En el frente occidental el enemigo se ha estrellado nuevamente contra la barrera infranqueable de los mineros». Día 16: «En Occidente ha habido durísimo combate, que continúa aun entrada la noche... A pesar de sus bárbaros esfuerzos y del derroche de vidas, el enemigo no ha logrado avanzar en el día de hoy ni un solo metro».

Todavía el 17, el mismo periódico comenta, junto al silencio de los partes: «Nuestras fuerzas toman café en los Bares céntricos de Oviedo». El parte del día 19 dice así, refiriéndose por primera vez a las Columnas liberadoras nacionales: «Las columnas de mineros luchan encarnizadamente con un fuerte contingente enemigo que, procedente de Galicia, pretende auxiliar al ex Coronel Aranda, manteniendo en todo momento la iniciativa de la batalla y produciendo a los rebeldes centenares de bajas».

Carácter general de la operación.

El socorro a Oviedo es un claro ejemplo de una operación militar llevada a cabo con un grupo pequeño de fuerzas regulares, instruídas y decididas, frente a una masa cuantiosa, bien armada y abastecida, que pretende alcanzar la victoria por caminos irregulares; como tales pueden considerarse la ausencia de mandos—salvo excepciones, que aunque en buen número no dejaban de confirmar la regla—la disciplina arbitraria infundida por una moral revolucionaria y la personalidad de los cabecillas, y la carencia de un verdadero plan militar frente a las columnas nacionales.

Estas tuvieron que luchar contra toda clase de factores adversos: terreno, psicología de los habitantes de la región, armamento del adversario—aunque fuera manejado defectuosamente muchas veces—y número de éste, con reservas prácticamente ilimitadas.

Sobre esta base llevóse a cabo una acción audaz, rápida, todo lo que las circunstancias permitían, concéntrica en un primer momento, frontal después, maniobrándose siempre que se pudo. En ella las unidades nacionales fueron embebiéndose rápidamente, no supliendo sino muy precariamente los claros así producidos, por bajas en el combate y necesidad de guardar los larguísimos flancos, otras unidades nuevas. Puede asegurarse que el levantamiento del sitio de Oviedo no hubiera sido realidad sin la llegada al teatro de operaciones de las tropas morroquies y peninsulares, que tuvo lugar a partir del día 4 de octubre.

Balance de bajas

No es posible, ni remotamente, dar un balance de bajas de las fuerzas enemigas. Las propias podían cifrarse en un total de 2.600, desglosadas de esta manera:

Desde Ribadeo a La Espina y Novellana, 400.

Desde La Espina a Pravia y Grado, 600.

Desde Grado a Oviedo, 1.600.

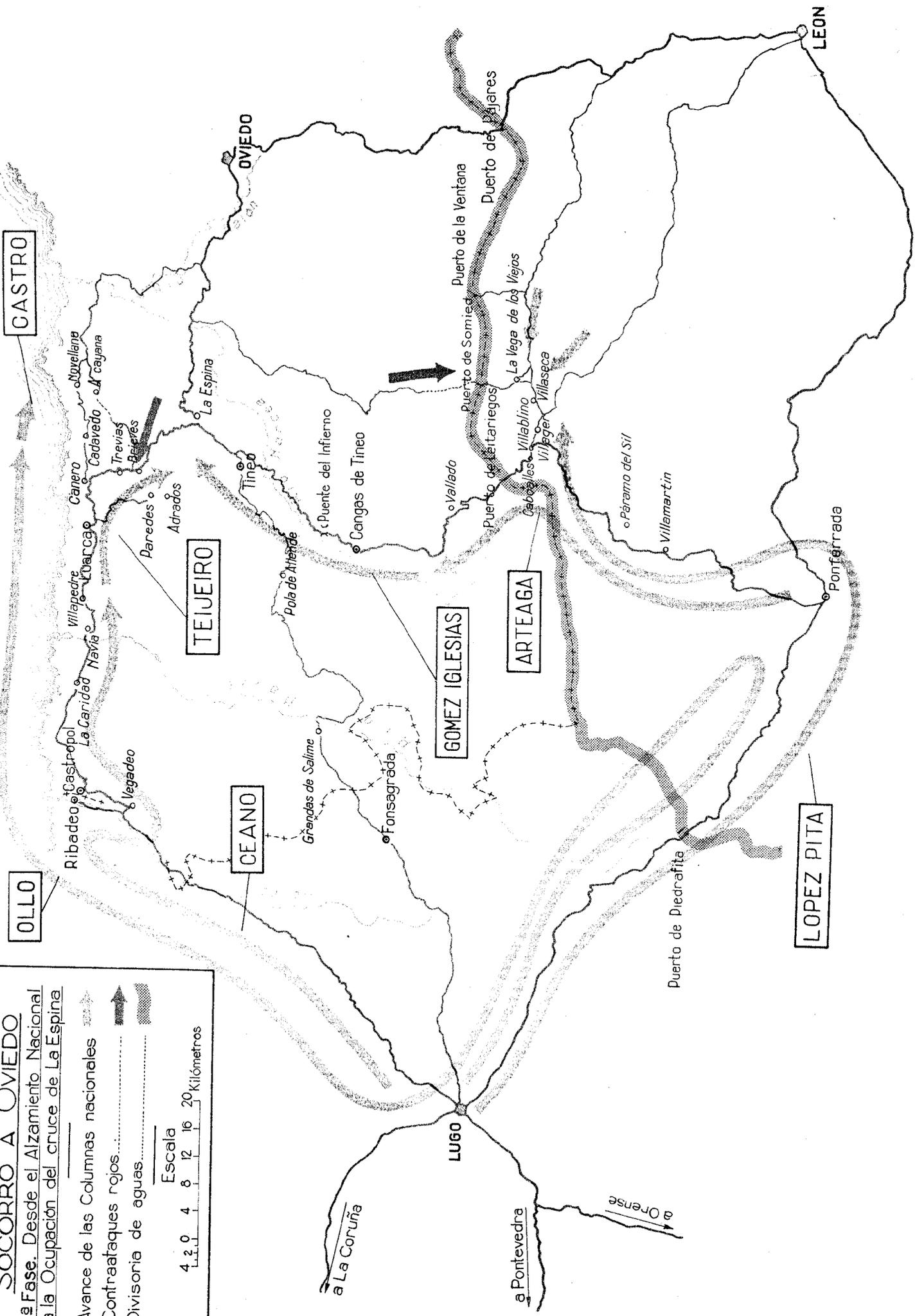
Estos números son elocuentes y ponen de manifiesto la dureza de la lucha.

M A R C A N T A B R I C O

GUERRA DE LIBERACION
SOCORRO A OVIEDO
 1ª Fase. Desde el Alzamiento Nacional a la Ocupación del cruce de La Espina

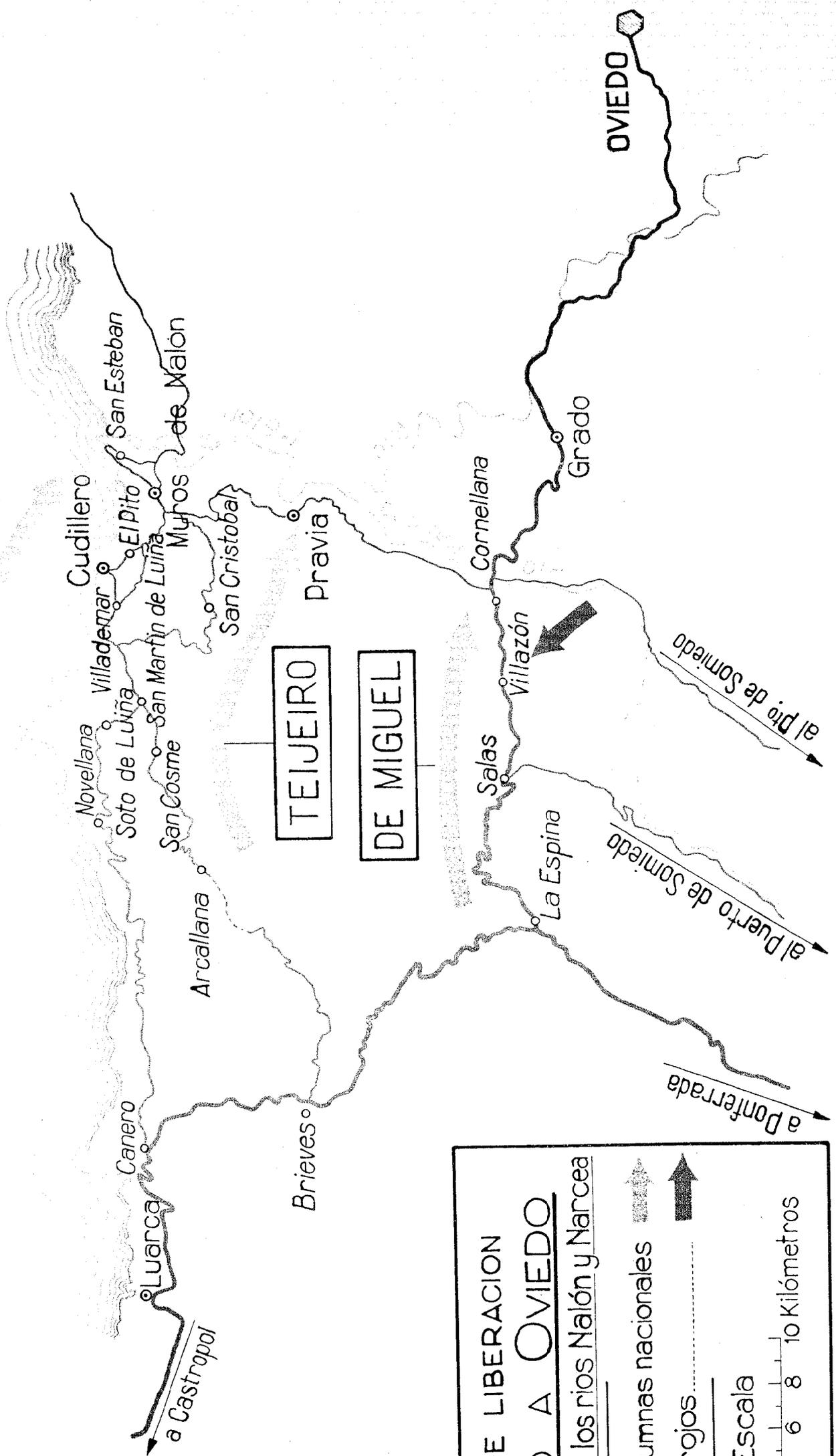
Avance de las Columnas nacionales
 Contraataques rojos
 Divisoria de aguas

Escala
 4 2 0 4 8 12 16 20 Kilómetros



M A R C A N T A D R I C O

PRADO

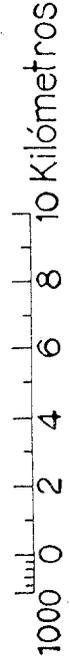


GUERRA DE LIBERACION
SOCORRO A OVIEDO
2ª Fase. Llegada a los rios Nalón y Narcea

Avance de las Columnas nacionales 

Contraataques rojos 

Escala



1000 0 2 4 6 8 10 Kilómetros

GUERRA DE LIBERACION

Socorro a Oviedo

3ª Fase: Liberación de Oviedo

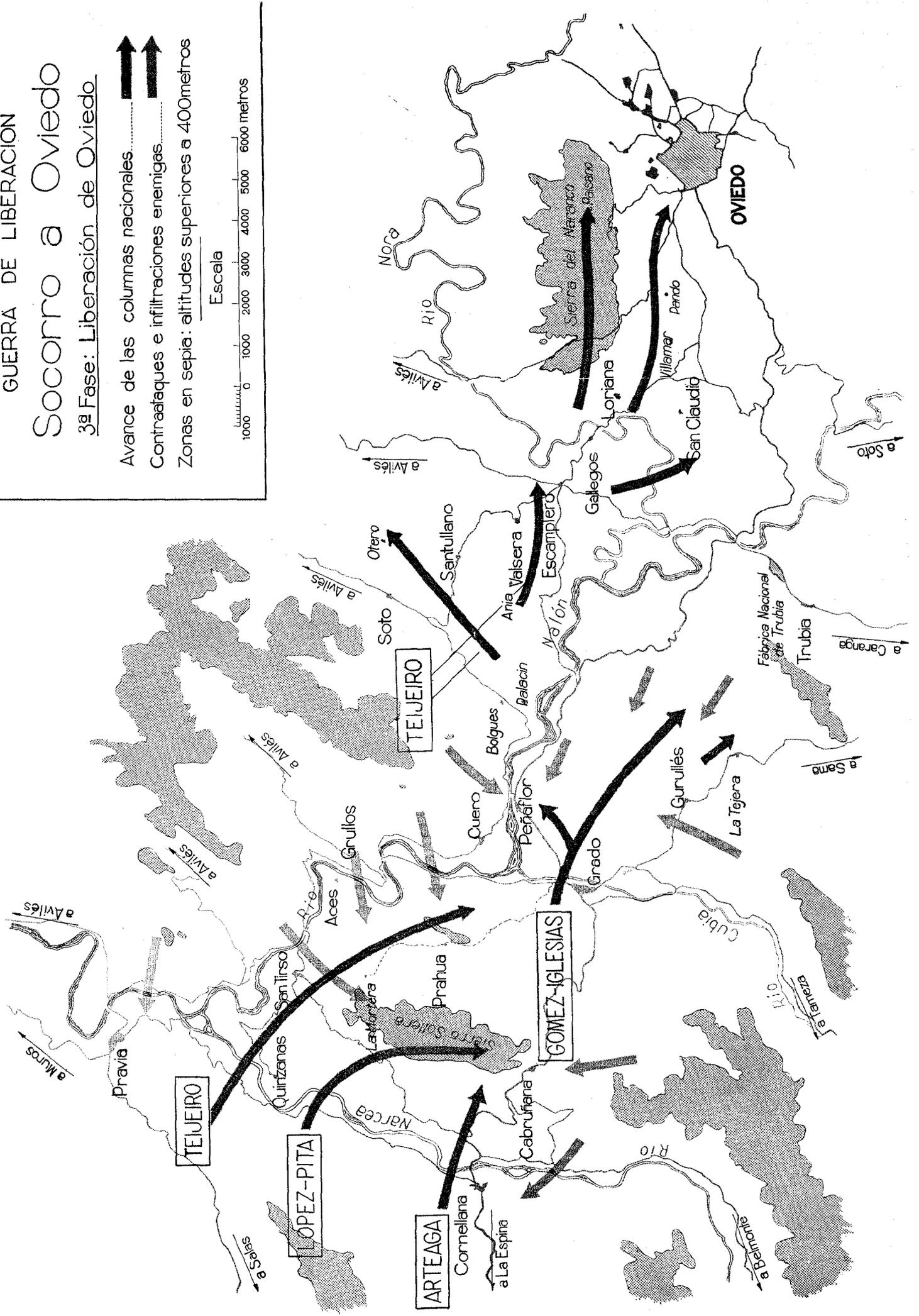
Avance de las columnas nacionales.....

Contrataques e infiltraciones enemigas.....

Zonas en sepiá: altitudes superiores a 400 metros

Escala

1000 0 1000 2000 3000 4000 5000 6000 metros



BIBLIOGRAFIA

LIBROS

ARTHUR BRYANT: *The turn of the tide (1939-1943)* Prólogo del Mariscal Lord Alanbrooke.—Collins, Londres, 1957; 766 págs. + 1 foto + 4 planos; 21 cms.; tela.

El libro comienza con una dedicatoria que dice: «Para Alanbrooke, cuyos diarios de guerra son la gema cuyo engarce es este libro.»

Y así es efectivamente. Los diarios que durante la II Guerra Mundial escribió el Vizconde de Alanbrooke para su esposa son la médula del libro de Sir Arthur Bryant. Pero para darse cuenta de la importancia que aquellos diarios tienen es necesario, en primer término, saber, aunque someramente, quién es el Vizconde de Alanbrooke.

El Mariscal Alanbrooke, de familia irlandesa, tomó parte en la II Guerra Mundial en Francia al mando del II Cuerpo de las Fuerzas Expedicionarias británicas; terminada la evacuación de Dunquerque volvió a Francia para hacerse cargo del mando de las restantes fuerzas británicas que allí habían quedado y una vez evacuadas éstas ejerció el de las fuerzas metropolitanas hasta ser nombrado jefe del Estado Mayor General Imperial, cargo que desempeñó hasta ser sustituido en él por el Mariscal Montgomery en 1946. Su vasta experiencia en las distintas ramas del saber castrense sólo puede ser igualada por su aptitud para desempeñar las difíciles misiones que le fueron encomendadas y por su visión como estratega. En realidad Alanbrooke era jefe designado para el mando de las fuerzas aliadas en la ofensiva final y si no llegó a ejercerlo efectivamente fué porque razones políticas obligaron a elegir para él a un general norteamericano.

El número y calidad de las recompensas que ha recibido sólo ha sido superado por las que recibieron hombres como Marlborough, Wellington y Roberts.

El libro puede ser dividido en tres partes para su estudio. La primera desde su llegada a Francia con las Fuerzas Expedicionarias hasta su regreso a Inglaterra después del desplome francés; la segunda.

que puede comprender su actuación como jefe de las fuerzas metropolitanas, y la final como jefe del Estado Mayor General Imperial.

La primera parte está dedicada al estudio de lo ocurrido durante la guerra en Francia y Bélgica. Se comparan las fuerzas, organización y doctrina de guerra de ambos contendientes y se retratan muy a lo vivo los mandos y la moral del ejército francés. Se apuntan los errores y falta de previsión de Francia e Inglaterra y, en general, se da una idea muy clara sobre el concepto equivocado que en ambas naciones se tenía de la guerra que se estaba haciendo. Se ve claramente cómo fué Alanbrooke el que salvó al primitivo ejército inglés, que serviría luego de base para el que se creó, librándose de seguir la triste suerte del francés. En sus diarios se ven ciertos personajes retratados de mano maestra y es particularmente interesante la entrevista que tuvo Alanbrooke con el rey de los belgas.

La retirada de las fuerzas inglesas a Dunquerque para su reembarque está llena de enseñanzas, como asimismo la posterior actuación de Alanbrooke en su vuelta a Francia.

En el relato de la actuación del Mariscal Alanbrooke como jefe de las fuerzas metropolitanas, reorganizando el ejército inglés y preparando la defensa de Inglaterra contra un posible invasor, y en las narraciones de los episodios de la batalla de Inglaterra hay material histórico de gran interés. Contra el parecer de los militares formados en la I Guerra Mundial, Alanbrooke intentó y consiguió basar la defensa de las islas sobre poderosas unidades de gran movilidad que contraatacarían a los invasores antes de que éstos tuvieran tiempo de hacerse fuertes en el lugar de desembarco. Creía el Mariscal Alanbrooke que el intentar ser fuerte en todas partes conduciría a ser débil en todas.

Pero donde el libro adquiere un interés que supera a todo lo expuesto es en lo que hemos llamado su tercera parte, en la actuación de Alanbrooke como jefe del Estado Mayor Imperial.

La tarea con la que se encaró aquél era para descorazonar a cualquiera. El Imperio inglés en Oriente se desmoronaba tras los golpes de los japoneses; el dominio de los mares, por tanto tiempo inglés, pasaba a manos del Eje; el tonelaje hundido superaba al ritmo de producción inglesa de barcos, y para completar el cuadro en África del Norte, Rommel se hacía dueño de la situación. Además no existía una política de guerra. Contra todo esto tuvo que luchar Alanbrooke, y... contra Churchill, quien, si en ocasiones fué una gran ayuda, le produjo trastornos y quebraderos de cabeza sin cuento. Con todo ello pudo el jefe del Estado Mayor Imperial, sin olvidar sus esfuerzos por compaginar las ideas norteamericanas con las inglesas y su lucha contra las inacabables peticiones rusas.

Los bastidores de la Historia, tan interesantes y aleccionadores, se nos hacen familiares en la obra de Sir Arthur Bryant. Alanbrooke, por su estrecha colaboración con Churchill, tuvo que conocer, tratar y a veces contender con las figuras sobresalientes que política o militarmente actuaron en la II Guerra Mundial. El mismo Churchill,

Roosevelt, Stalin, Marshall, Molotov y tantos otros aparecen en los diarios de Alanbrooke retratados en cuatro pinceladas, unos en su actuación política, otros en la intimidad y siempre en forma interesante y desconocida hasta el presente.—L. M. M.

CARTOGRAFÍA DE ULTRAMAR Y RELACIONES HISTÓRICAS. CARPETA IV. AMÉRICA CENTRAL. (*Toponimia de los mapas que la integran*).—Servicio Histórico Militar y Servicio Geográfico del Ejército, Estado Mayor Central, Madrid, 1957; volumen I, 286 páginas; volumen II, 97 láminas; 35 × 25 centímetros; rústica.

La labor iniciada en 1949 por ambos Servicios para la publicación sistemática, con criterio histórico y geográfico, de todos los fondos documentales y cartográficos que se encuentran archivados en los respectivos depósitos de estos Organismos—en su mayoría constituidos por cartas hidrográficas y de reconocimiento de costas, planos de puertos y ciudades, proyectos de fundación de importantes capitales, cartas de delimitación de posesiones españolas, de reconocimiento y exploración de nuevas tierras, croquis de hechos de armas y planos de fortalezas del Nuevo Mundo, muchos de ellos inéditos o poco conocidos—es proseguida en esta Carpeta IV, tras una tarea ardua, pero de innegables méritos, apreciada por Centros de alta consideración científica.

Con la aportación histórica de estas obras de Cartografía de Ultramar se continúa el plan de publicaciones de mapas americanos inaugurado por Angulo Iñiguez con sus «Planos de monumentos arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo de Indias», y en el que figuran la «Monumento cartográfica indiana», de don Julio Guillén; los «Mapas de América en los libros españoles de los siglos XVI al XVIII (1503-1798)», por Vindel; los «Mapas españoles de América, siglos XV y XVII», editados bajo la dirección del Duque de Alba y, los de pronta aparición, «Mapas y cartas histórico-geográficas de América y Filipinas, existentes en el Archivo de Indias», y que serán publicados por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

Los Servicios Geográfico e Histórico iniciaron sus publicaciones de esta materia, con la Carpeta I, «América en general» (495 páginas; 88 láminas; año 1949), que contiene una serie de mapas que abarcan los siglos XVI, XVII y XVIII de cartógrafos flamencos, ingleses y españoles, entre ellos, Abraham Ortelio, Jansonius, Hondius, Guillaume de L'isle, D'Anville, Longchamps y Janvier; Herman Moll, James Wild; Vicente Memije, Tomás López, Juan de la Cruz y Cano.

La carpeta II está consagrada a «Estados Unidos y Canadá» (598 páginas; 138 láminas; año 1953) y recoge la interesantísima cartografía francesa, inglesa y española levantada a consecuencia de los establecimientos políticos de estas naciones y de sus constantes

cambios de dominios que en el siglo XVIII se llevaron a cabo en Florida, Luisiana y territorios internos del Virreinato de Nueva España; estando por otra parte dedicada a las obras de fortificación del litoral—Villa Nueva Orleans, Galvestón, Penzacola, etc., etc.—obras que demuestran la enorme labor técnica de los grandes ingenieros militares españoles, que pasaron a las Indias occidentales para ponerla en su mejor estado de defensa.

La carpeta III corresponde a Méjico (399 páginas; 135 láminas; año 1955) y agrupa, como en las anteriores, los materiales cartográficos en un tomo de láminas, cuyo estudio toponímico figura en el tomo texto, en el que, además, se intercalan las llamadas «relaciones históricas», por riguroso orden cronológico, extractadas y ambientadas para que sirvan de guía y orientación del investigador. La mayoría de estas «relaciones» hacen referencia a expedientes de fortificación de las plazas de Veracruz, Campeche, Mérida y San Felipe de Bacalar; también a los presidios internos y fronterizos del Norte del país: Sonora, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Nayarit. Igualmente son documentaciones de gran interés para la historia virreinal los «diarios de operaciones» del General Barradas—en su desgraciada expedición para reconquistar Méjico, en 1829—, los partes de la heroica defensa de San Juan de Ulúa, etc., etc.

La carpeta IV, cuyo detalle de páginas y número de láminas aparece en el encabezamiento de esta reseña, se refiere a la América Central y figura redactada con el mismo orden expositivo que las precedentes. Su cartografía y relaciones históricas abarcan los territorios y gobernaciones de Honduras, Guatemala, Nicaragua y Panamá, conteniendo vitales asuntos militares, defensa y fortificación de las costas, desarrollo político y relaciones con los nativos; exploraciones geográficas, navegación y reconocimiento de ríos. Documentos todos de gran valor para la historia virreinal de la América Central, entre los que no es posible omitir los expedientes de planes de defensa proyectados por el brigadier don Agustín Crame ante las contingencias políticas con Inglaterra y la guerra que se declaró en 1779. Resultado de tan crítico período son los ataques contra Omoa (Castillo de San Fernando) y San Juan de Nicaragua, cuyos expedientes poliorcéticos y relaciones de defensa figuran en esta preciosa carpeta.—J. M. Z.

JOSÉ ANGEL DELGADO IRIBARREN, S. J.: *Jesuitas en campaña. (Cuatro siglos al servicio de la Historia.)* — Ediciones Studium. Madrid-Buenos Aires, 1956; 350 páginas + 18 láminas; 20 centímetros; rústica.

El importante papel del Capellán en campaña aparece muy bien pintado en aquella anécdota de la primera guerra mundial, que el Padre Delgado Iribarren recuerda en este libro:

«Después de una de esas desastrosas ofensivas del año 15, un jefe de Estado Mayor leía el balance final. Había una brutal desproporción entre el número de bajas y el exiguo espacio reconquistado.

»—Pues bien, mi general—le preguntó un jefe inglés—. ¿Qué cree que necesitamos para atribuirnos la victoria?

»Y el jefe le respondió con una palabra:

»—Capellanes.»

Esta frase de lord Wellington es también muy aleccionadora: «La instrucción religiosa no es solamente una necesidad moral para cada soldado, sino también de la mayor utilidad para la disciplina militar.»

El Capellán militar surge así revestido de un papel cuya importancia no siempre es reconocida; en definitiva constituye un factor de la posible victoria, en cuanto contribuye a levantar la moral del combatiente. Su intervención histórica en la guerra—todo lo reducida que se quiera, pero indudable—no puede ignorarse.

El Padre Delgado Iribarren ha recopilado en un libro lo que sobre el particular atañe a los jesuítas; y su campo de trabajo es así bien extenso en el tiempo y en el espacio.

Parece así obligado tomar como punto de arranque la intervención destacadísima que Ignacio de Loyola tuvo en la defensa de Pamplona, allá por el año 1521; pues aunque lo hiciera como capitán de Infantería no puede negarse la trascendencia que revistió el hecho para el futuro de su vida. Creada luego la Compañía de Jesús aparecen pronto sus hijos en campaña y como capellanes. En efecto, pocos años después de fundarse aquélla surge el Padre Bobadilla alistado en las Banderas de Carlos V en las orillas del Elba; nada menos que en Müllberg, donde por cierto recibiera una herida en la cabeza. El Padre Delgado Iribarren puntualiza así la actuación de su hermano en la Orden: «Había sido nombrado al principio prefecto de los hospitales ambulantes y tuvo que hacer las veces de médico militar; pero auxiliados los cuerpos, se entregó a sus deberes de sacerdote.»

Tras el Padre Bobadilla, vienen el Padre Nadal, el Padre Láinez. Y pronto puede registrarse una larga serie de nombres que están en todas las luchas y en todas las situaciones militares, en la trinchera y en el submarino, en los avances y en los repliegues, en el «bunker» y en el cautiverio; y en Flandes o en América, en Lepanto o con la *Invencible*, en el Marne o en Stalingrado, en Verdún o en el Ebro. El autor del libro declara: «¡Qué misión tan espléndida y gigantesca!... Por esos voluntarios del crucifijo, Cristo ha vivido en los campos de batalla; la caridad del Evangelio se ha derramado a raudales en esos abismos tenebrosos que ha abierto el odio entre naciones hermanas...»

Como señala el autor de la obra, no se trata en ésta de explicar batallas, sino de hablar de la misión de unos soldados, cuyo punto de vista especialísimo sobre aquéllas no puede ignorarse; siendo así su testimonio un pilar más sobre el que puede y debe asentarse el complicado edificio de la historia militar. Ahora bien, como para explicar

un hecho concreto hay que ambientarse debidamente, precisase, por eso, al hablar de las actuaciones de cada jesuítas, hacer referencias exclusivamente militares.

Es característico de este libro manejar documentación de primera mano; casi siempre cartas sinceras, y, por ello, de gran valor. Piénsese que en ellas no se buscaba ni lauros ni justificaciones de conducta. Así, a través de una correspondencia de verdadera categoría histórica, salta reflejada fielmente el ambiente de la guerra, el espíritu de los jefes y de los soldados; el clima, moral del momento, en suma. Clima, a veces, altamente conmovedor, que pinta con los más vivos colores la generosidad, el espíritu de sacrificio, la fe.

A medida que se avanza en el tiempo, la documentación es más rica, lo que permite una mayor exactitud en los hechos. De la primera guerra mundial tenemos ya excelentes epistolarios, como los del Padre Doyle y Padre Deat. Mas es nuestra Cruzada la que arroja un verdadero fondo histórico de incalculable valor.

La afluencia voluntaria de jesuítas a las filas del Ejército nacional, de la Marina y de la Aviación fué copiosa. Noventa y cinco Padres en total, de los que sesenta y seis estuvieron encuadrados en unidades de primera línea del Ejército de Tierra. Tres medallas militares individuales, varias propuestas para la Laureada y bajas numerosas, algunas definitivas, forman un balance bien glorioso. «Vamos al frente—escribió entonces un jesuítas—conforme a nuestra tradición y espíritu»; porque «nuestra Compañía se mostró siempre de las primeras en acudir a todos los peligros de la guerra». La documentación es muy rica aquí, repetimos, y en su día será indispensable para conocer el ambiente en que morían los combatientes de la España nacional. El Diario del Padre Caballero y las cartas del Padre Azcárate o el Padre Huidobro son de altísimo valor.

Aún después de nuestra Cruzada queda la segunda guerra mundial, y en ella episodios como el de Stalingrado, sobre el que huelga todo comentario acerca de su dureza, de su trágico destino.

San Ignacio decía que los jesuítas eran «como caballos ligeros, que han de estar siempre a punto para acudir a los rebatos de los enemigos, para acometer y retirarse y andar siempre escaramuceando de una parte a otra». Caracteres estos propios de unas fuerzas que pueden ser, a la vez, de choque y guerrilleras.

En campaña, el jesuítas atendía, ante todo, a las necesidades del alma; pero luego, y siempre que ello fuera compatible, a las del cuerpo; curación de los heridos, principalmente. Sin embargo, los azares de la lucha les llevó, en ocasiones, al desempeño de misiones muy distintas, nunca cruentas. Eran confidentes, animaban a todos, repartían optimismo, daban fe en los peores momentos. Constituían un verdadero factor de la victoria al elevar el espíritu.

Una nota merece aquí destacarse: lo bien que tradicionalmente fué recibido el capellán en las filas de guerra. En muchos casos fué solicitada su participación con interés sumo. Las frases con que inauguramos este breve comentario lo proclaman; podríamos citar

otras parecidas, sacadas del contexto del libro, escrito con claro y brillante estilo, ágil y periodístico, lo que no afecta en lo más mínimo a su seriedad y rigor expositivo.

La documentación gráfica es muy copiosa y, en ocasiones, sumamente interesante.—M. B.

GENERAL JOSÉ DÍAZ DE VILLEGAS: *Guerra de Liberación*.—Editorial AHR (Colección «La epopeya y sus héroes»). Barcelona, 1957; 404 páginas + 27 gráficos; 18 centímetros; tela.

La guerra de Liberación española es ya un hecho histórico perfectamente encajado en el tiempo. Si en su momento tuvo, en España y en el mundo, una proyección pasional, política en el peor sentido, propensa a toda deformación, hoy esa proyección debe darse, en buena lógica, por caducada. Parece, pues, sensato decir que ha llegado la hora de que nuestra Cruzada sea estudiada con todo rigor, sobre todo si consideramos la serie de enseñanzas fecundas que de ese estudio se deducirían.

Este libro del General Díaz de Villegas pudiera ser una invitación al examen de los principales acontecimientos, militares y políticos, relacionados con nuestra guerra. La obra recoge, vibrantemente, con colores vivos, con expresión ágil, los episodios más destacados de aquella hora; episodios no sólo militares, por cierto.

Precisamente, quizá sea la parte del libro más interesante la dedicada a hablar del enemigo—frente y retaguardia—basándose en una documentación casi siempre suministrada por el propio adversario. Ella pone de relieve la intervención activa de la U. R. S. S., que a través de hilos más o menos sutiles, movía completamente Gobierno, masas, Estados Mayores y tropas. Pero esta intervención tenía ya, antes del 18 de julio, muy sabrosos antecedentes.

Es difícil hablar de nuestra guerra sin referirse al mundo entero, a la situación por la que en aquel entonces atravesaba, con sus diversos bandos e ideologías. Mas, señala el General Díaz de Villegas, «cualquiera que hubiera sido el ambiente exterior, la guerra de Liberación hubiera estallado». Porque no se trataba de una corriente impulsada desde fuera, sino de algo alentado exclusivamente por las propias fuerzas nacionales, que no se resignaban a perecer. La reacción de los países que apoyaron el impulso inicial de las mismas resultó subsiguiente.

Esto no lo pueden decir nuestros enemigos. Fueron demasiado claras las maquinaciones del comunismo internacional para hacer de España una potencia soviética, la número dos, y excesivamente aireadas, a este efecto, las consignas dadas por la Komintern. En cuanto a los apoyos de los países democráticos, aparecieron instantáneos, una vez iniciado el Alzamiento; así la petición de ayuda al francés León Blum, es del propio 18 de julio, petición rápidamente satisfe-

cha, a gusto del Gobierno rojo español, tanto en material como en hombres.

Estallado el conflicto, forzosamente tenía que ser largo, cruento y sin posibilidades de transacción. El General Díaz de Villegas recuerda esta frase de Clausewitz: «Cuanto más importante y de mayor entidad sean los motivos de la guerra; cuanto más afecten a los intereses militares de los pueblos; cuanto mayor sea la tensión que preceda a la guerra, tanto más se aproximará ésta a su forma abstracta; con mayor empeño se tratará de derribar al adversario, tendiendo a confundirse el objetivo guerrero y el fin político, por lo que la guerra parecerá menos política y más puramente guerrera.»

Todo—lo de dentro y lo de fuera—contribuyó a que nuestra guerra de Liberación tuviera un carácter *sui generis*, radical en extremo, no sólo en la violencia de los ataques y en la tenacidad de la resistencia, sino en lo que afectó a su larga duración, a la tensión de los frentes y a la forma de ser liquidada. Aquí se vió claramente el tirón que daban los apoyos exteriores rojos. La prolongación de la guerra por parte del enemigo, a sabiendas de que la tenía irremisiblemente perdida, probablemente desde la batalla de Brunete, no hubiera tenido lugar sin la esperanza sentida y hábilmente fomentada del estallido de un conflicto general que permitiera, de una manera descarada ya, la intervención de fuerzas del país vecino en favor suyo.

Bastarían estas solas consideraciones para comprender el interés del tema y el del libro que lo trata.—J. M.

PETER BOR: *El Estado Mayor alemán visto por Halder*. (Versión de *Gespräche mit Halder*, por Guillermo Sans Huélin.)—Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1955; 212 páginas + 2 fotos + 12 planos; 21 centímetros; rústica.

El interés que despierta la lectura de este libro obedece por igual al relieve indiscutible del personaje cuya idea presenta, y a la materia expuesta, que por su índole ha de contribuir al más precioso enfoque de los hechos militares de la última contienda mundial.

El General Franz Halder fué jefe de Estado Mayor del ejército desde la segunda mitad del año 1937 hasta el momento en que Adolfo Hitler decide la ofensiva en las direcciones de Stalingrado y del Cáucaso a mediados de octubre de 1942; desempeñó, por tanto, el cargo en los momentos victoriosos para el III Reich, y a él se deben los planes de operaciones para las campañas de dichos años, en que el pueblo alemán luchó y alcanzó éxitos.

Halder pertenece a la vieja Escuela de Oficiales alemanes que encarnaban una tradición militar altamente espiritualista, cuyos más destacados valores morales, junto a la disciplina, eran el honor, la caballerosidad, la abnegación y el sentimiento del deber. Como hombre sencillo, modesto y de gran vigor intelectual que ha ejercido tan importante misión en el más completo anonimato, simboliza perfecta-

mente las máximas de Moltke: «El oficial de Estado Mayor carece de nombre», y «debe ser, más bien que aparentar». Por esta razón nunca apareció en primer plano su nombre.

El título de la obra en alemán equivale al de «Conversaciones con Halder» y revela su contenido. El autor va sugiriendo cuestiones al antiguo jefe de Estado Mayor, y Halder contesta, haciendo historia y crítica de la Institución citada y de cómo hubo de desenvolverse a pesar de las dificultades opuestas por el dictador alemán durante los años decisivos de 1934 a 1942 inclusive.

Se ha dicho por los servicios de propaganda de las naciones que lucharon contra Alemania, que el Estado Mayor alemán era una organización peligrosa para la seguridad mundial y que debía ser destruída para siempre. Las afirmaciones de tales servicios han llegado a calar profundamente en la opinión, no solamente en esas naciones, sino en todo el mundo. Para desvirtuar la demoleadora propaganda, no bastó que en los juicios de Nuremberg comparecieran las más conspicuas figuras del Estado Mayor germano, entre ellas el General Halder, sino que se estimó indispensable que a la opinión se le dijera, como también hace Halder ahora, los esfuerzos que hicieron los Generales alemanes para no alterar la paz, y las luchas internas en que hubieron de empeñarse una vez iniciada la guerra para reducir a la realidad las concepciones y proyectos mesiánicos de Hitler.

En este último aspecto, la obra que enjuiciamos es un alegato justificativo de la actuación del Alto Mando alemán, y singularmente del propio Halder en funciones de jefe de Estado Mayor del Ejército.

Hablando del Estado Mayor alemán, lo hace derivar Halder de la Oficina Técnica que en París dirigía Carnot, afecta al Comité de Salud Pública de la revolución francesa. Por medio de aquélla este célebre matemático y militar dirigía los ejércitos de la revolución y proveía todo lo necesario para el reclutamiento, armamento, vestuario, avituallamiento, instrucción y mandos de estos ejércitos; todo ello con una eficacia de la que sólo se dirá que realizó el milagro de coordinar en algún caso las operaciones de catorce ejércitos.

En Alemania fué Scharnhorst el que organizó el Estado Mayor durante las campañas contra Napoleón, ejerciendo el cargo de jefe de tal institución con Blücher como Generalísimo. Le suceden una teoría de figuras militares eminentes, con Gneisenau, Boyen, Grolman, Clausewitz, Reyher, Moltke, Waldersee, Schlieffen y Ludendorff. Estas personalidades imprimieron entre sus subordinados del Estado Mayor una tónica de resignación e impersonalidad que ha durado hasta nuestros días.

Halder establece un parentesco entre las revoluciones. Todas tienen fermentos de reivindicaciones patrióticas o sociales que animan sus turbios fondos y que son encauzados y dirigidos por los hombres capaces de captar con fina sensibilidad las conveniencias del momento, pero son también utilizados por arribistas encaramados a

las alturas. Considera como tales a las principales figuras del nazismo y singularmente a Hitler.

Este explora los errores de Versalles y logra reunir adeptos suficientes para ganar las elecciones de 1933 y alcanzar el Poder Supremo a la muerte del viejo Hindenburg en 1934. Halder califica el Movimiento Nazista en cierto modo como el acceso a los puestos de mando de la vulgaridad que constituyó al país en monopolio de especuladores y osados. Por lo que a Hitler se refiere dice Halder que entronizó un sistema policiaco que no toleraba resistencia ni adversarios, que detestaba a los componentes del viejo Estado Mayor, poco propicios a seguirle en sus fantasías políticas o estratégicas, y que frente a la Reichswehr levantó con las S. A. (Secciones de Asalto) y posteriormente con las S. S. un instrumento de poder con el que de hecho se pasó a la dictadura, una dictadura, dice Halder, de espaldas a la tradición alemana, de la que se ha destruido el edificio de la confianza entre hombre y hombre y entre el hombre y Dios.

Se detallan en la obra, caso por caso, la génesis y el desarrollo de cada uno de los actos de fuerza que debió llevar a cabo el ejército alemán para realizar el programa previo que se había trazado Hitler. En virtud de obediencia debida al Poder, el Estado Mayor prepara el desarrollo de estos actos que se llevan a cabo en medio de una Europa inconsciente o mal preparada militarmente, que se limita, todo lo más, a protestar de los hechos consumados. Estos hechos producen un clima de intranquilidad general y alarman a los componentes del Estado Mayor alemán, que ven cernirse sobre su país una guerra en dos frentes. Hitler desatiende las advertencias de los expertos Generales que le avisan del peligro, pero como cada uno de aquellos actos quedan consumados ante la estupefacción de Europa, parece que Hitler tiene razón cuando moteja de torpes a sus Altos Jefes Militares. Y con estos éxitos el entusiasmo sube en Alemania en la juventud, que ve la reorganización de fuerzas militares con nuevos estandartes, nuevos uniformes, cruces gamadas, etcétera. Un ejército propio de Hitler, con el que va a ejercer una dictadura sin temor ni preocupación.

Cuando en 1938 el nuevo ejército, la Wehrmacht, está ya a punto, va a iniciarse la tragedia de Europa. Hitler planteará a Polonia el arreglo de las fronteras comunes y la necesidad de regular la cuestión del Pasillo de Danzig. Como siempre, cree que un acto de fuerza permitirá resolver la cuestión y que Europa se contentará con protestar. Cuando da al Estado Mayor la orden de que prepare la invasión de Polonia, el Generalísimo Brauchitsch hace presente que Alemania corre peligro de tener que hacer la guerra en dos frentes para lo que no cuenta con suficientes fuerzas, ya que sin duda Francia e Inglaterra entrarán en acción en virtud de tratados de alianza defensiva que les une a Polonia. Esta vez los hechos dan la razón al Estado Mayor. El día 1 de septiembre de 1939 las vanguardias de la Wehrmacht atraviesan las fronteras polacas, y dos días después

Francia e Inglaterra declaran la guerra y se inicia una lucha de seis años, de la cual saldrá Alemania vencida.

Empieza el autor, con esta invasión de Polonia, el relato sucinto, aunque no por ello de menos interés, de las luchas victoriosas del ejército alemán que tuvieron presa la atención de todo el mundo, y que estuvieron a punto de justificar las ilusiones de Hitler. El general Halder va dando cuenta de la gestación y desarrollo de estos planes que él elabora personalmente con los componentes de su Estado Mayor, oponiendo su saber y su experiencia a las fantasías que muchas veces suscita la falta de conocimientos militares y osadía diletantista del Führer alemán. Sucesivamente se desarrollan con precisión y seguridad la campaña de Polonia, en veinte días; la de Francia, Bélgica y Holanda, en un mes; la de Yugoslavia, en diez días; la de Grecia, en quince. Halder descarta las campañas de Noruega y Libia, también victoriosas en su inicio, pero cuyos planes y desarrollo dependían del Alto Mando de la Defensa Armada y atribuidas a generales determinados designados expresamente por Hitler: Rommel y Dietl.

Menciona el autor las razones que tenía el Estado Mayor alemán para atacar a Rusia; la principal, el haber descubierto enormes concentraciones rusas en la parte de Polonia ocupada por los soviéticos, cuando nada justificaba tal circunstancia. Los planes se desarrollan con igual meticulosidad, pero en esta campaña de Rusia las opiniones exacerbadas de Hitler contra los generales y su falta de visión para calibrar el espacio inmenso en el cual habrán de desarrollar las operaciones, le hacen fluctuar y sostener tremendo altercados con el Alto Mando, disconforme con su plan de abarcar con una enorme tenaza todo el espacio ruso, para aniquilar en ella a todo el poderío soviético. Frente a esta idea los generales proponen avanzar en cuña sobre Moscú.

Cuando la Wehrmacht inicia los movimientos, todavía obtiene grandes victorias, pero el Estado Mayor alemán, al finalizar 1941, está convencido de que no logrará hacer capitular a Rusia; ésta rehusa el choque y maniobra en forma elástica. Hitler nervioso detiene las operaciones cuando le parece, cambia a su gusto el objetivo principal, pierde tiempo y su irritabilidad contra los generales que discuten sus lucubraciones, terminan con la destitución del Generalísimo Brauchitsch y su autodesignación para este cargo. Desde este momento Halder ha de entenderse directamente con él en informes, proyectos y cuestiones operativas, y las diferencias de criterio motivan que su mal humor recaiga sobre el jefe del Estado Mayor.

Cuando en 1942 decide Hitler emprender dos ofensivas contra Stalingrado y en dirección al Cáucaso, Halder opone el peligro de una concentración rusa de un millón de hombres que se está formando al Norte de dicha ciudad, cuando ya se carece de reservas porque el Dictador les ha dado otros destinos. Irritado Hitler entonces por las objeciones firmes de Halder, a quien el sentido de responsabilidad

y la defensa de las tropas no le permiten cejar, le ordena cesar en el puesto y designa como sustituto al general Zeitzler.

El lector de la obra ve a renglón seguido la sanción de tantos errores en una grave derrota en que los rusos, empleando los mismos procedimientos alemanes, aniquilan al magnífico 6.º Ejército que manda Von Paulus, después de una trágica batalla en que falló totalmente la dirección suprema y faltaron las reservas más indispensables para restablecer la situación.

A partir de este momento, ausentes ya del Mando Brauchitsch y Halder, comienza la metódica retirada alemana en todos los frentes, que termina en la capitulación, a través de la trágica agonía del pueblo y del ejército alemán, acosados en una lucha heroica y estéril.

Termina el estudio de los hechos de la última guerra con unas consideraciones político-militares acerca de la tercera guerra mundial, sus posibles formas y recursos con que ha de contar Europa para contener a Rusia. Halder ve la solución en la remilitarización de Alemania con independencia, bajo sus propios jefes, en estrecho contacto con los demás países occidentales.

Pero, sobre todo, Halder ve la solución del porvenir en una juventud que luche por el restablecimiento de la confianza, que restaure la tradición con noble afán revolucionario. Añade después: «Lo que hace tan desesperada la situación después de 1945 es el hecho de que el Occidente no sólo militarmente, sino también espiritualmente, se encuentre a la defensiva. Si la juventud no hace resurgir aquello en que yo sueño estará pronunciada la sentencia antes de que se haya reunido el Tribunal. El ejército rojo haría por segunda vez lo que Hitler hizo, tabla rasa, pero lo efectuaría más a fondo aún».—F. F. V.

GENERAL JORGE VIGÓN: *General Mola (El conspirador)*.—Editorial AHR. (Colección «La epopeya y sus héroes».) Barcelona, 1957; 332 páginas + 8 fotos + 2 planos; 18 centímetros; tela.

El general don Jorge Vigón, allegado personal del que fué general jefe del Ejército del Norte y alma del Alzamiento, nos presenta esta obra en la que ha logrado reunir datos, noticias y perfiles, muchos de ellos inéditos, del malogrado general Mola, suficientes en cantidad y calidad para trenzar una biografía que será leída especialmente por el elemento militar, por su indudable interés histórico y amenidad. A conseguir tal resultado contribuye el autor con estilo fácil y frase certera, teñida muchas veces por la emoción que le produce el confiar a la pluma efemérides de una vida gloriosa intensamente dedicada al servicio de España.

El general Vigón nos aproxima a la figura de Mola hasta tener con ella un contacto inmaterial que nos permite verla, pensar y actuar y seguirla en sus sentimientos, cuando experimenta la satisfacción de aquello que resultó a la medida de sus deseos, cuando le embarga la preocupación por fallos inevitables y cuando la emoción le enmudece.

casi hasta el laconismo. Podemos así medir mentalmente una gran figura militar dotada de sentido político, talento observador y finura diplomática. El autor le presenta como conspirador, probablemente para poner el acento sobre el éxito de la preparación del Alzamiento; sin embargo, Mola—militar integral—sólo recurre a la clandestinidad como *última ratio* para salvar al país de las arbitrariedades del Frente Popular. Ha podido Mola iniciar su etapa de conspirador cuando, a raíz de su cese como Director General de Seguridad, los jerifaltes republicanos le encarcelan, procesan y le pasan a la reserva; pero no es su propio caso el motivo personal que le obliga a salirse de la legalidad y encabezar el Movimiento salvador.

Mola ha formado su personalidad a través de sus lecturas históricas y ha elaborado para sí mismo unas ideas políticas, quizá puras desde el punto de vista doctrinal, pero que han sido desconocidas por los que debían hacer de ellas aplicación práctica. El tiempo en que ejerció el cargo de Director General de Seguridad le ha permitido conocer a los últimos políticos de viejo cuño, ineptos, sin sentido político y complacientes con los perturbadores del orden público; y a toda la caterva de izquierdistas que llevaron a España a la situación de 1936: comunistas, masones, separatistas y agitadores profesionales. Llega el general Mola a penetrar la situación tan perfectamente, que cuando descubre la vileza con que se está infamando la persona del rey y el juego de intrigas y bajas pasiones que anima todo el tinglado político, siente aversión por tanta miseria y decide cumplir el deber estricto que el cargo le exige, un deber que cumple a conciencia, aun a sabiendas de que le colocará en mala posición en el caso, entonces muy probable, de ser ulteriormente instaurada la República. Vigón nos presenta en Mola a un modelo de militar que por afecto al amigo y superior jerárquico, que es el general Berenguer, no sólo sacrifica su carrera y seguridad personal aceptando aquel cargo, sino que incluso ve a su propia familia expuesta en varias ocasiones a los arrebatos de la chusma, excitada por instigación de todos aquellos interesados en derribar las últimas barreras que se oponían a la destrucción del edificio del Poder público.

Como organizador del Alzamiento sorprende el cuidado con que lo prepara el general Mola, la amplitud que abarca, la discreción con que lleva todas las gestiones, y el tacto con que hubo de obrar para desviar de sí toda suspicacia por parte de las autoridades y sabuesos de la República. El general Vigón al describir esta labor de conspirador lo hace con todo detalle y viveza de colorido, intercalando anécdotas, gestiones llevadas a cabo por medio de enlaces, visitas de elementos complicados o del Gobierno que hasta él llegan, los unos para recibir consignas, y los otros para husmear en las intenciones del general: en una palabra, se observa cómo Mola va erigiendo todo el edificio de la patriótica rebelión. En todos estos preparativos parece que vivimos el ambiente del general, asistimos a sus reuniones y compartimos sus cuidados y preocupaciones porque no falle ningún resorte en el último momento.

Llegado el Alzamiento, Mola vuelve a ser el verdadero militar que siempre fué: movilizandó, reclutando voluntarios, creando unidades o buscando mandos, y tratandó desde el primer momento de asegurar su zona cubriéndola por medio de columnas de tropas que lanza por las carreteras desde el mismo día 18 de Julio, en dirección al Cantábrico y en dirección a Madrid. La biografía nos describe como sí estuviéramos viviendo ahora aquellos momentos, las dificultades para organizar y armar a los voluntarios, las inquietudes por falta de armamentos, municiones y material que se experimentaban en los primeros momentos y la contrañedad que le producían las noticias de fallos en las guarniciones cuya unidad de acción se había buscado con empeño, pero que por desgana, empacho de tipo legal o falta de unidad de mando ocasionaron lamentables fracasos locales. Entre estos fracasos consideraba fatales y de trascendencia para el futuro los de Madrid y Barcelona, grandes centros militares que quedaron en poder del Gobierno.

En la biografía de Mola que nos presenta el autor destacan las cualidades que hacen de aquél el polo de la confianza y la seguridad, del afecto y de la devoción de todas aquellas bravas gentes que desde el primer momento pusieron a sus pies vidas y haciendas. Incansable en crear unidades para alimentar la lucha en los frentes, siguiendo atentamente las vicisitudes de la guerra en Guipúzcoa, Burgos, Santander, Asturias, Galicia, Guadarrama y Aragón; atento a las necesidades de todos para enviar el oportuno refuerzo en hombres, material o municiones, no concediéndose descanso hasta tener adoptadas las necesarias medidas que aconsejaban la situación en cada momento.

En estrecho contacto con el general Mola nos describe el general Vigón, con bien cortada pluma, las emociones de aquél en varios momentos de la lucha que son como hitos gloriosos de esta segunda reconquista de España: cuando Franco anuncia que, abierto al paso el Estrecho, tiene dispuestos de 15.000 a 20.000 marroquíes; cuando tras la ocupación de Toledo queda liberado el Alcázar; cuando se aplasta a los milicianos en Irún y se corta la frontera dejando aislado todo el Norte rojo; cuando las columnas de Navarra van reduciendo y arrollando la resistencia hacia Bilbao, y cuando se hace fracasar la feroz ofensiva asturiana contra Oviedo. Inquieta Mola noche y día la marcha de las operaciones, se traslada de este al otro teatro de la guerra, y bajo su dirección como jefe del Ejército del Norte se ejecuta la marcha sobre Madrid. No fué culpa suya no poder rematar la brillante acción ofensiva de las columnas del Sur porque—como dice también Vigón—en espacio de cuatro días a partir de la toma de contacto con la capital, reservas abundantes acuden al enemigo cuando ya nuestras Unidades han llegado al límite de elasticidad. Tampoco pudo lograr la decisión de asestar el golpe definitivo al adversario en el frente de Madrid en los sucesivos intentos realizados al Norte y Sur de la capital, porque los recursos de aquél crecen con mayor rapidez que los nacionales y opera por líneas interiores con sus reservas a mano, en tanto que las columnas que Mola

dirige tienen que moverse por la extrema periferia del casco urbano y deben venir desde muy lejos.

Dice Vigón que el día que murió Mola era un día de niebla que se había hecho aliada de los rojos. En aquella niebla se anegaron los espíritus de los buenos españoles, que vieron así desaparecer en acto de servicio a su adalid organizador del Alzamiento, organizador de las fuerzas, cerebro y alma de la lucha en los primeros meses de la reconquista, cuando tanto se esperaba de él todavía para la continuación de la guerra, y se contaba para la paz con la experiencia y saber acumulados en toda una vida de labor tenaz y callada. Por fortuna, el timón de la nave estaba en hábiles manos que la llevarían después a buen puerto.

La biografía escrita por el general Vigón es de interés y utilidad para el militar, por ofrecernos un cuadro estrictamente ajustado a los hechos de una de las épocas más turbulentas en nuestro país, y porque el resumen de los acontecimientos está ajustado a la realidad histórica, permitiendo completar o aclarar algunos datos respecto a ambientes, personas o fastos militares. En todo caso, el repaso de estas páginas servirá como recordatorio para refrescar hechos y de saludable advertencia que no se debe olvidar jamás.—F. F. V.

GENERAL ADOLF GALLAND: *Memorias. (Los primeros y los últimos.)* (Versión de *Die Ersten und die Letzten*, por Daniel Pedro Aubone.) Prólogo del General Fernández-Longoria.—Editorial AHR (Colección «Libros que hacen Historia»). Barcelona, 1956; 526 páginas + 6 fotos + 5 gráficos; 21 centímetros; tela.

Adolf Galland fué y es un apasionado de la Aviación, y concretamente de la Aviación de caza, y un excepcional piloto. Su vida está unida a las primeras experiencias de volovelismo, a la creación de la Luftwaffe (marzo de 1935), a la Legión Cóndor, a la Segunda Guerra Mundial (más de 100 aparatos derribados, las máximas condecoraciones, el más joven general de la Wehrmacht y el cargo de Inspector General de la Aviación de Caza). Pero, al revés que otras figuras—Rommel, Montgomery, Eisenhower—Galland es poco conocido del gran público.

En sus Memorias nos habla de la gestación secreta de la Luftwaffe, de su nacimiento, de su portentoso crecimiento, de sus victorias y reveses y de su final. Sus opiniones aparecen muy atinadas y sus observaciones son, muchas veces, perfectas.

Las primeras experiencias de Galland se forjaron, como en otros tantos compatriotas suyos, en la guerra de España; experiencias muy bien aprovechadas luego en la campaña de Polonia.

De la del Oeste, lo que hace más meditar a Galland es el «caso Dunkerque». ¿Por qué se detuvo Hitler? El autor aventura varias hipótesis. ¿Esperaba aquél lograr una paz con Inglaterra, que ésta agradecería? ¿Había miedo a un ataque francés desde el Sudeste

contra el grueso de las «panzers», embebidas en el ataque a las fuerzas inglesas aisladas en aquella plaza? ¿Existía temor de que el terreno fangoso se tragase los carros y demás vehículos? ¿O fué la promesa hecha por Goering de conseguir por el aire el total aniquilamiento inglés, lo que contuvo a Hitler?

La batalla aérea de Inglaterra aparecía, sin embargo, muy dudosa. No había personal suficiente y el material resultaba inadecuado y escaso: 2.500 aviones alemanes frente a 3.600 ingleses. Aquéllos eran mejores que éstos, pero carecían de autonomía; apenas si podían rebasar Londres. El concepto hitleriano de la guerra, totalmente ofensivo, daba preponderancia neta al bombardero, con el que quería aplastar la isla en acciones definitivas; mas estos bombarderos no se hicieron presentes en el suelo inglés, y más concretamente sobre Londres, hasta el 8 de agosto; era ya tarde. La capital fué defendida tenazmente y los ataques costaron siempre a los alemanes gran número de bajas. La Aviación adversaria no fué, en rigor, atacada y por su parte eludió casi siempre el combate. Así, en zonas a cubierto de las incursiones germanas, pudo crecer: fabricar aviones, instruir pilotos, establecer aeródromos.

Luego vino la guerra con Rusia, una campaña sin precedentes en la historia militar. En ella, como en Inglaterra, «jamás se logró la anulación completa del poder aéreo soviético, según la idea de Douhet». Faltó también aviación estratégica y eran muchos los objetivos a cubrir, perdidos en la inmensa sábana rusa. La Aviación siguió cooperando sólo con el Ejército, y los centros de producción quedaron fuera de su alcance. «Era—señala Galland—como exterminar hormigas matándolas una a una, sin llegar nunca al hormiguero.»

La frustración de la ofensiva inicial de 1941, con la llegada del invierno, fué calamitosa. Cuando se preparó la campaña de 1942 hubo que echar mano de todas las reservas de la Luftwaffe, hasta de las unidades de instrucción. «Ello era cortar la rama en que estábamos sentados.»

En el Oeste, y en la misma Alemania, sólo cabía defenderse. Pero durante mucho tiempo continuó dándose primacía al bombardeo, apoyándose la defensa aérea casi exclusivamente en la artillería. Los ataques enemigos se hacían cada vez más peligrosos, y aunque la caza alemana, principalmente la caza nocturna, cosechó éxitos indudables, el mando de la Luftwaffe y el propio Hitler no se convencieron de su utilidad, y en agosto de 1943 ordenaron la suspensión de sus ataques.

En ese año vino la retirada de todos los frentes. El radio de acción de los aviones americanos alcanzaba todos los objetivos de Europa, permitiéndoles efectuar amplios rodeos para esquivar las zonas fuertemente protegidas. La caza alemana seguía siendo terriblemente insuficiente.

La destrucción de Hamburgo (24 de julio-2 de agosto de 1943) fué una «completa sorpresa para quienes no se habían dado cuenta de la evolución de la guerra aérea, pese a que ésta se había manifes-

tado desde hacía tiempo». En la defensa de la fortaleza europea, «el espacio aéreo era el frente más importante y de atención más urgente, y al mismo tiempo el más débil». Llegó a todos, incluso a Goering, el convencimiento de que resultaba necesario un cambio general de táctica.

Alemania perdió la carrera, por la cantidad y por la calidad; escaseaban los pilotos, faltaban reservas de material. Los aeródromos improvisados eran bombardeados constantemente por el enemigo. La penuria de combustible era tan grande, que para Galland ésta fué la causa principal del colapso de la Luftwaffe. Son frecuentes en su obra frases como esta: «A los 12.837 aviones aliados disponibles para la invasión—¡entre ellos 5.409 cazas!—se oponían de 80 a 100 cazas alemanes, correspondientes a la III Flota Aérea.» Las ciudades, los objetivos de todo orden, eran frecuentemente destruidos. Un informe dado por entonces decía esto: «Los aliados poseen un dominio aéreo total. Bombardean y ametrallan cualquier movimiento, hasta el de los vehículos y personas aisladas. Mantienen nuestra zona bajo constante vigilancia. El sentimiento de impotencia ante los aviones enemigos es de efectos paralizantes.» Con frecuencia el Alto Mando cambiaba de procedimientos, pero, en general, se trataba de verdaderos golpes sin ton ni son, dados para salir de una situación estancada.

Y, sin embargo, los intentos de recuperación de la Luftwaffe resultaron muchas veces positivos; y así, por ejemplo, en noviembre de 1944 poseía aquélla nada menos que 3.700 aviones de caza, los cuales apenas si tenían suelo que pisar, contando con unos pilotos sin entrenamiento por la penuria de combustible. Y aún vinieron los cazas a reacción, con los que Galland terminó la guerra.

¿Hubiera cambiado el curso de la contienda con otra dirección de la misma? A este respecto el general Fernández-Longoria, en el prólogo del libro, dice: «Es, ciertamente, muy dudoso, que una mejor estimación del problema por los altos dirigentes alemanes hubiera podido hacer cambiar el resultado final, pues la inferioridad de Alemania, desde la entrada en guerra de los Estados Unidos, era general y completa. Pero es lo más probable que, de haberse valorado con mayor exactitud la gravedad y magnitud del peligro aéreo, la estrategia alemana y aún la política de guerra hubieran sido diferentes, y al menos se habrían evitado muchas destrucciones, sufrimientos y pérdida de vidas al pueblo alemán.» Este es el mejor comentario que sobre el conjunto del problema podría darse.

En conjunto se trata de uno de los más atractivos libros escritos sobre la Segunda Guerra Mundial. No son unas Memorias al uso, vagas, personalistas. Las operaciones son estudiadas con sumo cuidado y, en general, con tal cúmulo de detalles—número de aparatos, bombas, táctica empleada, resultado—que demuestra que el autor ha tenido acceso a los archivos de los dos bandos. De la lectura de la obra se sacarán, sin duda, indudables enseñanzas.

La pobreza industrial alemana—frente a la aliada, claro está—y algunas equivocaciones tácticas y en la construcción de aparatos

fueron parte de la derrota de la Luftwaffe; y el resto corrió a cargo de la abrumadora superioridad enemiga. La intervención de Hitler se considera casi siempre funesta.

El enjuiciamiento de nuestro 18 de Julio no es certero. Es un poco triste, a estas alturas, oír decir que al levantamiento nacional el Ejército se adhirió «con algunas unidades»; como si hubiera sido tal ejército un factor secundario, y muy secundario en aquél. Como este hay otros varios errores sobre lo que fué nuestra terrible aventura de cerca de tres años; ninguno llega a la descripción hecha en Avila, con palmeras y mujeres con mantilla. Pero sus impresiones como piloto de «la cadena» son muy interesantes y muy elogioso el juicio que le merece el soldado español.—M. B.

REVISTAS

EJÉRCITO: número 207; abril, 1957.

Se inserta en él el último artículo de la serie *La marcha sobre Madrid*, del comandante Martínez Bande. El trabajo estudia el ataque final a la capital de España, montado en los primeros días de noviembre de 1936, con sus principales incidencias; la lucha en los arrabales, en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria; el paso del río Manzanares; la defensa madrileña por las fuerzas de Miaja; los contraataques críticos de las primeras Brigadas Internacionales, etc., etcétera. Todo basado en la documentación existente en el Servicio Histórico Militar.

EJÉRCITO: número 208; mayo, 1957.

El alférez Voltes considera, en sus *Notas sobre los Ejércitos de la Guerra de Sucesión*, las fuerzas armadas de los dos contendientes en aquella lucha, dentro de sus más variados aspectos: tropa, armamento, doctrina táctica y enseñanza militar.

EJÉRCITO: número 209; junio, 1957.

El trabajo *De la guerra de guerrillas; Su preparación*, por el comandante Anadón Lledó, ofrece diversos informes interesantes sobre las actividades de aquéllas durante la Segunda Guerra Mundial y la lucha en Corea.

El capitán Coomonte de Anta, en *El arma acorazada en España*, da algunos datos sobre la organización de las unidades de carros en nuestra patria, desde 1931 al momento presente.

EJÉRCITO: número 210; julio, 1957.

Del coronel Priego López, es el trabajo titulado *El final de la resistencia roja en Cataluña*, acerca de los últimos días del Gobierno Negrín y del Ejército de Hernández Sarabia, cuando Cataluña entera era liberada por seis Cuerpos de Ejército al mando del general Dávila, y se trataba de galvanizar inútilmente la voluntad de resistencia de las desmoralizadas huestes rojas, a fin de evitar no fuese retirado el apoyo de las potencias extranjeras.

El comandante Horta Rodríguez inserta igualmente un artículo titulado *De Valdepeñas a Bailén (junio-julio, 1808)*, sobre la acción que tuvo lugar en aquel pueblo manchego en junio de 1808 frente a las tropas francesas y cuya trascendencia en la suerte de la batalla de Bailén fué indudable, pues a partir de entonces quedó prácticamente cerrado el desfiladero de Despeñaperros; Valdepeñas contribuyó, sin duda, de modo eficaz, a la incomunicación de Dupont con Madrid.

EJÉRCITO: número 211; agosto, 1957.

El teniente coronel Sánchez García estudia, a través de una serie de órdenes de operaciones, los diferentes momentos por los que atravesó la *Batalla del Ebro*, fijando la atención sobre las distintas maniobras tácticas que las fuerzas nacionales llevaron a cabo en la misma.

El comandante Pérez Ruiz trata, en *El general Ibáñez, marqués de Mulhacén*, de este insigne militar, gloria de España y del Cuerpo de Ingenieros, de sus trabajos geodésicos, sus actividades en la Comisión Internacional de Pesas y Medidas y en el Instituto Geográfico y Catastral de España y sus diversas publicaciones.

EJÉRCITO: número 212; septiembre, 1957.

El comandante Martínez Bande inicia su serie de trabajos sobre la *Campaña del Norte: Vizcaya*, con uno de carácter general, en el que se habla de los antecedentes de aquélla, situación del frente en el sector vizcaíno, fuerzas en presencia y fortificaciones, considerando aquí especialmente el que se llamó «cinturón de hierro», del que hace un acabado estudio.

REVISTA DE AERONÁUTICA: número 200; julio, 1957.

El coronel Seibane Cagide, en *De Kitty a Pearl Harbour*, habla del nacimiento y desarrollo del poder aéreo en los Estados Unidos desde el primer vuelo con motor, tripulado por los hermanos Wright, el 17 de diciembre de 1903, hasta la sorpresa de Pearl Harbour.

REVISTA DE AERONÁUTICA: número 201; agosto, 1957.

El estudio *Puente de Plata*, del teniente coronel Juega, narra la retirada del Ejército Expedicionario británico en Europa en 1940 y su reembarque en Dunkerque, tema que tanto apasiona hoy a los comentaristas e historiadores militares. ¿Por qué pudo realizarse esa retirada sin apenas ser molestado por el enemigo? Al parecer, por la creencia del Führer de que «si el Ejército británico hubiera sido capturado en Dunkerque, los ingleses creerían haber manchado su honor y tratarían de lavar la afrenta. Al dejarlos escapar gloriosamente, Hitler tenía la esperanza de apaciguarlos».

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: tomo 152; mayo, 1957.

El contraalmirante R. Novas publica un trabajo titulado *Canal de Suez, camino de discordias*, en el que se insertan datos interesantes sobre la construcción de la importantísima vía, su apertura y el veto que Inglaterra declaró al paso de una escuadra salida de Cádiz y que se dirigía a Filipinas, después de las tristes jornadas de Cavite; escuadra que tuvo que volver al punto de partida.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: tomo 153; julio, 1957.

El capitán de Navío García Franco, considera en *Bicentenario de un libro de Náutica*, el del «Compendio de navegación para uso de los Caballeros Guardamarinas», de don Jorge Juan y Santacilia, estudiando su estructura, contenido y características.

REVUE INTERNATIONALE D'HISTOIRE MILITAIRE: tomo IV, núm. 17; 1956.

Este número de la revista, como todos, de extraordinario interés, está dedicado al Africa Occidental francesa. El general Gastey hace un estudio sobre *Bernadotte a la bataille de Lübeck (1806)*; el general De Boisboissel presta una *Contribution a la connaissance de l'histoire militaire de l'Afrique Occidentale française*; el general Gaëtan Bonnier inserta un trabajo titulado *Au Soudan de jadis: Souvenirs*; C. Laroche repasa *Les Archives du Ministère de la France d'Outre-Mer et l'Histoire militaire de l'A. O. F.*; el archivero J. Charpy presenta una breve pero sustanciosa *Orientalion bibliographique sur l'histoire militaire de l'A. O. F.*; terminando el número tratándose de una expedición militar transahariana en el siglo XVI, en *La colonne Djouder (1591)*, de Y. de Boisboissel.

REVUE HISTORIQUE DE L'ARMÉE: año 12, número 2; mayo, 1956.

El número está dedicado íntegramente al Canadá, destacando en él el trabajo *Historique de l'Armée canadienne, 1627 a 1955*, del coronel J. Chabanier; un estudio detallado y muy completo, sobre *Le Royal 22^e Régiment*, del Mayor-General Vannier; y los compuestos por la Section historique de l'état-major général de l'armée, de Ottawa, *Les Régiments de l'armée canadienne, Les canadiens a la crête de Vimy, en 1917, Collèges des Services armés du Canada, La Police royale montée du Canada, Les troupes canadiennes en Europe, 1939-1945 y Le Service de santé canadien en Corée.*

REVUE MILITAIRE D'INFORMATION: número 286; agosto, 1957.

El capitán H. Martín, en el trabajo *Guerrilla, guerre en surface, guerre revolutionnaire*, trata de la guerrilla como forma del arte de la guerra, haciendo, a propósito del tema, un ligero escaqueo histórico.

REVUE MILITAIRE GENERAL: junio 1957.

Reflexions sur la bataille de Rivoli, es un estudio del Teniente Coronel Heket, alrededor de la batalla de aquel nombre, ganada por Napoleón el 14 de enero de 1797 frente a los austriacos.

REVUE MILITAIRE SUISSE: mayo 1957.

J. Perret-Gentil termina el relato de las operaciones militares llevadas a cabo por las fuerzas inglesas y francesas en Egipto el pasado noviembre, con el título de *L'opération anglo-française en Egypte.*

REVUE MILITAIRE SUISSE: julio, 1957.

El Coronel Montfort, en *L'assaut de Crevecoeur* hace unas reflexiones acerca del libro del Teniente Coronel Le Mire «Aux Carrefours du Monde», sobre una de las acciones realizadas en la guerra de Corea.

ROYAL ARMoured CORPS JOURNAL: julio, 1957.

The 100 hour war, del General Marshall, es un trabajo sobre la invasión israelí de la península de Sinaí, en octubre de 1956, con consideraciones interesantes sobre el ejército de Israel.

Suez adventure, del Capitán Berry, describe las experiencias personales de su autor durante las operaciones franco-británicas en Egipto en igual mes y año.

The British Cavalry in Germany, del Comandante Sheppard, estudia la guerra de los Siete Años, describiendo con todo cuidado la batalla de Warburgo (31 de julio de 1760).

ARMY QUARTERLY: volumen LXXIV, núm. 2; julio 1957.

El General Wilson en *Reflections on operation «See Loewe»* hace un estudio sobre los planes alemanes de invasión de Inglaterra —operación «León Marino»— en verano de 1940, considerando el dispositivo defensivo británico.

El Comandante E. W. Sheppard considera, en *Indian Mutiny Centenary 1857-1957* y con motivo del centenario de la sublevación de la India, el hecho histórico, examinando las operaciones militares llevadas a cabo para sofocar la sublevación.

El Teniente Coronel F. Evans, en *When Britain was last Invaded*, recuerda el desembarco en Inglaterra durante los días de 1797 por tropas irregulares francesas.

La correspondencia del Sargento Mayor A. Mackay durante la campaña inglesa en la península Ibérica en 1808, es el objeto del trabajo de B. Beaufort, *One of Moore's men*.

MILITARY REVIEW: tomo XXXVII, número 4; julio, 1957.

Bernard B. Fall, en *Los dos lados de la campaña de Sinaí*, estudia la «Operación Kadesh», comenzada el 29 de octubre de 1956 y terminada ocho días más tarde con la ocupación total de la Península de Sinaí por las fuerzas israelitas, fijándose detenidamente en las factores integrantes de la batalla, la evolución de ésta y las lecciones que de la misma se deducen.

ORDNANCE: julio-agosto 1957.

R. L. Eiehberg trata, en *Ballistic Missile of 1845*, de un artificio que inventó un teniente de la Marina norteamericana en aquella fecha y cuyo objeto era hacer estallar en el aire un proyectil, consiguiendo efectos de granada rompedora a tiempos.

ARMOR: septiembre-octubre, 1957.

El General Paul M. Robinett lleva a cabo un detallado estudio sobre la importancia de la historia militar en la instrucción y formación castrenses, en su artículo titulado *The Significance of Military History in the Education of Officers*.

Presentación	7
Valor de la Historia, por Nicolás Benavides Moro	9
Alas y Cohortes españolas en el Ejército Auxiliar romano de la Epoca Imperial, por Antonio García y Bellido	23
Cabalgadas, correrías y entradas de los andaluces en el litoral africano, en la segunda mitad del siglo XV, por Tomás García Figueras	51
Segunda salida de Julián Romero, por Antonio Marichalar, Marqués de Montesa	81
La heroica defensa de Cartagena de Indias ante el almirante inglés Vernon, en 1741, por Juan Manuel Zapatero	115
Guerra de Liberación: Socorro a Oviedo, por José Manuel Martínez Bande	153
Bibliografía	179